

Pepe Gutiérrez-Álvarez

TROTSKY Y LOS TROTSKISMOS

Nota para la edición de L'Espai Marx

Este libro fue escrito hace un par de años pensando en una edición para El Viejo Topo que contaba con el beneplácito de Miguel Riera. Se atrasó por la necesidad de una mayor maduración ya que, sí bien la primera parte podía ser asumida como una síntesis de lo ya escrito por los biógrafos de Trotsky, en particular por Isaac Deutscher, en la segunda parte existían numerosos problemas.

En primer lugar los propios del conocimiento del autor, que aunque bregado en la historia de la Cuarta, lo era, por decirlo así, a escala “nacional” o sea provinciana. El material bibliográfico existente era muy amplio, pero además se podía decir que eran unas primeras aproximaciones. Aproximaciones por lo demás obstaculizadas tanto por la amplitud internacional del movimiento que había sentado sus reales, aunque fuesen muy pequeños, un poco en todas partes. Había otro además, y es que aún siendo escoñes muy pequeña, sus debates internos, muchas veces protagonizados por intelectuales muy formados, hacían que todo resultara muy arduo. Por ejemplo, la sección sudafricana de la Cuarta nunca ha tenido una especial importancia en la organización, sin embargo, siempre ha alimentado un sector fronterizo crítico con el SAPC, y con el ANC, con autores valiosos como el economista Hassan Jaffé. Notas sobre este debate me llegaron a través de diversos escritores sudafricanos que frecuenté en los años ochenta mientras trabajaba en una plataforma catalana contra el “apartheid” y preparaba un libro sobre Nelson Mandela.

Esta amplitud geográfica y densidad teórica resultaba especialmente enrarecida por la emergencia de numerosos corrientes, normalmente duramente enfrentadas, y de ello el lector más veterano tendrá sus referentes en el Estado español donde casi todas las fracciones internacionales llegaron a tener o a casi tener sus propios fieles. Como autor de eminente vocación didáctica, este problema se me hacía más arduo en la medida de que aquí habríamos sufrido dos rupturas en la historia del movimiento obrero, la determinada por la victoria militar-fascista, y la “debâcle” que siguió a la doble tenaza de la Transición y de la restauración liberal-conservadora. Si a esto se le añade los conflictos con el POUM, el cuadro se hacía muy cuesta arriba.

No obstante, tenía algunas cosas claras. Primero que el “hilo rojo” que se le ha atribuido a Trotsky radica primordialmente en su capacidad de “dar el salto” de una época a otra, de abandonar el primer “trotskismo” por una nueva síntesis dentro del bolchevismo, por su capacidad de sobreponerse a todos los obstáculos de comprensión que planteaba el estalinismo y desarrollar todo una práctica y un análisis más allá de las tragedias y de los dramas históricos...Dicha capacidad de actualización sufrió un golpe casi mortal por el curso seguido por la Segunda Guerra Mundial, lo que explica las tendencias hacia el paleotrotskismo y hacia el neotrotskismo.. Obstáculo que encontró una vía de superación a través del equipo que lideraba Ernest Mandel, gracias a una puesta al día del marxismo en terrenos tan determinantes como el que planteaba la emergencia del “neocapitalismo”, pero también rehuyendo cualquier adaptación a la socialdemocracia, y también, y no menos importante, eludiendo en lo posible la maraña de los conflictos entre fracciones que, como se ha demostrado con la pertinaz de toda, la

lambertista, estaban más interesados en sus intereses sectarios de demostrar el “revisionismo” de los adversarios que en crear nuevas alternativas. Alternativas que en su caso se trataba, liza y llanamente, de aplicar el legado más allá de todo lo que había sucedido después de la muerte de Trotsky, con la salvedad de que la realidad era otra.

Este criterio se ha revalido con las últimas crisis, al final de las escuelas la mayor parte de las viejas fracciones han quedado sobrepasada, la muestra más fehaciente la tenemos en Francia con Lutte Ouvrière y lo que queda del lambertismo. De todas las tribus, solamente la Cuarta internacional, y el agrupado entorno al SWP británico (En lluita en Catalunya), han conseguido estar en la primera fila del proceso iniciado en Porto Alegre, en su momento, una alcaldía “trotskiana”.

Mi rechazo a esta tentación de defender el legado por encima de los revisionismos viene de lejos, y es deudora de las lecturas de Deutscher y de Mandel, de la comprensión de que la segunda postguerra mundial planteaba nuevos desafíos en todos los órdenes. Esta actitud comprendía un especto hacia la tradición que no implicaba darle un cheque en blanco. Al estudiar la historia más cercana, la de la República y la guerra me permitió –a mí y a la mayoría de la LCR- comprender que sobre Trotsky también se podía decir lo que Lenin decía de Rosa Luxemburgo, que era un águila que a veces podía volar como una gallina. Su actitud en relación al POUM y a Andreu Nin me parece radicalmente desacertada, lo que excluye, pro supuesto, que nunca dejara de ser un águila. Finalmente, el texto estaba en las actuales condiciones cuando se planteó la posibilidad de editar *Trotskismos* de Daniel Bensaïd, y además en la misma editorial. No había lugar para la duda, y el proyecto se quedó en mi ordenador de donde fue saliendo fragmentariamente en forma de artículos, sobre todo en Kaosenlared pero también en la Web de la Fundación Andreu Nin. Algo parecido ocurrió con algunos fragmentos descartados que encontraron acomodo en estas mismas páginas.

Algunos amigos de otras corrientes han expresado sus discrepancias a algunas de las cosas que he escrito en mi epílogo “nacional” al libro de Daniel, que ha conocido una edición cuidada hasta el más mínimo detalle. Obviamente, están en su derecho, y no hay la menor duda de que mi percepción es la de un participante, y por lo tanto sujeta a criterios personales y de escuela. Sin embargo, creo que, al igual que en el caso de Bensaïd, hay una tentativa de “objetivación”. Eso se puede notar en el tono francamente autocrítico, se habla de las grandezas pero también de las limitaciones y errores de la LCR. Y en el caso de las demás fracciones, creo que he tratado de ser muy respetuoso. Mi percepción de lo que han sido y son las otras corrientes resulta muy suave, al menos al lado de todo lo que se ha llegado a decir. Por ejemplo, recuerdo que Pierre Lambert proclamó en el último congreso de la LC que el acuerdo con el revisionismo (mandelismo, pablismo) era totalmente posible, porque el marxismo revolucionario y revisionismo eran de naturaleza incompatible, o la reseña que La Aurora dedicó a mi libro sobre Trotsky a finales de 1979, y cuyo encabezado lo dice todo: “La segunda muerte de León Trotsky”. Allá por el año 1989 me encontré con el autor en unas jornadas sobre Trotsky en Madrid, y lo fui a saludar, era un antiguo camarada. Me dijo hola, y me volvió la espalda. Actualmente ocupa un cargo de confianza en el aparato IU.

En realidad, todas estas guerras tienen muy poco sentido actualmente, después de que el estalinismo duro agoniza en la cuneta de la historia, y cuando se trata de dar un salto en la respuesta de conjunto al horror neoliberal. Esto se traduce por un recurso de la historia como referente, como punto de partida, y en absoluto como una fuente de legitimación.

Para terminar me gustaría dar las gracias nuevamente a L’Espai Marx.

PRIMERA PARTE

LA LEYENDA DE TROTSKY

I. UNA ÉPOCA, UN PROTAGONISTA

1. Apuntes biográficos. El protagonista de esta historia se llamaba León Davidovich Bronstein, aunque era más conocido como Trotsky (apodo tomado de un carcelero amable). Nació el 7 de noviembre (el 26 de octubre, según el calendario juliano) en Yanovka (Ucrania), proveniente de una familia de pequeños terratenientes judíos, y fue un estudiante brillante e inconformista que opuso el romanticismo populista a la «frialdad» del marxismo. «Convertido» a Marx por su primera compañera, Trotsky fue tempranamente miembro del Partido Socialdemócrata. Criticó ciertos aspectos del centralismo leninista (de sus escritos de entonces sacarían «material» una legión de adversarios del leninismo) y fue escritor y polemista, políglota. Internacionalista durante la Gran Guerra, viajó por Europa y Estados Unidos.

Trotsky, salvo cuando dirigió el Ejército Rojo, nunca tuvo otras «armas» que sus ideas, su pluma y sus palabras. Quienes han tratado infructuosamente de encontrar en su trayectoria, en plena guerra civil por ejemplo, una muestra de crueldad, tienen que limitarse a señalar que firmó tal o cual documento, cuyas consecuencias, a la larga, fueron otras que las previstas, cosa que en el marco del drama de aquellos tiempos puede entenderse. Sobresalió muy especialmente en las revoluciones rusas de 1905 y la de octubre de 1917. Fue comisario del pueblo para Asuntos Exteriores en 1918 y, a continuación, de Asuntos Militares y Navales, de 1918 a 1925. Desde 1923 dirigió movimientos de oposición a la deformación, y luego contra la traición de la revolución llevada a cabo por la burocracia soviética. Expulsado de Rusia en 1929 por Stalin, creó, en plena «medianoche del siglo», la IV Internacional, que le sobrevivió con enormes dificultades. Criticó la política del Komintern respecto al fascismo en la época en que Hitler podía ser derrotado, así como a la socialdemocracia. En esta época fue el «abuelo» de un movimiento de «apestados», y representó una tentativa de «enmienda a la totalidad» del estalinismo, que entonces aparecía como la mejor garantía del antifascismo.

Como teórico marxista, la aportación más reconocida de Trotsky fue la teoría del «desarrollo desigual y combinado» y la doctrina acorde de la «revolución permanente». La «revolución permanente» desafió la opinión de que un prolongado período de desarrollo capitalista debe seguir a una revolución antifeudal, durante la cual gobernaría la burguesía o cualquier otra combinación de fuerzas sociales (por ejemplo, la «dictadura revolucionaria y democrática de los obreros y campesinos») como sustitutivo. Por otros caminos, Lenin adoptó en las *Tesis de abril* de 1917 una línea semejante a estas concepciones y las puso en práctica en la Revolución de Octubre en contra de la línea tradicional del Partido Bolchevique, defendida en la época por Kaménev, Zinóviev y Stalin...

Otra de las características del pensamiento de Trotsky es el rechazo de las falsas pretensiones que hacen del marxismo un sistema universal que proporciona la clave de todos los problemas. Se opuso a los **charlatanes** que adoptaban el disfraz de marxismo en la esferas tan complejas como la «ciencia militar», y combatió los intentos de someter la investigación científica, la literatura y el arte en nombre del marxismo, ridiculizando el concepto de «cultura proletaria». Subrayó el papel de los factores no racionales en la política («En la política no hay que pensar de forma racional, sobre todo cuando se trata de la cuestión nacional») y desechó las grandes generalizaciones cuando se olvidaban

de lo más concreto, de los individuos. Lector voraz y políglota, marxista de gran cultura en la tradición de Marx y Engels, ensayista, crítico literario, historiador, economista, etc., Trotsky se granjeó muchos enemigos entre aquellos cuyo marxismo combinaba la estrechez y la ignorancia con una propensión a plantear exigencias fantásticas, **revestió** tales características que hicieron exclamar a Marx: «No soy marxista».

Su evolución desde finales del siglo XIX hasta sus últimas aportaciones sobre la Segunda Guerra Mundial está marcada por continuas rectificaciones y audacias que a veces entran en abierta tensión con sus esquemas militantes, obsesionados por dar respuesta a una situación política trágica que desborda, con mucho, la extrema debilidad organizativa del movimiento que contribuyó a crear. Hay múltiples Trotsky: normalmente volaba como un águila, pero en ocasiones lo hacía también mucho más bajo, una diferencia que estaba muy determinada por la proximidad o la lejanía del tema que abordaba, un factor perfectamente verificable por sus debilidades, por ejemplo en muchas partes de sus *Escritos sobre España*, por no hablar de América Latina, y por su profundidad y alcance en los concernientes a Francia, Alemania, Gran Bretaña, etc.

De lo que no hay duda es que la personalidad de Trotsky es tan fuera de lo común como su destino. Su trayectoria fue y sigue siendo un campo de batalla. Él mismo necesitó ofrecer su propia visión en *Mi vida*, una obra admirada y controvertida que ha sido comparada en su género con la de san Agustín o la de Rousseau o Casanova. Sobre su energía física e intelectual se puede decir algo parecido a lo que él mismo escribió sobre Jaurès y Lassalle (con quien Lukács le comparó por su idéntico carácter prepotente): rigor e imaginación, potencia del sueño y finura en el análisis, claridad en los objetivos y sutileza en los métodos. Así pues, no es casualidad que fuese admirado por algunos de los más célebres literatos del siglo, comenzando por Isaak Babel y siguiendo por tantos otros que fueron asesinados como trotskistas en los años del Gran Terror.

Resulta bastante espectacular la lista de grandes nombres que fueron trotskistas a su manera y por un tiempo, o que al menos en los momentos en que opusieron el legado que encarnaba Trotsky al estalinismo. En un recuento al vuelo nos encontramos con André Malraux, Panait Istrati, Ignazio Silone, James T. Farrell, Dwight MacDonald, Víctor Serge, George Orwell, George Bataille, John Dos Passos, André Breton, Roland Barthes, así como buena parte del movimiento surrealista, pintores como Frida Kahlo, Diego Rivera o el poumista Eugenio Fernández Granell, críticos de arte de la reputación de Meyer Shapiro, así como por Edmund Wilson y Mary MacCarthy, Peter Weiss, José Revuelta, Carlos Pellicer —también, aunque fuese parcialmente, por Octavio Paz, Vargas Llosa, Cabrera Infante, cuando éstos todavía miraban hacia los de abajo—, por el francés Jean Giono, los peruanos José María Argüedas y Ciro Alegría, etc. Fue apreciado por conservadores tan inteligentes como François Mauriac, Milan Kundera o Joseph Roth (quien le dedicó una de sus obras, *El profeta mudo*), y un largo etcétera.

Tribuno comparado con Danton y con Jaurès sobre el que Reed y Sujanov dejaron cumplida cuenta de sus intervenciones en las asambleas multitudinarias, Trotsky fue un escritor magnífico cuya obra sobrepasa ampliamente la de muchos profesionales. Sus libros, artículos, documentos políticos y cartas fueron editados —y se siguen editando— en casi todas las lenguas, y sus selecciones específicas sobre Francia, Alemania, China, Gran Bretaña, España, Estados Unidos, América Latina, Italia, etcétera han ocupado gruesos volúmenes, inaugurando así un poderoso aporte trotskiano a las diversas tradiciones teóricas marxistas nacionales. Pero este escritor que leía Mallarmé en el tren blindado de la guerra civil, fue también un intrépido periodista en los Balcanes, el «cerebro» de la insurrección de Octubre, el creador y el jefe del ejército más improvisado que se recuerde —que se enfrentó a las mayores adversidades militares—, diplomático revolucionario, hombre de Estado...

Derrotado por el aparato burocrático en ciernes, Trotsky se negó a utilizar el Ejército Rojo para imponer sus poderosos argumentos. Una vez en el exilio, fue víctima de la más formidable tentativa de denigración que haya conocido la historia desde los tiempos de Catilina (según afirmó Manuel Sacristán), y fue convertido en una «no persona», por utilizar una de las palabras del neolenguaje codificado por Orwell. Sin embargo, sus ideas volvieron a interesar a las nuevas generaciones «contestatarias» del 68, y lo volverán a hacer en nuevos epicentros de la recomposición social como México, Francia, Italia o Brasil. Su peso en el movimiento que lleva su nombre es obviamente descomunal. Sin embargo, Trotsky nunca trató de imponer su «autoridad providencial», sino que fue uno más en los debates abiertos. Su medida es la de un «gigante» (el «último» de la tradición marxista, al decir de Víctor Serge). Por más que se puedan poner reparos a algunas de sus actitudes (acuciadas por situaciones límite, por la medida de sus propias exigencias) y reconocer cierta prepotencia e intolerancia, también es cierto que los numerosos testimonios de quienes trabajaron con él (y que en no pocos casos evolucionaron en otra dirección) dan fe de una poderosa humanidad en la que se incluyen fuertes dosis de romanticismo.

¿Hasta qué punto este legado sigue manteniendo una actualidad? Una actualidad que ha sido cualquier cosa menos fácil.

De ello era plenamente consciente el escritor y abogado nicaragüense Adolfo Zamora, quien en el prólogo de una edición popular de los últimos escritos de Trotsky que, con el título de *Los gánsters de Stalin*, apareció un mes después del asesinato del fundador de la IV Internacional, escribió con evidente furor: «[...] Stalin razona ahora: sin Trotsky, la Cuarta Internacional no podrá emprender nada. Como buen burócrata antes y como buen déspota ahora, Stalin se equivoca. Trotsky, en los días de su destierro, solo, perseguido, poseía todo el poder de la idea revolucionaria, era el principio de un nuevo impulso de la clase obrera. Stalin, con su inmenso aparato, su poderío momentáneo y su GPU, sólo representaba el reflujo histórico de efímera existencia. La nueva internacional, creada por el genio de Trotsky, ha alcanzado ya una etapa de desarrollo que la capacidad para hacer frente a las grandes tareas revolucionarias que le reserva el próximo futuro de la humanidad [...]». Durante varias décadas esto no pareció así, sino tal como pretendió Stalin. La ausencia de un líder de su ascendencia contribuyó en no poca medida a acentuar el desconcierto y a facilitar las tendencias centrífugas.

Durante su vida militante, Trotsky estuvo en el primer plano de la historia. El **alcance** de su perfil biográfico no permite comparaciones fáciles, como la efectuada por Sartre cuando definió a Claude Lefort como «el Trotsky de Trotsky». Aquí, de entrada, el matiz es sustituido por la brocha gorda: Trotsky no tuvo nunca ningún tipo de semejanza con Stalin; si acaso fue su negación más completa. Tampoco hay muchas cosas en la biografía de Lefort que recuerden a la del fundador del Ejército Rojo, ni tan siquiera en la brillantez de la pluma. Otros reconocen al «gigante» para empequeñecer a sus discípulos. Es lo que Jorge Semprún hizo en su prólogo a la obra de Fernando Claudín *La crisis del movimiento comunista*, por cierto, trufada de referencias trotskianas.

Semprún hacía una excepción con Deutscher, quien, a su vez, ofrece una percepción de un último Trotsky engrandecido cuando actúa como escritor y personaje, y empequeñecido cuando desciende a la arena para trabajar y debatir con grupos pequeños, muchas veces divididos. Las controversias, los cismas y las descalificaciones agotan al historiador, y dan pie a la suficiencia del prologuista. Sin embargo, esta percepción puede hacer olvidar que el propio Deutscher describe con admiración a la hornada de personajes tan impresionantes como Rakovsky, Smilga, Preobrazhensky, Serge, Rosmer, Nin, Rivera, Breton, etcétera. Hoy no hay duda de que el trotskismo ha alumbrado otra historia del comunismo, y ha efectuado aportaciones inexcusables allá

donde logró sobrevivir. Baste señalar por familiar el caso español, o citar acontecimientos como la creación de la Alianza Obrera, un capítulo sobre el que se proyecta la sombra del propio Trotsky, y que resulta sintomática de como una minoría puede influir en los hechos a través de la acción, y sobre todo por su capacidad de análisis.

De hecho, estas aportaciones resultan reconocidas e incluso magnificadas cuando se trata de extraer munición a favor de una legitimación del anticomunismo. Cuando se trata de negar cualquier razón de ser a la URSS se suele citar a Rakovsky, Víctor Serge, Ignazio Silone, Boris Souvarine, Panait Istrati, André Gide, Anton Ciliga, Edmund Wilson y sobre todo a Orwell, como ejemplos de una crítica democrática al totalitarismo en el que quedaría englobada toda la historia soviética desde 1917, incluso como precedentes de la opción neoliberal en una manipulación desvergonzada pero normalmente impune dada la falta total de escrúpulos que sobre esta cuestión se ejerce en los medios. Se trata de una manipulación que pone en evidencia que sus autores carecen de otros referentes dignos de mención, no olvidemos que en el dilema Stalin-Trotsky, la derecha liberal tomó inequívocamente partido por el primero, su idea de la libertad no contemplaba su aplicación concreta por parte de las clases trabajadoras. Gracias a la amnesia política existente, no tienen mucha dificultad en convertir en anticomunismo la crítica al estalinismo, y no son pocas las veces que hablan de alegatos anticomunistas, dejando de lado el hecho de que sus autores habían cofundadores del movimiento comunista, o como Orwell, partidario del ILP y el POUM, que hoy serían tildados como partidos de extrema izquierda.

El sistema carece de escrúpulos cuando trata de barrera para su lado todas las disidencias, o de incorporar a su propio acervo las aportaciones de antiguo revolucionarios, sobre todo cuando ya se han “arrepentido”. Estas tentativas fueron aplicables incluso con Trotsky como teórico de la “revolución traicionada”, de ahí que algunos de sus alegatos más antiestalinistas fueran asimilados por los propagandistas del “mundo libre”, e incluso editados en la España de Franco. Los propagandistas se volvieron mucho más cautos cuando Trotsky volvió a aparecer como un clásico vivo que era leído con entusiasmo por las nuevas generaciones, de ahí que su nombre apareciera en todas las “listas negras” inherentes a los golpes militares. Una anécdota reveladora de esta doble juego nos lo ofrece una noticia aparecida en el diario francés Le Monde cuyo corresponsal en la capital tailandesa contaba que la junta militar que había auspiciado el estreno de la película de Joseph Losey sobre *El asesinato de Trotsky*, con la obvia intención de contribuir al descrédito del partido comunista, acabó retirándola de la cartelera cuando comprobó que los estudiantes que habían ido a verla, comenzaban a desarrollar una crítica al estalinismo.

Fuera de esta tentativa de instrumentalización, normalmente la historiografía conservadora ha tenido a subestimar la cuestión trotskista, tanto es así que muchas veces se cita a sus representantes sin señalar su vinculación, o bien aparece en la letra pequeña y en la que raramente se entra en los contenidos políticos, en tanto que en la historiografía relacionada con los partidos comunistas se trata de un apartado molesto. Esto explica la existencia de una “cultureta” que se limita a abordar el tema desde su dimensión más “exótica”, la de las tribus divididas y enfrentadas por el legado del profeta. Esta era la medida que más pesaba en el tiempo que antecedió al mayo del 68, donde los acontecimientos mostraron la existencia de una presencia grupuscular, sino también de una cultura política y un proyecto que, aunque contenido por la hegemonía comunista oficial en el movimiento obrero, comenzaba a abrirse camino.

En esta subestimación general también se incluye la historia de la IV Internacional, normalmente despachada con unas notas a pie de página en los libros de historia social, calificada de capítulo menor en la trayectoria de Trotsky, de lo que fue y lo que no pudo

ser. No obstante, la historia de su resistencia no desmerece a la de su primer protagonista.

2. "EL DEUTSCHER". La monumental biografía que le dedicó su (heterodoxo) discípulo Isaac Deutscher fue durante mucho tiempo especialmente admirada y leída. Se compone de tres tomos que tomaban el título de una cita de Maquiavelo: *El profeta armado*, *El profeta desarmado* y *El profeta desterrado*, y las publicó la editorial mexicana ERA (en catalán, Edició de Materials, Barcelona, 1967). Su título venía justificado con una larga cita *El príncipe*, de Maquiavelo:

[...] no hay nada más difícil de manejar, ni cuyo acierto sea más dudoso, ni se haga con más peligro, que el obrar como jefe para introducir nuevos estatutos. Tiene el introductor por enemigos activísimos a cuantos sacaron provecho de los antiguos estatutos, mientras que los que pudieran sacar el suyo de los nuevos no los defienden más que con tibieza [...]. Cuando uno quiere discurrir adecuadamente sobre este particular, tiene precisión de examinar si estos innovadores tienen por sí mismos la necesaria consistencia, o si dependen de los otros; es decir, si, para dirigir su operación, tienen necesidad de rogar, o si pueden precisar. En el primer caso, no salen acertadamente nunca, ni conducen cosa ninguna a lo bueno; pero cuando no dependen sino de sí mismos, y que pueden forzar, dejan rara vez de conseguir su fin. Por esto, todos los profetas armados tuvieron acierto y se desgraciaron cuando estaban desarmados [...]. Además de las cosas que hemos dicho conviene notar que el natural de los pueblos es variable. Será hacerles creer fácilmente una cosa, pero habrá dificultad para hacerlos persistir en esta creencia. En consecuencia de lo cual es menester componerse de modo que, cuando hayan cesado de creer, sea posible precisarlos a creer todavía. Moisés, Ciro, Teseo y Rómulo no hubieran podido hacer observar por mucho tiempo sus constituciones si hubieran estado desarmados, como le sucedió al fraile Jerónimo Savonarola, que se desgració en sus nuevas instituciones. Cuando la multitud comenzó a no creerle ya inspirado, no tenía él medio alguno para mantener forzosamente en su creencia a los que la perdían, ni para precisar a creer a los que ya no creían.

El «profeta» de Deutscher es una categoría en sí misma (seguramente es el concepto más familiar entre los que lo ignoran casi todo sobre esta historia), un trabajo cuya influencia abarcó a toda una generación e influyó poderosamente en muchos otros historiadores, como reconoció noblemente E. H. Carr; todavía se cita como la más lograda evocación del personaje. No obstante, tiene sus detractores. Por ejemplo, el historiador liberal austriaco George Lichteim señaló en 1967 que, al final de todo, se trataba «muy ampliamente de una apología discretamente velada de Stalin y sobre todo de sus sucesores», pero, en mi opinión, esto únicamente se puede sostener desde una óptica tan anticomunista como la del autor. Hay una coincidencia en dictaminar que el tercer volumen resulta más flojo que sus dos predecesores, ya que Deutscher no rehúsa aparecer como actor para mostrar sus desacuerdos con Trotsky en los años treinta sobre la oportunidad de la fundación de la IV Internacional en unas circunstancias tan adversas. En su *Trotsky*, Mandel es mucho más ecuánime:

Deutscher considera que las ideas de Trotsky representan esencialmente la continuación de todo lo mejor de la tradición bolchevique, aunque llegara a pensar que esas ideas podían sobrevivir y hacerse eficaces aun en el caso de que quedaran incorporadas tan sólo en forma literaria. No comprendió que, por brillantes que fueran los escritos y las

ideas de Trotsky, seguían requiriendo el vehículo de la organización para darles validez política y para convertirlos en una fuerza dentro del movimiento obrero. Sin embargo, la trilogía de Deutscher sigue siendo hoy la más destacada exposición general de la vida y el pensamiento de Trotsky y constituye, a su modo, una obra maestra de la historiografía marxista.

De manera más abreviada, Deutscher dedicó otros trabajos a Trotsky, a veces de una manera bastante polémica, como es el caso de «Trotsky en el nadir», que aparece en su recopilación *Ironías de la historia* (Península, Barcelona, 1972), o, más admirativamente, en «Trotsky en nuestro tiempo», que sirvió de prólogo a la edición norteamericana de la antología *La era de la revolución permanente* efectuada por George Novack, y aunque no fue incluido en su edición española (Akal, 1976, que a cambio insertó un prólogo a todas luces circunstancial de Enrique Tierno Galván), aparece en la recopilación de Deutscher titulada *El marxismo de nuestro tiempo* (ERA, México, 1975).

Discusiones aparte, no cabe duda de que medio siglo después se requería una puesta al día facilitada por la ampliación de toda clase de investigaciones y de reconocimientos llevada a cabo desde los años sesenta. En los años ochenta tuvo lugar la creación del Instituto León Trotsky en Grenoble, bajo la dirección del historiador francés Pierre Broué. La culminación de esta empresa, a la que Broué ha dedicado toda una vida como profesional, dio lugar a un trabajo no menos ambicioso: *Trotsky* (Fayard, París, 1988), con 1.105 apretadas páginas, y en las que cada paso, cada argumento, resulta escrupulosamente verificado. La mayor aproximación hasta el momento sobre las ediciones de obras de Trotsky es el monumental trabajo de Louis Sinclair *Leon Trotsky. A Bibliography* (Universidad de Stanford, 1972). Una extensa recopilación de «retratos» se encuentra en *El verdadero Trotsky* (Extemporáneos, México, 1975), que reúne, entre otros, textos de André Malraux, Víctor Raúl Haya de la Torre, Julio Álvarez del Vayo, Carlos Rosselli, José Carlos Mariátegui, Curzio Malaparte, Fernando de los Ríos, Ernesto Montenegro, Ciro Alegría, Dwight MacDonald, Manuel Rojas, Winston Churchill, Max Eastman y François Mauriac. También resulta muy útil el trabajo de Heinz Abosh *Crónica de Trotski. Datos sobre su vida y su obra* (Anagrama, Barcelona, 1974, tr. de Luis Carroggio).

3. Contra el trotskismo. Entre el amplio material fundamentado contra Trotsky desde las posiciones estalinistas, se encuentra la recopilación de Lenin *Contra el trotskismo* (2 tomos, Anteo, Buenos Aires, 1975) y el folleto del propio Stalin *Trotskismo o leninismo?* (ETA, Medellín-Colombia, 1971). Aparte del opúsculo de Leo Figueres *Le trotskisme, cet antileninisme* (Sociales, París, 1969), cabe señalar también el voluminoso compendio del maoísta franco-griego Kosta Mavrakis *Sobre el trotskismo* (La Flor, Buenos Aires, 1974, tr. de Graciela Isnardi). Una crítica exhaustiva de ambos fue la desarrollada por Denise Avenas y Alain Brossat en *Sur l'antitrotskisme* (Masperó, París, 1973), en la que se pone de manifiesto que los autores aceptan prácticamente todas las falsificaciones del estalinismo, incluidos los «procesos de Moscú». Sobre el apartado soviético se podría escribir un extenso tratado, y el lector podrá encontrar su huella en las notas de las ediciones de Lenin. Solamente Nadia Krupskaya pudo escribir en la URSS estalinista con una notable veracidad sobre Trotsky en su *Mi vida con Lenin* (Mandrágora, Barcelona, 1976), obra publicada cuando la *t* de «trotskista» era el más seguro equivalente de muerte o desaparición. Desde una perspectiva muy diferente, se podría citar la tentativa del notable historiador norteamericano Stephen F. Cohen por desarrollar una interpretación «anti-Deutscher» en su *Bujarin y la revolución bolchevique. Biografía política, 1888-1938* (Siglo XXI, Madrid, 1976, tr. de Vicente Romano García). Cohen trata

de imponer a Bujarin como la alternativa más adecuada al estalinismo, una aportación que resultaría muy criticada, pero que tiene sus partidarios entre sectores de intelectuales heterodoxos del área del PCE-PSUC.

Un debate más al día fue el promovido por la *New Left Review*, con aportaciones del eurocomunista Nicolás Krassó y las respuestas ofrecidas por Ernest Mandel en *El marxismo de Trotsky* (Cuadernos de pasado y presente, Ciudad de México, 1970, tr. de Ofelia Castillo), que comprende otras aportaciones complementarias por parte de Monty Johnstone, el cubano Roberto Yepes y Tamara Deutscher. Desde una óptica socialista de izquierda se encuentran las críticas desarrolladas por Geoff Hogson en *Socialismo y democracia parlamentaria* (Fontamara, Barcelona, 1980, tr. de Marta Humprets). La hoy olvidada corriente consejista concentró sus airadas críticas en el opúsculo de Willy Huhn *Trotsky, le Staline manqué* (Spartacus/René Lefevre, París, s/f), con un texto añadido de Paul Mattick, «Stalinisme et bolchevisme», del que traducimos un significativo párrafo: «Trotsky no podía permitirse ver en el bolchevismo un simple acontecimiento de la tendencia mundial hacia una economía fascista. En 1940, defendía todavía la opinión de que el bolchevismo había, en 1917, evitado la llegada del fascismo en Rusia. Él tendría perfectamente claro en nuestros días —de hecho, debería tenerlo desde hace tiempo— que lo que Lenin y Trotsky no consiguieron evitar es utilizar una ideología no marxista para enmascarar una reconstrucción fascista de Rusia. Sirviendo los fines del capitalismo de Estado, la ideología marxista del bolchevismo se ha acabado desacreditando. Desde cualquier punto de vista que se quiera sobrepasar el sistema capitalista y la explotación, el trotskismo y el estalinismo no son más que reliquias del pasado». Existen ideas muy similares entre los libertarios, como se verá en el apartado de Kronstadt.

II. LOS BOLCHEVIQUES Y LENIN

1. Bolcheviques y mencheviques. El principio de la leyenda de Trotsky se encuentra en su primera relación con Lenin en el marco del consejo de redacción de la mítica revista *Iskra* (*La Chispa*), que, según un poema famoso, estaba destinada a iluminar la estepa con su fuego. Todo esto ocurría en los primeros años del siglo xx, un tiempo que, al decir de aquel joven al que ya llamaban «La pluma», era «únicamente el presente», un tiempo destinado a ser transformado por una marea revolucionaria orientada por las teorías marxistas, que se interpretaban como un primer paso para un desarrollo democrático, igualitario y consciente de una historia que hasta entonces se había hecho aplastando a los de abajo; para pasar de la prehistoria a la historia, al decir de Simone de Beauvoir.

Aunque su lucha contra el zarismo data de su época de estudiante, Trotsky no empezó a ser militante en sentido estricto hasta que fue requerido por Lenin para el comité de redacción de la citada revista, que, a su manera, era una especie de centro dirigente provisional de los marxistas rusos desde el exilio. Al encontrarse con Lenin, Trotsky era portador de una voluntad firme de establecer, de una vez por todas, las bases de un partido revolucionario centralizado, un instrumento capaz de estructurar una respuesta activa y concentrada contra el temible Estado zarista, frente al cual se habían estrellado diversas generaciones de revolucionarios sin pueblo, al tiempo que articulaba una respuesta obrera socialista anticapitalista que, en combinación con el proletariado internacional, se estaba desarrollando en Rusia descomponiendo las bases sociales de la autarquía y de sus beneficiarios. Estas propuestas daban un cuerpo programático y

organizativo a un movimiento obrero que crecía día a día.

Algo más veterano, Lenin no dudó que Trotsky le serviría de apoyo en la lucha que estaba librando frente a los métodos más tradicionales de Georgi Plejanov, Vladimir Petrosov, Vera Zasúlich, Pavel Axelrod y Yuri Martov —más tarde líder de los mencheviques—, todos ellos personalidades de primer rango en el primer marxismo (y populismo; Vera además era un auténtica leyenda) ruso. No se trataba, por lo tanto, de un debate sobre mayor o menor democracia interna, ya que éste fue un criterio que nadie se cuestionó; todos admiraban el modelo socialista alemán. Recordemos que la historia del bolchevismo en la ilegalidad se puede seguir a través de sus sucesivos congresos y de sus numerosos debates entre tendencias; nadie fue nunca expulsado por sus diferencias, nadie dijo nunca que la minoría le «hacía el juego» al zarismo. Sin embargo, también era cierto que éste imponía en el interior unas condiciones en las que la supervivencia de una organización estable se hacía sumamente difícil sin unas buenas dosis de entrega y heroísmo. La dureza represiva convertía en trágica cualquier militancia, y al parecer de Lenin, para resultar efectiva, ésta tenía que ser algo parecido a una profesión, una actividad fundamentada en la dedicación rigurosa y en la defensa coherente de unos acuerdos programáticos y tácticos ampliamente debatidos mediante toda clase de reuniones, folletos, artículos y congresos.

Esta impresión de convergencia entre ambos se generalizó durante el congreso del Partido Socialdemócrata Ruso (POS DR) celebrado en Londres, de modo que se le colocó a Trotsky el apodo de «el garrote de Lenin». También existía la impresión de que el comité de redacción de *Iskra* era un bloque sin fisuras, y, de hecho, así fue en los temas de «principios», de la primera fase del congreso: no hubo ninguna transigencia con las propuestas reformistas o revisionistas, que quedaron fuera del partido. Los diversos debates giraron en torno al derecho de autodeterminación de las nacionalidades oprimidas, a la compleja cuestión judía y el Bund (fracción socialista judía, muy afectada por los sucesivos pogromos animados por los desagües del Estado zarista) y en torno a la necesidad de incluir en el programa la dictadura del proletariado en oposición a la dictadura burguesa (para Plejanov, la «suprema ley» era la «salud de la revolución», y justificaba este argumento a la luz de la Revolución francesa, desde un punto de vista jacobino, tradición criticada no por su radicalismo, sino por no haber sabido integrar sus propias diferencias internas). Según Lenin, el socialista era un jacobino «armado» con la teoría marxista.

Todas estas impresiones se derrumbaron desde el momento en que lo que parecía un pequeño punto dividió al partido por la mitad. Después de la lucha contra el revisionismo, éste fue sin duda el «primer acto» de la escisión ulterior entre socialdemócratas, y con motivaciones que parecían ajenas a las que dividían a la derecha, al centro y a la izquierda en la Internacional Socialista. Sin embargo, en su sentido más profundo, ni el mismísimo Lenin lo comprendió durante aquella época. Para él se trataba de responder eficazmente a una situación nacional en la que la supervivencia de las agrupaciones era muy perentoria, y en la que el influjo de la opresión zarista (a través de los alcohólicos, de los torturados, de los agentes dobles, etc.) había destruido una y otra vez muchas organizaciones locales. Lo que ocurrió luego es que, en torno a este punto, se unieron otros nuevos factores como el del papel de la burguesía en la revolución a la luz de 1905, aunque su conexión con el debate internacional tardó en verse claro. Hasta 1914 por lo menos, los mencheviques apostaron por posiciones de izquierda dentro de la II Internacional, y durante la Gran Guerra Martov y sus afines siguieron siendo internacionalistas; desde 1914, el «socialdemócrata» más conservador acabaría siendo Plejanov, pero ni siquiera Stalin se atrevió a cuestionar la importancia de su legado, de manera que su obra fue ampliamente editada en la URSS.

Por todo ello, el dilema entre el partido de los revolucionarios o el partido con todas las tendencias, fracciones y simpatizantes que era común en la II Internacional, confundió a muchos de los protagonistas asistentes al citado congreso. Para sorpresa de los presentes, Georgi Plejanov se situó —por poco tiempo— al lado de Lenin, mientras que Martov encontró en Trotsky a su mejor aliado. Pese a que la propuesta de los bolcheviques de dirigir ellos —ya que eran la mayoría— el comité de redacción de *Iskra* sin el viejo equipo era totalmente legítima, Trotsky entendió que esto significaba un menosprecio indignante hacia la «vieja guardia» marxista, y que le correspondía a Lenin la responsabilidad de una ruptura. Se opuso al cisma sobre la base de esta concepción, y su lema en el congreso sería semejante al que repitió más tarde insistentemente: «¡No dirigir, sino servir! ¡No escindir, sino unir!»; algo que sobre el papel parecía incuestionable. Pero un cuarto de siglo más tarde, en *Mi vida*, Trotsky justificaba así su posición: «Yo me consideraba centralista, pero no cabe duda de que, en aquel período, no veía en absoluto hasta qué punto un centralismo cerrado e imperioso era necesario al partido revolucionario para conducir a millones de hombres al combate contra la vieja sociedad [...]. En la época del Congreso de Londres de 1903 la revolución era todavía a mis ojos una abstracción teórica en su mayor parte. El centralismo leninista no se justificaba todavía para mí como una concepción revolucionaria, clara y definida, de manera independiente».

En esta fase, Trotsky se mantendrá al margen de las fracciones y sin intentar crear ninguna organización propia, aunque sí establecerá diversos agrupamientos inestables con tráfugas de ambas formaciones opuestos a la ruptura. En algunos momentos, el rigor de la crítica leninista irá dirigida contra los bolcheviques «conciliadores» (partidarios de un acuerdo con los mencheviques), que se aproximan a sus posiciones, y atacará a Trotsky, justamente por considerarle el más consecuente «conciliador» que prepara el camino de la integración en el menchevismo. En 1910, Trotsky consigue fraguar un pacto entre los dos grupos, a condición de que los mencheviques expulsen a su tendencia «liquidacionista» y proliberal (los que rechazaban el trabajo clandestino y delegaban en los liberales el protagonismo en la lucha política) y los bolcheviques hagan lo propio con su tendencia llamada **ultimatista** (los que repudian todo trabajo legal). Pero los primeros no cumplirán lo pactado, y Trotsky, que se puso de su parte, quedó desautorizado. Deutscher afirmará lo siguiente sobre este lejano debate:

Porque, en un sentido, esta controversia podía ser considerada como un conflicto entre los partidarios de la disciplina y los defensores del derecho de oposición. Trotsky tomó partido contra los primeros. Lo cual le arrastró hacia el camino de las inconsecuencias manifiestas. Él, el campeón de la unidad, cerró los ojos en nombre de la libertad de oposición, ante la nueva división del partido provocada por los mencheviques. Él, que glorificaba la clandestinidad con el celo digno de un bolchevique, tendió la mano a los que querían liquidar la clandestinidad, calificándola de molesta y peligrosa. En fin, el enemigo mortal del liberalismo burgués hizo frente común con los partidarios de la alianza con el liberalismo en contra de los adversarios feroces de esta alianza.

Ulteriormente, Trotsky consideró sus críticas al bolchevismo como «el principal error de su juventud». Las expresó básicamente de una manera muy semejante a la efectuada por Rosa Luxemburgo, cuyo enfoque partía de un rechazo del «aparato» burocrático-parlamentario de la socialdemocracia alemana, a la que oponía la espontaneidad de las masas, y un partido forjado en el mismo proceso revolucionario. Anotemos que Rosa fue catalogada sumariamente como «trotskista» por Stalin a mitad de los años treinta, una acusación con la que, entre otras cosas, se sentenció a muerte a buena parte del Partido

Comunista polaco... Por su parte, Trotsky consideraba que el esquema leninista suponía una desviación jacobina, y por lo tanto contraria al pensamiento marxista clásico que confiaba plenamente en la capacidad autoemancipadora del proletariado. Acuñó la acusación de «sustituimos» contra los criterios leninistas, que, en su opinión, se traducían en la siguiente lógica fatal: el partido sustituye a las masas, la organización del partido (un pequeño comité) comienza por sustituir al conjunto del partido; después, el Comité Central sustituye a la organización y, finalmente, un dictador o un líder máximo, a dicho Comité.

En esta época Trotsky también desconfiaba del tipo de partidos socialistas como el alemán, en el que el aparato subyugaba la iniciativa de la base militante y de las masas en general. Para él, Lenin no sólo dominaba del aparato «profesional», sino que incluso doblegaba más sus propias concepciones impidiendo el libre juego de un amplio abanico de tendencias. Creía que, en la revolución que se aproximaba, las diferencias quedarían atrás como asuntos mezquinos y el protagonismo central que Lenin le confería al partido pasaría a un segundo plano, ya que «la voluntad subjetiva del partido [...] no es sino una fuerza entre mil y está muy lejos de ser la más importante». La clase obrera, que era «capaz de ejercer su dictadura sobre la sociedad, no tolerará un poder dictatorial sobre ella»; unos argumentos que, a la luz del tiempo, cobrarán un sentido claramente positivo desde el momento en que en medio de la guerra civil, el leninismo, con el concurso de Trotsky, tendió a favorecer más la acción de Estado que la participación de las masas.

Después de todo, las experiencias de las luchas sociales le acercaron hacia el bolchevismo (que también conoció su propia evolución), lenta pero firmemente. El camino se ha ido allanando después de sus sucesivos fracasos conciliadores y de la aclaración que se va operando entre el internacionalismo intransigente de los bolcheviques y el reblandecimiento de los mencheviques ante el patriotismo de la mayor parte de la socialdemocracia internacional. «El leninismo —dirá— es la única salida para los auténticos internacionalistas». Los aspectos que facilitaban esta adhesión fueron, en opinión del propio Trotsky, los siguientes:

1. Las limitaciones que percibe, después de la revolución de febrero, en la capacidad autoemancipadora de las masas, que, si bien han sido capaces de derrocar el zarismo, apoyan las tendencias reformistas de mencheviques y eseristas (socialistas revolucionarios que, a su vez, se muestran dependientes de la burguesía liberal).
2. La revolución no había soldado las diferencias, sino que las había incrementado más (de un lado, el partido de la reforma; del otro, el de la revolución).
3. Los bolcheviques habían superado sus estrecheces sectarias y se mostraban capaces tanto de ser la parte más avanzada dentro del movimiento real como de rectificar sus esquemas y adoptar abiertamente la tesis de que la revolución por hacer era la socialista. Su oposición al régimen leninista del partido se debía, escribió Trotsky al final de su vida, a que «no había comprendido que, para alcanzar la meta revolucionaria, es indispensable un partido sólidamente soldado y centralizado». Ahora bien, en 1917 aceptó «completamente y de todo corazón los métodos leninistas del partido». Pero matiza que estos métodos no son los expuestos en *¿Qué hacer?*, cuyo carácter es unilateral y, por consiguiente, estrecho, muy propio de las condiciones en que se desenvuelve el exilio; el propio Lenin lo reconoció más tarde. Es más, considera que sus críticas, desarrolladas por Trotsky en su obra *Nuestras tareas políticas*, no estaban desencaminadas. Si bien eran injustas con Lenin, no lo eran con el aparato bolchevique formado por los *comitard* («hombre de comité»), de los que Nadia Krupskaya habla despectivamente en sus memorias (y que, en las diversas etapas en que ocuparon cargos de responsabilidad, se distinguieron muchas veces por su rigidez formalista,

sobre todo los que estaban por las tareas más internas).
Según Ernest Mandel:

Antes de 1917, Trotsky cometió un error desastroso. No solamente no se unió a los bolcheviques, lo que fue el mayor error de su vida, sino que llegó a construir una organización de cuadros sólidos para defender su propia línea. En consecuencia, entró en la Revolución rusa de 1917 con un programa excelente, con un pequeño número de cuadros brillantes y algunos miles de simpatizantes, el grupo de los «interdistritos» — Mezhrayozniki—, es decir, unas fuerzas organizadas tan reducidas que no tenían ninguna probabilidad de construir un partido revolucionario de masas que hubiera podido influenciar de manera decisiva el curso de los acontecimientos.

2. Una visión abierta de Lenin. Trotsky escribió una memorable evocación de sus peripecias en Londres, en un texto, «Lenin y la antigua *Iskra*», que serviría como prólogo a su recopilación sobre *Lenin* (1924), que debía preceder a una biografía más voluminosa, un proyecto que pudo cumplir solamente en su primera parte, *El joven Lenin* (Fondo de Cultura Económica, México, 1972, tr. de Ángela Muller). Esta recopilación, entre otras cosas, pone nuevamente de manifiesto que Trotsky era capaz de trazar semblanzas, de reconstruir ambientes, de dar viveza a un relato con la inclusión de breves anécdotas, así como de ofrecer con vigor y elegancia su propio punto de vista. En el libro se incluyen además otros diez capítulos bajo el título de «En torno a Octubre», el último de los cuales se refiere a la visión que sobre Lenin tenían los niños, así como una serie de apéndices más circunstanciales. Es una de sus obras maestras. Ofrece una amplia semblanza y una extensa colección de recuerdos de años decisivos, escritos con gran distancia en el tiempo durante una enfermedad de su autor, y según confesión propia sin más ayuda que la de su propia memoria.

Este Lenin no era el «verdugo de la democracia» (una democracia que no existió nunca como alternativa real en 1917; así lo reconoció el líder cadete, Miliukov), sino que aquí aparece un Lenin risueño, alegre, decidido y fascinante. Es un hombre sencillo que camina junto a Trotsky por la noche, de regreso de una *opéra comique*. A Trotsky le hacían un daño atroz las botas que el propio Lenin le había regalado, y Lenin bromeaba, pero «bajo sus bromas se ocultaba, sin embargo, la compasión de quien comprende muy bien la molestia ajena». Es un Lenin que corre como una exhalación para no llegar tarde a una reunión y se ríe a carcajadas cuando alcanza la tribuna a la hora prevista... Por encima de estas anotaciones está la calidad excepcional del personaje y de sus circunstancias históricas, y el relato directo, de primera mano, de acontecimientos de primera magnitud, que luego han sido más o menos falseados por la novela, el reportaje fácil o una amputación histórica que llega al extremo de titular *Lenin tuvo la culpa* un documental televisivo sobre la historia de la revolución. La maniobra es sencilla: se trata de atribuir a Lenin toda la responsabilidad del curso revolucionario, medir éste por su evolución burocrática y destruirlo por su jacobinismo durante la guerra civil, en especial por su actitud en la ejecución de la familia del zar.

La obra conoció una importante edición en castellano —en una traducción directa del ruso efectuada por José Laín Entralgo— publicada por Ariel (Barcelona, 1972; al parecer la traducción anónima de 1927 era bastante mala), y resulta sumamente representativa de la «buena prensa» que comenzaba a tener Trotsky (Lenin ya la tenía) en la época. Cuenta con un extenso prólogo del presidente de la Real Academia de la Historia, el antaño muy conservador Jesús Pabón, acerca de la figura de Trotsky, y está escrito desde unos supuestos ideológicos muy diferentes. La edición comprende también un epílogo de Íñigo Moreno de Arteaga, marqués de Aula, sobre las «peripecias» de Trotsky

en España (se ofrece la traducción de Nin publicada en Ed. España, Madrid, 1929, que apareció con un prólogo entusiasta del socialista Julio Álvarez del Vayo), y, al margen de sus prejuicios, ofrece detalles de interés, como la visita frustrada a José Ortega y Gasset, a la sazón simpatizante del PSOE, y quien observó a Trotsky desde la mirilla de su casa pero —en un gesto que no dejó de resultar simbólico— no le abrió la puerta. Observando, por un lado, el atraso de la humanidad natural del pueblo, y, por otro, el atraso de las masas trabajadoras, Trotsky se interroga sobre las «palancas» que serán necesarias para cambiar tal situación; en aquella época, Ortega escribió que todo lo que el pueblo no cambia hay que cambiarlo de nuevo, una frase que Trotsky habría seguramente citado a gusto.

Finalmente se ofrece una traducción de Pere Gimferrer de la célebre reseña del mismo libro que escribió André Breton (en colaboración con Paul Éluard), tan trascendental en la evolución política del movimiento surrealista. Breton y Éluard conocieron trayectorias muy diferentes en sus relaciones con el movimiento comunista: mientras que Breton siempre denunció el estalinismo, Éluard lo justificó. El contraste fue palpable delante del caso del surrealista y trotskista checoslovaco Zavis Kalandra. Este caso ha sido citado recientemente por Rosa Montero desde una de sus tribunas en *El País*, como ejemplo de la abyección en la que cayeron los intelectuales “comunistas”. Como si la figura de Eluard (o de Neruda) pudiera medirse exclusivamente por su relación el comunismo tal como lo soñaron, o lo vieron en oposición al “mundo libre”, como si una señora instalada que mira hacia otro lado cuando la barbarie se hace en nombre de la “democracia”, pudiera erigirse en juez sin necesidad de dar cuenta de sus propias cegueras.

III. 1905 Y LOS SOVIETS

1. El primer “trotskismo”. La leyenda continúa con la situación revolucionaria de enero de 1905, episodio auroral del siglo xx en el que Trotsky sería, en palabras de Deutscher, «[...] el único entre los líderes de la emigración que acudió al campo de batalla tan pronto como pudo, se convirtió en el líder máximo de la primera revolución. Cuando Lenin puso pie en suelo ruso, Trotsky se disponía a convertirse en presidente del Soviet de San Petersburgo».

Apartado de las diversas fracciones de la socialdemocracia rusa, Trotsky pudo trabajar por igual con una y otra. Fue el hombre clave para los mencheviques del interior, mientras que los bolcheviques, a través del lugarteniente de Lenin en el interior, el ingeniero Nikolai Krassin, se puede decir que no dieron un paso sin contar con él. Después de pasar un tiempo en la clandestinidad y utilizando diversos «disfraces», pronto encontró su lugar ideal en las masivas asambleas que se sucedían febrilmente en la capital de la revolución. Su influencia en ellas fue tal que un hombre tan frío y lúcido como el profesor Miliukov, historiador y principal animador de los liberales rusos (también llamados «cadetes», cuya acción política primordial era presionar cerca de la Corona para influir en una democratización controlada), llegó a escribir poco después: «Quienes ahora acusan a nuestro partido de que entonces no protestó contra las ilusiones revolucionarias del trotskismo [...] sencillamente no entienden o no recuerdan el estado de ánimo que predominaba en el público democrático de las asambleas». Cuando Lenin tuvo conocimiento de esta influencia comentó: «Bien, Trotsky se lo merece por su labor brillante e infatigable».

Los acontecimientos habían comenzado de una forma sumamente paradójica. Una manifestación obrera encabezada por el célebre cura Gapón se encaminó con plegarias

y ruegos a los pies del «padrecito» de todas las Rusias... La respuesta del zar fue el asesinato indiscriminado de hombres, mujeres y niños. Lo que le siguió no fue ya con la música de la Iglesia ni del pasado ruso, sino con el himno de la futura revolución: la huelga general, las asambleas multitudinarias, las barricadas, las manifestaciones y la confraternización con las fuerzas represivas, que, en general, no se atrevieron a intervenir. Los comités de delegados electos y revocables eran la expresión de la «democracia directa». El ayer y el mañana se fundían. Como apuntó Rosa Luxemburgo: «Al frente de la procesión iban los iconos; pero, por encima de las cabezas de las multitudes, sobrevolaba el espíritu de Carlos Marx».

Ante la avalancha que se abría paso, la monarquía trató de ejecutar la maniobra clásica: promulgó un manifiesto para crear una Duma (parlamento ruso) verticalista y meramente consultiva, pero no engañó a mucha gente. Sólo los liberales —quienes en un principio tenían que desempeñar el papel de vanguardia democrática— aceptaron la maniobra, y quedaron en evidencia. Trotsky los denunció en una *Carta abierta al profesor P. N. Miliukov*, en la que vibra toda la repulsa que sentía por el liberalismo de la época. Los liberales de 1789, les recordó, no transigieron con promesas como éstas; en cambio, sí lo hicieron los de 1848 por miedo a la revolución, y la libertad fue ultrajada y traicionada:

Pero la historia no enseña nada a los profesores de historia. Los errores y los crímenes del liberalismo son internacionales. Usted está repitiendo los que sus predecesores hicieron en la misma situación hace medio siglo [...]. Usted teme romper con la Duma. Porque este espejismo constitucional le parece real en el desierto seco y estéril que el liberalismo ruso viene atravesando hace más de una década [...]. Usted, profesor, no le dirá esto al pueblo. Pero nosotros sí se lo diremos, y si usted trata de entrar en debate con nosotros, no en los banquetes liberales, sino en presencia de las masas, demostraremos que con nuestro áspero y rudo lenguaje revolucionario podemos ser irrefutablemente más convincentes y elocuentes [...]. Si la revolución no retrocede, la burocracia se aferrará a usted como su baluarte; y si usted realmente trata de convertirse en su baluarte, la revolución victoriosa le echará a usted por la borda [...]; si, en cambio, la revolución es derrotada, entonces el zarismo no tendrá ninguna necesidad de su liberalismo. Usted se propone no prestar atención a las voces de la derecha y a las voces de la izquierda [...]. La revolución todavía no ha dicho su última palabra. Con poderosos y amplios movimientos acerca el filo de su cuchillo al cuello del absolutismo. Cuídense los sabelotodos del liberalismo de poner su mano bajo la reluciente hoja de acero. ¡Cuídense de ello!

El curso de la revolución parecía que le estaba dando la razón con relación al tema del partido: la autoactividad de las masas estaba en primer plano, mientras que las diferencias entre bolcheviques y mencheviques no se mostraban en ningún momento. La capacidad revolucionaria de la clase obrera la veía reflejada en los soviets: a ellos se refiere así Trotsky en la que Mandel define como una «obra maestra», *Balance y perspectiva*:

No se trata de organizaciones preparadas para la conspiración de antemano, con el fin de asegurar, en el momento de la revuelta, la toma del poder por los obreros. No, los soviets son órganos creados, de manera concertada, por las masas mismas, con el fin de coordinar sus luchas revolucionarias, y estos soviets, elegidos por las masas y responsables delante de las masas, son incontestablemente instituciones democráticas y hacen la política de clase más resuelta en el espíritu del socialismo revolucionario.

Dentro del soviets de San Petersburgo, llamado simplemente en toda Rusia «el soviets», Trotsky desplegó una inmensa labor de agitador a través de la prensa y los

mítines. Trató de adecuar los soviets extendidos por toda Rusia a las tareas de la insurrección para derrocar el viejo régimen e imponer en Rusia una Asamblea Constituyente y la democracia. Pero no todas las condiciones para ello estaban reunidas. La debilidad del movimiento campesino era manifiesta, y los soldados, en su mayor parte campesinos, todavía mantenían una actitud pasiva. Sólo los obreros estaban francamente decididos. Como Trotsky dijo más tarde: «Si “el soviets” no ganó la insurrección para el proletariado, sí que al menos ganó al proletariado para la insurrección».

Esta revolución espontánea, creativa y, de hecho, la última que unió sin notables discordancias a todas las tendencias del movimiento obrero, fue el «ensayo general» de 1917. De ella los mencheviques extrajeron la lección, expresada por Plejanov, de que no se debían haber tomado las armas ni alejado del liberalismo. Los bolcheviques, por el contrario, aprendieron que había que prepararse para la insurrección y rechazar cualquier conciliación con los liberales. Trotsky, por su lado, consideró lo siguiente:

Rusia se encuentra ante una revolución burguesa y democrática. La base de esta revolución es el problema agrario. El poder será conquistado por aquella clase, por aquel partido, que dirija a los campesinos contra el zarismo y los terratenientes. Esta misión no podrá ser realizada ni por el liberalismo ni por la *intelligentsia* democrática: su misión histórica ha terminado, la escena revolucionaria ha sido ocupada por el proletariado. Sólo los socialdemócratas pueden dirigir a los campesinos por medio de los trabajadores. Esto abre a la socialdemocracia la posibilidad de conquistar el poder más pronto que en los países occidentales. La tarea inmediata de la socialdemocracia será completar la revolución democrática. Tras la toma del poder, el partido proletario no podrá contentarse con el programa democrático, sino que estará obligado a tomar medidas socialistas [...]. La línea estratégica fundamental exige, por lo tanto, que la socialdemocracia emprenda una lucha irreconciliable contra el liberalismo para alcanzar la influencia sobre los campesinos y que, al mismo tiempo, se prepare para tomar el poder durante la revolución burguesa.

2. Comentarios sobre un comentarista. La edición castellana de *La revolución de 1905*, de León Trotsky, en la colección Texto de Planeta (Barcelona, 1975, tr. del inglés de Iris Menéndez y Horacio González Troya), afirmaba en su contraportada: «Esta obra es el estudio táctico y teórico del levantamiento popular de San Petersburgo, el mar Negro y Moscú, majestuoso prólogo del drama revolucionario de 1917», como afirma el propio León Trotsky. Sus páginas ofrecen una minuciosa selección de todos los hechos que «componían el verdadero significado de la revolución» y, al mismo tiempo, encierran un penetrante análisis sociológico de los aspectos que motivaron la descomposición del régimen zarista. Surge así una visión dinámica de las tensiones mutuas entre la aristocracia rural, el campesinado, el colonialismo económico extranjero, el proletariado y la *intelligentsia*. Trotsky polemiza no sólo con los representantes del zarismo y de los liberales constitucionalistas, sino también con sus propios compañeros revolucionarios, lo que hace del libro un valioso y necesario elemento para conocer y profundizar en el pensamiento de uno de los creadores de la teoría y la práctica revolucionarias de nuestro siglo. La obra culmina —a modo de fascinante y sincero documento humano— con el relato del exilio del autor en Siberia y su dramática fuga el invierno de 1907.

Dicha edición contaba con un prólogo del escritor monárquico liberal Santiago Nadal, quien, desde la famosa revista barcelonesa *Destino*, era en aquel entonces un reconocido politólogo. Nadal establece con detalle una suma de factores —la industrialización, el papel del cura Gapón, la sucesión de acontecimientos—, y subraya

que el «movimiento iniciado en enero de 1905 siguió desarrollándose caóticamente, comprendiendo como episodios más destacados, después del “domingo sangriento”, la rebelión del acorazado *Potemkin*, en junio, en el mar Negro, célebre sobre todo por el filme del genial Eisenstein; la huelga general y la creación del soviét en San Petersburgo en octubre, en el cual Trotsky, que tenía 26 años entonces, desempeñó un destacado papel —antecedente claro de 1917—; la huelga general y rebelión armada en Moscú a fines de año; y, como telón de fondo constante —además de las innumerables huelgas más o menos importantes—, la más o menos extensa violencia aislada y caótica de los campesinos en diversas partes del país [...]. Pero hubo un elemento capital que salvó al régimen zarista, y fue que en líneas generales, y a pesar de algunas excepciones, las fuerzas armadas se mantuvieron fieles al zar. Trotsky reforzó en la comprobación de este hecho sus ideas sobre la necesidad de una, digamos así, militarización de la Revolución [...]. El viejo poder estatal —escribe— reposa en sus fuerzas materiales y, sobre todo, en el ejército. El ejército es un obstáculo en una verdadera revolución. En cierto momento de la revolución, aparece la pregunta crucial: ¿de qué lado están los soldados, sus simpatías y sus bayonetas? [...]». Y en otro punto de su libro escribe elocuentemente: «La primera ola de la Revolución rusa fue aplastada por la falta de agudeza del *mujik* que, cómodo en su aldea, esperando coger un poco de tierra, luchó contra el señor, pero con un uniforme de soldado, disparó contra los trabajadores». Estas lecciones las aprendió Trotsky de un modo decisivo. De ahí su política de 1917, «trabajando» al Ejército en favor de la revolución; y, caído ya el zarismo, creando grupos armados que habían de dar al traste con el gobierno provisional. En este sentido, es posible que Trotsky haya sido, tanto como Lenin, «el padre de la Revolución rusa».

Pero a Nadal, más que cualquier otra cosa, le preocupa el fracaso de una apertura constitucional del zarismo, y adelantándose en cierta medida a todo el *revival* prozarista —con santificación incluida— que acompañara a la Rusia de la época de Yeltsin y a las tentativas de algunos antiguos kremlinólogos por sondear la ucronía de una apuesta que, en su momento, resultó frustrada para desconsuelo del prologuista, un entusiasta precoz de la monarquía juancarlista. Nadal recuerda que, como nuestro Fernando VII, «en el *Manifiesto de Octubre*, el zar aceptaba la creación de una especie de parlamento», que reconocía una serie de derechos que seguían, no obstante, subordinados al hecho de «que Nicolás II siguió proclamándose “zar y autócrata de todas las Rusias”, y que los ministros seguían siendo responsables ante él y no ante la Duma, la cual podía ser disuelta en cualquier momento por el emperador», lo que no le impide a Nadal considerar que, «en todo caso, el *Manifiesto de Octubre* constituía una importante base de partida para una evolución política del Imperio hacia un régimen de tipo occidental».

Nadal lamenta que «en la inmensa tragedia de la Revolución rusa hay, como en todo, su faceta humana. Una gran parte del desarrollo de los hechos es atribuible a los aspectos objetivos, desde luego; pero entre éstos hay que contar el factor humano. Aquí, concretamente, en primer lugar, la personalidad de Nicolás II, zar y autócrata de todas las Rusias; y, con ello, sus circunstancias familiares, que constituían un drama humano tremendo, dentro de una inmensa conmoción social y política, y que resultó decisivo para el curso de los acontecimientos». Más adelante, Nadal insiste, casi a modo de disculpa, en «el drama íntimo dolorosísimo [que] agravó esta situación», la enfermedad —hemofilia— padecida por el *zarevich*, y se extiende en la trama de Rasputín, para concluir dictaminando: «Errores políticos imperdonables. Errores humanos que cualquiera que sea padre o madre excusara». Como es propio en este tipo de sensibilidad monárquica, anteriormente Nadal pasa de puntillas sobre el «patético manifiesto» en el que se leía, entre otras quejas, las siguientes: «[...] estamos en la miseria, estamos oprimidos, sobrecargados por el trabajo muy duro, se nos insulta, no se

nos mira como personas, se nos trata como enemigos [...] ya no tenemos fuerza, Señor, hemos llegado al límite de la paciencia. Ha llegado el terrible momento en que preferimos morir a seguir soportando tan espantoso sufrimiento [...]».

El susodicho *Manifiesto* fue redactado por el cura Gapón, auspiciado por un sindicato que colaboraba con la policía para «controlar» a los «agitadores». La manifestación, más que pacífica, parecía una procesión, pero la respuesta fueron las ráfagas de balas, la guardia con los sables y los caballos aplastando a la pobre gente. Las balas se llevaron no menos de cinco mil vidas anónimas, unas muertes que jamás podrán ser comparadas con las de los componentes de la familia real. Durante bastante tiempo, la revolución no atentó contra la vida de la familia de los zares (¿es indiscreto preguntar cuánta gente murió en su nombre?), sino que, como es sabido, éstos vivieron hasta que el Ejército blanco se insurreccionó y el zar y su familia se convirtieron en una bandera unificadora.

Pero lo primero es lo primero. En su voluntad de magnificar al drama humano de la familia real en medio de un océano de sangre, Nadal se cuida de exonerar al zar —que no estaba allí—, como si esta reacción no hubiera sido la que distinguió su reinado. Como si en su biografía hubiera existido la menor muestra de sensibilidad por los humillados y ofendidos. Como si los «reformadores» hubieran mostrado alguna valentía en su «oposición leal» (que era lo que Nadal reclamaba para su sueño monárquico hispano).

Hay que decir que el joven Trotsky no preparaba la guillotina para Nicolás II, ni mucho menos. En realidad, proyectaba un juicio contra los crímenes del zarismo, una escenificación didáctica de la justicia, y estaba abierto a la magnanimidad. Cuando se enteró de que la familia en su conjunto había sido fusilada, preguntó si también lo habían sido los niños. Cuando Sverdlov le respondió secamente que sí, guardó silencio. No tuvo nada que añadir, no quiso provocar ningún problema, aunque evidentemente sintió repugnancia por una acción que había que situar en un marco en el que miles de obreros y campesinos eran fusilados (y lo seguirían siendo). Este acontecimiento se utiliza mucho ahora como descargo contra la revolución, en ocasiones de manera absolutamente falseada y desafortunada (como en una inenarrable película de dibujos animados sobre la falsa historia de la muy cinematográfica princesa Anastasia)... Aunque, por supuesto, la controversia está servida y, por más trasfondo de horror que exista, este tipo de acciones pueden resultar injustificables, hay algo que también distingue la moral defendida por Trotsky de la conservadora. Trotsky no niega los hechos, no odia a los zares, lamenta sinceramente este tipo de cosas, y trata de afrontarlas abiertamente, cotejándola con las circunstancias, por supuesto.

El lector interesado encontrará un estudio pormenorizado sobre esta fase en la obra de Alain Brossat *En los orígenes de la revolución permanente. El pensamiento político del joven Trotski* (Siglo XXI, Madrid, 1976, tr. de Dolores Sacristán y José Manuel Muñoz), que incluye tres textos: «La Duma y la revolución», «La tercera Duma» y «Los consejos de diputados obreros y la revolución». Brossat domina una documentación muy superior a la de Deutscher, y cuenta con una mayor perspectiva para seguir las complejas y frecuentemente contradictorias sinuosidades del joven Trotsky en todos sus tramos, desde el antimarxismo populista al marxismo de *Iskra*, del antibolchevismo virulento de 1904 al bolchevismo crítico de 1917. Según Brossat, en esta primera fase el trotskismo echa a andar con una extremidad coja: «Es la época del primer desarrollo de la teoría de la revolución permanente, apoyada sobre la genial intuición del perfil de la Revolución rusa, y también la época de la política “desgraciada” de Trotsky, metido en los atolladeros del conciliacionismo y del equilibrio, en medio de las dos fracciones de la socialdemocracia rusa». Para Brossat, «La revolución de Octubre no significa solamente el ascenso de Trotsky a la dimensión histórica. En el plano teórico representa [...] la

segunda mutación fundamental, la que le conduce a fundir la teoría de la revolución permanente en el crisol político y organizativo del bolchevismo». Que yo sepa, sus dos obras más «antileninistas» no han sido traducidas al castellano, aunque sí al francés. Se trata de *Nos tâches politiques* (Belfond, París, 1970), con un *avant-propos* de Marguerite Bonnet, en el que ésta detalla el distanciamiento crítico de Trotsky respecto de esta obra escrita en 1904 (también comprende textos de Rosa Luxemburgo y del propio Lenin, así como dos artículos de Trotsky de los años treinta sobre la primera); y *Rapport de la délégation sibérienne* (Spartacus, París, 1969), con prefacio, traducción y notas de Denis Authier. En sus proyectos de *Obras de Trotsky*, Ruedo Ibérico editó conjuntamente *Balance y perspectivas* en combinación con 1905.

3. Una concepción consejista. En el esquema político de la izquierda comunista (Gramsci, Luxemburgo, Lukács, Korsch, etc.), el consejo obrero tiene un papel capital. Esta visión de la democracia obrera sería extensamente tratada por Ernest Mandel en su *Control obrero, consejos obreros, autogestión* (ERA, México, 1974), en el que abarca documentación sobre la práctica totalidad de las experiencias directas con una recopilación de los textos más representativos, todo con el objetivo de demostrar las diversas variedades participativas de las que se dotó la clase obrera por abajo para establecer formas de poder directo, en oposición a las tentativas burocráticas instauradas desde arriba. Una cuestión todavía pendiente, y en la que el atraso cultural de las clases trabajadoras resultó un obstáculo de primera magnitud. No es por casualidad que las izquierdas emergentes tengan una voluntad participativa tan clara. Esta concepción tuvo uno de sus momentos históricos más creativos en las actividades del soviét de Petrogrado, sobre el que Trotsky ofreció la siguiente descripción:

A medida que se convertía en el centro de las fuerzas revolucionarias de todo el país, el *Soviét* no permitió que su naturaleza de clase se disolviera en la democracia revolucionaria: fue y siguió siendo la expresión organizada de la voluntad de clase del proletariado. En la lucha por el poder aplicó métodos naturalmente determinados por la naturaleza del proletariado como clase: su papel en la producción, su amplio número, su homogeneidad social. Más aún, el *Soviét* coordinó su lucha por el poder como cabeza de todas las fuerzas revolucionarias con la dirección de la actividad de clase independiente de las masas trabajadoras de muchas maneras distintas; no sólo estimó la organización de sindicatos, sino que intervino en disputas entre trabajadores individuales y sus patronos. Precisamente a causa de que el *Soviét*—el cuerpo democrático representativo del proletariado en un momento de revolución— se situó en el punto de encuentro de todos sus intereses de clase, inmediatamente quedó bajo la influencia determinante del partido socialista. El partido tuvo entonces su oportunidad de utilizar las enormes ventajas de su formación marxista y, en virtud de que fue capaz de ver claro su camino político en el gran «caos», logró casi sin esfuerzos transformar al *Soviét*—formalmente una organización no partidista— en el instrumento organizativo de su propia influencia. El principal método de lucha empleado por el *Soviét* fue la huelga política general. La fuerza revolucionaria de tales huelgas consiste en el hecho de que afectando a la cabeza del capital, desorganizan el poder estatal. Cuanto más grande y completa sea la «anarquía» provocada por una huelga, tanto más cerca estará la victoria. Pero con una sola condición: la anarquía no debe ser creada mediante medios anárquicos. La clase que por cese simultáneo del trabajo paraliza el aparato de producción y junto con él el aparato centralizado del poder, aislando entre sí las zonas del país y sembrando la confusión general, debe estar lo suficientemente organizada para no convertirse en la primera víctima de la anarquía que ha creado. Cuanto más intensamente logre una

huelga obstaculizar a la organización estatal, tanto más obligada está la misma organización de la huelga a asumir funciones estatales. Estas condiciones para una huelga general como método proletario de la lucha, al mismo tiempo, las condiciones para la inmensa significación del *Soviet* de diputados obreros.

Mediante la presión de las huelgas el *Soviet* ganó la libertad de prensa. Organizó patrullas callejeras regulares para garantizar la seguridad de los ciudadanos. En mayor o menor medida tomó en sus manos los servicios postal y telegráfico y los ferrocarriles. Intervino con autoridad en disputas de carácter económico entre trabajadores y capitalistas. Realizó un intento por introducir la jornada laboral de ocho horas mediante una directa presión revolucionaria. Al paralizar la actividad del estado autocrático mediante la huelga insurreccional, introdujo su propio orden democrático libre en la vida de la población urbana trabajadora.

La fuerza del *Soviet* estaba determinada mediante el papel del proletariado en una sociedad capitalista. La tarea del *Soviet* no consistía en transformarse en una parodia de parlamento ni en organizar la igual representación de los intereses de distintos grupos sociales, sino en dotar de unidad a la lucha revolucionaria del proletariado. El arma principal del *Soviet* era la huelga política: un método singular del proletariado, que es la clase asalariada. La homogeneidad de clase de su composición eliminaba la fricción interna en el interior del *Soviet* y la volvía capaz de iniciativa revolucionaria.

IV. LA GRAN GUERRA Y LA SOCIALDEMOCRACIA

1. La medida de una época. Son muy pocos los estudios de interés publicados sobre la Gran Guerra, un acontecimiento sobre el que, por citar un ejemplo, el historiador neoliberal mexicano Enrique Krauze atribuye vagamente a los nacionalismos. Sin embargo, ésta fue una página determinante, una precondition de lo que vino después, sobre todo en la evolución de las ideas, ya que ponía en evidencia que la evolución histórica no caminaba en sentido «progresista», sino hacia la barbarie. En ella Trotsky ocupó un lugar destacado entre los primeros internacionalistas, la minoría que en la II Internacional (y también la CGT de la *Carta de Amiens*) decidió tomar la iniciativa para analizar y denunciar la guerra y a los socialpatriotas que la sirvieron desde sus trincheras. Entre los internacionalistas estaban los bolcheviques, mencheviques como Martov, Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht (quien, junto con Otto Rühle, había votado en contra de los créditos de guerra), los maximalistas italianos, nuestras juventudes socialistas, la mayor parte del movimiento libertario, con el admirable Enrico Malatesta al frente, y muchos otros y otras. Ya a finales de 1914, Trotsky escribió un primer libro, *La guerra y la internacional*, en el que podemos leer: «La guerra actual surge de la revuelta de las fuerzas productivas engendradas por el capitalismo, contra su explotación en el cuadro de las fronteras nacionales. El globo terráqueo entero, mares y continentes, superficies y profundidades, ya se ha convertido en la arena de una economía mundial, muchas partes en su totalidad están indisolublemente ligadas entre sí».

El capitalismo ha consumado esta unidad. Pero el capitalismo también ha obligado a los Estados capitalistas a luchar entre sí para someter esta economía mundial a los intereses de cada economía nacional. La política del imperialismo atestigua que el viejo Estado nacional, creado en el curso de las revoluciones y de las guerras de 1789, 1815, 1848, 1864-1866 y 1870, sobrevive a sí mismo y aparece como una traba insoportable

para el desarrollo de las fuerzas productivas. La guerra de 1914 significa, antes que nada, el hundimiento del Estado nacional como área económica autónoma. Aun cuando la nacionalidad constituye todavía una realidad cultural ideológica y psicológica, su base económica se ha volatilizado. El desencadenamiento de los imperialismos rivales, que desean, cada uno por su cuenta o, en principio, una parte de ellos por lo menos, unificar el planeta bajo su bota, engendra inevitablemente la expresión: «En lugar de la gran potencia nacional debe adelantarse la potencia mundial imperialista».

Su propuesta es la de una paz inmediata y sin anexiones; pero esto Trotsky no lo veía, a diferencia de los socialpacifistas, como un retorno al antiguo *statu quo*, sino como una finalidad que sólo el movimiento obrero podía imponer a sus propios gobernantes mediante la lucha revolucionaria. Éstos son los criterios que se imponen en la Conferencia de Zimmerwald, que reúne a 38 delegados, «ya que los internacionalistas —comentó— caben en una carreta». La derecha de la conferencia proponía la paz; la izquierda leninista, la reconversión de la guerra de rapiña imperialista en una guerra civil revolucionaria. Trotsky fue el redactor del *Manifiesto de Zimmerwald*, que, a pesar de sus puntos ambiguos, aparece como una respuesta revolucionaria a un mundo en guerra. Desde el primer instante, Trotsky se muestra favorable a «reunir las fuerzas de la III Internacional» (1915), ya que «la ruina de la II Internacional es una realidad trágica y sólo un ciego o un cobarde pueden negarse a verlo [...]. De la misma manera que los Estados nacionales se han convertido en obstáculos para el desarrollo de las fuerzas productivas, así los viejos partidos socialistas se han convertido en el principal obstáculo para el movimiento revolucionario del proletariado».

A pesar de todo, se opone de momento a construir una nueva internacional sin haber ganado antes el apoyo de una amplia franja del movimiento para el internacionalismo revolucionario. Para lograrlo, considera que es necesario aprovechar todas las circunstancias para actuar en la II Internacional, de manera que la correlación de fuerzas se haga más favorable a los partidarios de la nueva Internacional, que son de momento una minoría. Durante toda la guerra, Trotsky lleva a cabo una ingente labor de periodista y cronista siguiendo muy de cerca la conflagración. Como animador del periódico *Nache Slovo* —para Lenin el mejor diario de todos los socialistas publicados en Europa—, reúne en su plantilla a Martov —con el que romperá por discrepancias con relación a las críticas de Trotsky a los mencheviques— y una pléyade de cuadros que serán luego capitanes en la revolución (y en la guerra civil) rusa: Lozovski, Riazanov, Manuilski, Lunacharsky, Sokolnikov, Chitcherin, Kollontai, Uritsky, Radek, Rakovsky, Maiski, Antonov-Ovseenko, etcétera... En esta época, Trotsky colaboró sobre todo con el ala internacionalista de la CGT, con líderes sindicales como Alfred Rosmer, Pierre Monatte y con el anarquista Víctor Serge, responsable de *La Voix Ouvrière*, que denunció la guerra. Sus componentes fueron posteriormente los representantes del ala izquierda del primer PCF, más tarde representantes de la Oposición de Izquierdas, y luego los animadores de la tendencia agrupada en torno a la revista *La Revolution Proletarienne*, que durante la Guerra Civil española actuó tanto a favor del POUM como de la CNT. Entre sus miembros se encontraba entonces una joven muchacha judía llamada Simone Weil, que trató de enrolarse en la Columna Durruti.

Su impacto en las tropas rusas y aliadas preocupó de tal manera al Alto Mando que Trotsky fue expulsado de Francia por sus actividades. Al despedirse, escribe al patriarca del marxismo francés, Jules Guesde, una carta en la que podemos leer:

¿Puede un socialista honrado dejar de combatirlo a usted? En una época en la que la sociedad burguesa —cuyo enemigo mortal fue usted, Jules Guesde, en otro tiempo— ha revelado plenamente su verdadera naturaleza, usted ha transformado al Partido

Socialista en un débil coro que acompaña a los corifeos del bandidaje capitalista [...]. El socialismo de Babeuf, Saint-Simon, Fourier, Blanqui, *La Commune* de París, Jaurès y Jules Guesde —sí, de Jules Guesde también— ha encontrado por fin su Albert Thomas para deliberar con el zar sobre la manera más segura de apoderarse de Constantinopla [...]. Descienda usted, Jules Guesde, de su automóvil militar, salga de la jaula en que lo ha cerrado el Estado Mayor, y mire un poco en torno a él. Tal vez el destino se apiade, por última vez, de su triste vejez, y logre escuchar el sordo rumor de los acontecimientos que se avecinan. Nosotros los esperamos; nosotros los convocamos; nosotros los preparamos.

Sin embargo, el «radical» Guesde se había mudado de camisa, aunque aparentemente la siguió utilizando. Como el líder cegetista oficialista Leo Jouhaux, quien pronunció el discurso fúnebre de Jaurès, justificando la defensa patria. No había duda, el nacionalismo había corrompido a una parte del movimiento obrero.

Como cronista de la guerra, Trotsky lleva a cabo un impecable análisis de los acontecimientos, resaltando el absurdo y la irracionalidad de la guerra desde el mejor estilo de la literatura antibelicista. Al mismo tiempo, asiste a la mejor academia militar de la época: la del campo de batalla en toda su amplitud. Así, cuando llegó la hora de trabajar con el Ejército Rojo, contará con un importante bagaje. Su influencia entre los internacionalistas europeos será bastante decisiva. Sus artículos son ampliamente reproducidos por la prensa socialista italiana que se opone a la incorporación de su país a la guerra. Los socialistas suizos lo incluyen como delegado en un congreso de su partido para reforzar así las posiciones internacionalistas... Unas posiciones que anteponían la confraternización entre las tropas, la solidaridad entre los pueblos y, por supuesto, otro mundo, la revolución, algo que entonces se veía con los rasgos idealistas de lo que tenía que ser, precisamente en unas condiciones marcadas por una guerra en la que todos los principios habían sido pisoteados, y en la que las clases dominantes habían demostrado que eran capaces de todo con tal de mantener sus privilegios. Cuando la guerra acabó, solamente los intelectuales más indignos la justificaron, y a pesar del tiempo transcurrido todavía suscita una gran producción literaria, y también cinematográfica; baste recordar títulos como *Senderos de gloria*, de Stanley Kubrick, o *La vida y nada más*, de Bertrand Tavernier.

Actualmente los neoliberales, o bien la han olvidado, o bien tienden a endilgársela a los pequeños nacionalismos, justificando así el hegemonismo imperialista británico (y su relevo norteamericano). Sin embargo, marcó un antes y un después en la historia, y señaló al movimiento obrero que el socialismo no solamente era una alternativa a la explotación y la opresión, sino también una alternativa a los mayores desastres humanitarios que el imperialismo estaba poniendo al día más allá de los mares y de los desiertos detrás de los cuales condenaba naciones enteras a su dominación y a nuevas formas de esclavitud. Sobre esta realidad, el olvido y el desconocimiento han sido la regla, así por ejemplo, solo muy recientemente se ha podido conocer las atrocidades perpetradas por Leopoldo II de Bélgica en sus dominios del Congo, y se ha desconocido el papel de los británicos en la trama del “apartheid”, contra la cual el ilustre Wiston Churchill no solo no levantó un dedo.

2. Una crítica a la socialdemocracia. A comienzos del siglo xx, el movimiento obrero socialista europeo se enfrentaba con los problemas surgidos tras dos décadas de crecimiento ininterrumpido. Este crecimiento estaba vinculado con el desarrollo de la economía capitalista en la época del imperialismo. Los trabajadores habían conseguido mucho de él, en términos de nivel de vida, condiciones de trabajo y vivienda, y libertades

políticas y sindicales. Sobre todo, había creado una tremenda sensación de autoconfianza y fe en lo que parecía ser un avance irresistible hacia el socialismo, hacia una sociedad sin clases. Pero no había la menor claridad en cuanto a cómo se alcanzaría esa sociedad socialista.

Muchos pensaban que sería el resultado de una crisis económica de extrema gravedad, una «crisis de derrumbe» del sistema. Otros la veían relacionada con una futura guerra. Y aun otros preveían que la burguesía pondría en cuestión las conquistas democráticas más importantes de la clase obrera —sobre todo el sufragio universal— cuando se alcanzase el punto en el cual estas conquistas situasen a la socialdemocracia a las puertas de la conquista del poder político (generalmente identificado con la obtención de una mayoría absoluta en el Parlamento). Como respuesta a este golpe reaccionario, el movimiento obrero tomaría, en represalia, medidas revolucionarias.

Pero todas estas hipótesis se discutían en círculos relativamente restringidos, y muy raramente salían a relucir en reuniones de partido más amplias, como conferencias nacionales o internacionales. Desempeñaban un papel muy pequeño en la configuración de la conciencia de las amplias masas. No estaban unidas a un análisis sistemático de los cambios estructurales que el imperialismo había introducido en el funcionamiento del propio sistema capitalista. Y menos aún lo estaban a la práctica cotidiana de los partidos socialdemócratas de masas y los sindicatos, centrados casi exclusivamente en la preparación de las campañas electorales y la lucha salarial, así como otras reivindicaciones económicas y políticas inmediatas de la clase obrera (el sufragio universal en países como Bélgica o Austria). Es sobre este fondo histórico que se puede comprender el impacto del debate sobre el llamado «revisionismo» que detonó con el libro de Eduard Bernstein *Die Voraussetzungen des Sozialismus und die Aufgaben der Sozialdemokratie*. Bernstein expresaba lo que muchos cuadros y líderes socialdemócratas sentían instintivamente, a saber: que el pensamiento teórico y las perspectivas a largo plazo del movimiento estaban en desacuerdo con la práctica cotidiana. La mayor parte de la dirección pretendía mantener el *statu quo* con todas sus contradicciones: tanto la práctica reformista de todos los días como una vaga perspectiva revolucionaria ligada a una teoría del «derrumbe» final.

Volviendo la vista atrás, resulta claro que, de las tres tendencias principales del movimiento obrero de preguerra, el autodenominado «centro marxista» (Kautsky, Adler) era el que tenía menos posibilidades de sobrevivir. Su predominio dependía de su habilidad para mantener el difícil equilibrio entre un sistema imperialista en evolución hacia la crisis y la guerra, y una clase obrera que crecía en fuerza y autoconfianza, a pesar de que la crisis daba al traste con el equilibrio, a pesar de que los barones del imperialismo se enfrentaban resueltamente al movimiento obrero, a pesar de que el movimiento obrero desafiaba abiertamente al capitalismo, y a pesar de la justificación teórica y de la aceptación política de la colaboración de clases como único medio para evitar el choque frontal. ¡Una lista de condiciones que nada tenía que ver con la realidad, como quizá no haya habido otra!

Por otra parte, los seguidores revisionistas de Bernstein y Millerand sólo podían esperar obtener la hegemonía si las crecientes contradicciones del sistema no alcanzaban un punto explosivo y radicalizaban a sectores importantes de la clase obrera; en otras palabras, sólo si en la vida real no estallaban guerras ni revoluciones. Sólo en estas circunstancias podía la idea de una transformación gradual del capitalismo —o de una práctica reformista con continuas conquistas reales prolongada indefinidamente— ser aceptada por la mayoría de los trabajadores como la mejor, la más práctica y la menos peligrosa de las vías para cambiar el sistema social.

La guerra entre la Rusia zarista y Japón, con la primera revolución rusa pisándole los

talones, enfrentó de pronto al movimiento socialista y a la clase obrera con las dos realidades básicas de nuestro siglo que el revisionismo bernsteniano había esperado poder evitar. Las guerras y las revoluciones pasaron a ser una perspectiva real y no una fantasía de paranoicos *radikalinskis*. De la primera confrontación con una revolución viva desde la Comuna de París, casi treinta y cinco años antes, surgió la tercera respuesta a la pregunta: «¿Adónde van los socialistas?». Una respuesta diferente de la del fatalismo del marxismo tradicional como el propugnado por Kautsky y de la del revisionismo bernsteniano.

Las principales variantes de esta tercera respuesta eran el bolchevismo de Lenin (al principio estrictamente limitado a Rusia), la teoría de la huelga política de masas de Rosa Luxemburgo y la teoría de la revolución permanente de Trotsky. Sin embargo, una nueva experiencia aún más traumática —la Primera Guerra Mundial, el victorioso Octubre ruso, la derrota de la revolución alemana de noviembre de 1918-enero de 1919— fue necesaria para que estas tres variantes se sintetizaran en un nuevo programa y en una nueva concepción estratégica, los del marxismo revolucionario tal y como está recogido en los documentos de los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista” (Ernest Mandel, *El pensamiento de León Trotsky*, Fontamara, Barcelona, 1980, pp. 7-8).

OCTUBRE DE 1917. LA PERSPECTIVA DE TROTSKY

Ni sus más acervos críticos pueden negar que la Revolución de Octubre señaló un antes y un después en el curso de la historia. Su cadencia marcó todo el siglo XX, e incluso después de su derrota como modelo, todavía sigue siendo un momento histórico que marca el presente. Entre otras cosas, significó la primera revolución social triunfante en un marco histórico de derrotas —en Alemania en tres ocasiones sucesivas, 1918, 1919 y 1921, un fracaso que constituyó el primer factor del ascenso del nazismo—, el desmoronamiento del imperio zarista, la aplicación de una acción política que, de entrada, firmó la paz, dio la tierra a los campesinos, consagró el poder de los soviets, aplicó el derecho de autodeterminación a países como Finlandia y Polonia, etcétera. Pero, más allá de cualquier otra cosa, la Revolución de Octubre mostraba a los oprimidos del mundo que el socialismo no solamente podía ser un sueño dominical, sino también una realidad. Esto fue lo que llevó a los de siempre a denigrarla desde el primer día, y a los inconformistas a asumir «positivamente» su destino.

Lenin, Trotsky y Octubre se confunden como parte de una misma historia. Mas, a pesar de todo esto, Trotsky, en su ejercicio como historiador, no duda en colocarse por debajo de Lenin y en afirmar lo siguiente: «En casi todos los casos, al menos en los más importantes, en que me he opuesto a Lenin, desde el punto de vista táctico o de organización, él tenía razón» (*La revolución permanente*).

Así, en su *Historia de la revolución rusa* subraya que el papel de Lenin fue determinante, ya que sin él el partido bolchevique no hubiera sido el instrumento de la revolución, mientras que apenas resalta su propio papel como cabeza del Soviet de Petrogrado y como cerebro y ejecutor de la insurrección. Escribe en esta obra que llegó «a Lenin como a un maestro del cual había comprendido su fuerza y su importancia más tarde que algunos, pero puede ser que mucho más ampliamente». En otras ocasiones compara su evolución con la de aquellos a quienes llama «epígonos», viniendo con ello a decir que, mientras que los «viejos bolcheviques» miraron siempre a Lenin de rodillas, sin asumir la coherencia de su pensamiento en toda su amplitud y quedando «huérfanos» a su

muerte, él, sin embargo, siempre lo miró de frente. Asumió su pensamiento después de un duro proceso de aprendizaje y pudo continuar sus aportaciones fundamentales como un leninista creativo. En este sentido, se compara con el erudito alemán Frank Mehring, quien empezó denostando al marxismo para convertirse luego en uno de los discípulos más importantes de Engels y morir como un comunista en las mismas barricadas que Rosa Luxemburgo.

Generalmente ocurre que, cuando se habla de Trotsky, se insiste principalmente en esta etapa, por otra parte la más brillante de su biografía. Trotsky estaba convencido de que 1917 era el comienzo de una revolución mundial y de que la suerte inmediata de ésta se ventilaría en el transcurso de los próximos combates en Europa. Los bolcheviques que contaban al principio de este año con unos veinticinco mil militantes; pasó de la clandestinidad al poder en nombre de la mayoría en los soviets. Conservó este poder en nombre de una clase obrera minoritaria en un auténtico océano campesino y pequeñoburgués enfrentándose con un Ejército técnicamente muy superior y con un terrible cerco internacional, y aniquiló la oposición de las clases privilegiadas mientras esperaba la extensión de la revolución por todo el mundo. Este partido no dudó en llevar a cabo su programa de paz, reforma agraria, derecho de autodeterminación —incluso con nacionalidades que luego serían ferozmente hostiles a la revolución— y el control obrero de la producción. En un primer momento, este gigantesco esfuerzo hizo pensar a Trotsky que su vía podía ser continuada incluso de mejor manera y en mejores condiciones en un tiempo en que las revoluciones se pusieron al orden del día. Pero luego este planteamiento fue atemperado por los propios hechos, sobre todo cuando las diversas crisis sociales alemanas plantearon la posibilidad de la revolución pero no las resolvieron. Este fracaso dislocó radicalmente la premisa esencial de Octubre, su carácter de ruptura del primer eslabón del imperialismo. La situación cambió de rumbo. Mientras que en Rusia no se daban las condiciones materiales para construir el socialismo, en Occidente las condiciones políticas para hacer la revolución se harían mucho más arduas por dos motivos complementarios: a) porque la burguesía, bien por la izquierda —reformas socialdemócratas para contener el proceso—, bien por la derecha —contrarrevolución preventiva—, no consentiría una fase de doble poder como la que encarnó Kerensky; y b) porque los partidos comunistas comenzarían una distorsión en su proyecto y significado...

La idea de una nueva internacional se hizo patente cuando los líderes socialistas votaron a favor de los créditos de guerra de sus propios gobiernos «patrióticos» y los bolcheviques llamaron a su creación cuando disfrutaron de un primer respiro, aunque, de hecho, ésta ya existía en la amplia solidaridad internacional con la revolución, así como en la presencia cada vez más creciente de viajeros que siguieron la estela abierta por John Reed. Esta internacional tendría que ser «el partido de la revolución mundial» en una era de la historia que Lenin caracterizó de crisis general del sistema capitalista, de guerras, revoluciones y contrarrevoluciones. Debía ser el instrumento para avanzar inmediatamente en la conquista de la mayor parte de las masas y del poder. Mientras en suelo ruso el cerco internacional agravaba las condiciones materiales, en el terreno internacional las derrotas de la revolución se sucedían. Trotsky, que había encarnado como pocos esta etapa de ascenso revolucionario, se encontrará ante las dificultades de un curso marcadamente reaccionario y lleno de imprevistos sobre el que la reciente historiografía impuesta por el neoliberalismo ha creado su propia escuela de falsificación. Pero empecemos por el año 1...

Trotsky fue, al mismo tiempo, el primero que comprendió el carácter social de la Revolución rusa, uno de sus líderes más brillante durante su ejecución y, luego, uno de

sus mejores historiadores hasta el presente. Al cabo de los años tuvo que volver al campo de batalla —esta vez con la pluma— para expulsar a los falsarios de la burocracia que intentaban no sólo hacer desaparecer o desfigurar su lugar en la historia y el de la casi totalidad de los capitanes de la revolución, sino también distorsionar sus enseñanzas y convertir Octubre en una especie de fecha santa para mayor gloria de sus sepultureros y usurpadores. Trotsky estaba convencido de que la verdad histórica es un arma irrenunciable en manos de la clase revolucionaria y que son las clases decadentes las que temen la verdad y por eso la falsifican.

Sobre su obra como historiador escribió Deutscher: «Mientras que Marx se eleva muy por encima de su discípulo en cuanto al poder de su pensamiento abstracto y su imaginación gótica, el discípulo es superior como artista épico; especialmente como maestro en la representación gráfica de las masas y de los individuos en acción. Su análisis sociopolítico y su visión artística concuerdan hasta tal punto que no hay trazas de divergencia alguna. Su pensamiento y su imaginación se elevan juntos. Expone su teoría de la revolución con la tensión y el impulso vital de la narrativa; y su narrativa adquiere profundidad a partir de sus ideas. Sus escenas, semblanzas y diálogos, sensuales en su realidad, están iluminados interiormente por su concepción del proceso histórico».

En la célebre Conferencia de Copenhague de 1932 organizada por las juventudes socialistas danesas, Trotsky, sintetizando las ideas que acababa de desarrollar en su *Historia*, enumera así las premisas que confluyeron en Octubre:

1. La podredumbre de las viejas clases dominantes: de la nobleza, de la monarquía, de la burocracia; 2. La debilidad política de la burguesía, que no tenía ninguna raíz en las masas populares; 3. El carácter revolucionario de la cuestión agraria; 4. El carácter revolucionario del problema de las nacionalidades oprimidas; 5. El peso social del proletariado. A estas premisas orgánicas hay que agregar ciertas condiciones de coyuntura de excepcional importancia: 6. La revolución de 1905 fue una gran lección o, según la expresión de Lenin, «un ensayo general» de la revolución de 1917. Los soviets, como forma de organización irreemplazable de frente único proletario en la revolución, fueron por primera vez organizados en 1905; 7. La guerra imperialista agudizó todas las contradicciones, arrancó a las masas atrasadas de su estado de inmovilidad, preparando así el carácter grandioso de la catástrofe. Pero todas estas condiciones, que eran suficientes para que estallara la revolución, resultaban, sin embargo, insuficientes para asegurar la victoria del proletariado en la revolución. Para esta victoria faltaba una condición: 8. El partido bolchevique.

Si seguimos el hilo de este esquema para hacer una lectura aproximativa de las ideas de Trotsky sobre Octubre, podemos realizar la siguiente síntesis.

La autarquía rusa no había conocido ni la Reforma, ni el Renacimiento ni la revolución liberal burguesa, pero sí la revolución industrial, y sobrevivía anacrónicamente en el momento de la crisis general del capitalismo, dentro del cual constituía «el eslabón más débil». Sin embargo, en la medida en que la burguesía carecía de una sólida vertebración nacional y de apoyo social, se veía obligada a pactar con la camarilla palaciega del zar contra la revolución, exigiendo a cambio una apertura constitucional (el partido cadete sólo quería una monarquía constitucional).

En ausencia de otra alternativa política, la burguesía usurpó en febrero el poder que los obreros habían conseguido en la calle y en las barricadas. Sus representantes más calificados intentaron desde el primer momento impedir una ruptura total con el zarismo y

evitar por todos los medios a su alcance la consecución de las tareas democráticas que se exigían ya desde los soviets que se establecían por doquier; reprimieron a los campesinos y se opusieron a todo intento de reforma agraria; exaltaron el centralismo de la Gran Madre Rusia y negaron sus derechos a las nacionalidades oprimidas; pospusieron una y otra vez la convocatoria de una Asamblea Constituyente y, sobre todo, no dudaron en ningún momento en proseguir la guerra expansionista, lo cual provocó la caída de su primer gobierno provisional. Cuando la crisis social socavaba su poder, la reacción movió su mano derecha e intentó llevar a cabo el golpe sedicioso de Kornilov para imponer una dictadura militar, mientras que con la mano izquierda instigaron a Kerensky y a los partidos reformistas a vaciar de poder a los soviets, acabar con la «anarquía» en el Ejército y reprimir a los bolcheviques, «enemigos de la libertad». El campesinado, que era la mayoría en la nación, siguió esta vez a la decidida minoría proletaria. Los soldados fueron los que introdujeron los soviets en el campo, después de haberlos impuesto en los cuarteles, donde querían hacer valer los principios democráticos. Eligieron a sus representantes, se opusieron a las normas castrenses más odiosas y no se lo pensaron dos veces al disparar contra el oficial que quería utilizarlos contra sus compañeros o para luchar contra el «enemigo»; habían hecho suya la consigna de Karl Liebknecht: «El enemigo está en nuestro propio país». Los soviets campesinos defendieron en sus proclamas y en su intención a los eseristas y clamaron contra los bolcheviques; sin embargo, en la práctica exigieron una reforma agraria radical, ocuparon las tierras y prendieron fuego a las propiedades de los terratenientes. Odiaban radicalmente la guerra y, como diría Trotsky, las tierras que conquistar no las veían en Constantinopla, sino en su propia aldea. En las nacionalidades oprimidas, los nacionalistas y los socialistas que reclamaron vanamente sus libertades al gobierno provisional sólo las consiguieron con la revolución bolchevique. Esta actuación consecuente hizo más que cualquier otra cosa en la difusión de las aportaciones de Lenin sobre la cuestión, aportaciones que se ampliarían sobre los movimientos de liberación antiimperialistas.

El proletariado fue la maravilla de la revolución. Había derrocado al zarismo con unas movilizaciones que iniciaron las mujeres y había creado organismos soviéticos en las empresas, en los barrios y en los cuarteles. Las grandes ciudades industriales como Petrogrado se convirtieron en el corazón del proceso revolucionario. Trotsky explica que la revolución fue, antes que nada, un cambio psicológico en las masas trabajadoras, que habían irrumpido en la historia con un valor extraordinario, con una gran dignidad y dispuestas a «asaltar los cielos»: dispuestas a conseguir la libertad y la igualdad. Habían tomado conciencia de que no debían seguir siendo los humillados y ofendidos de antes y de que podían solucionar con su unidad y su lucha los graves problemas ocasionados por los señores de las tierras y de las fábricas hasta establecer una nueva vida... En los soviets escucharon las propuestas y las verificaron en la práctica.

En un principio, la mayoría esperó los frutos por la vía de las reformas y confió en los representantes eseristas y mencheviques; pero, al mismo tiempo, fueron tomando nota de las críticas minoritarias. Cuando la política de colaboración de clases se mostró como un freno a sus conquistas y sus exigencias de profundizarlas, se inclinaron hacia los bolcheviques y muchos incrementaron las filas de este partido.

Al Partido Bolchevique le correspondió el papel más difícil de todo proceso revolucionario: unir el programa más avanzado con una inserción mayoritaria en el movimiento. Fue la bisagra que unió la crisis social con la conquista del poder. Para Trotsky, las masas habían logrado poner el orden establecido al borde del abismo; pero, al igual que el herrero no puede coger el hierro candente con sus manos desnudas, las masas organizadas no pueden tomar el poder sin un partido que ha preparado el camino

y se ha preparado para hacer la revolución desde mucho tiempo atrás. El principal mérito de este partido se encontraba en que había logrado, entre otras cosas, seleccionar a los mejores cuadros del movimiento social, había forjado sus instrumentos de programa y organización, y había aprendido de las masas y de los acontecimientos para saber ir contra la corriente hasta el momento en que la crisis social y la madurez de las masas lo pusieron ante el «momento de la verdad». Entonces no le faltó decisión ni audacia.

Todo esto no quería decir, para Trotsky, que este partido fuera un monolito cimentado por una voluntad única y lineal y por unos hombres que desconocían las dudas y las contradicciones internas. Ésta es una leyenda estalinista que ha servido de base para el llamado «realismo socialista» en el arte y la cultura. El Partido Bolchevique tuvo que efectuar una importante y constante rectificación para estar a la altura de las circunstancias: superar su tradicional desconfianza hacia los soviets, despegarse del ala izquierda menchevique y de la izquierda del gobierno provisional, aceptar el giro estratégico propuesto por Lenin y asumir el carácter proletario de la revolución, abrir sus puertas a amplios sectores de las masas y a tendencias y militantes provenientes, como Trotsky y sus amigos, del grupo llamado “interradio”, e incluso a mencheviques, eseristas y anarquistas. Finalmente, tuvo que pasar por encima del natural conservadurismo de partido que, representado por Kaménev y Zinóviev, temía jugárselo todo a la carta insurreccional.

El proceso revolucionario tuvo un curso muy desigual. Empezó con el brusco salto de la revolución de febrero, que sorprendió a todos. Conoció el reflujo que siguió a las «jornadas de julio», durante el cual los bolcheviques tuvieron que oponerse a un movimiento semiinsurreccional cuando las condiciones no eran todavía propicias, y soportar luego la calumnia y la persecución (con Trotsky, la plana mayor bolchevique pasó por las cárceles, mientras que Lenin tuvo que esconderse para evitar lo que pudo ser un asesinato similar al de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht). Los bolcheviques no dudaron en apoyar a Kerensky con motivo del golpe de Kornilov, pero lo hicieron de tal manera que se fortaleció la desconfianza de las masas hacia los pactos con la burguesía y el armamento miliciano en fábricas y barrios, con una clase obrera que estaba desempeñando el papel protagonista de una obra en la que hasta los *últimos* planteaban sus inquietudes.

En su *Historia de la revolución rusa*, este cuadro cobra la vida y la fuerza de una película como *El acorazado Potemkin*. Trata los hechos y los personajes con el rigor de un hipotético sabio militar que sabe reconstruir fielmente la realidad para no engañarse ni sobre su fuerza ni sobre la del enemigo. Pero en este cuadro hay dos puntos que podemos considerar débiles: la sobrevaloración de Lenin como el único personaje indispensable entre las piezas clave de la revolución, y una infravaloración del propio Trotsky y de Stalin. Según Trotsky, sin Lenin el partido bolchevique no hubiera ocupado el lugar que ocupó, y, sin este partido, la Revolución rusa seguramente hubiera seguido un curso muy parecido al que siguió la derrotada revolución alemana de 1918. Sin duda hubiera sido el partido más avanzado y honrado; pero lo más seguro es que se hubiera dividido en un ala de derecha (que bien podían haber encabezado Kaménev, Zinóviev y Stalin) y en otra de izquierda (con Sliapnikov, Bujarin y Piatakov, que eran más bien izquierdistas entonces), sin acertar en los momentos decisivos como los de julio, la «korniloviada» y la insurrección.

Nadie tenía ni podía aspirar a tener la autoridad que Lenin poseía en el partido, y el mismo Trotsky había invalidado su candidatura con su pasado antibolchevique. Ponía muy por encima de su propio valor la capacidad y el «genio prosaico» de Lenin para trabajar en la formación del partido, para mantener la unidad entre la democracia y la acción y para imponer sus criterios (lo que no siempre conseguía mediante la lucha

política, la persuasión y el convencimiento). Por otros motivos, seguía subestimando a Stalin, ya que no captaba el peso y la influencia que tenía en el aparato bolchevique; seguía empequeñeciendo su figura sin entender que, aunque hecho de una pasta sumamente prosaica, Stalin poseía una capacidad física casi ilimitada (sólo compartida por Sverdlov) para el «frente interno» del partido.

En ese terreno se encontró con otros muchos para quienes la revolución ya había llegado a su finalidad básica, y cuando hablaban de ella se referían a consolidar altos cargos. Pronto, Stalin empezó a hablar en nombre de ellos y de las nuevas promociones para las que la «revolución» no era ya sino el Estado, sus razones y sus servidores, y no la primera cadena, el principio de algo...Un Estado que secularmente había estado manejado por una antigua burocracia, que, como ocurre después de todas las grandes transformaciones políticas, se adapta a la nueva situación para reproducir sus normas y sus formas de vida bajo otra capa. Una burocracia sobre la que la gran literatura rusa había ofrecido descripciones que más tarde pudieron reproducirse e incluso «enriquecerse» bajo el estalinismo, del que fue, en no poca medida, su propio fruto. Su venganza contra los que habían querido ir demasiado lejos.

Antes de que el estalinismo impusiera su «historia» oficial en el movimiento comunista, a nadie se le ocurrió negarle a Trotsky su papel en 1917, y, sin ir más lejos, aunque con cicatería, el propio Stalin escribió en 1918: «Todo el trabajo de la organización práctica de la insurrección fue llevado a cabo bajo la dirección inmediata del presidente del soviét de Petrogrado, el camarada Trotsky. Se puede afirmar con seguridad que el partido debe principalmente y ante todo al camarada Trotsky el que la guarnición militar se pusiera rápidamente al lado de los soviets y la osada ejecución del trabajo por parte del Consejo Revolucionario de los soldados».

Sobre la escuela de falsificación estaliniana, el célebre historiador francés Marc Ferro escribiría lo siguiente: «La historiografía estalinista y postestalinista, durante mucho tiempo, ha dado una versión errónea del papel de los individuos y de los grupos, especialmente anarquistas, eseristas o mencheviques. Cuando se trataba de personalidades bolcheviques tan eminentes como Trotsky, Zinóviev, Kaménev o Sliapnikov, los descalifica sobre el plano moral, los hace desaparecer cada vez que estuvieron de acuerdo con Lenin, reapareciendo sólo en el caso contrario» (*La revolución rusa de 1917*, Flammarion, París, 1967, p. 121; tr. PG-A). En el mismo libro, Ferro trata la *Historia* de Trotsky como la «obra maestra» sobre la Revolución rusa.

Obviamente, durante mucho tiempo —por no decir siempre— se pensará en términos distintos sobre este tema, pero hoy podemos ya afirmar que, se esté a favor o en contra, no se podrá desarrollar la polémica sobre la base de la ya olvidada y despreciada historiografía estalinista, y sí, al menos en lo fundamental, por supuesto, sobre la relación de los hechos que dieron Trotsky y su escuela, y por extensión todos los grandes testimonios sobre 1917 —como los citados de Reed y Sujanov— y todos los que dieron fe de las luchas internas en el seno del PCUS en los años veinte. Un buen ejemplo es el de E. H. Carr, quien, destrozando las historias oficiales del PCUS y dando por bueno el material testimonial de Trotsky, ofrece no obstante una interpretación de los hechos que, en algunos aspectos, puede entenderse como «favorable» a la «institucionalización inevitable» de Stalin.

Por otro lado, conviene subrayar que éste no fue un debate sobre fidelidades, sino que ocultaba un trasfondo de instrumentalización. Así, el proceso de excomuniación del trotskismo fue una consecuencia más de la imposición de una nueva escolástica llamada «leninista», que secaría el pensamiento creativo en la URSS y, en buena medida, en todo el movimiento comunista internacional hasta extremos desesperantes. Todavía a

principios de los años sesenta, el filósofo marxista francés Henri Lefebvre tenía que inventarse una cita de Lenin para *colar* sus propias tesis en la industria cultural del PCF. El estalinismo ha acabado siendo la mayor de las tragedias para el ideal y la causa socialista en el mundo. Sus consecuencias más evidentes, la descomposición y ruina de los impropriamente llamados “países socialistas” o “comunistas”, que nunca fueron tales ya que ni tan siquiera en sus albores más míticos, sus fundadores dejaron muy claro que se trataba de iniciar un proceso histórico que inevitablemente tendría que saldarse a escala internacional. El internacionalismo era inherente al socialismo tanto por su propia naturaleza como por sus propias exigencias básicas, derivadas de que se iniciaba en países atrasados y diezmados por desastrosos conflictos militares.

. De esta manera, en la mayor de las paradojas conocidas, para buena parte de la gente militante que compartía sus ideales originales en lo concreto, significó detenciones, encarcelamiento, calumnias, hospitales psiquiátricos —manicomios infectos— o zonas inhabitables, cuando no torturas y la muerte. Páginas de barbarie incalculable sobre las que hoy no existe ya la más mínima duda, y que en su momento fueron difíciles de diferenciar de las atrocidades que la derecha atribuyó a la revolución desde el primer día. Semejante aberración, a los ojos del pueblo trabajador, ha acabado «asesinando» el ideal socialista y ensuciando el ideal comunista hasta el punto de que éste sólo puede plantearse desde un concepto de refundación en la que la primera premisa es proclamar su incompatibilidad con el estalinismo.

En este terreno, la *cuestión* de Trotsky y el trotskismo cobró desde el principio una significación primordial: representaba el rechazo más consecuente del curso estaliniano en nombre de todo lo que realmente fue. Hubo otras oposiciones, y cuando fue posible trabajaron juntas, pero ninguna de ellas actuó de una manera tan consecuente, y ninguna resultó tan perseguida y calumniada.

Antes de Gorbachov, la mejor manera de que, en la mayoría de los países llamados «socialistas», un turista se viera deportado inmediatamente hacia su país era que simplemente pronunciara la palabra «Trotsky».

En su primera novela, *La broma*, Milan Kundera ofrecía una aguda sátira sobre este tabú. En la Checoslovaquia de mitad de los años sesenta, un chico un tanto irreverente le escribía detrás de una tarjeta a su novia de las juventudes: «¡Viva Trotsky!», y desde entonces su vida se convirtió en una pesadilla.

Bibliografía. Según Marc Ferro, en su *Historia de la revolución rusa* Trotsky falsea en cierta medida su papel diluyéndolo. No resalta con las dimensiones debidas su papel en el Soviet de Petrogrado, ni su protagonismo en la preparación y ejecución de la insurrección. Sin embargo, Nikolai N. Sujanov (cuya *Historia de la revolución rusa* fue editada en una versión abreviada de Joel Carmichael por Caralt, Barcelona, 1970, tr. de Julio Gómez de la Serna) lo consideró «peor que Lenin». Resulta curioso que otras dos obras mayores sobre la historia de la revolución fuesen las de dos escritores norteamericanos. La primera es la celeberrima *Diez días que conmovieron el mundo*, de John Reed, de la que existen numerosas ediciones —la última en Orbis—, aunque conviene diferenciar entre la traducción soviética «corregida» por funcionarios estalinistas y la auténtica, y que se considera el mejor testimonio escrito no solamente sobre la Revolución rusa, sino sobre cualquier otra revolución (sobre Reed se puede consultar mi antología *Rojos y rojas*, El Viejo Topo, Barcelona, 2003). Lenin recomendó la obra de Reed como ejemplar de cabecera para todos los trabajadores del mundo, y Nadia Krupskaya prologó su primera edición rusa, que sirvió, junto con la *Historia* del citado cronista martoviano Nikolai Sujanov, como manual para las escuelas; nada que ver, pues, con las falsificaciones y santificaciones estalinistas. Una edición

complementaria de la *Historia* fue la recopilación efectuada por Fontamara bajo el título *La revolución de octubre* (1977), que comprendía *El triunfo del bolchevismo* (tr. de N. Tasin), *La revolución de Octubre* (Ed. del Siglo; fue reeditada en la colección 70 de Grijalbo con el título *Cómo hicimos la revolución de octubre*), *Quince años* (tr. de Nin para la revista *Comunismo*), *¿Qué es la revolución de Octubre?* (ídem) y *Tres concepciones de la revolución rusa* (Emili Olcina).

Otro clásico es el voluminoso ensayo de 1940 escrito por Edmund Wilson, *Hacia la Estación de Finlandia. Ensayo sobre la forma de escribir y hacer la historia* (Alianza, Madrid, 1972, tr. de R. Tomero, F. Zalán y J. P. Gortázar), y en la que la llegada de Lenin a Petrogrado en abril de 1917 es el punto de partida para «simbolizar el final del accidental camino que fue necesario recorrer para llegar a la conclusión de que la historia no está escrita de antemano y es posible la transformación del orden social. Esa larga corriente comienza con el primer teórico (Giambattista Vico) que intuyó que las instituciones sociales son obra del hombre; prosigue su curso con el gran defensor de la tradición revolucionaria francesa (Michelet), de la que se bifurca la escuela que consagra la decadencia de los viejos ideales (Renan, Taine, Anatole France); se hace caudalosa al recibir los afluentes del primer igualitarismo comunista (Babeuf) y del socialismo utópico (Saint-Simon, Owen, Fourier); se ensancha con la síntesis realizada por Marx y Engels (en encarnizada polémica con Lasalle y Bakunin); y corre torrencialmente hacia su destino final con la teoría y la práctica de Lenin y Trotsky» (extraído de la contraportada del libro). Edmund Wilson (1895-1972) fue uno de los «compañeros de viaje» del trotskismo norteamericano, y en esta reedición anota algunas importantes diferencias con su edición inicial. Otra historia de primera magnitud es la de E. H. Carr (*Historia de la Rusia soviética*, en Alianza Universidad), cuyo breviario *La Revolución rusa (1917-1927)* fue editado por Alianza (1981, tr. de Ludolfo Paramio) y ha contado con sucesivas reediciones (la última en el año 2002). Puede considerarse algo así como la culminación de una aproximación rigurosa a un acontecimiento sobre el cual el neoliberalismo trata de arrojar todos los perros muertos del siglo XX.

VI. LA REVOLUCIÓN ASEDIADA

La Revolución rusa gozó de su luna de miel por muy poco tiempo. Durante ésta, sus sueños quedaron plasmados en sus diferentes proclamas: la Constitución de los Derechos del pueblo trabajador y oprimido reconocía prácticamente todos y cada uno de los objetivos que el socialismo había propugnado mientras comprobaba que, al decir de Marx, el camino de las promesas de 1789 se había convertido para la burguesía en Caballería, infantería y Artillería contra los trabajadores.

Nada parecía utópico ni imposible. Se llegó, en vísperas de la guerra, a abolir la pena de muerte. Cuando el general Krasnov, uno de los mandos zaristas, fue detenido por los obreros, lo liberaron inmediatamente porque juró lealtad al nuevo régimen; no tardó en levantarse y en tratar a sangre y fuego a los trabajadores. El comisario de cultura, Lunacharsky, pidió con vehemencia su propio cese porque había recibido la falsa noticia de que las milicias rojas habían dañado el Kremlin y sus joyas artísticas. La también comisario Alexandra Kollontai tuvo que convencer con lágrimas en los ojos a los funcionarios de su departamento para que no le siguieran boicoteando su trabajo. Los embajadores en el extranjero se permitían exaltar a las multitudes y recomendar la

revolución en el país que los recibía. Los ejemplos se pueden multiplicar. Preguntado más tarde sobre esta luna de miel, Trotsky respondió que «aquellos fueron buenos tiempos». Sin embargo, esto no impidió que los mismos medios de comunicación que no habían dejado de exaltar las glorias de las trincheras, ahora se unieran contra la vesania y la crueldad de los bolcheviques, que no solamente querían hacer la revolución, sino que eran además capaces de ganarla con un «golpe de Estado» que conmovió el mundo y que, de alguna manera, todavía no ha dejado de hacerlo.

Los grandes problemas para salvar la revolución comenzaron a cobrar intensidad y dramatismo. El primero de ellos fue el de la paz. Los alemanes no estaban dispuestos a negociar sin la contrapartida de amplias anexiones de territorio ruso, con la finalidad de estrangular una revolución cuyos ecos iban a sentir inmediatamente en casa. El frente revolucionario de Octubre se dividió: por un lado, emergió una poderosa tendencia dentro del partido llamada «comunista de izquierda», que planteaba prolongar la guerra (revolucionaria) hasta que estallara la revolución alemana (Bujarin y Preobrazhensky eran sus cabezas); por otro, la tendencia encabezada por Lenin, cuyo objetivo prioritario era la paz. Con posiciones muy próximas a los «comunistas de izquierda» se levantaron los eseristas de izquierda y algunos anarquistas, que vieron en esta paz inmediata una «traición», y los eseristas, siguiendo su tradición, no dudaron en realizar actos terroristas, como el atentado frustrado que hirió a Lenin y contribuyó a acelerar su muerte, y mataron a dos antiguos judíos «interdistritos» y por entonces comisarios: Moisei Uritsky y Moisei Goldstein Volodarsky. También Trotsky fue herido en un atentado.

Trotsky no estaba de acuerdo con ninguna de las dos opciones que se planteaban en el partido. Lo que proponía el camarada Trotsky, dijo Lenin entonces, interrumpir la guerra, negarse a firmar la paz y desmovilizar el ejército, era, de hecho, una demostración política internacional. Efectivamente, como cabeza de la delegación revolucionaria, Trotsky intentaba distraer el curso de las discusiones, mientras que denunciaba a las potencias beligerantes y a la socialdemocracia internacional, que apoyaba a sus respectivos gobiernos y calumniaba a los bolcheviques. Esperaba que la revolución alemana empezase de un momento a otro. Creía que sólo sería una cuestión de semanas, pero Lenin afirmaba que serían meses: «En Occidente —escribe este último—, existe un movimiento de masas; pero la revolución todavía no ha empezado allí [...]. Si creyéramos que el movimiento alemán pudiera desarrollarse inmediatamente en caso de una ruptura de las conversaciones de paz, deberíamos sacrificarnos, dado que la revolución alemana tendría una fuerza superior a la nuestra». Y añade: «[...] la revolución alemana no está todavía madura. Le faltan varios meses. Hay que aceptar las condiciones». Los argumentos de Lenin convencieron a Trotsky, quien, al decidirse, inclinó la balanza entre las dos tendencias a favor de la paz inmediata de Brest-Litovsk.

Pero no termina todo aquí. Las potencias imperialistas en su conjunto no dudan en anteponer la lucha contra el bolchevismo —al que pintan como un ogro con un cuchillo en la boca— a sus propias y sangrientas contradicciones. Para Clemenceau, se trata de llevar a cabo un cerco total; pero los ingleses dudan. Para Chamberlain, la experiencia demostraba que si se iniciaba una empresa militar contra los bolcheviques, ésta terminaría por bolchevizar Inglaterra y por crear un soviet en Londres. La fracasada revolución alemana les sirve, no obstante, como un aviso de lo que es posible si se emplea a fondo en esta empresa, y optan por lo que, décadas después, se llamará «vietnamización»: reconstruyen el ejército de la contrarrevolución y le suministran toda clase de ayuda económica y material. Los bolcheviques no tenían un ejército para defenderse. Cuando Trotsky es nombrado comisario de la Guerra y presidente supremo del Consejo de la Guerra, se encuentra con poco más que nada para edificarlo: su experiencia como periodista durante la Primera Guerra Mundial y el estudio de los

clásicos militares de Engels y la obra ya citada de Jaurès.

Durante esta labor, pareció quemar todo lo que había adorado y adorar todo lo que había quemado (Deutscher): empezó por quitar atribuciones a los soviets de soldados y levantar una nueva jerarquía militar, aunque, ciertamente, con unas normas muy diferentes a las del ejército clásico burgués. Hasta ahora nadie, en el campo revolucionario, había creído en la necesidad de un ejército regular; pero no existía otro instrumento para dirigir y unificar una fuerza armada capaz de batirse en la inmensidad del territorio ruso contra un enemigo técnicamente muy superior y sostenido por las fuerzas del imperialismo. El punto de partida fueron los restos de los antiguos batallones revolucionarios. Luego, los Guardias Rojos (milicias obreras) de las ciudades industriales. El siguiente paso fue establecer una vertebración de cuadros medios con militantes obreros y campesinos. Del más improvisado de los ejércitos emergió una pléyade de «militares» que antes habían sido sindicalistas, agitadores, economistas o literatos, quienes ganaron batalla tras batalla a los experimentados mandos del Ejército Blanco. El punto más escandaloso surgió cuando Trotsky estableció, entre estos militantes revolucionarios y una masa muy importante de militares de carrera que habían sido fieles al absolutismo hasta poco tiempo antes, un mando mixto. Pero persistió en su empeño y, finalmente, la práctica le dio ampliamente la razón.

Trotsky, convertido en general en jefe del nuevo Ejército soviético, siguió siendo un marxista revolucionario... para quien el marxismo era todo menos una ciencia militar. La guerra tenía sus propias reglas y su propia lógica. La política de liberación social es sin duda un medio que transforma estas reglas y modifica esa lógica. La experiencia de revoluciones anteriores —la inglesa, la francesa— mostraba que lograron unos éxitos injustificables si se miraba sólo desde el terreno del enfrentamiento técnico y regular. Estaba claro que sus soldados no eran sólo hombres armados; eran también militantes de un programa de transformación social. La agitación y la propaganda socavaban la base social popular de la contrarrevolución, y la ofensiva se contempla por un análisis en la correlación de fuerzas que comprende, aparte del número y del armamento, la situación socioeconómica de la zona, la historia social y el entusiasmo de la gente que va a participar en la batalla. A veces, toda esta fuerza se dilapida al no contar con soporte técnico adecuado. Controlados por los revolucionarios, los militares profesionales llenarían este importante déficit. Una parte de ellos desempeñaron su papel hasta el momento de la traición; pero fue una minoría. Lenin quedó impresionado por este hombre, el único que para él era capaz de organizar un ejército desde la nada y construir la nueva sociedad con los ladrillos viejos —los militares zaristas— del derrumbado edificio de la monarquía, y no dudó en firmarle un cheque en blanco. Pocas veces la influencia de un hombre alcanzó manifestaciones tan insólitas: los historiadores narran los casos de batallas en las que el Ejército Rojo se batía en retirada y que, finalmente, se ganaron gracias a la súbita aparición de Trotsky con el tren que le sirvió para recorrer todos los puestos de mando. Sus encendidas palabras revolucionarias, su convencimiento, acababan por convertir en moral de triunfo lo que antes sólo había sido miedo y desmoralización.

Cuando los socialdemócratas como Kautsky mostraron su repugnancia por la ley de hierro que aplicó a los enemigos de la revolución, en su peor libro, *Comunismo y terrorismo*, Trotsky respondió que no se entraba en el socialismo con guante blanco, y recordó que el «terror rojo» había sido la respuesta al desarrollo despiadado del «terrorismo blanco», ya ampliamente experimentado bajo la legalidad zarista. No olvidó además, los crímenes de la burguesía y, en especial, los de la Gran Guerra, y que detrás de ellos no había otros fines que los de la anexión y la expansión económica: «En este momento —escribió— en el que se acusa a los obreros de crueldad en la guerra civil,

afirmamos, instruidos por la experiencia, que la indulgencia hacia las clases enemigas sería, en la actualidad, la única debilidad imperdonable que podría cometer la clase obrera rusa. Combatimos en nombre del mayor bien de la Humanidad, en nombre de la regeneración, para salvar al hombre de las tinieblas y de la esclavitud».

No de otra manera, entendía, podía actuar una revolución cercada por enemigos de dentro y de fuera que atacaban sin piedad, cuando la menor vacilación o el más pequeño desliz podía abrir una brecha irreparable que sería determinante para destruir no sólo la obra constructiva de esta revolución, sino también el porvenir del movimiento obrero ruso, que quedaría completamente aplastado como escarmiento y que desanimaría profundamente a los explotados que contemplaban su trayectoria desde todo el mundo. La revolución conoció en sus comienzos una época de ingenuidad libertaria y admitió — incluso en plena guerra— la libertad para los demás partidos, siempre que éstos no hicieran, como el «cadete» (constitucionalista liberal que no dudó en apoyar el Ejército blanco), propaganda de la otra barricada. Asimismo, conoció una amplia libertad de debates en el seno del partido y fue benigna con el soldado raso del Ejército blanco, aunque no dudó en ser despiadada contra sus propios excesos (los intentos de justicia personal, los saqueos o los enriquecimientos). Incluso los anarquistas que combatieron en la misma reconocieron su pureza espartana y su idealismo, aunque los mejores testimonios de esta guerra fuesen quizás los escritos por Isaak Babel en sus narraciones. Sin embargo, actuó con mano de hierro cuando fue necesario (y a veces por la propia dinámica de destrucción) y arrasó, fusiló a inocentes y tomó rehenes como advertencia contra los militaristas blancos.

La guerra no terminó, al menos **en lo inmediato**, con una victoria revolucionaria completa. No estaba descartada la posibilidad de que los blancos se rehicieran con la ayuda internacional, que no cedió en su cerco a la URSS hasta varios años después. La guerra había hundido la estructura económica rusa hasta su punto más bajo, había provocado una «arcaización» del país. De 4 millones de habitantes que contaba Petrogrado en 1917, no quedaban más de 1,7 millones en 1929, y sólo una minoría obrera pudo proseguir en su puesto de trabajo. Las industrias habían quedado desmanteladas y el campo tardó en cicatrizar sus heridas. Las reservas industriales y agrarias ya hacía tiempo que se habían agotado. La clase obrera había prácticamente desaparecido; ahora sobrevivía en los escasos núcleos industriales intactos, y el resto se desperdigó por el submundo del «mercado negro» y por sus aldeas de origen. El hambre llegó a tal extremo que se conocieron casos de canibalismo. El Estado que debía gestionar — teóricamente— la abundancia socialista, se encontraba con un desarrollo social regresivo, su base social estaba destruida, y en ausencia de aquella maravilla de la historia que fue la clase obrera combatiente, aparecieron nuevas hornadas de gente que antes no se había distinguido en la primera línea, para conformar la llamada «promoción Lenin», cierto, con un Lenin hecho a su medida: Stalin.

En un principio, Trotsky insistió en ganar las nuevas batallas con los métodos ya probados de la guerra civil. Fue su peor momento, cuando, entre otras cosas, preconizó la militarización del trabajo y la estatalización de los sindicatos (quizá la parte de su biografía más duramente criticada por Deutscher), abogó por los métodos más estrictos con los discrepantes y llamó a las masas a nuevos sacrificios, sin percatarse de que las condiciones habían cambiado sustancialmente. De ahí que los mismos que se habían enardecido en el período bélico con sus llamamientos, le volvieran la espalda; unos querían un respiro, reencontrar su vida, y otros querían una compensación por el inmenso esfuerzo realizado. Dentro del partido, Lenin combatió sus opciones. Estaba claro que la situación de «comunismo de guerra» era ya totalmente insostenible, cosa que la insurrección de los marinos de Kronstadt vino a demostrar claramente...

Pero, como se verá, también es cierto que Trotsky supo rectificar, y después de ese tiempo en el que emula a Saint-Just escribió, por ejemplo, sus *Notas sobre la vida cotidiana*, que denotan también capacidad para percibir una nueva realidad alejada de la épica y de la exaltación, caracterizada por el analfabetismo, el machismo y la burocracia. Años después corregiría a Breton en la redacción del *Manifiesto por un arte revolucionario e independiente* cuando éste incluyó un «salvo contra la revolución» en su apología de la libertad ilimitada. Para Trotsky, el arte tenía que ser libre incluso «contra» la revolución, como lo tendría que ser la sátira...

2. El paradigma anarquista. Cuando Anton Ciliga publicó su escalofriante alegato *En el país de la gran mentira*, la cuestión de Kronstadt, que tuvo lugar en abril de 1921, rebrotó, curiosamente, desde la revista comunista disidente francesa *Revolution Proletarienne*. Este debate se apoyaba en una base argumental más amplia. Para Ciliga, Kronstadt ponía en evidencia que el «aparato» represivo militar ya tenía vida propia, y por lo tanto que la base social del estalinismo ya dominaba *de facto* el partido. La anarquista Emma Goldman, sumada a la controversia durante los «procesos de Moscú», llega a preguntarse si Trotsky tenía derecho a hablar ahora. Para el anarquismo el veredicto ya estaba claro, y era el que, por ejemplo, efectuaba Volin: «Lenin y Trotsky, es decir, sus sistemas, prepararon el terreno y engendraron a Stalin. Sepan, pues, los que sostuvieron antes a Lenin y Trotsky y compinches, y hoy fulminan a Stalin: cosechan lo que han sembrado» (*La revolución desconocida*, Campo Abierto, Madrid, 1977, p. 238). El alegato libertario no deja lugar a dudas al narrar los hechos: «Durante tres semanas la democracia obrera y el poder de los soviets se hace realidad en Kronstadt. Pero Kronstadt está aislado del resto de Rusia y no llega a conectar con los obreros del país. Así se impone la mentira del Estado comunista que trata a los insurrectos de Kronstadt de contrarrevolucionarios. Los insurrectos resistirán a las mentiras y las armas del gobierno bolchevique, hasta que el Ejército Rojo, a las órdenes de Trotsky, los masacrará». Resumiendo, el esquema argumental anarquista insiste en algunos puntos clave, como los siguientes:

a) «Kronstadt es la primera denuncia de la gran mentira bolchevique»; b) «a la vez que la demostración de que una organización social a través de los *soviets* es posible»; c) Kronstadt —como la *macknovichitna*— fue la expresión de la voluntad insurreccional de obreros y campesinos que han aprendido que «la existencia del Estado y la existencia de la esclavitud» son inseparables; d) los insurrectos eran los marineros de Kronstadt, tenían un ideario anarquista, y por lo tanto nada que ver con los contrarrevolucionarios; e) atribuyen a Trotsky, como jefe del Ejército Rojo, la principal responsabilidad en la represión de la revuelta.

Por otro lado, todas estas críticas al bolchevismo se sitúan en el ámbito de lo ideal, de lo que tiene que ser, atributos que no dudan en otorgar sin ninguna (o con poca) reticencia crítica a la actuación de Kropotkin (aliadófilo, partidario de Kerensky que quiso nombrarlo ministro, teórico de un socialismo libre al margen de las condiciones de atraso y del estado de guerra), o a la experiencia de Maknó, complementaria de los acontecimientos de Kronstadt, y que describen como un filme de malos (bolcheviques) y buenos (anarquistas), con Trotsky al frente de los pelotones de fusilamiento, algo que no se corresponde exactamente con la realidad.

Seguramente, el estudio más fehaciente sobre este revelador episodio fue el que escribió Paul Avrich (autor de una obra imprescindible sobre *Los anarquistas rusos*, Alianza, Madrid, 1973), el más detallado de todos los existentes sobre la insurrección, que aquí nos llegó con el escueto título de *Kronstadt 1921* (Proyección, Buenos Aires, 1973). Sin

embargo, la lectura de Avrich no concuerda exactamente con el esquema libertario, sino que más bien lo destruye. Avrich tiene buen cuidado en no situar Kronstadt como un hecho concluyente, como un antes y un después en una revolución cuyo proceso histórico siguió vivo, aunque fuera bajo toda clase de deformaciones, hasta por lo menos 1989. Tampoco idealiza la composición del soviét. La guerra civil había medio destruido la clase obrera. Los militantes más notables de Kronstadt en 1917 ya no estaban en 1921, e incluso el líder anarquista Yarchuck estaba encarcelado, lejos de los acontecimientos.

De hecho, ninguna corriente política podía decir que los representara. Los mencheviques eran importantes en las fábricas de Petrogrado y los socialistas revolucionarios de izquierda tenían una presencia (el propio Petritchénko podía ser calificado como tal), algo nada extraño dado que, como demuestra Avrich en su otro libro, el anarquismo y el populismo tuvieron una historia muy paralela en Rusia. No era cierto que los insurrectos tuvieran que ver con los «blancos», pero sí lo es que éstos resucitaron con la expectativa de que se abriera un frente antibolchevique con el deshielo, e hicieron propia la consigna «soviets sin bolcheviques». Es cierto que las huelgas estaban al orden del día, lo mismo que las revueltas agrarias (sobre todo una vez que se derrotó a los «blancos»), pero fueron revueltas contra el llamado «comunismo de guerra», y de hecho, tal como diría Lenin, Kronstadt fue como «un relámpago en la noche», iluminó el malestar generalizado de la base social de la revolución, de manera que su consecuencia básica fue la instauración de la Nueva Política Económica, que abrió un período «liberal» en la revolución hasta finales de los años veinte, cuando Stalin impuso las colectivizaciones forzosas.

No es cierto que los bolcheviques los calificaran de «contrarrevolucionarios» sin más. Su punto de vista está expresado en la obra de Eugene Preobrazhensky *Anarquismo y comunismo* (Fontamara, Barcelona, 1978), que incluye un sugestivo prólogo de Emilio Olcina, muy en la línea libertaria o socialista de izquierdas, donde se subraya que el problema con las etiquetas es ver lo que contienen. Avrich no justifica, pero ofrece argumentos del «circunstancialismo» en que se vieron inmersos los bolcheviques después de tratar de convencer a los insurrectos mediante las palabras. Si cedían, Kronstadt podría convertirse en el principio de un nuevo conflicto, y si bien los insurrectos eran «camaradas», su «tercera revolución» apuntaba objetivamente hacia un riesgo de reanudación de la guerra civil. Por otro lado, Avrich no se hace cábalas sobre si era posible una experiencia anarquista, y las experiencias —como la española— que hemos conocido ulteriormente se sitúan en un paréntesis, es decir, en medio de un proceso revolucionario inconcluso en el que desde el poder de la República se permitió una «zona anarquista liberada», al tiempo que la derecha republicana trabajaba para recomponer las funciones integrales del Estado. No es cierto que Trotsky dirigiera la acción militar, pero sí lo es que asumió su responsabilidad de la actuación bolchevique (así lo proclama, por ejemplo, en unas cartas que dicta Richard Burton en la película *El asesinato de Trotsky*), en medio del debate con Ciliga y Serge.

Tampoco deja de ser curioso que, para reforzar esta acusación, no duden en asimilar como mera continuidad los testimonios críticos efectuados contra el estalinismo desde posiciones comunistas disidentes, como los de Anton Ciliga (cofundador del PC yugoslavo y detenido por formar parte de la Oposición de Izquierdas), los de Panait Istrati o los de Orwell. Aunque sea con todos los matices necesarios, estos alegatos se considera unánimemente que están —como el de Gide— en la misma onda que las aportaciones de Trotsky, en particular *La revolución traicionada*. Para los comunistas oficiales que habían llegado a justificarlo todo, el nombre de Kronstadt no era más que una historia perdida, un delirio de los anarquistas, con los que, por su carácter de

movimiento minoritario, no tenían necesidad de establecer ningún puente. Pero para quienes habían optado por la opción trotskista la cuestión no era tan sencilla.

(Décadas después, el movimiento trotskista reproducía el debate, y en un acto en la Universidad de Barcelona, el norteamericano Peter Camejo insistió en la argumentación básica de Trotsky, mientras que Ernest Mandel se hizo eco de las consideraciones de Serge y Ciliga, ofreciendo una aportación: en este momento el aparato del Estado empezó a demostrar que tenía autonomía respecto del gobierno, y acabó imponiendo su lógica represiva. En una de sus últimas aportaciones, el historiador galo Daniel Guérin, muy ligado en diversos momentos tanto a Trotsky como al anarquismo, aunque siempre muy a su manera en un caso y otro, promovió una investigación y un debate plural en Francia con la intención de establecer unos criterios lo más objetivos posible, y pasar de las acusaciones al diálogo. Esto ocurría en una época en que la restauración conservadora todavía no había ganado por goleada, o sea, cuando este tipo de cuestiones todavía tenía una proyección de cara a una posible transformación socialista y democrática del mal llamado «socialismo real»; ahora la línea abierta por Guérin resulta mucho más difícil, pero quizás más necesaria. Todavía a principios de los años ochenta, en el transcurso de un programa de televisión, *Las vísperas de nuestro tiempo*, cuando el presentador se dirigió a Jordi Solé-Tura para cuestionar la «legitimidad democrática» de la Revolución rusa, éste le respondió con sencillez: si una revolución que se impone a través de las asambleas de los soviets, que estaban abiertos a todos, que consigue un apoyo internacional tan amplio que hace que los «amos del mundo» teman la «sovietización» de sus países, y que supera una guerra en la que la reacción contó con el apoyo directo de veintidós países siguiendo los planes estratégicos de Winston Churchill, difícilmente hubiera subsistido sin el apoyo de las más amplias masas obreras y campesinas, e incluso de amplios sectores de la clase media.)

Bibliografía. Antes que cualquier otra editorial, fue la mítica Ruedo Ibérico la que publicó varias de las obras más conocidas de Trotsky, y la única que publicaría los dos gruesos volúmenes de los *Escritos militares* de Trotsky (París, 1976), en traducción de la edición rusa de 1923-1924 por parte de Fernando Claudín, y en una edición a cargo de Juan Andrade y José Martínez. La edición francesa cuenta con un detallado estudio de Pierre Naville sobre las concepciones «militares» de Trotsky (Naville también es el autor de un ensayo biográfico, *Trotsky vivant*). El lector interesado sobre este aspecto también encontrará una amplia reflexión en la obra de Maurín *Revolución y contrarrevolución en España* (Ruedo Ibérico, 1966).

VII. LA III INTERNACIONAL Y LA INVERSIÓN DE SUS PROPÓSITOS

1. Un partido mundial. Tanto los dirigentes de la revolución de Octubre como los fundadores de los partidos comunistas eran militantes que se habían forjado en los debates y conflictos internos de la II Internacional, sobre todo durante la Gran Guerra. Trotsky se encontraba entre los más representativos, pero también lo eran, por supuesto, Lenin y Rosa Luxemburgo, una dirigente que había integrado totalmente concepciones y experiencias internacionales. Nacida en la Polonia dividida, tuvo la fortuna de ser militante de tres partidos a la vez: el partido polaco, el ruso y el alemán. Además de sus trabajos en el seno del Buró y de los congresos de la II Internacional, también trabajó en la construcción de la organización polaca, dirigió un ala del partido alemán y participó personalmente en la revolución rusa de 1905 y en las luchas internas de la socialdemocracia rusa. Rosa Luxemburgo sacó de toda esta experiencia la conclusión de

que el movimiento obrero no había estado suficientemente organizado internacionalmente, y por eso, tras la catástrofe de agosto de 1914 y el derrumbamiento de la II Internacional, escribirá lo siguiente: «El centro de gravedad de la organización del proletariado en tanto que clase es la Internacional».

En cuanto a los bolcheviques, la necesidad de encontrar las ideas y las soluciones revolucionarias, así como el exilio de la mayoría de sus cuadros, proporcionó al partido ruso un cuadro comprehensivo y una experiencia internacional totalmente inigualable por todos los demás partidos del mundo (no deja de resultar sintomático que, entre ellos, Stalin fuera «el más nacional», o sea, el más provinciano). Tenían muchísimos contactos internacionales con casi todos los países, y su esfuerzo por traducir al ruso la mejor literatura revolucionaria era, a pesar de la ilegalidad, en general superior al resto de secciones nacionales (más cerradas en su entorno nacional inmediato). Los bolcheviques, el partido manifiestamente más capaz de entender «las particularidades nacionales de Rusia», era también el partido más internacional de toda la II Internacional. Como dijo Lenin, el partido era el que estaba más al corriente del *dernier cri* de las ideas y de los desarrollos revolucionarios internacionales, y éste entendía que la política rusa estaba fuertemente determinada por la política mundial. Las revoluciones de 1905 y 1917 estallaron a continuación de guerras internacionales. Como Rosa Luxemburgo, los bolcheviques no sacaron de su experiencia la conclusión de que habían sido demasiado «internacionalistas», sino todo lo contrario, y como Rosa, entendían que 1917 significaba antes que nada la ruptura del «eslabón más débil de la cadena imperialista».

Desde los primeros tiempos de la revolución, los bolcheviques se esforzaron por multiplicar sus conexiones con los revolucionarios de los demás países de las maneras más variadas, empezando por la confraternización en las trincheras (como se trasluce en *Doctor Zhivago*, de David Lean) y siguiendo con la adopción de los prisioneros de guerra o haciendo llamamientos contra la intervención durante la guerra civil, en el transcurso de la cual se dieron ejemplos épicos como la revuelta de la flota francesa en el mar Báltico, capítulo en el que tomó parte el mítico André Marty, quien escribió un testimonio célebre. Muchísimos de los amigos más o menos sinceros de la revolución emprendieron su periplo hacia la Rusia soviética. Durante los años siguientes, prácticamente toda la primera línea de la militancia radical y de la cultura disidente realizó su «viaje» y ofreció sus testimonios, a veces exaltados, como Nikos Kazantzakis (*Toba Raba*), y a veces críticos, como en el caso del socialista y pacifista Bertrand Russell.

Los cinco primeros años de la Internacional Comunista abarcan un período efervescente, prolijo y variopinto en la historia del movimiento revolucionario, y aunque habitualmente no se les ha prestado la debida atención, representan la «otra cara», la auténtica cara de la Internacional como tal internacional, y no lo que devino después. Como ocurrió con las actas del partido bolchevique en los tiempos de Lenin, la edición de sus textos no tuvo lugar hasta décadas después, y su divulgación editorial se produjo en los años setenta... Durante estos años, sus míticos dirigentes desarrollaron estrategias políticas revolucionarias y trataron de orientarse en los acontecimientos en consonancia con los cambios impuestos en la situación internacional por las trágicas consecuencias de la Gran Guerra, por la conmoción causada por Octubre y por las graves contradicciones acumuladas en el mundo capitalista.

Durante este tiempo tuvieron lugar los primeros (cuatro) congresos, que, en opinión de Trotsky en 1933, «nos dejaron una valiosa herencia programática: la caracterización de la etapa actual como del capitalismo imperialista; de la naturaleza del reformismo moderno y los métodos para combatirlo; de la relación entre la democracia y la dictadura del proletariado; del papel del partido en la revolución proletaria; de la relación entre el proletariado y la pequeña burguesía, especialmente el campesinado (la cuestión agraria);

del problema de las nacionalidades y la lucha por la liberación de los pueblos coloniales; del trabajo en los sindicatos; de la política del frente único; la relación con el parlamentarismo, etc. Estos primeros cuatro congresos sometieron estas cuestiones a un análisis de principios que aún no ha sido superado».

En el II Congreso internacional, Lenin, recordando la influencia alemana en la Internacional Socialista, había propuesto que la sede de la Internacional fuera Berlín, para neutralizar la influencia rusa. Bujarin dio a conocer, años más tarde, el temor expresado por Lenin a que las secciones se limitaran a obedecer. Éste y no otro fue el objetivo ulterior de la «bolchevización» estalinista, que, como cuenta Alfred Rosmer en su obra *Moscú en tiempos de Lenin*, suprimía de antemano todo tipo de oposición en el congreso mediante los emisarios delegados de las diferentes secciones. En todas partes se empleaban los más diversos métodos para eliminar las diferencias que podían surgir; se trataba de una guerra de desgaste en la que los obreros eran derrotados de antemano por unos funcionarios que, al no dedicarse a otros menesteres, imponían debates interminables. Todos aquellos que habían osado emitir una crítica se les abrumaba con el peso del Komintern, después de lo cual, los había que acababan agotados, terminaban por ceder provisionalmente, o bien simplemente por marcharse. Sólo una minoría intransigente persistió

Estos escritos internacionalistas, que incluyen una selección de los más importantes informes, manifiestos y otros materiales, fueron redactados por Trotsky entre 1919 y 1923, y publicados en la Unión Soviética en 1924. Revelan plenamente el enorme aporte de Trotsky al primer Komintern. De hecho, éste escribió la mayor parte de sus manifiestos clave durante el período en que él y Lenin fueron los principales dirigentes del comunismo mundial. Esta recopilación es una valiosa muestra de la aguda perspicacia de Trotsky para prever los acontecimientos futuros, muestra que puede ser ampliada con las ediciones de recopilaciones complementarias, como la existente *Sobre Europa y Estados Unidos*, que editó también Pluma, y en la que Trotsky escribe, por ejemplo:

La impresionante preponderancia material de Estados Unidos excluye automáticamente la posibilidad de un salto económico, de la regeneración de la Europa capitalista. Si en el pasado fue el capitalismo europeo el que revolucionó las zonas atrasadas del mundo, hoy es el capitalismo norteamericano el que revoluciona a la Europa pasada de madura. No hay ninguna vía de escape del callejón económico sin salida, salvo la revolución proletaria, la destrucción de las barreras económicas y estatales, la creación de los Estados Unidos Soviéticos de Europa y la unificación federativa con la URSS y los pueblos libres de Asia. El inevitable desarrollo de esta lucha gigantesca inaugurará también la época revolucionaria para el amo capitalista actual, los Estados Unidos de América. (1926).

En estos textos, Trotsky describe, entre otras cosas, el advenimiento del dominio de Estados Unidos en la economía mundial, y señala algunos de los factores subyacentes que precipitarían la Gran Depresión, tanto en Estados Unidos como en Europa. La exposición que hace de los asuntos económicos mundiales es particularmente interesante hoy, cuando el dólar declina y el sistema monetario internacional se tambalea, yendo de crisis en crisis. También demuestran la comprensión que tenía Trotsky del poder potencial de la revolución colonial. Como afirma en el manifiesto del I Congreso Mundial, la Primera Guerra Mundial dio como resultado una nueva división del mundo entre las grandes potencias capitalistas. Cuando concluyó la guerra entre estas grandes potencias, surgieron las luchas por la liberación nacional, sostenidas por los pueblos del mundo colonial.

Durante su discurso ante el II Congreso Mundial de Mujeres Comunistas, Trotsky subraya el papel que las mujeres deben desempeñar en los acontecimientos revolucionarios. Sostiene la idea (tal como lo hacen las feministas revolucionarias de hoy) de que las mujeres son potencialmente el sector más activo y revolucionario de la clase trabajadora, por ser el más oprimido. La evolución de la III Internacional revela hasta qué extremo se alejó Stalin de las pautas que la regían durante la época en que la extensión de la revolución se entendía como la condición primordial para la defensa y la salud del socialismo en la URSS. Bajo Stalin, el Komintern se caracterizó por su monolitismo y unanimidad compulsiva, y todo en función de su domesticación en función de los intereses de la política exterior soviética. En la época de Lenin y Trotsky, las decisiones que debían tomarse se discutían plena y libremente, y en muchas ocasiones el prestigio de los bolcheviques no fue obstáculo para que se impusieran otras orientaciones. Por otro lado, el Komintern reunió su congreso únicamente tres veces en veinte años, mientras que entre 1919 y 1922 se realizaron cuatro congresos, y esto a pesar de la agobiante situación de guerra civil y del consiguiente desastre económico que significó para la Unión Soviética, que sufrió un dantesco período de hambre y miserias, y que habría significado su fin si las potencias imperialistas no hubieran temido una revuelta interior.

Los bolcheviques percibieron desde el principio que la seguridad y el progreso de su revolución estaban indisolublemente unidos al avance de la revolución en otros países, especialmente en los países europeos más adelantados. De ahí que asignaran tanta importancia a una relación estrecha con los representantes de otros partidos comunistas, con los que, en numerosos casos, ya tenían establecida una estrecha relación desde mucho antes, sobre todo de la fase internacionalista contra la Gran Guerra. Sostenían que, puesto que la revolución mundial es el camino al socialismo, su desarrollo en otros países sería en definitiva decisivo para la Unión Soviética. En 1924, se celebró el V Congreso del Komintern. Pero este congreso ya estaba marcado por la influencia de la política de Stalin, resumida en la consigna «socialismo en un solo país». En la medida en que Stalin consolidaba su poder, la Internacional Comunista cambiaba totalmente, y aunque ya no existían las dificultades materiales de la época anterior, transcurrieron cuatro años antes de que se realizara el VI Congreso, en 1928, sobre el cual Trotsky escribió una de sus principales obras, *La internacional comunista después de Lenin* (Akal, 1977, traducción, prólogo y notas de Mariano Fernández Enguita, una edición que supera la más precipitada efectuada por Julián Gorkín, que, con el título de *El gran organizador de derrotas*, conoció una de sus primeras ediciones mundiales en 1930, sobre la base de la edición francesa del mismo año).

En 1935 se celebró el séptimo y último congreso. En 1943, Stalin disolvió la III Internacional en virtud de sus acuerdos con los aliados. Éste fue el resultado lógico del «socialismo en un solo país», cuya significación exterior fue «el socialismo en ningún otro país», ya que Stalin se opuso frontalmente a cualquier tentativa en este sentido, incluidas las de Yugoslavia y China en 1948-1949. La III Internacional jamás revivió, y solamente funcionó brevemente el llamado Kominform, como organismo de consulta. En este camino, el estalinismo fue eliminando los partidos y a los representantes comunistas que en algún momento pudieron resultar sospechosos de desempeñar un papel crítico e independiente en el Komintern. Una historia ciertamente terrible que no excluye, sino que incluye, episodios nacionales, colectivos y personales que ponen en evidencia que el estalinismo no llegó a infectar a todo el cuerpo del movimiento comunista, y que a pesar de los dictados de Moscú y de la obediencia de los líderes nacionales, las bases militantes llegaron hasta donde llegaron; baste señalar las historias de los partidos comunistas bajo la ocupación nazi en múltiples países, y sobre los que los lectores

encontrarán una buena información en la obra magna de Fernando Claudín sobre *La crisis del movimiento comunista* (Ruedo Ibérico, París, 1969).

2. La cuestión nacional. Las ideas de Trotsky sobre la cuestión nacional anteriores a 1917 pueden definirse como «eclecticas» (éste es el término que Lenin empleó para criticarlos), y se puede decir que se sitúan a mitad de camino entre Rosa Luxemburgo y Lenin. Hay que decir que será sobre todo a partir de 1914 cuando Trotsky se interesa más a fondo por la cuestión nacional, y aborda el problema en su folleto *La guerra y la Internacional*. En uno de sus fragmentos más interesantes, Trotsky expone, de forma enormemente penetrante, la relación dialéctica entre el internacionalismo proletario y los derechos nacionales: la destrucción de la Internacional por los socialpatriotas ha sido un crimen no sólo contra el socialismo, sino también contra «el interés nacional correcta y ampliamente entendido», al disolver la única fuerza capaz de reconstruir Europa sobre la base de los principios democráticos y el derecho de autodeterminación de las naciones.

En 1917, Trotsky abandonará estas tesis «eclecticas» y hará suya la concepción leninista de la cuestión nacional, que defenderá brillantemente en Brest-Litovsk en su calidad de comisario del pueblo para Asuntos Exteriores. Dada la actual desmemoria, cabe recordar que Octubre concedió *ipso facto* el derecho a la autodeterminación a naciones «prisioneras» del zarismo como Finlandia y Polonia, así como a muchas otras nacionalidades, algunas de ellas escasamente conocidas, lo que suscitó la reacción crítica de Rosa Luxemburgo.

Aparte del propio Trotsky, la corriente afín desarrollaría diversas aportaciones importantes, empezando por la del historiador Roman Rosdolsky (1898-1967), sobre el que Perry Anderson ofrece el siguiente retrato: «Nacido en Lvov, fue uno de los fundadores del Partido Comunista de Ucrania Occidental. Mientras trabajaba bajo la dirección de Riazanov como miembro correspondiente del Instituto Marx-Engels en Viena, se unió a Trotsky en su crítica de la consolidación del estalinismo en la URSS y de la política de la Komintern frente al fascismo en Alemania a principios de los años treinta. De 1934 a 1938 volvió a Lvov y trabajó en el movimiento trotskista local de Galitzia, a la par que escribía un largo estudio sobre la historia de la servidumbre en la región. Capturado por el ejército alemán durante la segunda guerra mundial, fue enviado a campos de concentración nazis. Al ser liberado en 1945, emigró a Estados Unidos, donde trabajó como investigador aislado en Nueva York y Detroit, abandonando la actividad política directa. Allí escribió uno de los pocos textos marxistas importantes sobre el problema nacional en Europa que aparecieron desde la época de Lenin. Su *magnum opus*, sin embargo, fue un extenso análisis en dos volúmenes de los *Grundrisse* de Marx y su relación con *El capital*, publicado póstumamente en Alemania Occidental en 1968. El objetivo de esta importante reconstrucción de la arquitectura del pensamiento económico maduro de Marx fue permitir al marxismo contemporáneo reanudar la tradición fundamental de la teoría económica dentro de materialismo histórico, interrumpida al extinguirse el austro-marxismo en el período de entreguerras. Trotsky no había escrito ninguna obra económica de entidad, a diferencia de la mayoría de los teóricos de su generación: el mismo Rosdolsky, que no era economista de formación, emprendió esa tarea por un sentido del deber hacia las generaciones siguientes» (*Consideraciones sobre el marxismo occidental*, p. 122).

Con el tiempo, parte de los debates marxistas sobre distintos aspectos de la cuestión nacional han sido superados por la historia. Recordemos que el Estado multinacional austrohúngaro, que se descompuso en varios Estados nacionales después de la Gran Guerra —en la que fue un factor muy importante la reunificación de Polonia, imaginada una utopía pequeñoburguesa por Rosa Luxemburgo—, se convirtió en realidad en 1918.

La nación checa, «no histórica» y destinada a desaparecer por su falta de «vitalidad nacional» (Engels *dixit*), construyó pese a todo su Estado mediante una libre federación con la nación eslovaca. La propia experiencia de 1917 y del tiempo que le sigue demuestran también que la nación no es tan sólo un conjunto de criterios abstractos y externos. La dimensión subjetiva, es decir, una conciencia de identidad nacional, de un movimiento político nacional, no es menos importante, un movimiento que responde a profundas condiciones históricas, de persecuciones, opresiones, de un imaginario colectivo unificador. Pero esto significa que la autodeterminación debe tener un sentido más amplio: tiene que aplicarse no tan sólo a la separación, sino también al propio «ser nacional».

Existe una creativa tradición marxista sobre esta cuestión que trata de descubrir, mediante un análisis concreto en cada situación concreta, una auténtica vía internacionalista, de la que fue un ejemplo Octubre, y que se plasmó en la política del Komintern sobre las nacionalidades oprimidas cuando lo guiaban Lenin y Trotsky (1919-1923), así como en la célebre resolución del congreso de la II Internacional de 1896, resolución que conoció el excepcional privilegio de ser aprobada tanto por Lenin como por Luxemburgo: «El congreso proclama el pleno derecho de todas las naciones a la autodeterminación; y expresa su simpatía por los obreros de todos los países que actualmente padecen bajo el yugo del absolutismo militar, nacional o de cualquier otra especie; el congreso llama a los obreros de esos países a que se unan a las filas de los obreros conscientes de todo el mundo, con objeto de combatir junto con ellos para vencer al capitalismo internacional y alcanzar los objetivos de la democracia social internacional».

La obra de Rosdolsky sobre las nacionalidades, *El problema de los pueblos «sin historia»*, que supone una crítica a algunas tesis de Engels, fue publicada por Fontamara (Barcelona, 1981, tr. de Conrado Ceretti). En la misma editorial se publicaron otras dos aportaciones sobre la misma cuestión, la ya clásica de Andreu Nin, *Los movimientos de emancipación nacional*, en edición de Pelai Pagès (responsable también de una recopilación de textos de Nin sobre la misma cuestión en Fontamara, y en catalán en La Magrana), y, asimismo, el trabajo conjunto de Michael Löwy y Georges Haupt *Los marxistas y la cuestión nacional* (Barcelona, 1974, tr. de Emili Olcina). Löwy es uno de los investigadores internacionalmente más reconocidos sobre esta cuestión. Cabe anotar también la aportación, muy desde el horizonte nacional vasco de los hermanos José Luis y José María Arenillas, *Sobre la cuestión nacional en Euzkadi* (Fontamara, 1981, con un extenso prólogo de Pelai Pagès, «Apuntes metodológicos sobre los nacionalismos actuales. A propósito de...»), y el más reciente de José Iriarte «Bikila», *¿Los trabajadores tienen patria? Internacionalismo e internacional* (Gakoa, Donosti, 1991), que aparte de una reflexión general ofrece un capítulo sobre la cuestión nacional en Euzkadi (escrito en euskera) y un apéndice sobre «Perestroika y cuestión nacional». Otra aportación de la «escuela» es la de Tom Nairn, *La cuestión de las nacionalidades* (Península, Barcelona, 1979).

3. Las crisis del capitalismo. En su exposición para el III Congreso, Trotsky desarrolló análisis sobre la evolución de las crisis del sistema capitalista que coincidían en buena medida con las teorías expuestas por el economista soviético N. D. Kondratieff. Trotsky creía que, para analizar las crisis del capitalismo, era preciso comprender primero su equilibrio. Su enfoque de la cuestión fue, en algunos aspectos, bastante similar al de éste: «El equilibrio del capitalismo es un fenómeno extremadamente complejo. El capitalismo produce este equilibrio, lo altera, lo restablece para volver a romperlo, a la par que extiende los límites de su dominio. En la esfera económica, estas

constantes rupturas y restablecimiento toman la forma de crisis y *booms* [...]. El capitalismo tiene, por tanto, un equilibrio dinámico, que siempre está en proceso de ruptura o de restablecimiento».

Por otro lado, Trotsky también disienta de los miembros del Komintern que esperaban con ansiedad el colapso del capitalismo. Afirmaba que la misma recurrencia de las crisis probaba que «el capitalismo todavía no había muerto». Con el fin de afirmar futuras predicciones, Trotsky también pensaba que los sucesos cotidianos deben verse en perspectiva, y con este objeto se refería a una gráfica del comercio exterior británico recientemente aparecida en el *Times*. Describió este gráfico de la forma siguiente:

En enero de este año, el *Times* de Londres publicó una tabla que abarcaba un período de ciento treinta y ocho años [...]. En este intervalo se han completado 16 ciclos: es decir, 16 crisis y 16 fases de prosperidad. Cada ciclo cubre aproximadamente $8 \frac{2}{3}$ de año, casi nueve años [...]. Si analizamos más de cerca la curva de desarrollo hallaremos que se diferencia en cinco segmentos, cinco períodos distintos. Desde 1781 hasta 1851 el desarrollo es muy lento: apenas hay movimiento observable [...]. Tras la revolución de 1848, que sirvió para ampliar el campo de operaciones del comercio europeo, aparece un punto de ruptura. De 1851 a 1873 la curva de desarrollo sube rápidamente [...] y a partir de 1873 sigue una época de depresión. Desde 1873 hasta aproximadamente 1894 asistimos a un estancamiento del mercado británico [...] seguido de otro *boom* que dura hasta el año 1913. Finalmente, con el año 1914 empieza el quinto período, el de destrucción de la economía capitalista.

De estas líneas se desprende que Trotsky y Kondratieff estaban de acuerdo sobre el concepto de equilibrio; y los períodos de tiempo también corresponden en general con el esbozo de grandes ciclos de Kondratieff. Pero, establecidas estas coincidencias, se constatan diferencias fundamentales, cuyo único síntoma, en este momento, podría detectarse en la referencia de Trotsky a «períodos» históricos frente a los «ciclos» de Kondratieff. Posteriormente quedaría aclarado todo el sentido de estos términos. Finalmente, existe un extremo crítico en el que Trotsky y Kondratieff estaban en total desacuerdo. Cuando Kondratieff aseguraba que la crisis de 1920-1921 indicaba la proximidad de una restauración del equilibrio capitalista, Trotsky lo negaba. Dentro de las economías de los países separados de Europa, él veía la continuación del desequilibrio entre la ciudad y el campo y entre las diversas ramas de la industria. Por lo que respecta a la economía mundial, el desequilibrio entre Europa y América era aún más profundo. La competencia exportadora de Norteamérica amenazaba a la recuperación europea, y la economía norteamericana estaba ella misma en peligro «porque Europa está empobrecida y no puede seguir comprando los géneros americanos».

La consecuencia necesaria sería un período de profunda y prolongada depresión. Las crisis futuras restringirían la producción norteamericana, desnivelando paralelamente las economías europeas «a contramarcha»: «[...] en la época en que hemos entrado —decía Trotsky— los períodos de alza solamente pueden ser de carácter superficial y básicamente especulativo, mientras que las crisis serán cada vez más prolongadas [...]». El lector encontrará, aparte de uno de los textos de Kondratieff, una información más amplia en la recopilación efectuada por Manuel P. Izquierdo, *Los ciclos económicos largos, ¿una explicación de la crisis?* (Akal, 1979), que incluye la ponencia de Trotsky y un trabajo de Ernest Mandel, «Las “ondas largas” de la historia del capitalismo», así como una amplia información complementaria en la introducción y en el texto de R. B. Davy *La teoría de los grandes ciclos: Kondratieff, Trotsky y Mandel*. Este último desarrollará mucho más ampliamente sus puntos de vistas en una específica sobre la

cuestión.

En el apartado del Komintern, además de la recopilación mencionada en el texto, existe otra de los escritos internacionales de Trotsky, la que se publicó con el título de *Una escuela de estrategia revolucionaria* (El Siglo, Buenos Aires, 1973), y que forma parte de una aportación al proyecto de crear una escuela de formación internacional (un sueño que, a pequeña escala, ha creado la Cuarta con la Escuela de Amsterdam y en los campamentos de verano para jóvenes). Una aportación muy elaborada desde la perspectiva trotskiana fue la efectuada por Pierre Frank en dos gruesos volúmenes, *Histoire de l'Internationale Communiste, 1919-1943* (La Brèche, París, 1979), que toma como punto de partida una cita de Rosa Luxemburgo: «Es en la Internacional donde se sitúa el centro de gravedad de la organización de clase del proletariado». Una síntesis muy apretada es la que ofrece Jordi Jaumandreu en *La Tercera Internacional* (Mañana, Madrid, 1977).

En sus trabajos ulteriores, escritos ya al calor de la guerra civil y de los primeros congresos del Komintern, Trotsky polemizó agriamente con el Kautsky autor de *Terrorismo y comunismo* mediante la obra *Comunismo y terrorismo* (existe una edición conjunta en Biblioteca Júcar, Madrid, 1977; el traductor del texto de Trotsky fue Gabriel León Trilla, uno de los dirigentes del PCE desde su fundación, y muerto en extrañas circunstancias como «traidor» por haber desobedecido las órdenes de Carrillo al trasladarse al sur de España para ayudar a los maquis) o *Entre el imperialismo y la revolución* (Roca, México, 1972, tr. de Juan Laya), que aborda un episodio relacionado con la guerra civil, la incorporación de Georgia como República federada a la URSS, hecho que fue violentamente criticado por la socialdemocracia, y cuya realidad concreta resultaba mucho más compleja de lo que Trotsky era capaz de ver en aquel momento, inmerso como estaba en la defensa integral del partido y del curso de la revolución. El trotskismo, al menos desde los años sesenta, se ha mostrado generalmente muy crítico con esta fase de la trayectoria más «partidista» de Trotsky. De esta época data uno de sus libros menos conocidos pero más singulares, *Notas sobre la vida cotidiana* (Icaria, Barcelona, 1981), en el que Trotsky percibe intensamente las diferencias entre los grandes ideales y sus concreciones diarias, el peso de la burocracia, del analfabetismo, del machismo, etc. Entre los textos incluidos en *El verdadero Trotsky* se encuentra un artículo de Karl Radek, «Trotsky, creador de la estrategia militar de la revolución», que apareció en el n.º 37 de la edición castellana de *La Correspondencia Internacional* (mayo de 1923).

VIII. LOS BOLCHEVIQUES CONTRA STALIN

1. Tiempos de Lenin. Como hemos podido ver, la revolución de Octubre fue, en su intención y esfuerzo, una ruptura, como nunca hasta entonces se había contemplado, con el pasado, con todas las condiciones sociales y políticas de la burguesía. Desde Lenin y Trotsky hasta el más humilde *mujik*, se movilizaron en un enorme y tempestuoso esfuerzo por erradicar del suelo ruso todas las formas de explotación y opresión. Parecía que, con las cenizas de la guerra, el viejo mundo debía quedar atrás. Sin embargo, los años que siguieron a la guerra mostraron un desarrollo más complejo y contradictorio. Por una parte, Rusia siguió encarnando la ruptura revolucionaria, y las conquistas de

Octubre sirvieron para arrancarla en gran medida del pasado económico y llevarla a la industrialización. Por otra, una sorprendente resurrección de los estigmas de este mismo pasado —burocratismo, aparatismo, servilismo, oscurantismo, etc.— se tomó venganza contra el presente en un momento en que la revolución se encontraba en dificultades en el plano nacional y en retroceso en el campo internacional.

En gran medida, algunos de los bolcheviques más lúcidos comprendieron la nueva situación. De ahí que Lenin explicara que ellos mismos harían el Termidor (nombre dado en la Revolución francesa al fin de la dictadura revolucionaria, y al consiguiente ascenso de los girondinos, que precedieron la entronización de Napoleón), las concesiones necesarias sin abandonar ninguno de los elementos determinantes de sus conquistas: el poder obrero, la alianza con los campesinos, las transformaciones sociales y la hegemonía bolchevique. Implantaron la NEP y trabajaron por una apertura diplomática internacional a fin de conseguir acabar con el cerco económico y obtener ayuda y una salida comercial necesaria. Al mismo tiempo, convencieron al Komintern sobre la importancia de una política más a largo plazo, un planteamiento transitorio sobre el que no existió ninguna discrepancia significativa en la dirección del partido.

Tanto Lenin como Trotsky creían que, desde el poder revolucionario «asegurado», podrían reconstruir las condiciones favorables para la revolución: desarrollar la industria, fortalecer los centros proletarios y alentar el resurgimiento de los soviets. Confiaban en el PCUS para esta misión, pero aunque éste aparecía como la mejor garantía contra el pasado, se convirtió, de una manera sumamente original, en su vehículo más fuerte, iniciando, en nombre de unos principios ahora institucionalizados, el Termidor soviético, un concepto que en la Revolución francesa fue el que precedió a Napoleón. Al convertirse en el único cauce posible, surgieron desde su interior los nuevos elementos que consagraban el *sustituisimo* del partido como válido, que criticaban a los que deseaban profundizar el proceso revolucionario y, por el contrario, daban por buenos los abusos y las nuevas tendencias burocráticas que se manifestaban. Y aunque no faltaron sectores infiltrados ajenos a la tradición revolucionaria, fueron los viejos cuadros los que, desgastados por la revolución, la guerra y las penurias, más trabajaron para imponer el «nuevo curso» reaccionario.

Las primeras oposiciones, con la excepción de la «Oposición obrera» —animada por la Kollontai y Sliapnikov, que se desintegró en el X Congreso, o sea, en las puertas de Kronstadt—, tuvieron muy poco eco. Singularmente, fue Lenin (un Lenin que permaneció ocultado por la censura estalinista hasta los años sesenta, y aun así quien, ya en diciembre de 1922, inquieto por la creciente burocratización, escribe: «Llamamos nuestro a un aparato que nos es totalmente extraño, a un fárrago burgués y zarista que nos ha sido totalmente imposible de transformar en cinco años, privados como estábamos de ayuda de otros países y durante los cuales nuestras “preocupaciones” esenciales eran la guerra y la lucha contra el hambre».

Sobre este episodio, tan decisivo, se puede consultar *El último combate de Lenin*, título de una obra clave del historiador judío polaco Moshe Lewin, autor, entre otros, de títulos no menos recomendables, como *La paysannerie et le pouvoir soviétique, 1928-1930*; *Le grand débat. La Russie des années vingt*. Este minucioso estudio de los últimos años de Lenin, editado por Lumen (Barcelona, 1970, tr. de Esteban Busquets), demostraba, entre otras cosas, la existencia de un Lenin oculto por la censura estalinista, la existencia de una conciencia sobre la *degeneración burocrática* del Estado soviético anterior a la de Trotsky, de unas reflexiones muy críticas sobre la evolución del nuevo régimen, su creciente rechazo de Stalin, personificado como el hombre de la burocracia en la cúspide, y la existencia de una manifiesta voluntad de establecer una alianza con Trotsky con vistas a trabajar por recomponer la base social de la revolución... Toda la ira

de Lenin se concentra contra el poder de Stalin y sus planes:

a) Contra su proyecto ultracentralista en la Constitución que consagra un presunto «internacionalismo proletario» que estaría por encima de los derechos de las nacionalidades; b) contra su intención de debilitar el monopolio del comercio exterior, ampliando el alcance de una nueva burguesía; c) contra la invasión «chauvinista gran rusa» de Georgia (que Trotsky, mal informado, había tratado de justificar en polémica contra la socialdemocracia); d) por apartarlo de la Inspección Obrera y Campesina; e) por conocer el censo del funcionariado que Stalin le oculta, y del que se había convertido en líder; f) por apartarlo de la Secretaría General, que utilizaba en beneficio de sus propias intrigas al frente de los sectores de la «vieja guardia» más afines a la idea de concluir la «aventura» revolucionaria y de hacer de la necesidad virtud en su beneficio como gestores de un Estado que consagraban como la «revolución».

Antes de morir, en plena agonía y perplejo al darse cuenta de cómo había degenerado la revolución, Lenin prepara, según sus propias palabras, «una bomba» contra Stalin. Rompe las relaciones con él y trata por todos los medios de establecer una alianza con Trotsky, pero no llega a tiempo. Su muerte dejaría a Trotsky aislado entre la cumbre de la «vieja guardia», que ve en él un peligro. La *troika* compuesta por Zinóviev, Kaménev y Stalin —se mencionaban por este orden— empezó la campaña contra el trotskismo a pesar de que Lenin había criticado cualquier utilización del pasado no bolchevique de Trotsky e incluso había llegado a considerar a éste como «el mejor bolchevique». Establecen un nuevo cuerpo doctrinario, el «marxismo-leninismo», del cual se considerarán sus más autorizados intérpretes. A Trotsky se le condenó en nombre de su oposición a esta doctrina y se le trató como alguien ajeno al partido. Uno de los oscuros funcionarios en ascenso, Mikoyan, dirá en voz alta lo que se piensa en los círculos del poder: Trotsky es un hombre del Estado, pero no del partido. Para Stalin, es indiscutible que Trotsky no pertenece a la «vieja guardia», la nueva propietaria de la revolución, y le achaca ser el partidario de la «desesperanza permanente», es decir, de no dar por buenas las necesidades existentes, de no «confiar en el socialismo» porque éste ya existe de hecho...

Sometido a esta presión, Trotsky renuncia a la jefatura del poder, que le ofrece insistentemente Lenin, por no herir susceptibilidades. Siempre se sintió incómodo entre los viejos cuadros, ya que su brillantez y sus inquietudes no concordaban con la opacidad de éstos, con su dificultad ante la audacia y ante las nuevas líneas que exigían los cambios en una situación general revolucionaria. Ante los ataques, Trotsky renuncia a emplear su influencia en las Fuerzas Armadas y pasa a llevar a cabo la lucha en el terreno de la legalidad de la joven República. Se plantea transformar el partido y la Internacional con el apoyo del ascenso de la lucha revolucionaria en el mundo. Ésta no estaba tan lejos, ya que:

El carácter revolucionario de la época no es de naturaleza tal que permita la realización de la revolución, es decir, la toma del poder, en cualquier momento. Su carácter revolucionario consiste en agudas y profundas fluctuaciones y en abruptas y frecuentes transiciones de una situación revolucionaria inmediata —es decir, una situación tal que permita al partido comunista luchar por el poder—, a una victoria de la contrarrevolución fascista o semifascista, y de esta última a un régimen provisional de la medianía dorada (el «Bloque de izquierda», la inclusión de la socialdemocracia en la coalición, el pasaje del partido de [Ramsay] MacDonald y así sucesivamente), llevando así inmediatamente el antagonismo a una nueva crisis y planteando igualmente la cuestión del poder. (*La internacional comunista después de Lenin*)

En octubre de 1923, Trotsky envía una carta al CC en la que denuncia lo siguiente: «La burocratización del aparato del partido se ha desarrollado hasta unas proporciones inauditas por medio del método de selección de los secretariados». Una semana más tarde, cuarenta y seis cuadros reconocidos de la dirección del partido (Preobrazhensky, Serebriakov, Antonov-Ovseenko, Smirnov, Piatakov, Muralov, la rusocatalana Evgenia Bosch, Kossior, etc.) escriben una carta en la que podemos leer: «El régimen establecido en el partido es del todo intolerable, destruye la independencia del partido reemplazando a este último por un aparato burocrático seleccionado». Piden, como Trotsky, la democratización interna y un plan de industrialización. La *troika*, por su parte, condena indistintamente al «trotskismo» y al «fraccionalismo» como sinónimos; Stalin cree que es necesario poner límites a la discusión. En diciembre, Trotsky escribe una serie de artículos que son recogidos en un libro con el título de *El nuevo curso*. Critica a la «vieja guardia» y sus pretensiones de haber sido el bloque leninista «monolítico», y les recuerda el papel de la «vieja guardia» socialista que construyó la II Internacional y terminó haciendo «socialpatriotismo» en 1914. Llama a la reconversión del partido a partir de los obreros y las nuevas generaciones. Exige la libre elección de todos los organismos y de todos los secretariados: «El partido debe subordinar su propio aparato sin dejar de ser una organización centralizada». Reclama la revitalización del Gosplan, un plan general de industrialización, y la lucha, junto con los campesinos pobres, contra los *kulaks*. Evoca la posibilidad de una degeneración «termidoriana», pero se contiene, limitándose a propugnar una profunda rectificación democrática. No obstante, comprende que de esta manera no puede ir muy lejos: «Los burócratas —escribe con vehemencia— están formalmente dispuestos a “tomar acta” de *El nuevo curso*, es decir, prácticamente a enterrarlo. O dicho de otra forma; la dirección integra a su manera las críticas de *El nuevo curso*, mientras suprime aún más las posibilidades de la Oposición».

La Oposición de 1923 se ve obligada a llevar una lucha **en vaso cerrado**. Desde la Ejecutiva de la Internacional, Zinóviev lleva a término la llamada «bolchevización» de sus secciones nacionales, o sea, el desplazamiento de sus direcciones de todos los elementos sospechosos de simpatizar con Trotsky y la Oposición. También da el primer paso para la subordinación de estas direcciones al partido ruso.

En el interior del partido, la Oposición se encuentra con el obstáculo beligerante de la burocracia —todos los responsables, en todos los ámbitos, son impuestos desde las oficinas de donde emana el poder de Stalin— y con el de los estatutos, tal como se habían ido modificando contra las anteriores oposiciones. En la medida en que se ve amenazada, la burocracia va a desarrollar sus métodos antidemocráticos (destituciones, expulsiones, desplazamientos al extranjero, despidos laborales, discriminaciones legales, coacciones bajo diversas formas de amenaza —por ejemplo, campañas sobre un punto débil en la biografía del opositor—, golpes, pitos que impiden hablar en las asambleas a los discordantes, insultos, provocaciones como la de equiparar a la Oposición con la contrarrevolución zarista, etc.). Sin olvidar formulaciones teóricas que invariablemente representan la legalidad soviética y la legitimidad «leninista», ante la que cualquier forma de discrepancia se va haciendo cada vez más imposible y más arriesgada.

Se conoce como tal a la «polémica literaria» iniciada en 1924 con la publicación de *Las lecciones de Octubre*, y tiene la virtud de esclarecer dos premisas teóricas antagónicas: a) la teoría del «socialismo en un solo país» que, en un principio, formula Bujarin, pero que Stalin hace enteramente suya, y que tiene su correlato con la teoría de las dos etapas, según la cual existía una etapa democrático-burguesa antes de poder abordar las tareas de la revolución socialista, una teoría que, entre otros ejemplos, sirvió para justificar la política española con el Frente Popular; y b) su contraposición, la teoría de la revolución permanente, que es presentada como la quintaesencia de los errores de

Trotsky. Tanto una como otra se convertirán en piedra angular del esquema estratégico de sus respectivos defensores.

2. Crítica al socialismo autárquico. Hasta aquel momento, toda consideración sobre la posibilidad de construir el socialismo en un solo país había sido rechazada por los marxistas, y solamente había sido apreciada por algunos nacionalistas como los eseristas, que pensaban que la comuna agraria podría ser la base de un socialismo autóctono en Rusia. Todavía de acuerdo con la concepción leninista tradicional, que, como hemos visto, justifica Octubre como un «prólogo» a una revolución internacional, Stalin escribía en 1924 que, para el triunfo del socialismo en un país como Rusia, «era necesario el concurso de varios países avanzados». Pero, ulteriormente, para Stalin la teoría llegó a ser algo así como una especie de reloj que había de marcar la hora que necesitaban los intereses de la burocracia que él representaba ya mejor que nadie, pues poco tiempo después cambió radicalmente de opinión. De manera que se puede afirmar que su «dogmatismo» era como de goma. Resultaba siempre temporal, y dependía estrictamente de la interpretación que el propio Stalin hacía de las exigencias del Estado en el momento. Cuando obraba un giro «dogmático», siempre caían algunos chivos expiatorios.

No cabe duda, pues, de que Stalin invertía las concepciones clásicas marxistas cuando afirma que, en la era imperialista, la desigualdad y la heterogeneidad del desarrollo permiten la construcción del socialismo en un solo país, y además en un país tan atrasado como Rusia, que arrastraba todas las cargas de las sucesivas guerras y del cerco exterior. Pero en su opinión, el potencial de la economía rusa facilitaba este camino. Y añadía: Rusia estaba llamada a ser la “patria del socialismo”, su defensa se anteponía a cualquier otra exigencia nacional, y no había más que discutir. Cualquier crítica a este objetivo significa menosprecio de su destino, desacato al partido, de Lenin, convertido en argumento de fe. Según el Bujarin de entonces, la cuestión radica ahora en construir el socialismo nacional aunque sea a “paso de tortuga”, o sea, prolongando la transitoriedad de la NEP, y en consecuencia, había que dejarse de aventuras revolucionarias. De meterse en guerras permanentes como dicen que quería Trotsky, cuando de lo que se trataba era simplemente de impedir la intervención imperialista. Ésta se erigirá desde entonces en la misión central de la Internacional. Para Trotsky, esta teoría era una «utopía reaccionaria».

Para Trotsky, por el contrario, el esquema del marxismo clásico tenía más validez que nunca, puesto que el imperialismo había entrelazado más aún la interrelación entre países y continentes: ahí radicaba precisamente la verdad de Octubre. Indiscutiblemente, se trataba de avanzar en la construcción del socialismo en Rusia, pero no era posible pensar seriamente en esto a través del aislamiento y de la colectivización del subdesarrollo ruso. El patriotismo no atenúa las dificultades objetivas. Las aventuras revolucionarias no fueron nunca un capricho de Trotsky, sino una realidad objetiva de un período abierto con la ruptura del eslabón más débil de la cadena imperialista. Para extender esta ruptura se creó la Internacional. A las tesis estalinistas, opone un nuevo desarrollo de la teoría de la revolución permanente que considera lo siguiente:

a) Vivimos en una época de actualidad revolucionaria en la que los períodos de calma y de crisis social se combinan, de manera que hay que superar la vieja división socialdemócrata entre el programa mínimo y el programa máximo y establecer un puente entre ellos, levantar un programa de transición; b) la conquista del poder por el proletariado se ha mostrado más fácil en los países donde la burguesía es más débil; de la misma manera la construcción del socialismo es más difícil en estos países al carecer de las bases materiales que facilita el desarrollo industrial; c) el proletariado es la única

clase consecuentemente democrática, capaz de aparecer como la liberadora de los campesinos y de los pueblos oprimidos, mientras que la burguesía ha ido retrocediendo hacia posiciones reaccionarias; d) la revolución puede empezar por una huelga general, por una movilización campesina o anticolonial. Para llevarla a cabo, la clase obrera deberá ganarse a la mayoría de la población aliándose con los campesinos y la pequeña burguesía empobrecida, formando un bloque opuesto al burgués reaccionario; e) el gobierno obrero y campesino que salga de esta revolución deberá llevar adelante, combinadamente, las tareas democráticas clásicas con las tareas primeras de la construcción del socialismo; f) esta revolución socialista no podrá ser llevada a su conclusión más que si no se la limita a unas fronteras nacionales. Una de las causas esenciales de la crisis de la sociedad burguesa viene de que las fuerzas productivas creadas tienden a salir del marco del Estado nacional. De aquí las guerras imperialistas, por un lado, y la utopía de los Estados Unidos de Europa, por otro. La revolución socialista se hace permanente en el sentido nuevo y más amplio de la palabra; no acaba más que con el triunfo definitivo de la nueva sociedad en todo el planeta; g) por esto el internacionalismo proletario no es un principio abstracto; constituye el reflejo teórico y político del carácter internacional de la economía, del desarrollo mundial de las fuerzas productivas y del aliento mundial de la lucha de clases; h) la conquista del poder no significa más que el inicio de la revolución.

Toda revolución que se detiene a mitad de camino, está condenada a retroceder. Para evitar este retroceso se hace imprescindible llevar adelante una lucha a muerte contra la burocracia, que se ha revelado como la enfermedad más grave de la sociedad posrevolucionaria, lo que significa, entre otras cosas, asegurar la democracia en los organismos autónomos de clase, impulsar una «revolución cultural» que haga del movimiento revolucionario un polo de civilización nueva, más potente que la civilización derrotada.

En esta época, el estalinismo en ciernes profundiza el curso iniciado por la llamada «bolchevización» de la Internacional, concepto que en realidad consiste en su sometimiento estricto a los dictados de la política exterior soviética, o como en tantas otras cosas, bajo una palabrería revolucionaria se esconden unos propósitos cínicos y reaccionarios.

La razón de este intento estaba clara para Trotsky:

La nueva doctrina —del socialismo autárquico— dice: el socialismo se puede construir sobre la base de un Estado nacional si no hay intervención. De aquí se puede desprender, al margen de todas las declaraciones solemnes del proyecto de programa de la Internacional Comunista, una política de colaboración con la burguesía del exterior. El fin está en evitar la intervención; en efecto, la construcción del socialismo estando así asegurada, resolverá la cuestión histórica fundamental. La tarea de los partidos de la Internacional Comunista toma ahora un carácter secundario: proteger a la URSS de las intervenciones y no luchar por la conquista del poder [...]. Si nuestras dificultades, nuestros obstáculos, nuestras contradicciones internas, que reflejan las contradicciones mundiales, pueden remontarse únicamente por la propia fuerza de nuestra revolución; fuera de la arena de la revolución mundial, entonces la Internacional es una institución semiauxiliar, semidecorativa, a la cual se puede convocar a congreso, cada cuatro años, cada diez años o incluso jamás. Si ajustamos que los proletarios de otros países deben proteger nuestra construcción contra la intervención militar, entonces, según el esquema, la Internacional debe jugar un papel de instrumento pacifista. Su rol fundamental de útil de la revolución mundial pasa inevitablemente a segundo plano. (*La internacional después de Lenin*)

3. La revolución en permanencia. La teoría de la revolución permanente es, ante todo, la reflexión de Trotsky, con la inestimable contribución de Parvus, sobre las enseñanzas de 1905. Su primer bosquejo lo desarrolló en las mazmorras de la autarquía —después de que, en el proceso contra los componentes del soviet de San Petersburgo, diera la vuelta al orden de los factores y pasara él a ser el acusador vehemente del absolutismo—, y su primera sistematización en su obra *Balance y perspectiva* (para Deutscher, en este libro Trotsky expone completamente, pero con una sequedad casi matemática, su teoría), para darle su «formalización» más acabada casi veinticinco años después, en el destierro, polemizando contra Radek y Stalin.

Su punto de partida comienza donde termina Marx: la burguesía ya no es una clase revolucionaria, el proletariado tiene que prepararse para serlo. La Revolución francesa de 1789 señala el punto más alto de la capacidad revolucionaria de la burguesía. En 1848, su declive es evidente: prefiere un pacto con la reacción antes que hacer demasiadas concesiones al «cuarto estado». En la Comuna de París de 1871, las barricadas ya están claramente situadas; es el antagonismo de clase entre la burguesía y el proletariado lo que determina la situación. En 1905, en un país semicapitalista, el protagonismo del proletariado en la revolución democrática es manifiesto.

Era, pues, necesario un nuevo enfoque estratégico para trazar las perspectivas de la historia. No se podía pensar que los países pobres tenían que pasar por el mismo ciclo histórico que los países ricos, ya que, al mismo tiempo que existía una desigualdad, se daba una combinación en su evolución. Antes de que la revolución burguesa —que se traduce por una revolución agraria y sobre todo por las libertades políticas— diera sus primeros pasos en Rusia, se estaba realizando una gigantesca revolución industrial que concentraba en las grandes ciudades fabriles —del tipo americano— a enormes masas de proletarios. Es por ello que la lucha por la democracia y el socialismo no se desarrollarían en épocas distintas, sino que la revolución contra el atraso burgués —al tener que ser encabezada por el proletariado industrial— se fusionaría con la revolución anticapitalista en un mismo tiempo. El socialismo consolidará el proceso democrático, y no al revés.

Para llegar a estas conclusiones, Trotsky establece un análisis que interrelaciona combinadamente dos polos, el nacional y el internacional, que los marxistas de su tiempo solían separar, y afirma que la Revolución rusa está marcada en su carácter por la realidad del capitalismo mundial, determinada por los monopolios y el imperialismo moderno. Con el crepúsculo del siglo XIX y la aurora del XX, Trotsky define la estructura socioeconómica rusa como una autocracia brutal y ultrarreaccionaria apoyada en una franja de «almas muertas» burocráticas, de funcionarios oscuros y serviles, por una parte, y en una casta de terratenientes —entre los cuales el zar se considera el primero— por otra. Un océano campesino, compuesto en su mayor parte por agricultores pobres, y una clase obrera naciente, ajena a las tradiciones militantes, pero que irá **multiplicando sus efectivos por año**. La burguesía rusa en sí misma es como una «sombra» de la que se conoce en Europa; pero, apoyándose en las inversiones extranjeras —inglesas, francesas y alemanas—, está creando importantes polos de desarrollo industrial. Si el capitalismo va ganando terreno, esto no se debe a un proceso «orgánico», natural, a la manera que se desarrolló en Occidente y analizó Marx en el primer volumen de *El capital*. Fue el mismo poder estatal del zarismo el que, por su propia necesidad de supervivencia en competencia militar con las potencias burguesas, facilitó este desarrollo tan particular y muy dependiente, tanto de las condiciones sociales rusas como de la inversión y los intereses europeos.

La clase obrera rusa, cuando todavía no ha roto sus vínculos con su pasado agrario, se «ha encontrado frente a un poder centralizado al máximo y a un capital en el cual las

fuerzas no están menos centralizadas. No ha conocido ni las tradiciones corporativas ni los prejuicios del artesanado, y desde sus primeros pasos se han comprometido a una lucha sin piedad en los dos frentes: el político y el económico».

Trotsky tenía claro el carácter burgués básico que el cambio exigía, y que el golpe principal se tendría que asestar al pasado feudal, a los terratenientes y a la burocracia; pero creía que, si la burguesía estaba al otro lado de la barricada, si la pequeña burguesía y el campesinado eran incapaces de desempeñar un papel dirigente, sólo los proletarios serían capaces de llevar adelante este cambio con todas sus consecuencias. ¿Menospreciaba Trotsky al campesinado? Mientras que Lenin le hacía esta acusación, él acusaba a éste de sobreestimarle, de atribuirle una capacidad desmesurada para desempeñar un papel independiente e imponer a las dos clases fundamentales de la sociedad moderna, la burguesía y el proletariado, sus propias reglas en la revolución. Estaba convencido de que, cuando la ciudad derrocara al Antiguo Régimen y profundizara la fuerza revolucionaria que ya mostró en 1905, entonces «[...] muchas capas de las masas trabajadoras, especialmente en el campo, serán atraídas a la revolución y por primera vez obtendrán una organización política, sólo después [...] de que el proletariado urbano haya empuñado el timón del gobierno. Al no respetar las propiedades de las tierras, al no poner impedimentos en la voluntad campesina de revolución agraria, el proletariado en el poder aparecerá ante el campesino como el libertador».

Una vez en el poder, el proletariado no sólo no querrá, sino que no podrá limitarse al programa democrático burgués. Solamente podrá conducir la revolución hasta el final si la Revolución rusa se convierte en revolución del proletariado europeo. De esta manera, se sobrepasarán el programa democrático burgués de la Revolución rusa y sus cuadros nacionales; la hegemonía política temporal de la clase obrera se consolidará en una dictadura socialista duradera. Si Europa permanece inmóvil, la contrarrevolución burguesa no aceptará un gobierno de las masas trabajadoras en Rusia y hará retroceder al país lejos de una república democrática de obreros y campesinos. Llegado al poder, pues, el proletariado no deberá limitarse al marco de la democracia burguesa, sino que deberá desarrollar la táctica de la revolución permanente; es decir, abolir la frontera entre el mínimo y máximo de la socialdemocracia, avanzar hacia unas reformas sociales cada vez más profundas y buscar un sostén directo en la revolución del Occidente europeo.

La relación existente entre la Revolución rusa y la europea aparece con insistencia en sus textos:

Esto le impartirá, desde el comienzo mismo, un carácter internacional al desarrollo de los acontecimientos y abrirá las perspectivas más amplias: la clase obrera de Rusia, al encabezar la emancipación política, se elevará a una altura desconocida en la historia, reunirá en sus manos fuerzas y recursos colosales y se convertirá en la iniciadora de la liquidación del capitalismo a escala global [...]. Si el proletariado ruso, después de conquistar temporalmente el poder, no lleva la revolución por iniciativa propia al terreno de Europa, entonces la reacción feudal y burguesa le obligará a hacerlo. El proletariado ruso arrojará a la balanza de la lucha de clases de todo el mundo capitalista el colosal poder político-estatal que las circunstancias temporales de la revolución burguesa le dará. Con el poder estatal en sus manos, con la contrarrevolución a sus espaldas, con la reacción europea por delante, dirigirá a sus hermanos de todo el mundo el viejo llamamiento, que esta vez será la llamada al asalto final: ¡Proletarios de todos los países, uníos!

4. Los orígenes de la burocracia. Lenin se opone a esta perspectiva de la dictadura del proletariado, que se apoya en la revolución, agraria, e intenta su extensión europea.

Para él, las condiciones no están en modo alguno suficientemente maduras para la dictadura del proletariado en Rusia. Según sus concepciones, se trataba de llegar — dentro de las relaciones de producción burguesas— al punto más elevado que la alianza obrero-campesina pudiera permitir: de estallar después la revolución europea, el camino al socialismo tendría ya ganada una batalla decisiva. Pero, en esta época, Lenin seguía pensando unilateralmente la situación rusa. La guerra le sirvió a Trotsky, entre otras cosas, para profundizar en los elementos de su análisis de 1905 sobre la creciente contradicción entre el Estado-nación y el desarrollo de las fuerzas productivas; para diseccionar la naturaleza conservadora de la socialdemocracia internacional que enviaba a morir a sus militantes a las diferentes trincheras; para aprender no pocas cosas sobre la guerra y acercarse por la vía de la intransigencia internacionalista al bolchevismo.

A lo largo de su historia, el movimiento trotskista dedicó un enorme esfuerzo para tratar de explicar el llamado «fenómeno Stalin». Quizás quien mejor expresó la victoria de Stalin fue Víctor Serge, quien explicó que había diversas opciones posibles para la revolución, pero que, por una serie de circunstancias radicalmente adversas, acabó imponiéndose la más mediocre y la más reaccionaria y brutal. Recordemos una vez más que Trotsky, aunque no pudo por menos que tener dudas y hesitaciones sobre lo que estaba ocurriendo, se puso tempranamente al frente de la oposición de izquierdas y de la tarea de ofrecer una explicación marxista del inusitado proceso histórico que llevaría al Estado totalitario encabezado por Stalin, y a su reproducción ulterior en los países del «socialismo realmente existente».

En todos sus escritos sobre la cuestión, Trotsky dedicó una atención especial a rebatir cualquier tentativa de amalgama, ya fuese por la derecha o por la izquierda. Recordó que, en nombre de un mismo Dios, los cristianos se habían enfrentado irreconciliablemente entre siervos y señores, entre papistas y reformadores, y que bajo el mismo principio, el de la República, se habían creado barricadas opuestas en la Revolución francesa de 1848, y otras asimilaciones posibles que pueblan la historia. Destacó que su «rasgo fundamental [...] lo constituye el ignorar completamente la base material de las diversas tendencias, es decir, su naturaleza de clase, y por eso mismo su papel histórico objetivo. En lugar de eso, se valoran y clasifican las diversas tendencias según cualquier indicio exterior y secundario; o más a menudo, según su actitud frente a tal o cual principio abstracto que, para el clasificador, tiene un valor profesional muy particular». Con ello olvidan que «[...] el proceso histórico es, ante todo, lucha de clases, y acontece que clases diferentes, en nombre de finalidades diferentes, usen referencia análoga. En el fondo, no podría ser de otro modo. Los ejércitos beligerantes son siempre más o menos simétricos y, si no hubiera nada en común en sus métodos de lucha, no podrían lanzarse ataques unos a los otros» (*Su moral y la nuestra*).

Para allanar el camino de las simetrías, los **amalgamadores** de oficio se ven obligados a distorsionar la realidad. Así, por ejemplo, en relación con la cuestión de la concepción leninista del partido, no aprecian la notable evolución de Lenin entre 1903 y 1905 y, sobre todo, desde la revolución de febrero. También han de omitir que, bajo la dirección de Lenin, el terror rojo se refiere a la guerra civil y no a cualquier medida arbitraria, y que el partido bolchevique conoció bajo su inspiración una batalla abierta y permanente de tendencias organizadas incluso en medio del asedio militar. Por su parte, Trotsky sitúa cada momento en un proceso histórico global en el que es posible comprender el todo y las partes, la continuidad y las rectificaciones, sin caer en contradicciones aberrantes ni en apreciaciones abusivas y reaccionarias.

Trotsky no admitió nunca el argumento según el cual la victoria determina la razón de los contendientes, aunque en los primeros años de la revolución fue bastante dado a la soberbia, como muestra aquella célebre admonición sobre el «basurero de la historia»,

en la que rezumaba un optimismo que luego no se confirmó en el plano de la realidad, o el trato dispensado a sus adversarios; también menospreció lo que significaba Stalin al valorarlo en función de su aparente mediocridad. En el tercer exilio se refirió a la cuestión reconociendo que «el éxito o el fracaso de la lucha de la Oposición ha dependido evidentemente, en tal o cual grado, de las cualidades de la dirección en los campos en lucha»; pero esto, en última instancia, estuvo predeterminado por el marco en que se encontraban ambas fuerzas. Además, el retroceso del proceso revolucionario interno —y sobre todo externo— fue decisivo: «El declive del movimiento revolucionario —escribe en *La revolución traicionada*—, el decaimiento, los fracasos en Europa y en Asia, la decepción de las masas obreras, inevitablemente tenía que debilitar las posiciones de los internacionalistas revolucionarios y, por el contrario, reforzar las posiciones de la burocracia nacional y conservadora. Un nuevo capítulo se abre dentro de la revolución».

La derrota de la Oposición no fue el fracaso de su candidatura al poder, al menos no solamente; ante todo significó un salto hacia atrás en la marcha de la revolución. Un salto que se hace en nombre de las premisas programáticas más revolucionarias, pero que en realidad retrocede, por una extraña combinación de circunstancias, hacia la noche oscura del Medioevo. Citando las frases del célebre discurso de Stalin ante el cadáver de Lenin, Lucio Colletti escribe:

Un abismo de siglos —entre los cuales están Galileo, Newton, Voltaire y Kant— separa ese lenguaje y esa mentalidad del lenguaje y la mentalidad de Marx y Lenin. El tono de ese juramento, impregnado de letanía religiosa y con el cual Stalin se presente a sí mismo como el vicario en la Tierra y el ejecutor testamentario del dios difunto, permite entender mejor que cualquier largo razonamiento la soldadura que se va estableciendo entre Stalin y su aparato burocrático por una parte, un aparato en el que se multiplican los oscuros funcionarios ajenos a la historia del bolchevismo y a la misma revolución [...] y, por otra parte, entre éste y la masa de un partido que la «promoción Lenin», las depuraciones que empiezan a desarrollarse más aún, el ingreso masivo en el mismo de mencheviques y de los restos del viejo régimen, van convirtiendo, cada vez en mayor medida, en un cuerpo apagado y opaco, compuesto en gran medida ya por ejecutores «devotos del jefe» o por analfabetos políticos. (*La cuestión de Stalin*, Anagrama, Barcelona, 1971, p. 30).

Que entre la vanguardia de la historia encarnada por el bolchevismo y la Internacional y el retroceso más oscurantista encarnado por el estalinismo media una ruptura política de proporciones tanto o más gigantescas que la que media entre la burguesía revolucionaria del siglo XVIII y la burguesía que apoya la reacción fascista, es algo que sin duda escapa y sorprende a muchos, y, particularmente, a quienes creen que la historia sólo tiene una regla para ser medida: la línea recta.

Pero no pudo sorprender a alguien como Trotsky, quien en 1915 escribió:

[...] el desastre actual emitirá, en el transcurso de años, décadas y centurias, una radiación

sangrienta, a cuya luz las generaciones futuras contemplarán su propio destino, del mismo modo

que Europa ha sentido hasta ahora la radiación de la gran Revolución francesa y de las guerras

napoleónicas. Y, sin embargo, cuán pequeños fueron esos acontecimientos [...] en comparación

con los que estamos haciendo o viviendo ahora, especialmente con los que nos esperan. La mente

humana es propensa a la trivialidad; sólo con lentitud y renuencia asciende hasta la cumbre de estos acontecimientos colosales [...] se esfuerza sin saberlo por empujarse ante sí misma la importancia de éstos, para poder asimilarlos más fácilmente [...]. No es nuestra mente la que domina los grandes acontecimientos; por el contrario, los acontecimientos, surgidos de la combinación, interacción y concatenación de grandes fuerzas históricas objetivas, obligan a nuestra mente indolente y perezosa a adaptarse lenta y torpemente. En relación con este hecho, tan ofensivo para nuestra megalomanía, nuestra segunda naturaleza, el destino actual de las naciones civilizadas clama en el estruendo simultáneo de todos los cañones y armas.

En 1926, la NEP entra en una crisis abierta. La renovación de la industria, a través de una primera planificación imperativa, tropieza con los *kulaks*: más de un 60% de la producción triguera se encuentra en poder de un 6% de campesinos ricos. La dirección Stalin-Bujarin claudica y se orienta hacia un nuevo impuesto a los trabajadores. El sector de la «vieja guardia» que encarnan Zinóviev y Kaménev considera que se ha llegado demasiado lejos y se aviene a una unificación con los trotskistas sobre la base de un programa principista. Este programa se fundamenta en una negativa a la burocratización y al curso derechista del «socialismo a paso de tortuga» y antiindustrial (la industrialización es, para Stalin, como darle a un *mujik* un megáfono en vez de una vaca).

Las consignas de la Oposición unificada son: lucha contra el burócrata, el *kulak* y el *nepman* (burgués de la NEP), por la industrialización, la colectivización de las grandes propiedades, la planificación y el «retorno a Lenin» en el régimen interno y línea de principios en la política del partido. Zinóviev y Kaménev se autocritican por su papel en la anterior campaña antitrotskista (reconocen que reinventaron el trotskismo y consideran que su actitud es un error similar al de su oposición en 1917 a la insurrección), y se afirman en el esquema del leninismo de antes de Octubre, rechazando explícitamente la teoría de la revolución permanente. La derrota de la revolución china y el repliegue del proletariado británico tras su potente huelga general incrementaron más todavía el desánimo entre los trabajadores rusos, que habían asistido esperanzados a ambas experiencias. La historia se repetirá durante estos años: la Oposición denuncia la política del estalinismo, una denuncia que se verifica en las sucesivas derrotas; pero las derrotas influyen en un retroceso del movimiento y en una reafirmación de Rusia como un Estado aislado, en un reforzamiento del aparato que está en el poder.

Por todo ello, cuando esperan recoger 20.000 firmas para presionar en el XV Congreso del PCUS por un balance crítico y por los derechos democráticos, sólo recogen 3.000. Su última batalla se centra en la propaganda de su Plataforma y en algunas manifestaciones callejeras. Al celebrarse el aniversario de Octubre en 1927, los trabajadores que asisten a los actos conmemorativos, organizados a la mayor gloria de Stalin, vuelven la espalda a éste y aplauden con entusiasmo hacia el rincón apartado donde está la Oposición, con Trotsky en primer plano. En la calle también ocurren a veces cosas semejantes. Pero el hecho es que la apatía es total y están solos frente al aparato, que, en la medida en que queda impune en sus arbitrariedades, las profundiza y

multiplica.

La Oposición, derrotada en el XV Congreso del PCUS (otoño de 1927), será exiliada, encarcelada, y se intentará enmudecerla. Sin embargo siguió viva, y muestra de ello será la riqueza de sus aportaciones, fruto de intensos debates llevados a cabo a pesar de unas circunstancias tan adversas. En algunos meses, Stalin efectúa un giro de 180° hacia la «izquierda» y, después de haber puesto a la Oposición fuera de la ley, se revuelve contra la derecha bujarinista. El estalinismo impone una fuga hacia delante durante la cual arremete contra los *kulaks* (campesinos pudientes), lo que provoca el hambre en los pueblos, y se prepara para colectivizar las tierras y, al mismo tiempo, para planificar una industrialización acelerada y verticalista, sin discusión posible.

En 1928-1929, una parte de la Oposición llega a creer que el «centrismo» estaliniano está efectuando verdaderamente un giro hacia la izquierda, y que de alguna manera está aplicando el programa de la Oposición, por lo que se plantea una oposición más «constructiva». Trotsky interviene para argumentar que el giro de Stalin no es más que aparente, y que, por lo tanto, el combate debe proseguir. No obstante, tienen lugar una serie de capitulaciones, entre otros por parte de algunos de los líderes de mayor prestigio: Preobrazhensky, Radek, Smilga (1 de julio de 1929). No obstante, la Oposición se recompondrá con sectores más jóvenes, y la mayor parte de ellos se mantendrán fieles al programa y a la organización, incluso bajo el peso de la tortura, de los estragos de los campos de concentración —en los que la *t* de «trotskista» significa la última categoría— y de los pelotones de fusilamiento, una impresionante odisea revolucionaria sobre la que, entre otros, Deutscher escribirá algunas de las páginas más aterradoras y, al mismo tiempo, emotivas.

5. Unas observaciones posteriores Décadas después, el historiador y teórico marxista británico Perry Anderson realizó un apretado balance crítico de la teoría en los siguientes términos:

La noción de «revolución permanente» fue expuesta por Trotsky para explicar y predecir el curso de la Revolución rusa. Demostró ser exacta. No hubo ni una revolución burguesa en Rusia; no se produjo ninguna estatalización capitalista intermedia; una insurrección estableció un Estado proletario a los pocos meses del fin del zarismo y este Estado no logró construir el socialismo cuando se halló aislado en un solo país. Sin embargo, después de 1924, Trotsky generalizó su esquema de la Revolución rusa a todo el mundo colonial y ex colonial afirmando que en adelante no podría triunfar una revolución estabilizada de desarrollo anterior a una revolución proletaria. Los dos logros siempre citados como imposibles para una burguesía colonial eran la consecución de la independencia nacional y la solución de la cuestión agraria. La experiencia histórica de posguerra iba a ser más ambigua. El ejemplo de la revolución argelina parece contradecir la primera afirmación; el caso de la revolución boliviana, la segunda. Un tercer criterio, no mencionado tan a menudo, era el establecimiento de la democracia representativa (parlamentaria) treinta años en Unión India sugieren que esto también es posible. Se podrían utilizar argumentos secundarios para sostener que ninguno de los antiguos países coloniales ha satisfecho nunca los tres criterios, o que la verdadera independencia, la solución de la cuestión agraria las democracias nunca han sido conquistada en ningún país a causa del imperialismo, la usura y la corrupción en ellos. Pero toda generalización indebida de los criterios que definen una revolución burguesa de este tipo tiende a convertir la teoría de la revolución permanente en una tautología (sólo el socialismo puede por definición rescatar completamente a un país del mercado mundial o resolver todos los problemas del campesino), o exige pruebas de que ella que

nunca han dado ni siquiera los mismos países capitalistas avanzados (que tardaron siglos en llegar a la democracia burguesa, por ejemplo, con muchas regresiones similares a las de la India contemporánea). Por lo tanto, en axioma de la «revolución permanente» debe considerarse indemostrado hasta ahora como teoría general. Tal vez podía conjeturarse sus dificultades por su derivación literal de un texto de Marx de 1850. La fidelidad canónica a Marx de este género no puede ser una garantía de exactitud científica [...]. (*Consideraciones sobre el marxismo occidental*, Siglo XXI, Madrid, 1979, pp. 143-144).

6. La carta de Joffe. Antes de morir, el famoso bolchevique Joffe escribió una larga carta a Trotsky, en cuyos párrafos finales se puede leer:

Querido León Davidovich, estamos unidos por diez años de trabajo en común, y creo también que de amistad personal, y esto me da derecho a decirle en este momento de despedida lo que juzgo en usted una debilidad [...]. Jamás he dudado del acierto de su opinión, y bien sabe que desde hace más de veinte años, incluso desde la cuestión de la «revolución permanente», he estado siempre a su lado. Pero siempre me ha parecido que le faltaba a usted la inflexibilidad, la intransigencia de Lenin, su resolución de continuar la tarea sólo a ser preciso por el camino que él indicaba, seguro de una mayoría futura, seguro del futuro reconocimiento unánime de la justeza de ese camino. Siempre ha tenido usted razón políticamente, empezando desde 1905, y frecuentemente le he dicho que yo mismo le he oído reconocer a Lenin que en 1905 no era él quien estaba en lo cierto, sino usted. En presencia de la muerte no se miente, y ahora le repito lo dicho [...]. Pero frecuentemente usted ha renunciado a su certera posición en favor de un acuerdo, de un compromiso cuyo valor ha sobrestimado. Eso era un error. Vuelvo a repetirle que políticamente ha estado siempre en lo cierto, y que ahora lo está más que nunca. Algún día lo comprenderá el partido y la historia se verá obligada a reconocerlo. Por lo demás, no se descorazone si alguno le abandona hoy y sobre todo si la mayoría no se pone de su parte tan pronto como todos quisiéramos. Usted está en lo cierto; pero la seguridad del triunfo de su opinión estriba precisamente en una intransigencia estricta, en la más severa rigidez, en la denegación de todo compromiso, cosas que constituían siempre el secreto de los triunfos de Ilich. Más de una vez he querido decirle esto; pero no me he decidido a hacerlo hasta ahora, en el momento de decirle adiós.

El lector encontrará una brillante aproximación al caso de Joffe en la obra de Paco Ignacio Taibo II *Arcángeles. Doce historias de revolucionarios herejes del siglo XX* (Planeta, Barcelona, 1998), que incluye además retratos de Diego Rivera, Larisa Reisner y Durruti, entre otros y otras.

Bibliografía. La traducción de Andreu Nin de *La revolución permanente* fue reeditada por Fontamara, que realizó un trabajo bastante cuidadoso con el aparato de notas. *La revolución desfigurada*, en Júcar (Madrid, 1979, tr. de Julián Gorkín). La edición más completa sobre *El gran debate (1924-1926)* es la efectuada por el italiano Giuliano Procacci en dos volúmenes: *La revolución permanente* (vol. 1), con textos de Trotsky («Lecciones de Octubre»), Procacci («El debate sobre el trotskismo»), Nicolai Bujarin («Sobre la teoría de la revolución permanente») y Grigori Zinóviev («El leninismo»), que se encuentra en Cuadernos de Pasado y Presente (Córdoba, Argentina, 1972); y *El socialismo en un solo país* (vol. 2), con prólogo del propio Procacci y textos de Zinóviev y Stalin («La revolución de Octubre», «Cuestiones del leninismo»), Siglo XXI, Madrid, 1975.

IX. RUSIFICACIÓN O INTERNACIONALISMO

1. La huelga general británica. La disputa en materia de política nacional encuentra una prolongación en la naturaleza de la política exterior, y más concretamente en la línea general de la Internacional, sobre todo con motivo de dos de los mayores acontecimientos de la segunda mitad de los años veinte: la huelga general británica y la segunda revolución china.

En 1920, cuando Gran Bretaña se preparaba para intervenir militarmente en la guerra entre Polonia y Rusia, amenazando con derrocar el exangüe régimen soviético tras numerosos años de guerra, de guerra civil y de declive desastroso de la producción material (sobre todo de la producción alimenticia), las llamadas de la Internacional Comunista al movimiento obrero británico para que se opusiera activamente a los preparativos de guerra fueron coronados por el éxito, y un futuro ministro laborista, Ernest Bevin, se hizo famoso durante esta movilización. Un comité de acción que reagrupaba a la izquierda laborista y los sindicatos llamó vehementemente a una huelga general nacional de duración ilimitada. La convocatoria fue apoyada por la creación de comités de acción locales para preparar esta huelga general en más de cuatrocientas ciudades a lo largo del país. De esta manera, se evitó una guerra entre Gran Bretaña y la Rusia soviética, de modo que la Rusia soviética fue salvada también por la clase obrera británica, sin dejar por ello sus organizaciones tradicionales. También las feministas, con Silvia Pankhurst al frente, jugaron un papel notable en estos acontecimientos.

Recordemos que el Imperio británico, a pesar de su declive en beneficio del norteamericano, continuaba siendo el centro de la reacción mundial. Al mismo tiempo que habían mostrado sus simpatías por el ascenso fascista en Italia, los gobiernos de Londres seguían considerando muy seriamente todas las posibilidades (incluida la intervención militar) de una restauración conservadora en la URSS. La revolución resultaba claramente contagiosa entre los pueblos coloniales oprimidos (China, India, etc.), y también alentaba al movimiento obrero en la metrópolis como en Inglaterra, donde una poderosa radicalización presionaba para que la primera victoria electoral (1924) en alianza con los liberales, tuviera una evolución auténticamente hacia la izquierda, en vías hacia un ideal de socialismo que se mantuvo vivo durante muchos años. Esto no pudo ser —los laboristas temieron las consecuencias de su propia victoria—, pero hacia el año 1926 las *trade unions* conocieron un proceso de radicalización que las llevó a organizar una huelga general.

Dentro de este contexto de crisis social, el PC británico y la izquierda sindical englobada en la corriente Movimiento Minoritario, a pesar de ser muy débiles, pasaron a desempeñar un papel mucho más importante que el que realmente tenían. Preocupado ante todo por las posibilidades que esta situación ofrecía a la política exterior soviética, Stalin propuso la constitución de un comité entre los sindicatos británicos y los rusos con el pretexto de trabajar internacionalmente por la reconstrucción de los sindicatos. Sin embargo, el objetivo real de dicho comité era, antes que nada, la defensa de la URSS, a la cual se subordinaban todas las aspiraciones de los trabajadores británicos. Trotsky, que todavía era miembro del buró político que debatía la cuestión, insistía en la necesidad de no confiar en medidas que no fueran las de solidaridad obrera internacional, a lo que Stalin le respondió: «¿Qué quiere usted hacer con “nuestros”

comunistas ingleses?».

El apogeo de las luchas obreras produjo una potente huelga minera y dio lugar a propuestas como la nacionalización de las minas, que fue apoyada por el conjunto de los trabajadores. En mayo de 1926, después de diez días de huelga general, la prepotencia de los poderosos comenzó a flaquear. Era la primera manifestación de la debilidad del imperio, expresión de una crisis que alcanzaría su punto final con la Segunda Guerra Mundial. No obstante, volvieron a recuperar el aliento gracias a la traición de la burocracia sindical, que dejó a los mineros abandonados a su propia suerte a pesar de que continuaron la huelga muchos meses más. A Stalin y a los sindicatos soviéticos, esta actuación de la burocracia no les importó demasiado, sobre todo porque su objetivo primordial era la «defensa de la URSS». Cuando los comunistas y los sindicalistas de izquierdas se pusieron del lado de los mineros y denunciaron a los funcionarios de las *trade unions*, éstos pudieron replicar que contaban con el apoyo de la URSS. Esta contradicción provocó la desmoralización del PC británico, que nunca más llegó a tener tanta influencia, y la desaparición del Movimiento Minoritario. Cuando acabó la huelga minera, la burocracia sindical prescindió del comité angloruso. Era la primera vez que la fracción estaliniana «demostraba» que era capaz de instrumentalizar «su» partido comunista para fines propios, por más que éstos chocaran con los intereses de la clase trabajadora y del propio PC británico, que nunca llegaría a enraizar para desaparecer prácticamente tras la última fase eurocomunista, durante la cual entonó un doloroso *mea culpa* por sus complicidades con el estalinismo...

Aunque este capítulo de la historia del movimiento obrero ha sido olvidado, tuvo una gran importancia, ya que se trató de la mayor movilización social conocida en el centro del imperialismo, y consiguió, a pesar de que finalmente fue un fracaso, que la clase dominante acabara olvidando sus sueños restauracionistas en la URSS. Trotsky, que denunció vehementemente la actuación de Stalin, en la segunda mitad de los años treinta mantuvo un brillante debate con la flor y nata intelectual del socialismo reformista británico, dentro del cual siempre tuvo a admiradores, como G. B. Shaw, y escribió una de sus obras maestras menos conocidas entre nosotros, *¿Adónde va Inglaterra?* (Ed. Biblos, Madrid, 1927, tr. de Ángel Pumarega). En 1975, el cineasta Ken Loach realizó toda una serie televisiva producida por la BBC y Tony Garnett dedicada a la historia social británica de la época, dividida en cuatro partes (con un total de 410 minutos): *Days of Hope: 1916. Joining up*; *Days of Hope: 1921*; *Days of Hope: 1925*; *Days of Hope: 1926. General strike*. Se trata posiblemente del mayor documento fílmico sobre los antecedentes, el desarrollo y las consecuencias de estos acontecimientos.

2. El desastre de la revolución china. El dilema teórico entre el socialismo en un solo país y la revolución permanente tendría una ilustración inmediata en la actuación del Komintern en la crisis social china entre 1925 y 1927, una primera revolución en la que el anticolonialismo y el socialismo iban de la mano. Para Trotsky, las condiciones socioeconómicas de China sólo podían ser interpretadas por la ley del desarrollo desigual y combinado a través de las enseñanzas revolucionarias de las últimas décadas. La China milenaria se hundió al contacto con las naciones capitalistas más adelantadas. Desde finales del siglo XIX, las compañías extranjeras colonizaron el país, dominando de una parte a otra el comercio, los ferrocarriles, las líneas de navegación y las inversiones en todos los campos de la industria. La burguesía autónoma no surgió, pues, por evolución natural, sino como intermediaria, compradora y dependiente estrechamente del mercado internacional. Sus inversiones propias se orientan hacia el agro y sus representantes no vertebran un cuerpo sólido, capaz de dictar sus imposiciones a las demás clases: debía apoyarse en la reacción y sostenerse en el

imperialismo —con el que disputaba la «parte del león»—, contra la revolución agraria y nacional.

La primera revolución china (1911) había sido una especie de equivalente de la revolución que se produjo en Rusia en febrero de 1917, ya que, a pesar de coger las riendas de la nación, fue incapaz de llevar adelante ninguna de las transformaciones que la revolución democrático-nacional exigía. Pero los campesinos no podían esperar y se lanzaron nuevamente a la guerra contra los señores. En los centros ciudadanos, donde había surgido en poco tiempo una industria moderna y concentrada, la clase obrera empezó pronto a desarrollar una intensa labor sindical que desembocó, convergiendo a menudo con las agitaciones campesinas, en movilizaciones y huelgas que agrupaban a millones de luchadores. Según Trotsky, ciertas similitudes con la Rusia zarista eran evidentes:

Las mismas causas objetivas, sociales e históricas que determinaron la salida de Octubre en la Revolución rusa se presentan en China bajo un aspecto todavía más agudo. Los polos burgueses y proletarios de la nación están opuestos en China con una intransigencia mayor si cabe que en Rusia, ya que por una parte la burguesía nacional china está directamente ligada al imperialismo extranjero y su aparato militar y, de otra, el proletariado chino ha tomado contacto desde sus inicios con la Internacional Comunista y la Unión Soviética. Numéricamente el campesino chino representa en el país una masa mucho más considerable que el campesinado ruso; pero, al margen de las contradicciones mundiales, el campesinado chino es todavía menos capaz de jugar un papel dirigente. (*La internacional comunista después de Lenin*, p. 308)

Por su parte, Stalin, Bujarin y Martinov —un antiguo menchevique de derechas que representaba el ascenso de gente de ese tipo en el aparato tras la muerte de Lenin—, quienes orientaban ahora la política de la IC, determinaron que en China la revolución no podía ser más que burguesa y que había que apoyar incondicionalmente al partido nacional-burgués y atraerlo a un pacto de amistad con la URSS. Este partido era el Kuomintang, y su líder, Chiang Kai-shek, fue nombrado «miembro honorario» de la Internacional, curiosamente en el mismo momento en que Trotsky era tildado de agente reaccionario y de menchevique.

El papel que Stalin asignaba al Kuomintang era el de dirigir un frente de cuatro clases: la burguesía, la pequeña burguesía, el campesinado y el proletariado, contra el feudalismo chino (término que no correspondía en absoluto a la historia china) y el imperialismo. El Partido Comunista chino debía restringir su labor al interior del Kuomintang, aceptando sin reservas sus principios y su disciplina. Para Stalin, «[...] el partido comunista chino reconoce resueltamente que el Kuomintang y sus principios son necesarios para la revolución china. Sólo aquellos que no quieren ver la revolución china triunfar pueden ser partidarios de la ruina del Kuomintang. Incluso en el caso de que sea mal dirigido, el partido comunista chino no puede ser partidario de la ruina de su aliado el Kuomintang, por darles placer a nuestros enemigos, los imperialistas y los militaristas».

La consecuencia de esta subordinación fue una sangrienta derrota. Temeroso de la creciente influencia del comunismo, Chiang preparó una dantesca represión para exterminar a sus militantes. Algunos comunistas chinos y la Oposición rusa ya habían advertido de que esto podía ocurrir. Pero, a pesar de la evidencia, Stalin se niega de plano a reconocer los resultados de sus órdenes a la sección china y trata de enmascararlo obligando, en plena derrota del movimiento revolucionario, a la sublevación ultraizquierdista, inútil y heroica, de Cantón. Después de tres días de encarnizada resistencia, la revuelta es aplastada, con lo que se rompe la espina dorsal del movimiento sindical y proletario en las ciudades hasta 1949. Trotsky denuncia con fuerza este hecho:

Sería una prueba de pedantismo si afirmáramos que, de haberse seguido una línea correcta durante la Revolución de 1925-1927, el PC chino habría conquistado de golpe el poder.

Pero afirmar que esta posibilidad estaba completamente descartada sería hacer un alarde de filisteísmo vergonzoso. El movimiento de masas de los obreros y los campesinos, al tiempo que la desintegración de las clases dominantes, podía permitir su realización. La burguesía indígena envió a su Chiang Kai-shek y Wang Ching-wei a Moscú; por intermedio de sus Hu Han min llamaba a las puertas de la IC precisamente porque, cara a las masas revolucionarias, se sentía muy débil: reconociendo esta debilidad desde un principio, buscó con qué protegerse. Los obreros y los campesinos no habrían seguido a la burguesía indígena si nosotros —la IC— no los hubiéramos cogido con el lazo y obligado a seguirla. Si la política de la IC hubiera tenido alguna justeza, la alternativa de la lucha del PC por la conquista de las masas estaba decidida desde el primer momento: el proletariado chino hubiera sostenido a los comunistas y la guerra campesina hubiera apoyado al proletariado revolucionario.

Si, desde el principio de la campaña del Norte, hubiéramos comenzado a establecer los soviets en las regiones «liberadas» (y las masas aspiraban a ello con todas sus fuerzas), hubiésemos creado nuestro ejército y disgregado el del enemigo; a pesar de su juventud, el PC chino hubiera madurado bajo la dirección juiciosa de la IC en el curso de estos años excepcionales: habría podido llegar al poder, si no en toda China de un golpe, al menos en una parte importante de su territorio, y lo que es más importante, habríamos tenido un partido.

Pero precisamente ha sido en el terreno de la dirección donde se ha producido algo monstruoso, una verdadera catástrofe histórica: la autoridad de la Unión Soviética, del partido de los bolcheviques, de la IC, ha servido enteramente para sostener a Chiang Kai-shek contra la política del Partido Comunista y después ha apoyado a Wang Ching-wei como el dirigente de la revolución agraria. Después de haber patinado la base misma de la política leninista y roto los huesos del joven PC chino, el Comité ejecutivo de la IC ha determinado desde el principio la victoria del kerenskismo chino sobre el bolchevismo chino. (*La Internacional Comunista después de Lenin*).

3. Notas sobre el maoísmo. Tras la derrota de las ciudades, la revolución china se refugia en el campo para emprender dos décadas después, y muy a pesar de Stalin, quien apoyaba todavía al Kuomintang, la conquista del poder. Antes de esta revolución, la sociedad china no conoció ninguna etapa democrático-burguesa. La dirigió el PC chino y tuvo que emprender —a su manera— el camino de un «socialismo» cuyos rasgos despóticos están sirviendo en los últimos tiempos para una restauración capitalista bajo la dirección del PC... En los años sesenta, el PC chino, después del comienzo del conflicto chino-soviético, adoptó la consideración de que China se había convertido en «el bastión de la revolución mundial» —a la inversa de la Unión Soviética, en la que el capitalismo habría sido restaurado—, esquema desarrollado en una teoría llamada de «los tres mundos», y de la que podemos encontrar una justificación local en obras como *Política internacional y conflictos de clase*, de Jordi Solé-Tura (Laia, Barcelona, 1974). Partiendo de dicha teoría, el maoísmo justificó toda clase de asociaciones contrarrevolucionarias con las fuerzas reaccionarias de todo el mundo (con el sha de Persia-Irán, con las dictaduras militares de Pakistán, con el imperialismo estadounidense, con Franz-Josef Strauss, con Sadat, con el carnicero militar chileno Pinochet, con la dictadura militar tailandesa) contra la Unión Soviética.

Se decía que se trataba de la «defensa de la fortaleza socialista», identificada con el Estado chino, al igual que había hecho Stalin, por ejemplo durante el pacto nazi-

soviético. La trágica consecuencia final de las aberrantes doctrinas del «nacional-comunismo» fueron las guerras abiertas entre «países socialistas», como parte de una escalada al final de la cual la «revolución cultural» resultó desenmascarada, el presidente Mao se desveló como un auténtico sátrapa ambicioso y el maoísmo internacional resultó abocado a una agonía de la que sobrevivirían fuerzas políticas tan deleznable como Sendero Luminoso en Perú.

El maoísmo fue una corriente política muy militante, con gente muy entregada, muy dada a «hegemonizar» los movimientos —y, así, acusar a quienes discrepaban de atentar contra la «unidad»—, y a crear sindicatos y organismos propios; harto elocuente en este sentido sería cómo la ruptura del PTE y la ORT con Comisiones Obreras dio lugar a un congreso constituyente «unitario» del que saldrían dos centrales sindicales opuestas, la CSUT (Confederación Sindical Unitaria de Trabajadores) y el SU (Sindicato Unitario), ligadas, respectivamente, a dichas organizaciones políticas. El maoísmo tuvo una importancia en absoluto desdeñable en la España de los años setenta, a través de partidos como el Partido del Trabajo Español (PTE), surgido en 1967 en Barcelona de una escisión en el comité «provincial» del PSUC; la Organización Revolucionaria de Trabajadores (ORT), creada por la reconversión de una asociación sindical cristiana; Organización Comunista (Bandera Roja), que contó con un equipo de líderes muy reconocidos, como el propio Solé-Tura, Jordi Borja, Alfonso Carlos Comín, etc.; Movimiento Comunista (MCE), proveniente de una escisión de ETA; la Organización de Izquierda Comunista (OIC), que fue más sincretista (maoísmo, trotskismo, consejismo); y otros menores.

Alentados por la «revolución cultural», trataron de combinar las tradiciones estalinistas con el izquierdismo del 68, pero la propia historia china acabó conduciéndolos a una crisis final. Sin una respuesta a los dilemas abiertos por la Transición (o por la restauración neoliberal en el caso del MC), sufrieron una crisis tras otra, hasta que la caída y el desprestigio de la llamada «banda de los cuatro» aceleró su descomposición, y muchos de sus cuadros acabaron haciendo carrera política en el PSOE o en la propia derecha. Con todo, algunos de sus líderes no dudaron en algunas ocasiones en resucitar algunas de las mayores aberraciones del estalinismo, aunque esto no quita que llegaran a contar con una generosa base militante, que asistió con estupor a la caída de unos dioses que se habían consagrado poco menos que como «sagrados». Todas las organizaciones de signo maoísta acabarían o bien en el más absoluto olvido, o como en numerosos casos en el Tercer Mundo, evolucionando hacia el antiestalinismo o cayendo en los mayores delirios, como resulta ostensible en el caso de “Sendero Luminoso” en Perú.

Sobre este capítulo de la historia del comunismo, la corriente trotskista realizó numerosas aportaciones. Algunas de ellas están recogidas en la extensa recopilación, presentada por Pierre Broué, *La question chinoise dans l'Internationale Communiste* (EDI, París, 1976, con textos tanto de la línea oficial, representada por Stalin, Bujarin y Martinov, como de la oposición representada por Trotsky y Zinóviev, así como con aportaciones de Alfred Rosmer, Kurt Landau y León Sedov, e incluye también la famosa carta de Chen Du-shiu). La editorial Pluma, de Buenos Aires-Bogotá, editó la recopilación de los trabajos de Trotsky sobre este tema con el título de *La revolución china*, y también existe una edición en Crisis (Buenos Aires, 1973), que comprende textos de Nicolai Bujarin así como un ensayo preliminar de Richard C. Thornton, de la Universidad de Washington. Asimismo, se volvió a editar el ensayo de Víctor Serge *La révolution chinoise (1927-1929)*, con prólogo de Pierre Naville (Savelli, París, 1977).

Un análisis de conjunto sobre la corriente fue el que realizó Denise Avenas en *Maoïsme et communisme* (Galilée, París, 1976), que comprende un amplio análisis de la

historia de la revolución china y una valoración crítica sobre el significado real del maoísmo. También resulta muy interesante el trabajo de K. S. Karol *China: el otro comunismo* (Siglo XXI, México, 1967), sin olvidar la controversia entre Trotsky y Malraux con motivo de las dos novelas de este último sobre los acontecimientos, *Los conquistadores* y *La condición humana* (ambas editadas en Argos-Vergara), y sobre las cuales cabe citar los artículos de Trotsky incluidos en *Literatura y revolución*. Otra elaborada aportación trotskiana sobre el maoísmo es la realizada por Livio Maitan en *El ejército, el partido y las masas en la revolución china* (Akal, Madrid, 1978, tr. de Julio Rodríguez Arramberry), y desde una perspectiva más reciente la de Roland Lew, *China, de Mao a la desmaoización* (Revolución, Madrid, 1988, tr. de Alberto Fernández). En la recopilación de textos de Ernest Mandel *La longue marche de la Révolution* (Galilée, Paris, 1976) hay un amplio ensayo sobre Mao. Por su parte, la Serie Popular de ERA lo hizo con el opúsculo de Deutscher *El maoísmo y la revolución cultural china*.

X. EN AUSENCIA DE LA REVOLUCIÓN...

1. El tercer exilio. A la hora de su tercer exilio, nada en el horizonte político inmediato permitía a Trotsky hacer cábalas sobre un retorno triunfal por encima del cadáver político de su enemigo (y así se lo hizo saber a sus más impacientes partidarios), ya que era evidente la consolidación de la burocracia durante un tiempo imprevisible y, mientras en la URSS una parte de la «vieja guardia» trotskista había claudicado, en el mundo capitalista sólo un núcleo muy reducido había alcanzado a comprender un fenómeno tan insólito como el del estalinismo, que iba a cubrir una etapa muy larga del comunismo mundial. Sin embargo, no todo estaba dicho. Así, el periodista norteamericano John Gunther pudo titular una de sus más famosas crónicas de 1933 como *Trotsky en Elba* (incluida en *Líderes del siglo XX*, Bruguera, Barcelona, 1968, tr. de Mireia Bofill). O sea, Trotsky podría volver como un general, y aquellos pequeños cenáculos de intelectuales y jóvenes militantes podrían cobrar alas en medio de las tormentas que se avecinaban; al menos así lo veía Gunther, quien amplió su retrato sobre Trotsky con una vívida descripción de algunas de las reuniones iniciales del grupo trotskista madrileño, sin duda en casa de Juan Andrade.

Una vez deportado Trotsky, se presentaron nuevos problemas. A pesar de que en los libros de historia estalinistas se le había quitado cualquier protagonismo revolucionario, para todos seguía siendo el mito por excelencia de Octubre. No obstante, precisamente esto le impedía en esos momentos establecerse en un terreno próximo a los acontecimientos y actuar directamente sobre ellos, ya que era tan temido dentro como fuera de la URSS. «Por la misma razón —escribió en su *Diario del exilio*— que me tocó en suerte participar en grandes acontecimientos, mi pasado me impide toda posibilidad de acción. Me veo reducido a interpretar los acontecimientos y tratar de prever su futuro.» Pero ni esto se le iba a permitir por mucho tiempo. Sin embargo, su paso por Francia y Noruega estuvo lleno de tensiones. En Noruega, un gobierno del partido socialista de izquierdas que había simpatizado con Octubre e incluso con la oposición de izquierdas, le expulsó tras claudicar a las presiones de la embajada soviética, al frente de la cual se encontraba Alexandra Kollontai.

Temeroso de ser llevado demasiado lejos de los escenarios de la historia, a cualquier colonia apartada del centro de la lucha de clases, encontró al fin la mano tendida del último representante gubernamental de la revolución mexicana, Lázaro Cárdenas, quien

tan significativamente había mostrado su solidaridad con la República y la diáspora republicana, y que permitió a Trotsky de una vez por todas descansar y trabajar sin estar pendiente de la residencia, al menos hasta su muerte. Entonces su posición ante el movimiento obrero era más difícil y esto es lo menos que se puede decir. Sus amigos formaban todavía pequeños grupos. La socialdemocracia internacional lo vio justamente como un duro y viejo adversario, e insistió en su premisa sobre la Revolución rusa: la dictadura de Stalin no era más que la continuidad de la que ya existió con Lenin y Trotsky (no obstante esta reserva, después del ascenso de Hitler al poder, una amplia tendencia de izquierda socialista, sobre todo en las juventudes, se aproximó a las posiciones de Trotsky; otra tendencia lo hizo a favor del «realismo» de Stalin)...

Sin embargo, el orden establecido (incluida la socialdemocracia), que, salvo contadas excepciones, no había dudado en apoyar el «realismo» de Stalin, recibió el exilio de Trotsky con manifiesta hostilidad. La derecha, y muy especialmente los fascistas, encontraba en él profundos motivos de repulsión: bolchevique, internacionalista, ateo, judío y, lo que era peor, un demonio capaz de organizar una insurrección con sus tácticas (así lo describió Curzio Malaparte en su *Técnicas de golpe de Estado*, un auténtico impacto entre la clase política conservadora)... Algunos liberales y socialdemócratas temieron igualmente verlo encabezar procesos revolucionarios que permanecían latentes aquí y allá. Este pánico hacia un hombre que había pasado a personificar la revolución se acrecentó desde el momento en que dejó Prinkipo, cuando el mundo se convirtió en «un planeta sin visado». Una detrás de otra, las fronteras europeas se cerraron a su paso. Conservadores, liberales, socialdemócratas y estalinistas coincidían en ello, de modo que los tratos con Inglaterra, Alemania, España, Países Bajos, los países nórdicos, Suiza, Francia, Estados Unidos, etc. le mostraron que el mundo se había convertido para él en «un planeta sin visado». Las presiones del Estado ruso fueron más fuertes que cualquier otro motivo, y países como Estados Unidos o Gran Bretaña, que bien podían desafiar la diplomacia rusa, mostraron por igual temor y aversión por el exiliado.

Este método de emplear a Trotsky como el «fantasma» de la revolución siguió siendo utilizado por doquier, como en México, e incluso en Estados Unidos, donde hubo toda una movilización policíaca para que no pudiera entrar en el país para declarar ante el tribunal presidido por el célebre filósofo liberal de izquierdas norteamericano John Dewey. Todavía en vísperas de su muerte, en el momento en que Hitler se disponía a invadir el territorio soviético —con el Ejército Rojo desencajado por las últimas «purgas», y con un Stalin confiado en la «seguridad» del pacto firmado entre Molotov y Ribentrop—, aparece la sombra de Trotsky como una opción revolucionaria a considerar. Se la plantea al propio Hitler el embajador de Vichy en Berlín, Couloudre, cuando le confiesa su temor a que la invasión pueda despertar la opción de Trotsky, a lo que Hitler responde que no lo cree posible, pero no la desdeña. «Si la sangre francesa y la sangre alemana tuvieran que correr, no habría más remedio que pagar este impuesto de sangre, por muy pesado que fuera; los estragos de una guerra ciertamente larga arrastrarían un cortejo de atroces miserias. Si efectivamente pensaba, que resultaríamos victoriosos, tenía también el temor de que a la salida de una guerra no habría más que un vencedor real, el señor Trotsky. Interrumpiéndome, el canciller (Hitler) exclamó: “¿Por qué, entonces, se ha dado a Polonia un cheque en blanco?”» (Couloudre, embajador de Francia, a Hitler, 25 de agosto de 1939).

Durante estas vacaciones involuntarias, Trotsky escribió algunas de sus obras más brillantes, como *Mi vida* o la *Historia de la revolución rusa*, ambas en buena medida obligadas por la escuela de falsificación estalinista, pero que tuvieron la virtud de los trabajos reposados e hicieron que muchos comentaristas lamentaran con el paso del

tiempo que Trotsky no se hubiera dedicado exclusivamente a escribir, algo que él nunca pretendió. Ésta es también la época de la inflexión ultraizquierdista del estalinismo impuesta por el VI Congreso de 1928, en unas condiciones profundamente marcadas por un giro paralelo de 180º que significa la puesta en marcha de la liquidación de los *kulaks* y el inicio de las colectivizaciones forzadas en la URSS. En dicho congreso se adopta una orientación llamada de «clase contra clase», que convertía a la socialdemocracia en el enemigo principal. Trotsky aprovecha el tiempo para profundizar en el balance de diez años de experiencia en una reflexión que verterá en una crítica sistemática a la línea de zigzags de la Internacional rusificada. Condena el abandono de la consigna de los Estados Unidos de Europa, rechaza la confusión entre su teoría de la revolución permanente y la hipótesis de la **ofensiva en permanencia** forjada por el Bujarin más izquierdista (uno de los argumentos más manidos para descalificar esta teoría dentro del estalinismo), y caracteriza el fascismo como un «estado de guerra civil» llevado por la sociedad capitalista contra el proletariado. Esta línea abocará a muchos partidos a una crisis terrible (el español tardará en recuperarse, y lo hará gracias a los factores coyunturales de la Guerra Civil), pero será en Alemania donde tendría lugar el mayor desastre...

2. La lucha contra el fascismo. No se puede hablar del fascismo y sobre todo del nazismo en general. Había que establecer su medida en la historia, y en sus análisis, Trotsky, que siempre pensaba mundialmente, lo hizo. En el caso concreto de Alemania, la victoria de Hitler podía compararse por su trascendencia con la revolución de Octubre, sólo que al revés. Trotsky ya había tomado parte en primera línea en los abigarrados debates sobre las diversas crisis sociales alemanes, y estuvo en un brete de tomar parte en el de 1923, un momento estelar en la historia que acabaría teniendo categoría de decisivo en la propia evolución de los acontecimientos en la URSS (desde esta derrota, el estalinismo no hizo más que afianzar su opción nacional-institucional-burocrática), y, por supuesto, en lo que vino después, una crisis abierta en la que la revolución tuvo fuerza más que suficiente para imponerse, pero no encontró su adecuación política por la oposición socialdemócrata, por la debilidad de la fracción comunista, y también porque la reacción ya tenía a Kerensky como su antimodelo. El miedo a la revolución abrió la puerta al ascenso del incipiente nazismo de 1921, pero todavía era posible detenerlo, no por separado, sino mediante un frente único entre comunistas y socialistas, algo que los mejores de un lado y otro trataron de hacer, y que impidieron los peores de uno y otro lado: los legalistas socialdemócratas, que trataron de establecer un consenso hasta con Hitler días antes de que éste los destruyera, y el estalinismo, preocupado por mantener una tensión izquierdista en su llamada al voluntarismo con el Plan Quinquenal.

La crisis mundial del capitalismo en 1929 conmovió a la ya débil República de Weimar, fue como la gota que desbordó el vaso. El Tratado de Versalles era ya una losa que le impedía llevar a cabo la apetecida acumulación capitalista y encontrar el «espacio vital» de amplios mercados y zonas de dominio. La quiebra pronto dio lugar a dos millones de parados. Para Trotsky, ya en 1929, no había duda: «La clave de la situación se encuentra en Alemania»; de hecho, Alemania había sido desde 1917 la «clave» de la revolución. Sin una Alemania socialista, la URSS estaba condenada al atraso y al aislamiento.

Mientras el ascenso del comunismo representaba las esperanzas del proletariado, el auge del nazismo reflejaba las desesperanzas de la pequeña burguesía, a la que se le venía encima todo el edificio capitalista, y el hecho de que este ascenso nazi se dé en vísperas de una crisis revolucionaria y no como reacción a la revolución ascendente, era sumamente alarmante. Quería decir que el «desencanto» de las clases medias se

orientaba hacia la contrarrevolución y no hacia la reforma o la revolución. Hitler encuentra su apoyo en el *impasse* de la democracia burguesa, incapaz de operar como exigía la situación, y en el del movimiento obrero, dividido y enfrentado entre comunistas y socialistas. La suya no era, pues, una contrarrevolución «de palacio», sino una «contrarrevolución desde abajo» que arrastraba a la pequeña burguesía, a la juventud reaccionaria y universitaria, al subproletariado, a los antiguos combatientes, a la policía, a los militares, a la burocracia estatal, etc.

Los organiza como escuadras de choque y los utiliza para una táctica política que intenta convencer al gran capital de que le ofrece lo que ningún equipo liberal o conservador le puede dar en aquellos momentos. Sus armas son sencillas: cuenta con la violencia y muestra que puede vencer, sistematiza el patriotismo más barato y el más extendido, compendia «todas las ideas del pasado que la sociedad ya había rechazado», pero que sobrevivían subterráneamente entre la gente —el pueblo elegido, la raza superior, el supremo salvador, el milenio de la tierra prometida, la superstición, la disciplina, las tradiciones de oscurantismo social y religioso y, sobre todo, el antisemitismo, que August Bebel llamó «el socialismo de los imbéciles»—. En definitiva, «todo el detritus del pensamiento político internacional», y con todo esto «agitaba y movilizaba todas las fuerzas de la barbarie». Dios, decían, estaba con ellos; al menos la Iglesia no estuvo en contra.

La burguesía no abrazó sin dudas la causa nazi. Le atraía su llamada al orden nacional, su idea expansionista, su cruzada anticomunista; pero no sabía cuándo acabaría la aventura. Empezaron sus sectores más reaccionarios. Los magnates de las grandes industrias ya habían financiado muy tempranamente a los gángsters de camisa parda para que les limpiaran el patio de elementos subversivos. La burocracia, la policía y el Ejército se cubrieron pronto de una amplia afiliación nacionalsocialista. Hitler les exaltaba y les mostraba que las bayonetas eran mucho más eficaces que los artículos constitucionales.

Finalmente, el grueso de la burguesía se decidió. Con Hitler y su régimen, podría impulsar una nueva y sustanciosa era de acumulación capitalista acelerada, sobreexplotando a los obreros, apoyándose en el Estado y abriéndose camino hacia nuevos territorios que ya no podían ser sino Occidente mismo. El precio de un Estado totalitario, de la mengua de las libertades, de la represión sistemática de toda oposición, del exterminio de los judíos y de los habitantes de los países ocupados, de toda una parte de la población (homosexuales, gitanos, minusválidos, etc.), no importaba, ya que, al fin, se habían acabado las huelgas y las agitaciones sociales; los tranvías y los trenes eran eficaces y el nivel de vida subía abriendo paso a la «gran Alemania».

El régimen de Brüning que antecedió al de Hitler, según señaló Trotsky, era como una pelota en la cúspide de una pirámide, y podía oscilar o bien hacia el nazismo o bien hacia el comunismo: dependía, fundamentalmente, del Partido Comunista alemán. Éste, para abrir la vía de la revolución, tendría que convertirse en el principal defensor de la unidad obrera contra el nazismo y contestarle con los métodos clásicos de la acción directa y la lucha de clases. Este llamamiento no podía venir de la socialdemocracia, ya que ésta no tenía planes más allá del apoyo incondicional al ala «menos mala» de la burguesía y se limitaba a protestar ante los ataques nazis: los nazis quemaban un local socialista, mataban a unos sindicalistas, etc.; entonces éstos recurrían a los tribunales, que no movían un dedo, y los nazis se crecían. Sin embargo, los obreros socialistas ya habían mostrado que querían luchar y podían obligar a su dirección a formar un frente único con los comunistas, al menos para luchar contra los nazis; «sólo una llamada comunista a la acción conjunta podía hacer cambiar la situación.» Pero los estalinistas alemanes veían en estas propuestas el veneno de Trotsky.

Su política, determinada por las altas instancias del Komintern, era la del avestruz. Para el «infalible» camarada Stalin, Alemania era ya hacía tiempo un país dominado por los fascistas, y, por lo tanto, las predicciones aterradoras de Trotsky no merecían más que desprecio. Recordándoles el abecedario olvidado, éste les indicó las notables diferencias existentes entre una democracia burguesa en la que son posibles importantes islas de democracia obrera y que obliga a la burguesía a respetar ciertos derechos y la dictadura de tipo fascista, que pasaría como un tanque aplastando la espina dorsal del movimiento obrero más importante de Europa. Los acusaba de dar por perdida la batalla antes de luchar. Estaban, de hecho —y el acuerdo con los nazis contra la socialdemocracia en el referéndum prusiano era un ejemplo evidente—, preparando la victoria de Hitler y cavando su propia fosa.

Les avisaba de que tenían un plazo cada vez más corto. Remmele, uno de los dirigentes comunistas, le respondió entonces desde la tribuna del Reichstag (el Parlamento): «Que Hitler tome el poder; pronto quedará en la bancarrota y entonces será nuestro día». La réplica de Trotsky fue la siguiente:

La gran ofensiva debe lanzarse antes de que Brüning sea reemplazado por Hitler, antes de que las organizaciones obreras sean aplastadas [...]. Es una infamia prometer que los obreros barrerán a Hitler una vez que éste haya tomado el poder. Eso prepara el camino para el triunfo de Hitler [...]. Si la clase obrera alemana [...] permitiera que el fascismo tomara el poder, si diera muestra de esa ceguera y una pasividad tan fatales, no habría razón alguna para suponer que, después de la toma del poder por los fascistas, esa misma clase obrera despertaría inmediatamente de su letargo y los barrería. Nada parecido ha sucedido en Italia [después del triunfo de Mussolini] [...]. «Nosotros somos los vencedores de mañana», alardea Remmele en el Reichstag. «No nos asusta que Hitler asuma el poder.» Esto significa que la victoria de mañana será la de Hitler, no la de Remmele, y entonces más valdría que os grabarais esto en las narices: la victoria de los comunistas no vendrá tan pronto. «No nos asusta» que Hitler asuma el poder: ¿qué es esto sino la fórmula de la cobardía vuelta al revés? «Nosotros» no nos consideraremos capaces de impedir que Hitler asuma el poder; peor aún: nosotros, los burócratas, hemos degenerado hasta el punto de que no nos atrevemos a pensar seriamente en combatir a Hitler. Por lo tanto «no nos asustamos». ¿De luchar contra Hitler? Oh, no [...], a ellos no los asusta la victoria de Hitler. No les asusta negarse a luchar. No les asusta confesar su propia cobardía. ¡Vergüenza!

Trotsky insistirá una y otra vez en su propuesta de unidad de acción antifascista; pero la respuesta de la dirección estalinista será la misma de siempre: no podía haber victoria sin previa derrota de la socialdemocracia. Esta vez les recuerda el abecedario sobre las diferencias entre una cosa y otra. Entonces escribe:

La socialdemocracia que representa actualmente el principal soporte del régimen parlamentario se apoya sobre los obreros. El fascismo se apoya sobre la pequeña burguesía. La socialdemocracia carece de influencia sin el apoyo de las organizaciones obreras de masas. El fascismo, sin embargo, no puede consolidarse más que destruyendo las organizaciones obreras. La arena principal de la socialdemocracia es el parlamento. El sistema fascista se basa sobre la destrucción del parlamentarismo. Para la burguesía monopolista, el régimen parlamentario y el régimen fascista no representan más que diferentes instrumentos de su dominación: recurre a uno u otro, según las condiciones históricas. Pero para la socialdemocracia, como para el fascismo, la elección de uno y otro instrumento tiene una importancia propia; más todavía, es para ellos una

cuestión de vida o muerte política. La hora del régimen fascista llega cuando los medios militares-policíacos «normales» de la dictadura burguesa con su cobertura parlamentaria, devienen insuficientes para mantener el equilibrio de la sociedad. Por la agencia fascista, la burguesía pone en movimiento las masas de la pequeña burguesía rabiosa, las bandas de desclasados, el lumpen-proletariado desmoralizado, todas esas innumerables existencias humanas que el capital financiero mismo pone en estado de desesperación y de rabia.

Del fascismo, la burguesía exige el trabajo «limpio» desde el momento en que admite los métodos de la guerra civil, quiere la paz por una serie de años, y la agencia fascista, sirviéndose de la pequeña burguesía como un acorazado que lo aplasta todo en su camino, prosigue su trabajo hasta el fin. La victoria del fascismo concluye con el acaparamiento directo e inmediato por el capital financiero de todos los órganos e instituciones de dominación, de dirección y de educación: el aparato de Estado y del ejército, las municipalidades, las universidades, las escuelas, la prensa, los sindicatos, las cooperativas. La fascistización del Estado significa no solamente mussolinizar las formas y los procedimientos de dirección —en ese dominio, las modificaciones juegan un papel secundario—, porque ante todo y sobre todo ha de destruir las organizaciones obreras, reducir el proletariado a un estado amorfo, crear un sistema de organismos destinados a impedir la cristalización de la independencia del proletariado. En eso consiste precisamente la esencia del régimen fascista [...]. La esencia y la función del fascismo consisten en abolir completamente las organizaciones obreras y en impedir su restablecimiento. En una sociedad capitalista desarrollada, este fin no puede ser logrado más que por medios policíacos. La sola vía para esto es oponer al ataque del proletariado —en el momento de su debilitamiento— el ataque de las masas pequeño burguesas enfurecidas. Es precisamente este sistema particular de reacción capitalista lo que ha entrado en la historia con el nombre de fascismo.

Una y otra vez, Trotsky insiste directamente a los obreros comunistas y socialistas; pero, aunque su popularidad es manifiesta, no tiene su consiguiente traducción en el pequeño grupo de la Oposición que edita el periódico *La Revolución Permanente*. Advierte de que la victoria de Hitler traerá horrores como hasta ese momento no se han conocido, no sólo para Alemania sino para Europa y el mundo. Significará una guerra de agresión contra la URSS que un régimen parlamentario jamás se atrevería siquiera a considerar seriamente. Será un super-Wrangel (nombre del jefe del Ejército blanco) que puede acabar arrasando al Estado obrero. La victoria del nazismo se cumple en los plazos que Trotsky, impotente y dolorido, había previsto. Hitler comienza, como había prometido, por cortar la cabeza a los rojos y los judíos. El incendio del Reichstag es el pretexto. Los comunistas son asesinados o encerrados en campos de concentración, y a ellos les siguen los socialistas y los liberales burgueses. El socialdemócrata Wells intenta todavía llegar a un acuerdo y apoya la política exterior nazi, y el burócrata Leipart pondrá «los sindicatos al servicio de la causa nacional»; pero Roma no paga a traidores.

La respuesta que obtienen es la muerte. El balance de Trotsky es contundente:

El proletariado más poderoso de Europa por su situación y su producción, su peso social y la fuerza de sus organizaciones, no ha manifestado ninguna resistencia ante la subida de Hitler al poder y ante sus primeros ataques violentos contra las organizaciones obreras [...]. El papel criminal de la socialdemocracia no requiere comentario alguno. La Internacional Comunista fue creada catorce años antes precisamente para arrancar al proletariado de la influencia desmoralizadora de la socialdemocracia. Después de la subida del fascismo, la iniciativa pertenecía al PCA, que sólo ha sabido sacar provecho de ello para designar a los socialistas como el enemigo principal. El estalinismo ha tenido su

4 de agosto [...]. El comunismo alemán sólo puede renacer con una nueva base y una nueva dirección [...]. En Alemania, la función funesta de la burocracia estaliniana ha terminado. El proletariado alemán se levantará de nuevo; el estalinismo, jamás.

En opinión de Perry Anderson:

Los escritos de Trotsky sobre el fascismo constituyen el único análisis directo y elaborado de un Estado capitalista moderno en todo el marxismo clásico. Superior en calidad a todo lo escrito por Lenin, tratan, sin embargo, de algo que ha resultado ser una forma atípica de Estado burgués en el siglo XX, por importante que haya sido históricamente su aparición en su tiempo. Para teorizar sobre la especificidad del Estado fascista como el más mortal enemigo de la clase obrera, Trotsky, desde luego, tuvo que brindar elementos de una contrateoría del Estado democraticoburgués, a fin de establecer el contraste entre ambos. Por ello, en sus escritos hay más consideraciones sobre la democracia burguesa que en los de cualquiera de sus predecesores. Sin embargo, Trotsky nunca elaboró una explicación sistemática de ella. La ausencia de tal teoría parece haber tenido efectos determinantes sobre sus juicios políticos después de la victoria del nazismo. En particular, mientras que en sus ensayos sobre Alemania subrayaba la imperativa necesidad de ganar a la pequeña burguesía para una alianza con la clase obrera (citando el ejemplo del bloque contra Kornilov en Rusia), en sus ensayos sobre el Frente Popular descartaba a la organización tradicional de la pequeña burguesía local el Partido Radical, por considerarlo meramente un partido del «imperialismo democrático» que en principio debía ser excluido de toda alianza antifascista. (*op. cit.*)

3. Una carta de José Antonio a Franco. Un buen testimonio de la instrumentalización reaccionaria la tenemos en una carta de José Antonio Primo de Rivera, fundador de la Falange, dirigida al todavía oscuro general Franco, que se hace eco de la «información» aparecida en la prensa derechista del 14 de septiembre, y en la que se rumoreaba la presencia de Trotsky en España. En realidad, se trataba de una confusión —puede que incluso intencionada— del líder de Octubre con un corresponsal de prensa francés, llamado Bernet, dado el parecido físico que les unía. Trotsky nada tenía que ver con el movimiento insurreccional asturiano, en el que los trotskistas tuvieron una participación muy menor, aunque sí tomaron parte activa en la Alianza Obrera. El documento joseantoniano, fechado el 24 de septiembre de 1934, ofrece, además, una muestra de la concepción «conspirativa» y «nacional» de la historia, la extrema «conciencia» contrarrevolucionaria de su autor, que aboga claramente por una acción militar «preventiva» como la que protagonizó su admirado «patrón» Mussolini en 1922, que desarmó la pusilanimidad socialista y cortó el auge del Partido Comunista en Italia. Dice la carta:

[...] Ya conoce lo que se prepara: no un alzamiento tumultuario, callejero, de esos que la Guardia Civil holgadamente reprimía, sino un golpe de técnica perfecta, con arreglo a la escuela de Trotsky y quién sabe si dirigido por Trotsky mismo (hay no pocos motivos para suponerle en España). Los alijos de armas han proporcionado dos cosas: de un lado, la evidencia de que existen verdaderos arsenales; de otro, la realidad de una cosecha de armas risible. Es decir, que los arsenales siguen existiendo y compuestos de armas magníficas, muchas de ellas de tipo más perfecto que las del Ejército regular. Y en manos expertas que, probablemente, van a obedecer a un mando peritísimo. Todo ello dibujado sobre un fondo de indisciplina social desbocada (ya conoce usted el desenfreno literario de los periódicos obreros), de propaganda comunista en los cuarteles y aun entre la Guardia Civil, y de completa dimisión, por parte del Estado, de todo serio y profundo

sentido de autoridad. (No puede confundirse con la autoridad esa frívola verborrea del Ministerio de la Gobernación y sus tímidos medios policíacos, nunca llevados hasta el final.) Parece que el Gobierno tiene el propósito de no sacar el Ejército a la calle si surge la rebelión. Cuenta, pues, sólo con la Guardia Civil y con la Guardia de Asalto [...]. Y, seguro de que cumplía con mi deber, fui a ofrecer al ministro de la Gobernación nuestros cuadros de muchachos por sí, llegado el trance, quería dotarlos de fusiles (bajo palabra, naturalmente, de inmediata devolución) y emplearlos como fuerzas auxiliares [...]. Una victoria socialista, ¿puede considerarse como mera peripecia de política interior? Sólo una mirada superficial apreciaría la cuestión así. Una victoria socialista tiene el valor de invasión extranjera, no sólo porque las esencias del socialismo, de arriba abajo, contradicen el espíritu permanente de España; no sólo porque la idea de Patria, en régimen socialista, se menosprecia, sino porque, de modo concreto, el socialismo recibe sus instrucciones de una Internacional. Toda nación ganada por el socialismo desciende a la condición de colonia o protectorado.

4. Judíos no sionistas. La cuestión judía fue, desde muy temprano, un tema primordial en la historia del socialismo ruso. El *affaire* Dreyfuss conmovió a los líderes revolucionarios, y la actuación a tumba abierta de Émile Zola les entusiasmó. Lenin llevaba la foto del novelista en su cartera cuando falleció. También en Rusia hubo un caso similar, el de Beylis, frente al cual la izquierda reaccionó con plena unanimidad, al igual que en la denuncia de los pogromos, uno de los deportes favoritos del zarismo más militante. Durante la guerra civil, la condición hebrea de Trotsky se convirtió en una de las motivaciones más manidas de la propaganda contrarrevolucionaria (que hundía sus raíces en la tradición de pogromos tan caro al zarismo), y la Revolución rusa fue homologada por la derecha internacional como la expresión más perversa de «la conspiración judía internacional». Luego fue la burocracia estalinista la que no dudó en atizar los sentimientos antisemitas contra la Oposición de Izquierda, ampliamente nutrida por hombres y mujeres de procedencia judía, una distinción que luego se reproduciría ampliamente en el movimiento trotskista internacional. (En este sentido, no deja de resultar significativo que en la LCR francesa inmediatamente después a los acontecimientos de mayo del 68 se utilizaran de forma intensiva seudónimos de clara significación judía.)

Trotsky ofreció algunas reflexiones sugestivas sobre la cuestión, en especial en una entrevista al diario *Der Weg* (México) y a la agencia telegráfica judía. Pero la principal aportación histórica del trotskismo sobre este problema la ofreció el judío polaco Abraham León, muerto a los veintiséis años en Auschwitz. León fue de entrada un ardiente militante de las juventudes socialistas sionistas (Hachamer Hazoir) en Bélgica, donde su familia, sionistas de la pequeña burguesía, se había establecido desde 1928, después de una efímera estancia en Palestina (a consecuencia de las persecuciones sufridas en su país natal). Atraído por el trotskismo desde 1936, tomó definitivamente partido por tal opción con ocasión de los «procesos de Moscú», aunque durante un tiempo siguió manteniendo sus conexiones con el sionismo. Obviamente, ambas opciones —el internacionalismo y el nacionalismo racial— le provocaban no pocas contradicciones, y durante un tiempo trató de encontrar una argumentación marxista que se lo permitiera. A pesar de las penosas condiciones en que se desarrollaba la resistencia belga bajo la ocupación alemana, así como las pesadas tareas que había asumido en la pequeña sección de la IV Internacional, con cuya historia se confunde su propia historia, León consiguió reunir una vastísima documentación sobre el pasado y el presente reciente de los judíos.

En su obra *La concepción materialista de la cuestión judía*, León encuentra en la

explicación social de los judíos en su tradición religiosa y de la conservación del judaísmo, y elabora la teoría del pueblo-clase, ya sugerida por Marx y por Max Weber. Esta idea se convierte en una clave indispensable para la comprensión del papel jugado a lo largo de la historia por los judíos, y contribuye al desarrollo de una alternativa a su situación de miseria, una situación que en aquellos momentos se caracterizaba por la mayor represión de una historia milenaria, y frente a la cual la pequeña internacional se había movilizado con tanta vehemencia como dificultades. Condenando sin reserva sus concepciones sionistas pasadas, León concluye que en el contexto del capitalismo decadente no existe ninguna solución a la cuestión judía, y que el sionismo, una ideología pequeñoburguesa en la época imperialista, se condenaba a convertirse en un instrumento en manos del capitalismo internacional. La obra de León no fue publicada hasta 1946. Existe una cuidada edición (EDI, París, 1968) revisada y presentada por Maxime Rodinson (autor de *Los árabes*, Siglo XXI, Madrid, 1981), con textos complementarios de Trotsky, Deutscher y E. Germain (Mandel). Me consta la existencia de una traducción argentina (traducida por Jorge Abelardo Ramos, concretamente la de **Ediciones El Yunque, aparecida en Buenos Aires, en 1975**, cuando Ramos ya hacía mucho tiempo que se había convertido al “peronismo”, lo que no le impidió mantener una cierta fidelidad a sus posiciones trotskyanas, un sentimiento por cierto, muy propio entre muchos “arrepentidos” y “arrepentidas”).

Después de la Segunda Guerra Mundial y del conocimiento de la *Shoah* (Holocausto), se ha olvidado una controversia que atravesó la historia del socialismo, la que trataba de responder a la pregunta: ¿puede darse una síntesis entre el judaísmo y el socialismo? Durante un siglo, el movimiento obrero en general y el marxismo en particular trataron de responder a este interrogante planteado desde el judaísmo por generaciones de intelectuales y militantes judíos, especialmente implicados en las corrientes más avanzadas de la clase obrera. Y lo hicieron desde Marx a León en una reflexión en absoluto cerrada, sino que, por el contrario, abarcó innumerables prismas. Por una parte, los teóricos tradicionales de la II Internacional, al concebir la historia como una línea de progreso sin interrupción acorde con la tradición de los ilustrados, identificaron el socialismo con la asimilación de los judíos. En Europa oriental, donde los pogromos eran bastante habituales, se desarrolló un socialismo yiddish que subrayaba la pertenencia de éstos a una historia y una cultura diferenciadas; esta tradición hundía sus raíces en los mitos bíblicos. Dentro de un apartado inclasificable, Walter Benjamin se propuso reinterpretar el materialismo histórico a la luz del mesianismo judío, conformando en su conjunto un debate sobre el que aquí carecemos de asideros.

Pero el proyecto de emancipación no se concretó (éste fue uno de los mayores fracasos de la Revolución rusa, uno de los mayores crímenes del estalinismo), y, sin embargo, sí un genocidio contra el cual —esto se olvida— únicamente se rebelaron unas minorías ante la indiferencia de los bienpensantes en general, y la evolución ulterior del judaísmo no ha podido ser más alarmante: no hay más que ver a los laboristas y sindicalistas sentados —¿a la izquierda?— de Sharon, un personaje que ha acabado convirtiendo a la que fue una minoría perseguida en cómplice de una política de ocupación del territorio de Palestina que tiene muchas semejanzas con el *apartheid* sudafricano (un sistema que, por cierto, tuvo en el Israel sionista uno de sus mayores aliados).

A lo largo de su trayectoria, la Cuarta ha producido estudios y reflexiones sobre toda esta cuestión en obras como la de Natham Weinstock *El sionismo contra Israel* (Fontanella, Barcelona, 1967, tr. de Francisco J. Carrillo), que serviría de alimento teórico para una generación de judíos no sionistas, y más recientemente en la de Enzo Traverso *Les marxistes et la question juive* (La Brèche, París, 1980, con un prólogo de Pierre

Vidal-Naquet). Aunque las actuales circunstancias no han permitido que este libro de Traverso fuese editado entre nosotros, al contrario que el de Weinstock (en el mismo año que la edición francesa), tenemos otras obras suyas, como *La historia desgarrada. Ensayo sobre Auschwitz y los intelectuales* (Herder, Barcelona, 2001) y *El totalitarisme. Història d'un debat* (Universitat de València, 2002). En la misma tradición se sitúa Michel Warschawski, un intelectual judío, como Deutscher, hijo de un reconocido rabino (Meir Warschawski), y uno de los más reconocidos activistas en favor de una alternativa binacional para Israel, miembro fundador del Centro Alternativo de Información de Jerusalén y cronista habitual de la región en la prensa trotskista internacional (y en *Viento Sur*), del que Catarata-Viento Sur ha dado a conocer la obra *Israel-Palestina: la alternativa de la convivencia binacional* (Madrid, 2002), en la que llama a construir juntos un «sueño andaluz», o sea, una región en la que los árabes, los judíos y los cristianos convivan binacional, pacífica y creativamente. Desde una perspectiva árabe, pero que toma como referencia a Deutscher, hay que destacar el vigoroso ensayo de Tariq Alí *El choque de los fundamentalismos. Cruzadas, yihads y modernidad* (Alianza, Madrid, 2002, tr. de María Corniero), una edición que posee el sello de distinción de los grandes trabajos de Isaac Deutscher (ampliamente evocado como referente), y que incide lúcidamente en el debate sobre el «choque de civilizaciones» en la situación internacional, al tiempo que efectúa una revisión árabe laica del fundamentalismo islámico y del mundo después del día en que «cambió el mundo», el 11-09-01 (tema este sobre el que tenemos al alcance una película con ese mismo título en la que, entre otras, destaca la aportación de Ken Loach, que nos recuerda que el verdadero 11-09 fue el de 1973, el del golpe de Pinochet y la CIA en Chile).

Bibliografía. Al citar el 4 de agosto, Trotsky se refiere al día en que la socialdemocracia votó a favor de los créditos de guerra en 1914. El proletariado alemán no se volvió a levantar nunca más para desafiar al sistema, aunque el precio pagado por la patronal fue el llamado «Estado del Bienestar», mientras que el estalinismo lo volvió a hacer gracias a la victoria militar de la Segunda Guerra Mundial (que comenzó con una desastrosa caza de brujas en el Ejército Rojo y con una muestra de la asombrosa «ingenuidad» de Stalin, quien creyó que el pacto nazi-soviético resultaba una garantía; cuando reaccionó, Hitler ya se encaminaba hacia Moscú, y el precio de la guerra fue incalculable). Sobre todo este aspecto existe un importante estudio, el de Leonardo Rapone *Trotskij e il fascismo* (Laterza, Roma-Bari, 1978), sin olvidar el ensayo de Ernest Mandel *El fascismo* (Akal, Madrid, 1987, tr. de Patricia Meneses Orozco), así como los propios textos de Trotsky, recopilados en Fontamara con el título *La lucha contra el fascismo. El proletariado y su organización*. Sobre la actuación de Stalin en vísperas de la Segunda Guerra Mundial resulta imprescindible la obra del historiador soviético Alexandre Nekritch *L'Armée Rouge assassinée, 22 juin 1941* (Grasset, París, 1968, con prólogo de Georges Haupt).

XI. CONTRARREVOLUCIÓN EN LA REVOLUCIÓN

1. ¿Qué es la URSS?. Una Internacional que, aunque se llamara comunista, en realidad anteponía los intereses de la burocracia rusa a cualquier otra consideración —

incluida la derrota del proletariado alemán, cuya responsabilidad había descargado unilateralmente sobre la socialdemocracia— y que era incapaz de hacer el más mínimo análisis crítico, no merecía ser reformada, sino derrotada. En el verano de 1933, la Ejecutiva de la Oposición rompe todos sus vínculos con el movimiento comunista oficial y comienza su batalla por la IV Internacional. Este giro en la situación plantea de nuevo la cuestión del carácter social de la URSS; de hecho, el desastre de la Internacional, ¿no significaba al mismo tiempo el desastre del Estado soviético? En los dos casos se trata de una sola organización dirigente: el aparato estalinista. Mientras que el Komintern representaba un arma destinada a derrocar el régimen capitalista y extender la revolución (una dictadura obrera y campesina contra las clases dominantes del antiguo régimen), el Estado soviético representaba un arma destinada a salvaguardar las conquistas de una revolución ya hecha. Había que responder, pues, a la siguiente pregunta: ¿qué era la URSS?

La respuesta, consideraba Trotsky, no podía ser «una definición demasiado terminada de un proceso no terminado». No se trataba de una realidad estable y necesaria, como lo pudo ser la Inglaterra manchesteriana para Marx y Engels, y es por ello que, en un capítulo de su principal obra sobre esta cuestión, *La revolución traicionada*, afirma: «El problema del carácter social de la URSS aún no está resuelto por la historia». Se trataba de un régimen «imprevisto y aberrante [...]». La fantasía más exaltada difícilmente concebiría un contraste más vivo que el que existe entre el esquema del Estado obrero de Marx-Engels-Lenin y el Estado a cuya cabeza se halla Stalin actualmente». No se trataba de realizar teorizaciones abusivas, como las desarrolladas por diversas escuelas, y tampoco de un problema exclusivamente moral: «Podemos tener o no razón —escribió contra sus amigos norteamericanos (de entonces) Burham y Schachtman—, pero, desde luego, esto no depende del pacto germano-soviético». Trotsky rechazó radicalmente la fácil homologación que ciertas escuelas establecían entre el estalinismo y el período leninista de la revolución. «El estalinismo —respondió— continúa al leninismo lo mismo que la muerte continúa a la vida; es una continuidad cronológica; pero se trata de su negación dialéctica.» Se quería con ello desprestigiar la alternativa que él representaba; pero los hechos mostraban que la burocracia, para ascender, había tenido que luchar a muerte contra él y el resto de los auténticos bolcheviques de la Oposición.

La revolución no podía ser considerada como un bloque sobre el cual se puede hacer una generalización desde uno de sus múltiples aspectos. Como decía Lenin, el proceso revolucionario no podía ser una línea recta como la avenida Nevski; se trataba de un proceso lleno de contradicciones y terremotos, y su naturaleza dependía de un conjunto de elementos de orden político, social y económico, no de las ideas de sus dirigentes ni de la idea particular que incubara un doctrinario. Para analizar lo ocurrido en la URSS, Trotsky nunca olvida dos cuestiones básicas: la destrucción de la base socioeconómica del país con la guerra y el reflujo transitorio de la revolución internacional. Tampoco olvida la historia: la burocracia tiene su génesis en este marco de miseria y aislamiento, e irá cobrando cuerpo a través de diversas etapas de lucha contra lo que había significado el propio bolchevismo y, en gran medida, contra los propios bolcheviques. Fue el capitalismo el que promovió la guerra y el cerco a la URSS, y fue la socialdemocracia la que se opuso a la revolución europea. Pero ni las condiciones materiales ni la gestión brutal de la burocracia habían acabado con el Estado obrero surgido de la revolución de Octubre.

Para comprender qué era y qué no era este nuevo Estado había que utilizar los instrumentos de análisis marxista; por más que fueran insuficientes, estaba seguro de que no los había mejores. Estos instrumentos eran lo suficientemente sólidos —en particular el libro de Lenin *El Estado y la revolución*, al que se remite continuamente—

como para poder ser enriquecidos. También se trataba de desvelar las pretensiones teóricas del estalinismo y su secuela de aduladores y «profesores rojos» (incluso de sus amigos socialreformistas, como Beatrice y Sidney Webb). Estos análisis los desarrolló hasta el fin de sus días, y tenían en su contra la singular e inoportuna virtud de decir una verdad muy amarga, pero que no era fácilmente digerible, y menos aún por una mayoría de personas que se habían hecho de izquierdas y comunistas defendiendo a la URSS contra el cerco mundial. Esto explica que, cuando tras ser liberado de la URSS Víctor Serge trató de explicar a los trabajadores que asistían a sus charlas lo que había ocurrido, se encontró con que éstos no querían escucharlo. Y en no pocos casos lo confundían con lo que oían de la derecha.

En la misma época, Stalin ya había decretado que el socialismo se había construido en la URSS en sus nueve décimas partes, un sueño «cumplido» para muchos trabajadores e intelectuales del mundo que tuvieron en este sueño un consuelo frente a los terribles avatares que estaban viviendo o que les esperaba. Lo cierto es que, a mediados de los años treinta, la industrialización había entrado en una fase superior de desarrollo después del Plan Quinquenal, y el campo conoció un nuevo impulso después de las colectivizaciones forzadas. Pero las condiciones económicas y sociales seguían siendo extremadamente difíciles. No obstante, Stalin consideró llegada la hora de limpiar la fachada y derogar la antigua Constitución para instaurar otra, definida como «la más democrática del mundo», que establecía la igualdad de derechos para todos, puesto que ya no se podía hablar de clases. Para Trotsky —y para cualquiera que observara seriamente la realidad rusa— estaba claro que existían clases —entre ellas, los obreros y los campesinos—, y que este paso era decisivo para la conformación de la burocracia como casta dominante. Difícilmente se podía hablar de libertades cuando el Estado, en vez de desaparecer —como el marxismo había defendido siempre—, lo que hacía era incrementar sus funciones y su poder hasta extremos desconocidos. Sus instrumentos no eran, precisamente, los soviets elegidos y revocables, sino la GPU, que podía hacer desaparecer a individuos, pueblos e incluso pequeñas nacionalidades con el único requisito de una orden de las altas instancias...

El arte, la cultura, la vida sexual, la escuela, la vida cotidiana... todo estaba reglamentado y ordenado según los criterios de la burocracia. Esta capa de funcionarios, que disfrutaba de un riguroso orden de privilegios, poseía su instrumento fundamental en el partido único, de cuyo pasado bolchevique sólo quedaban los símbolos. En la cúspide, el «padre de los pueblos», el «águila de la ciencia», el «supremo salvador»: Stalin. Después de un extenso análisis, Trotsky definió la naturaleza de la URSS como «una sociedad intermedia entre el capitalismo y el socialismo, en la que

a) las fuerzas productivas son aún insuficientes para dar a la propiedad del Estado un carácter socialista; b) la tendencia a la acumulación privada, nacida de la sociedad, se manifiesta a través de todos los poros de la economía planificada; c) las normas de reparto, de naturaleza burguesa, están en la base de toda diferenciación social; d) el desarrollo económico, al mismo tiempo que mejora lentamente la condición de los trabajadores, contribuye a formar rápidamente una capa de privilegiados; e) la burocracia, al explotar los antagonismos sociales, se ha convertido en una casta incontrolada, extraña al socialismo; f) la revolución social, traicionada por el partido gobernante, vive aún en las relaciones de producción y en la conciencia de los trabajadores; g) la evolución de las contradicciones acumuladas puede conducir al socialismo o lanzar a la sociedad hacia el capitalismo; h) la contrarrevolución, en marcha hacia el capitalismo, tendrá que romper la resistencia de los obreros. El problema será resuelto definitivamente por la lucha de las dos fuerzas vivas en el terreno nacional e

internacional (*La revolución traicionada*, Fontamara, Barcelona, 1977, p. 239).

En su discurso teórico, Trotsky rechaza la definición de la burocracia soviética como clase social:

Las tentativas de presentar la burocracia soviética como una clase «capitalista de Estado» no resisten la crítica. La burocracia no tiene títulos ni acciones. Se recluta, se completa y renueva gracias a una jerarquía administrativa, sin tener derechos particulares en materia de propiedad. El funcionario no puede transmitir a sus herederos su derecho a la explotación del Estado. Los privilegios de la burocracia son abusos. Oculta sus privilegios y finge no existir como grupo social. Su apropiación de una inmensa parte de la renta nacional es un hecho de parasitismo social. Todo esto hace que la situación de los dirigentes soviéticos sea altamente contradictoria, equívoca e indigna, a pesar de la plenitud de poder y de la pantalla de humo de las adulaciones (*ibid.*, p. 236).

Ante esta realidad completamente excepcional, un fenómeno histórico que condensaba en apenas unos años procesos que para otros había sido asunto de siglos (la corrupción del ideal republicano en Roma, el cristianismo o incluso la evolución de la socialdemocracia, dentro de la cual todavía aleteaban corrientes izquierdistas), Trotsky reflexionó sobre las enseñanzas de las revoluciones burguesas. En Francia, a pesar de la profundidad del proceso revolucionario iniciado en 1789, las tareas de la revolución quedan por una parte inconclusas, y por otra es la misma burguesía la que reacciona contra sus conquistas. Afirmada en el terreno de las relaciones de producción, la revolución burguesa tuvo que volver a conquistar las libertades mediante nuevas revoluciones políticas. Al igual que la burguesía había actuado consecuentemente acabando con la monarquía o cualquier otra forma de despotismo, la clase obrera debía librar sus propias batallas contra esta burocracia usurpadora.

Animada por sus propias necesidades, por sus propias tradiciones y por los avances del socialismo internacional, la clase obrera rusa emprendería, en su opinión, este camino. Su programa lo propuso Trotsky con estas palabras:

No se trata de reemplazar una camarilla dirigente por otra, sino de cambiar los métodos mismos de la dirección económica y cultural. La autocracia burocrática deberá ceder el puesto a la democracia soviética. El restablecimiento del derecho de crítica y de una libertad electoral auténtica son condiciones necesarias para el desarrollo del país. El restablecimiento de la libertad de los partidos soviéticos, comenzando por el partido bolchevique, y el renacimiento de los sindicatos están allí incluidos. En la economía, la democracia implica la revisión radical de los planes en interés de los trabajadores. La libre discusión de las cuestiones económicas disminuirá los gastos generales impuestos por los errores y los zigzags de la burocracia. En vez de obras suntuarias, palacios de los *soviets* —nuevos teatros, ferrocarriles subterráneos construidos para deslumbrar—, se levantarán habitaciones obreras. Las «normas burguesas de distribución» serán estrictamente limitadas a lo necesario para ir desapareciendo, junto con el crecimiento de la riqueza social, ante la igualdad socialista. Los rangos serán abolidos inmediatamente. El oropel de las condecoraciones será arrojado a los crisoles. La juventud podrá respirar libremente, criticar, equivocarse y madurar. La ciencia y el arte sacudirán sus cadenas. La política exterior renovará la tradición del internacionalismo proletario (*ibid.*, p. 290).

2. ¡Matad a esos perros rabiosos! Apenas había acabado de concluir *La revolución*

traicionada, cuando desde Moscú recibió la noticia de que Zinóviev, Kaménev y otros catorce viejos bolcheviques habían sido acusados de terroristas, de cómplices con el asesinato de Kirov y de connivencia con la Gestapo. En el pliego de cargos del proceso abierto, así como en los que iban a sucederse, Trotsky y su hijo León eran los principales inculpados. Se les acusaba de un siniestro complot que apuntaba contra Stalin y contra el conjunto de la sociedad soviética mediante el terror y el sabotaje. Un complot digno de un ejército colosal. El presidente del tribunal que los juzgaba era el antiguo menchevique de derechas Vichinsky, quien a veces clamaba cosas como ésta: «[...] en nombre del Ministerio Público yo uno mi voz colérica e indignada a los millones de voces atronadoras [...]. ¡Pido que cada uno de esos perros rabiosos sea fusilado!».

Debajo de este entramado inquisitorial subyace una verdad histórica de la que entonces sólo unos pocos eran conocedores, y que no será rigurosamente conocida hasta la apertura de los archivos de Trotsky sellados en la Universidad de Harvard. El desastre del primer Plan Quinquenal desencadenó una auténtica oleada de hambrunas a lo largo del país, y el pavoroso fracaso de la política ultraizquierdista en Alemania provocó una verdadera crisis dentro de la propia facción estalinista. Un sector puso en cuestión al propio Stalin, y buscó un acuerdo amplio con todas las oposiciones desde la bujarinista hasta la trotskista, se produjo una extensa movilización de la que se hizo eco el propio Trotsky, que escribe señalando a los estalinistas que cambien de opción, ofreciendo garantías de que, llegado el momento, no habrán represalias.

Todo concluye con el asesinato de Kirov, el principal responsable, junto con Lominadze, del sector desgajado del aparato. Stalin, situado sobre un vacío social casi absoluto, mueve sus piezas y desencadena el Gran Terror con los siguientes objetivos: a) acabar con toda disidencia, incluida la de sus propias filas; b) acentuar el vacío social creando un ambiente de terror en el que nadie pueda sentirse seguro; y c) propugnar una reconciliación con las potencias democráticas, a las que les ofrece el espectáculo de los «procesos» como un ejemplo fehaciente de que nada queda del Octubre rojo... Temeroso ante el ascenso del nazismo, Stalin busca un pacto con el imperialismo liberal mediante un giro político de 180°, el que lleva de la guerra contra el «socialfascismo» a propugnar un frente popular antifascista que en el último congreso del Komintern se *traviste* de frente obrero único, pero que se amplía a «toda la izquierda». Una señal evidente de este giro es el hecho de que Stalin reprenda al PCF por oponerse al colonialismo francés. La disciplina es tal que, a continuación, el PCF cubre Francia de carteles en los que se proclama: «Stalin tiene razón»... La revolución se convierte en un obstáculo, ya que va en contra de esta nueva alianza, de la que se hace portavoz el embajador ruso en la Sociedad de Naciones. Cuando el Frente Popular gana las elecciones en Francia, el PCF se sitúa a la derecha de los socialistas.

Para enfrentarse a todo este impresionante montaje, que rememora los tiempos de la Inquisición para que nadie pueda dudar —ya que, como bien había dicho Goebbels, una mentira repetida hasta la saciedad acaba convertido en verdad—, Trotsky se apresta a convertirse en el acusador número uno, así como a *desmontar* las mentiras que acusan a todos los compañeros de Lenin de haber sido vulgares agentes contrarrevolucionarios desde tiempos remotos. Esta tarea le costará lo suyo, ya que el gobierno noruego, de orientación socialdemócrata, le puso toda clase de impedimentos para impedir que se pudiera expresar y le resultara totalmente imposible responder a las montañas de absurdas acusaciones.

Trotsky tenía que contrarrestar un mecanismo que empezaba a tener credibilidad en la izquierda intelectual, en los sindicatos y en los partidos socialdemócratas (para los que Stalin significaba «institucionalización» y «realismo»), y, por supuesto, entre los gobiernos, tanto los de tipo fascista como los liberales. Uno detrás de otro le fueron

volviendo la espalda, cuando no sumándose a los gritos de Vichisnky. Sólo una minoría, en la que hay que destacar —aparte, claro está, de sus camaradas— a personalidades como André Breton, Víctor Serge, James T. Farrell, el socialdemócrata Fritz Adler o el liberal John Dewey y algún que otro partido como el POUM o los socialistas de izquierda franceses (PSOP), no cedió, a pesar de que la campaña terminó envolviéndolos con la abierta complicidad de la derecha —que siempre tuvo claro que Trotsky era «mucho peor», y que no desaprovechó la ocasión para insistir en lo que venían diciendo desde 1917, que el comunismo era el terror— y de casi todas las izquierdas; solamente algunos socialdemócratas, como Friedrich Adler, levantaron la voz.

La evidencia de la inocencia de Trotsky caía por su propio peso. ¿Qué mejor prueba que cuarenta años de revolucionario, durante los cuales nadie osó poner en duda su integridad moral? ¿Iba él a construir tamaño edificio para ocultar a una rata? Trotsky desafió a sus acusadores a que se atrevieran a demostrar su culpabilidad ante un tribunal internacional; de lograrlo, se comprometía a ponerse en sus manos. Asimismo, denunció los efectos de esta represión: el país quedó destrozado; cayeron millones de personas cuando apenas habían podido olvidar el terror de la superindustrialización; la vida moral y cultural quedó marcada por el miedo y el silencio; la elite militante de la revolución quedó aplastada (las excepciones se reducen a Stalin y a algunos de sus colaboradores más cercanos); y los cuadros militares formados en la guerra revolucionaria fueron asesinados, incapacitando al Ejército Rojo para enfrentarse a los nazis. Esta mano negra se extendió al extranjero, para alcanzar a opositores como Andreu Nin, Rudolf Klement, Kurt Landau y un largo etcétera, en el que presumiblemente se incluye el anarquista Camillo Berneri, quien días antes de morir había escrito unas notas de homenaje a Antonio Gramsci, muerto en la cárcel, y había proclamado que el asesinato de Nin «olía» a Noske.

En su interpretación, Trotsky rechazó cualquier interpretación psicologista o demonológica del asunto. Para Stalin se trataba de culminar el proceso contrarrevolucionario descrito en *La revolución traicionada* —una contrarrevolución que se vestía con los trajes de la revolución—, de imponer de una vez por todas el imperio de la burocracia —para lo cual Stalin necesitaba limpiar la retaguardia de disidentes que pudieran impulsar una nueva revolución, la antiburocrática—, y de ofrecer esta masacre a las clases dirigentes de Occidente como muestra de buena voluntad, de demostrar que la revolución bolchevique estaba enterrada y que la revolución mundial era una tragicomedia ya olvidada. A aquéllas les ofrecía un pacto contra el fascismo, y en función del mismo se sacrificaba cualquier tentativa de revolución, como se veía en Francia y en España, y esto no porque se pensara en clave «moderada» o «táctica» (por las condiciones objetivas y subjetivas, como decía la tropa fiel partidaria), sino porque era lo que más convenía a las exigencias de la política exterior, y también porque se temía que otros socialismos pudieran desafiar la «autoridad» usurpadora. Ofrecía una nueva interpretación del «socialismo en un solo país», que era el socialismo en ningún otro país. Una buena ilustración —entre otras posibles— del significado real de este proceso lo ofrece el siguiente hecho: Stalin le entregó a Hitler «sus» comunistas alemanes.

Entre las innumerables muestras de cerrazón y ceguera mostradas por los muchos intelectuales eclipsados por el estalinismo resulta bastante significativa la actitud de György Lukács, quien en su día contribuyó a los «procesos» escribiendo cosas como la siguiente: «Trotsky levantó arbitrariamente un antagonismo insoluble entre los intereses campesinos y los intereses obreros. Pero este primer error tuvo por consecuencia inevitable la negación de la posibilidad de construir el socialismo en un solo país, y esta negación se convirtió, a su vez, en la verdadera señal de reconocimiento de la contrarrevolución. Ésta proporcionaría la plataforma sobre la cual ciertos intelectuales y

elementos obreros se agruparían en contra de la URSS» (G. Lukács, *Existentialisme ou marxisme*, 1947, p. 230). Para finalmente aprender: «Sé, después del discurso de Jruschov en 1956, que los grandes procesos del año 1938 fueron inútiles» (nota para la segunda edición de la *op. cit.*, 1960, p. 7).

3. Una tragedia bíblica. Es bastante posible que, de haber escrito *Mi vida* sólo unos años después, Trotsky no habría escrito estas notas finales:

¡Cuántas veces, desde mi expulsión, he tenido que oír a los periódicos hablar y discurrir acerca de mi «tragedia» personal! Aquí no hay tragedia personal de ninguna especie. Hay, sencillamente, un cambio de etapas en la revolución. Un periódico norteamericano publicó un artículo mío, acompañándolo de la ingeniosa observación de que el autor, a pesar de todos los reveses sufridos, no había perdido, como el artículo demostraba, el equilibrio de la razón. No puede uno por menos que reírse ante esa pobre gente, para quien, por lo visto, la claridad guarda relación con cargo en el Gobierno, y el equilibrio de la razón depende de los vaivenes del día. Yo no he conocido jamás ni conozco semejante relación de causalidad. En las cárceles, con un libro delante o una pluma en la mano, he vivido horas de gozo tan radiante como las que pude disfrutar en aquellos mítines grandiosos de la revolución. Y en cuanto a la mecánica del Poder, me pareció siempre que tenía más de carga inevitable que de satisfacción espiritual...

Después del Gran Terror, estas notas llegan a parecen muy lejanas...

En los campos de concentración murieron su primera compañera, la intrépida Alexandra Lvona Sokoslovskaya (1872-193?), que cuidaba a sus nietos cuando fue detenida en 1935, fecha en la que todavía se atrevía a hablar como ya nadie podía hacerlo; su hija Nina Bronstein (1903-1928), casada con Man Nevelson, un bolchevique que en 1917 pasó de la Guardia Roja al Ejército Rojo, donde será comisario de división del 5º Ejército, economista y militante de la Oposición; el marido de Zina, P. I. Volkow, maestro, será deportado en 1928 y desaparecerá... En los campos murieron también sus nietos, salvo Esteban Volkow, el único superviviente actual.

Más tarde moriría en París, en condiciones que apuntaban a la intervención de la GPU, su hijo León Sedov (1906-1938), que era su brazo derecho. Lev Sedov (también conocido como Liev y Liova), hijo de Trotsky y de Natalia Sedova, miembro del Konsomol y de una «comuna» de jóvenes, emprendió estudios de ingeniería que debió abandonar para consagrarse a la lucha de la Oposición Conjunta y, posteriormente, a la de la oposición de izquierda. Fue colaborador de Trotsky en la deportación, donde se encarga de los enlaces con el exterior. Expulsado de la URSS junto con su padre, fija su residencia primero en Berlín y más tarde, a partir de 1933, en París, donde edita el *Boletín de la Oposición (Bulleten Oppozitsii)*. Asimismo, fue dirigente de la Liga Comunista para la fundación de la IV Internacional. Lev Sedov se convirtió, junto con su padre, en uno de los principales acusados del primer «proceso de Moscú», publicando a la sazón un Libro Rojo en el que demuestra la inverosimilitud de los cargos que se le imputan a él y a otros. Durante todo este período fue estrechamente vigilado por un agente de Stalin llamado Mark Zborowski, quien, bajo el seudónimo de Etienne, había conseguido infiltrarse en el círculo de sus colaboradores más cercanos. A él se debe su muerte, acaecida en una clínica parisiense.

Joseph Berger, uno de los fundadores del PC en Palestina y miembro del Comité Ejecutivo del Komintern, fue detenido a mediados de los años treinta y permaneció recluido en cárceles soviéticas durante veinticinco años. Una vez liberado, y bajo el seudónimo de P. Richard, escribió diversos artículos para *Quatrième Internationale*, en

uno de los cuales dio testimonio de su encuentro casual en los campos de concentración con Serguei Sedov (1908-1938), el hijo pequeño de Trotsky y de Natalia. Serguei le explicó que venía de un campo situado en el círculo polar, en Vorkuta, tras ser condenado a cinco años de trabajos forzados. A principios de 1936 la policía estalinista le sugirió que escribiera una denuncia de sus padres en una carta a la prensa, y abjurar de ellos, Serguei rechazó la propuesta. En Vorkuta había sobrevivido a duras penalidades, cayó enfermo y a mediados de 1936 fue incluido en el grupo de prisioneros trotskistas. Allí, tras las alambradas de púas, entró en estrecho contacto con quienes se negaban a confesar sus «crímenes», y habló de ellos con profunda gratitud. Con ellos participó en una huelga de hambre que se prolongó durante más de tres meses, y, como les ocurrió a buena parte de los huelguistas, estuvo a punto de fallecer. La huelga tenía unos objetivos muy mínimos: la separación entre presos políticos y comunes, la supresión de ciertas canalladas y acceso a un cierto volumen de correspondencia. Después de que la huelga finalizara, el régimen mejoró un poco, y Serguei se pudo recuperar en las semanas siguientes, al regresar en una expedición que tardó semanas en atravesar las planicies heladas. Ulteriormente los huelguistas fueron terriblemente represaliados, y pocos superaron la tremenda odisea. Serguei y Berger hablaron después del arte y del teatro de vanguardia, y de algunos de los animadores de la huelga, antiguos bolcheviques que se habían negado a traicionar sus ideas, y que murieron en medio de unas condiciones verdaderamente infrahumanas y mostrando una integridad asombrosa. Serguei seguiría ese camino poco después.

Otro caso famoso será el de Ignace Poretski Reiss, conocido como Ludwig (1899-1937), un comunista polaco de primera hora que se convirtió en una de las piezas clave de los servicios de espionaje del Ejército Rojo, y que rompió con el estalinismo a raíz de los ignominiosos «procesos de Moscú». En una última declaración terminó proclamando: «Ya no puedo más. Vuelvo a mi libertad. Regreso a Lenin, a su enseñanza y a su acción. Pretendo consagrar mis modestas fuerzas a la causa de Lenin: quiero combatir, pues sólo nuestra victoria —la victoria de la revolución proletaria— liberará a la Humanidad del capitalismo y a la Unión Soviética del estalinismo. ¡Adelante hacia nuevos combates por el socialismo y la revolución proletaria! ¡Por la construcción de la IV Internacional!». Morirá asesinado por la GPU en Suiza antes de poder mantener la entrevista que había pedido con León Sedov y Henk Sneevliet. Su historia la contó su compañera, Elizabeth Poretski, en la obra *Los nuestros* (ZYG, Madrid, 1971). El cineasta suizo Daniel Künzi le ha dedicado un brillante documental que aquí permanece inédito. En la misma línea que Reiss estaba situado el legendario Leopold Trepper, el animador de la Orquesta Roja...

En aquellos años, las actividades más importantes de Trotsky fueron, primero y ante todo, contrarrestar cualquier confusión entre revolución y contrarrevolución, entre el legado de Octubre y el Terremoto estalinista. En este empeño escribió algunas obras polémicas que figuran entre los clásicos del socialismo. A pesar de sus escasos recursos, en los días del segundo «proceso» de Moscú consiguió, con la ayuda del SWP norteamericano, organizar la Comisión de Investigación, presidida por el patriarcal John Dewey y con la presencia de otros grandes personajes destacados en luchas por las libertades y la igualdad, como el italonorteamericano Carlo Tresca o el alemán Otto Rühle, el célebre compañero que el 4 de agosto de 1914 dijo «no» a la guerra junto con Liebknecht en el Parlamento alemán, y autor de una obra extraordinaria: *El niño proletario*. Las conclusiones de este contraproceso —unas quinientas páginas— suponen la réplica más demoledora a unos mecanismos de falsificación que, en su momento, llegaron a confundir tanto a liberales como a izquierdistas de todo el mundo, de manera que algunos necesitaron otras «pruebas» para tomar distancia crítica, «pruebas» tan contundentes como el pacto nazi-soviético, la revelación de la existencia de campos de

concentración, la tentativa de aplastar a Tito en 1949 o el aplastamiento de la revolución húngara de 1956.

Después de escuchar escrupulosamente las pruebas, el tribunal dictaminó: «No culpable». El capítulo que narra este contrajuicio es uno de los más brillantes y convincentes de la trilogía de Deutscher, y comprende una apasionante discusión entre Trotsky y Dewey sobre los fines y los medios que comenzó con un intercambio diplomático: «Si todos los marxistas fueran como usted, ¿yo sería marxista? —dijo Dewey—; a lo que Trotsky respondió sonriendo con cierta sorna: «Pues si todos los liberales fuesen como usted, yo sería liberal». Había no poco de verdad en lo que decían ambos, empezando por que ponía en evidencia que lo importante era lo que había debajo o detrás de cada concepto político, y no su mera presunción. Habría que decir que en el caso de los comunistas estalinistas esto se complicaba muchas veces, ya que la perversión podía coexistir con el más firme idealismo.

4. AntiStalin. Aparte del *Stalin* inconcluso de Trotsky —compilado y traducido del ruso al inglés por Charles Malamuth y editado por la editorial norteamericana Harper a pesar de las protestas de Natalia Sedova, pese a lo cual fue publicado por la editorial Janés (Barcelona, 1947, tr. del inglés de I. R. García), lo que no impidió que muchos de sus apartados fueran utilizados con entusiasmo, y que uno de ellos, «Las tres concepciones de la Revolución rusa», fuera incluido en la recopilación efectuada por Fontamara titulada *La revolución rusa*—, existen otros trabajos de prestigio, como el controvertido *Stalin: biografía política*, de Isaac Deutscher (ERA, México, tr. de José Luis González; también existe una edición en catalán publicada por Edició de Materials, Barcelona, 1967), sin olvidar la más «ortodoxa» del antiguo lambertista Jean-Jacques Marie, *Staline, 1879-1953* (Seuil, París, 1967). Marie es también, junto con Georges Haupt, el autor de la edición crítica de *Los bolcheviques* (ERA, México, 1972, tr. de Manuel de la Escalera), que incluye el mayor cuadro biográfico de la «vieja guardia» bolchevique, de los protagonistas de la revolución de Octubre, combinando los retratos extraídos de la célebre *Enciclopedia Granat* con un aparato de notas complementarias. También cabe citar la extensa obra de Pierre Broué *El partido bolchevique* (Ayuso, Madrid, 1973, tr. de Ramón García Fernández), que abarca la historia del PCUS desde sus orígenes hasta los años sesenta. Otra obra importante que pudo circular por aquí tempranamente fue *Tres que hicieron una revolución: Lenin, Trotsky, Stalin* (Janés, Barcelona, 1956, tr. de Manuel Bosch Barrett y Fernando Barango-Solís), escrita por Bertram D. Wolfe, quien había sido cofundador del PC mexicano (y biógrafo de Diego Rivera) y del PC norteamericano, amén de partidario del POUM. Sus escritos sobre el asesinato de Nin influyeron mucho en Orwell.

Los escritos de Trotsky contra la burocracia y el estalinismo aparecieron pronto en castellano. En 1928 Aguilar publicó *La situación real en Rusia* (tr. de Manuel Pumarega). El mismo año, Oriente publicó *Nuevo rumbo. ¿Adónde va Rusia? ¿Hacia el capitalismo o hacia el socialismo?* De 1931 data la obra *De Octubre rojo a mi destierro*, con prólogo de Gorkín (Baire, Buenos Aires, 1973), y del mismo año, *La situación en Rusia después de la revolución* (tr. de Manuel Pumarega), que explica las críticas y propuestas de la Oposición. El esquema básico de esta crítica está desarrollado en *La revolución traicionada* (Fontamara, Barcelona, 1977; reeditado en 1991 por la Fundación Federico Engels en una traducción castellana revisada por el propio Trotsky). Esta obra será ampliada por numerosos textos más; el más conocido quizá sea *En defensa del marxismo* (Fontamara, 1977, tr. de J. R. Fraguas y J. Pérez), que incide plenamente en la controversia sobre el carácter de la URSS suscitada en el SWP a raíz de la invasión soviética de Finlandia.

También resulta muy apreciada la aportación de Rakovsky (*Los peligros profesionales del poder*), incluida en la recopilación *La Oposición de Izquierda en la URSS*, que incluye también textos de Trotsky, Preobrazhensky, Radek, Joffe, Kaménev, y Zinóviev (Fontamara, Barcelona, 1977). En una línea muy próxima a la de la Oposición se sitúan los testimonios de Anton Ciliga (*En el país de la gran mentira*), André Gide (*Regreso de la URSS y Retoques*) y Bruno Rizzi (*La burocratización del mundo*), y luego los testimonios y trabajos de David Rousset (*El universo concentracionario*), Ernest Mandel (*De la burocracia, La naturaleza de la URSS*, el debate con Denis Berger), Pierre Frank (*El estalinismo*), Jan Valtin (*La noche quedó atrás*), Tony Clift, etcétera. Este esquema subyace también en algunas obras literarias memorables, como *Rebelión en la granja*, de George Orwell, por no hablar de los innumerables debates que atravesarán el movimiento trotskista a lo largo de su agitada trayectoria, y que en muchos casos serán un factor determinante en el desarrollo de corrientes críticas y disidencias. Huelga decir que estas críticas han sido utilizadas en muchos casos como instrumentos por parte de algunos anticomunistas refinados.

XII. RESURRECCIÓN (Y MUERTE) EN MÉXICO

1. Cultura y revolución. Después de vivir situaciones bastante angustiosas en Alma-Ata, en Prinkipo, en Dinamarca (donde un gobierno socialista de izquierda se plegó a las imposiciones soviéticas a través de su embajadora, la que antaño fue Alexandra Kollontai) y, finalmente, en Francia (donde la presión estalinista y la de la extrema derecha coincidieron por diferentes motivos), y en un momento en que el Estado estalinista lo consideraba el Gran Diablo, Trotsky pudo resurgir gracias a la acogida, el ambiente y las relaciones de las que pudo gozar en México.

Aunque inmerso en los problemas que planteaban el Gran Terror estalinista, las vicisitudes del movimiento obrero internacional y las enormes dificultades para la creación de una nueva internacional, buscó en su tiempo un espacio para el arte y las letras. En 1923, aprovechando unas breves vacaciones, escribió *Literatura y revolución*, que causó una honda impresión entre los intelectuales revolucionarios rusos, tanto por su clara defensa de la libertad para la creación artística como por su brillante crítica a la literatura de la época revolucionaria. Hay que destacar de este libro su refutación de las concepciones imperantes sobre la «cultura proletaria». Para Trotsky: «Es fundamentalmente erróneo oponer una cultura y un arte proletario a la cultura y el arte burgueses. La cultura y el arte proletario es temporal y transitorio. Nuestra revolución debe su importancia histórica y su grandeza moral al hecho de que construye los cimientos de una sociedad sin clases y de la primera cultura auténticamente universal».

Cuando el comisario cultural de Stalin, Zhdanov, empezó a desarrollar en la URSS sus teorías al servicio del Estado, Trotsky escribió secamente:

El estilo de la pintura soviética es presentado como «realismo socialista». La definición sólo pudo haberla inventado un burócrata encargado de dirigir un departamento de Bellas Artes. El realismo consiste en imitar daguerrotipos provincianos del último cuarto del siglo pasado, y el estilo «socialista», en utilizar trozos de fotografía retocada para representar sucesos que nunca han ocurrido. No se pueden leer sin repugnancia y horror los poemas y novelas, o ver pinturas y esculturas en los que funcionarios armados de

plumas, pincel o cincel, y vigilados por funcionarios armados de pistolas, glorifican a los «grandes jefes geniales» en los que no hay una sola chispa de genio o de grandeza. El arte de la época de Stalin quedará como la expresión más notable de la más profunda decadencia de la revolución proletaria.

Luego, una vez en el exilio, Trotsky soñó con encontrar a un aliado entre las conciencias literarias de su tiempo, un Émile Zola capaz de movilizar como éste lo hizo en favor de Dreyfuss. El primero de estos candidatos fue Malraux, y lo consiguió parcialmente hasta que los «procesos de Moscú» crearon un abismo entre ambos. Durante los «procesos» imaginó que este candidato podría ser el hoy olvidado Jules Romains, y ello por dos motivos: en primer lugar, porque su literatura presentaba muchas semejanzas con la del autor de *Germinal*, el modelo de «escritor comprometido» con la verdad, según los esquemas de Trotsky, y, en segundo lugar, porque Romains había escrito unos pasajes muy elogiosos de Trotsky en su obra *Hombres de buena voluntad*. No obstante, Romains era un «espectador». No lo era, sin embargo, André Gide, quien después de ser un activo «compañero de viaje» del comunismo en múltiples actividades al lado de Malraux, viajó a la URSS invitado por Gorky y tuvo el suficiente coraje para escribir su propio testimonio, *Regreso de la URSS*, obra en la que —como después en sus *Retouches*— ofrecía una visión crítica certera y minuciosa de una realidad que otros no querían ver, y que en sus trazos primordiales recordaba en muchas cosas lo que se decía en *La revolución traicionada*. Sin embargo, después de efectuar diversas declaraciones favorables a Trotsky y de denunciar los «procesos de Moscú», Gide declinó la invitación de Pierre Naville de viajar a México y comprometerse así hasta ese nivel.

Quien sí aceptó fue André Breton, un auténtico «participante», un revolucionario que había entrado en la onda comunista después de leer la evocación trotskiana de Lenin, y que no había mostrado la menor duda a la hora de tomar partido a favor de Víctor Serge, de denunciar los «procesos» o de apoyar a la CNT y el POUM (en cuyas milicias tomaría parte su «segundo», Benjamin Péret). Breton era llamado el «papa negro» del extraordinario y subversivo movimiento surrealista. Aunque Trotsky apenas había sobrepasado en sus inclinaciones literarias la tradición realista del siglo XIX y Breton navegaba por otros espacios, a veces muy alejados, había algo que los acercó y que finalmente los unió en un proyecto de internacional cultural. Breton sentía hacia Trotsky lo que él mismo denominaba «complejo de Cordelia» (en referencia a la hija menor del rey Lear, de Shakespeare), y entre las múltiples tomas de posición en torno a Trotsky escribió:

Me imaginaba a aquel hombre, que fue la cabeza de la revolución de 1905, una de las dos cabezas de la revolución de 1917, no sólo al hombre que puso su genio y todas sus fuerzas vivas al servicio de la causa más grande que conozco, sino también al testigo excepcional, al historiador profundo cuyas obras hacen algo más que instruir, pues infunde en el hombre el deseo de alzarse. Me lo imaginaba junto a Lenin y, más tarde, defendiendo solo su tesis, la tesis de la revolución, durante los congresos trucados. Lo veía solo, de pie entre sus compañeros, ignominiosamente abatidos, solo, atormentado por el recuerdo de sus cuatro hijos a los que habían asesinado. Acusado del mayor crimen que pueda existir para un revolucionario, con su vida amenazada en todo momento, entregado al odio ciego de aquellos mismos por quienes se prodigó por todos los medios. ¡Por fuerza ha de ser fácil organizar la noche de la opinión!

Breton llegó a México en febrero de 1938. Entre él, Trotsky y Diego Rivera —el muralista mexicano que había llevado al «viejo» a Coyoacán— tuvo lugar una serie de conversaciones que desembocaron en la redacción (firmada por los dos artistas, pero redactada fundamentalmente por Trotsky) del *Manifiesto por un arte revolucionario e independiente*, en el que el arte auténtico se consideraba amenazado por unos nuevos vándalos: el Estado capitalista y la burocracia obrera. El arte, para ser digno de este nombre, ha de ser libre y revolucionario, ha de aspirar a «una reconstrucción completa y radical de la sociedad, aunque sólo fuese para liberar a la creación intelectual de las cadenas que la obstaculizan, y permitir a toda la humanidad elevarse a alturas que solamente genios aislados alcanzaron en el pasado». La revolución debía ampliar y profundizar los caminos del arte, ya que ambos buscaban la emancipación del hombre. El artista debe ser, antes que nada, un creador. Contra toda clase de obstáculo para su libertad, el *Manifiesto* reclama: «Toda clase de licencia para el arte». Ciertamente, la revolución ha de defenderse de sus enemigos, pero entre las medidas de autodefensa y «la pretensión de ejercer una dirección sobre la creación intelectual hay un abismo. Si bien para el desarrollo de las fuerzas productivas materiales, la revolución se ve obligada a erigir un régimen socialista centralizado, para la creación intelectual debe establecer y asegurar desde el principio un régimen anarquista de libertad individual». Finalmente, ofrece la siguiente síntesis de sus consignas: «Independencia del arte para la revolución; la revolución para la liberación definitiva del arte».

La Segunda Guerra Mundial impidió que la FIARI lograra despegar. Los surrealistas tuvieron que sortear los peligros de una Francia ocupada y se dispersaron; Rivera y Frida se distanciaron de Trotsky y evolucionaron hacia el comunismo oficial, aunque siempre como personalidades muy singulares; la crisis interna del SWP con ocasión de la invasión rusa de Finlandia (que planteó el dilema de si había que defender a la URSS o no) condujo a la disolución del numeroso equipo formado alrededor de la revista *Partisan Review*, que durante la Guerra Fría pasó a ser un instrumento al servicio de la CIA. En la posguerra, Breton y un sector de los surrealistas siguieron defendiendo ideas muy parecidas, y mantuvieron una activa relación con el trotskismo.

Un episodio singular en la trayectoria final de Trotsky fue su relación con los pintores Diego Rivera y Frida Kahlo, quienes lo acogieron en su casa y habían intercedido ante Lázaro Cárdenas para que el México comprometido con la República y el exilio español fuese una excepción dentro de «un planeta sin visado». En contra de lo que se ha dicho, es justo afirmar que dicha actitud resultaba bastante coherente con la trayectoria del pintor, que había sido uno de los fundadores del PC mexicano, y que se había mostrado como un artista irreductible en la defensa de su ideario en episodios tan notables como el que le enfrentó al magnate Rockefeller en defensa de la presencia de su retrato de Lenin en el Rockefeller Center, o en su rechazo del academicismo pictórico en la URSS estalinista. Por otro lado, una interpretación política del muralismo mexicano nos revela que fue la expresión más coherente del legado de la revolución de Octubre (como Goya lo sería de la Revolución francesa), y algunos de los murales de Rivera forman ya parte indisoluble de una cierta iconografía trotskista.

Aparte de unas auténticas relaciones personales en las que cabe registrar las idas y venidas en la evolución política de Rivera (que acabó claudicando) y los escauceos amorosos con Frida (que ponen de manifiesto «otro» Trotsky), que se desarrollaron fugazmente como parte de una crisis entre el ardoroso revolucionario que se sentía «como un cadete» y su compañera, Natalia, con la que acababan de vivir los acontecimientos más dramáticos de su vida, y con la que mantenía unas relaciones muy tiernas. El alcance de estos escauceos no puede precisarse, ya que, a instancias del propio Trotsky, Frida destruyó todas las cartas que éste le envió, aunque existe el

testimonio de Anita Brenner, a quien Frida se las enseñó. Mostraban un tono lírico no exento de ironía. Después de un breve distanciamiento, las relaciones entre Trotsky y Natalia se reafirmaron. Por su parte, Frida siempre fue ella misma. Se sentía halagada y sintió un natural afecto hacia Trotsky. La historia es conocida: situada en la sombra como la «mujer» de Rivera, el talento de Frida acabaría alcanzando unos niveles de reconocimiento superiores a los de éste. A ello contribuyeron Breton y los surrealistas, quienes la «adoptaron», y también la leyenda de Trotsky. A caballo de este prestigio, ahora alimentado por novelas, biografías y películas, inciden en este momento estelar en que fue posible una extensa convergencia de personajes tan extraordinarios como disímiles. Ocurrió en un país surrealista, en un contexto excepcional (el de Lázaro Cárdenas, el último gran reformista heredero de la Revolución mexicana, cuyo mandato coincidió con la llegada de la abigarrada emigración española, pero también francesa), y señaló un encuentro entre el arte y la revolución para el que se carece de antecedentes y de emulación.

Cuando sintió que la muerte se aproximaba, Trotsky redactó un breve *Testamento*, acto que es recogido en una escena de *El asesinato de Trotsky*, de Joseph Losey, y que se encuentra, según Roberto Benigni, junto con los libros de Carlo Levi, entre las fuentes primordiales de inspiración de su laureada (y discutible) película *La vida es bella*, título extraído del testamento de Trotsky, unas palabras que contrastan con una situación en la que el horror tiene que ser superado por una apuesta de confianza en la vida, aunque sea pensando en su «disfrute» por parte de las nuevas generaciones, a las que había que ahorrarles el espectáculo más espectral de la barbarie reaccionaria.

En las notas, Trotsky se reafirma en su ideal comunista, y concluye diciendo:

No tengo necesidad de refutar aquí una vez más las estúpidas y viles calumnias de Stalin y sus agentes: en mi honor revolucionario no hay una sola mancha. Nunca he participado ni directa ni indirectamente en ningún acuerdo, o incluso negociación entre bastidores con enemigos de la clase obrera. Miles de adversarios de Stalin han caído víctimas de falsas acusaciones similares. Las nuevas generaciones revolucionarias rehabilitarán su honor político y tratarán a los verdugos del Kremlin tal y como se merecen [...]. Durante cuarenta y tres años de mi vida consciente he sido un revolucionario; durante cuarenta y dos he luchado bajo la bandera del marxismo. Si tuviera que empezar de nuevo, desde luego, trataría de evitar este o aquel error, pero el curso principal de mi vida seguiría siendo el mismo. Moriré como un revolucionario proletario, como un marxista, como un materialista dialéctico y, en consecuencia, como un ateo irreconciliable.

Natalia acaba de acercarse a la ventana del jardín y la ha abierto más para que el aire pueda entrar plenamente en mi cuarto. Puedo ver el brillante verdor del césped bajo el muro, y el claro azul del cielo sobre él, y todo lleno de la luz del sol. La vida es hermosa. Que las generaciones futuras la limpien de todo mal, opresión y violencia y la disfruten al máximo.

2. Una muerte anunciada. A los pocos días de escribir estas notas, Trotsky fue asesinado por Ramón Mercader, fervoroso estalinista de las juventudes del PSUC durante la Guerra Civil e hijo de Caridad Mercader, llamada «la Pasionaria catalana». Anteriormente, un comando bajo las órdenes de David Alfaro Siqueiros había logrado burlar la blanda vigilancia (Trotsky quería confiar en todos sus guardianes, no consentía que no se dejara entrar a los mexicanos), y penetró en las habitaciones para disparar numerosas ráfagas de metralleta que no dieron en el blanco, aunque hirieron levemente a Séva, el nieto de Trotsky, el único superviviente de lo que quedó de su familia en la URSS. Encarcelado durante décadas en México, Ramón Mercader insistió en la coartada

que ocultaba su verdadera personalidad y negó cualquier conexión con Stalin, aunque no pudo seguir sosteniendo la teoría de que era un «trotskista desengañado».

La trama criminal dio lugar a numerosos libros, así como a dos películas más o menos famosas que, de alguna manera, alumbran sobre una época en la que los herejes eran perseguidos hasta la vejez y hasta los confines del mundo, y también sobre el miedo que provocaba un hombre con una historia y con el arma de la voz y de la pluma, una pluma que, según confesaba él mismo, le hacía sufrir a la hora de escribir. Hoy en día no existe la menor duda sobre toda la trama que envolvió al crimen, e incluso se conocen los principales actores, todos ellos conectados con las más altas instancias de la KGB. Pero el problema no radica aquí, sino en la interpretación del significado del crimen, entre otras cosas porque una historia conservadora dominante quiere equiparar a la víctima con los verdugos.

El asesinato dejó a Stalin a cobijo de cualquier eventualidad, y cumplió el objetivo de éste: descabezó a un movimiento en el que ahora nadie podía aspirar, ni de lejos, a ocupar una autoridad moral y política tan sobresaliente. En el mismo escenario del crimen algunos de los testigos, como Alfred Rosmer, ya se habían apartado, y otros, como Jean van Heijenoort, lo harían años más tarde. Visiblemente frustrado, el militante que golpeó en la cabeza a Frank Jacson (Mercader), el norteamericano Joseph Hansen, jugaría un papel sobresaliente en la reafirmación que el trotskismo logró en los años sesenta, al calor de la Revolución cubana y de la emergencia de unas nuevas izquierdas. A Natalia le costó entender que había que diferenciar entre el inconmensurable horror provocado por el estalinismo y lo que podía significar la URSS y el movimiento comunista a pesar de tantos pesares.

Por aquellos días, una antigua militante comunista de origen valenciano, María Teresa García Banús, sobrina del pintor Joaquín Sorolla y compañera de Juan Andrade, acababa de cruzar la frontera con Francia huyendo de las tropas franquistas, pero también de los comunistas, de los que había tenido también que huir (aunque como Juan, ella sabía que había que diferenciar entre los burócratas y los militantes de a pie). Estaba sola con ellos en uno de aquellos campos de concentración con que las autoridades franceses recibieron a los perdedores. Entonces le llegó a las manos un trozo de diario atrasado en cuya portada se informaba de que Trotsky acaba de ser asesinado. María Teresa nos contaba a los amigos que aquel día sintió que la historia se hacía pedazos, y que los sueños de libertad e igualdad estaban cada vez más lejanos.

Sin embargo, todavía le quedaban muchas páginas que vivir desde la esperanza.

Bibliografía. Existen numerosas ediciones de *Literatura y revolución*, aunque la más completa es la de Ruedo Ibérico, en dos volúmenes. Asimismo, son numerosos los debates y ensayos sobre sus textos, pero el más completo quizá sea el de Norman Geras, *Masas, partido y revolución. Expresión literaria y teoría marxista* (Fontamara, Barcelona, 1980, tr. de F. Cuscó Torella). El *Manifiesto* que aparece en dicha obra está editado con el título *Por un arte revolucionario e independiente* en *El Viejo Topo*, Barcelona, 1999, en el que se incluye una extensa selección de textos, un amplio trabajo sobre la relación de Trotsky con Diego Rivera, Frida Kahlo y con el obcecado estalinista David Alfaro Siqueiros, así como un artículo de Michael Lequenne sobre las relaciones entre el trotskismo y el surrealismo. Complementarios a este libro son mis trabajos «André Gide y el comunismo» y «André Malraux. Travesía de un siglo» (*El Viejo Topo*, n.º 151 y 166, respectivamente).

En los años setenta, Tusquets dio a conocer la controversia entre Breton y Louis Aragon con el título de *Surrealismo contra realismo socialista*. Ya entonces esta controversia se podía considerar superada, incluso en los medios artísticos e

intelectuales próximos al PCE. Según testimonio de Manuel Sacristán, ya en un seminario del PCE y el PSUC en los años sesenta él mismo y Carlos Blanco Aguinaga habían hecho una exposición y una defensa de los argumentos de Trotsky en este punto, y cabría añadir que, por entonces, el PCI ya había «permitido» una edición afín al partido. Un ensayo más que notable que abarca primordialmente esta controversia «entre coyoacanes y aragoneses» es el de Ángel García Pintado *El cadáver del padre. Artes de vanguardia y revolución* (Akal, Madrid, 1981). Otras aportaciones que cabe considerar son la de Peter Collier, «Sueños de una cultura revolucionaria: Gramsci, Trotsky y Breton», incluida en *Culturas de vanguardia y política radical en la Europa de principios del siglo XX* (*Debats*, n.º 26, diciembre de 1988, Edicions Alfons el Magnànim), y la de Ronald Paulson, «La revolución y las artes plásticas» (incluida en Roy Porter y Mikulás Teich, eds., *La revolución en la historia*, Crítica, Barcelona, 1990), que aborda la relación entre Octubre y el muralismo mexicano (visto a través de la relación entre Trotsky y Rivera).

El mejor testimonio sobre los últimos años de Trotsky lo ha escrito Jean van Heijenoort, *Con Trotsky. Desde Prinkipo a Coyoacán. Testimonio de siete años de exilio* (Nueva Imagen, México, 1979, tr. de Tununa Mercado). Estas memorias del que fue secretario, traductor y guardaespaldas de Trotsky entre octubre de 1932 y noviembre de 1939 recrean detalladamente, hasta los más ínfimos detalles, la atmósfera en que éste vivía y trabajaba en esos años de exilio. El sencillo y preciso relato de esa cotidianeidad trascendente permite, en no pocos casos, superar errores involuntarios de otros autores, de manera que Heijenoort no duda en enmendar la plana a Deutscher y a buena parte de los testimonios escritos sobre el Trotsky de esta época, a veces con contenida indignación. Obviamente, logra disipar algunas calumnias y despojar al personaje del aura mitológica que, como a todos los grandes hombres, suele atribuírsele, y ofrece detalles sobre sus relaciones personales y su actitud ante muchas cosas, sin olvidar mencionar pormenores sobre su relación amorosa, posiblemente platónica, con Frida Kahlo. Se trata de una obra modélica por la frescura de una memoria que fue minuciosamente verificada gracias al archivo personal del autor, que contiene 22.000 documentos (entre ellos 4.000 cartas de Trotsky) correspondientes al período que se extiende entre 1929 y 1940. El período del exilio en México es ampliamente considerado, y se aporta mucha —y nueva— información de quien fuera testigo de la relación de Trotsky con Diego Rivera y Breton, amén de la que mantuvo con una gran cantidad de personalidades mexicanas y de otras partes del mundo, como Gide o Gorky. Eludiendo la devoción incondicional en igual medida que la hostilidad sistemática, el relato de Heijenoort —que no pretende ser un examen integral de la personalidad de Trotsky, de sus ideas y de su carácter— contribuye, sin embargo, a la visión crítica de una etapa histórica verdaderamente subyugante.

Al concluir su relato, Heijenoort escribe:

Después de la muerte de Trotsky milité durante siete años en el movimiento trotskista. En 1948, las concepciones marxistas-leninistas sobre el papel del proletariado y su capacidad política me parecieron cada vez más en desacuerdo con la realidad. Fue también en ese momento cuando conocieron, quienes no querían cerrar los ojos ni taparse los oídos, toda la amplitud del universo concentracionario estalinista. Bajo esa impresión, me puse a examinar el pasado y llegué a preguntarme si los bolcheviques, al establecer un régimen policial irreversible, al anular toda opinión pública, no habían preparado el terreno sobre el que habría de salir el enorme hongo venenoso del estalinismo. Rumié mis dudas. Durante varios años, sólo el estudio de las matemáticas me permitió conservar mi equilibrio interior. La ideología bolchevique estaba, para mí, en

ruinas. Tuve que construir otra vida”.

No obstante, en sus últimos años, ya jubilado como un matemático de reputación internacional, Heijenoort ofreció esta contribución, prologó el *Journal d'exil* de Trotsky (para Gallimard), intervino con su rigor acostumbrado en las jornadas que, con motivo del centenario de Trotsky, congregaron en México a especialistas del todo el mundo, y colaboró activamente en el desarrollo del Institut Léon Trotsky, especialmente en algunos números de sus *Cahiers*.

Ecós de Heijenoort y de otros testimonios del momento, así como del conjunto de las vidas opuestas y paralelas de Trotsky y Stalin, se pueden encontrar en una subyugante obra literaria, *La casa azul de Coyoacán* (Plaza y Janés, Barcelona, 2002), de la joven escritora australiana Meaghan Delahunt, que fue una de las líderes del SWP australiano en los años ochenta y noventa. Otra obra que abarca este período es *Trotsky. México, 1937-1940* (Documents Payot, París, 1988), magníficamente ilustrada, con un retrato de Trotsky escrito por el novelista norteamericano James T. Farrell (el autor de *Studs Lodigan* y otras grandes novelas), postfacio, cronología y bibliografía de Broué y texto de Alain Dugrand, responsable de dos documentales sobre Trotsky, *Trotsky. Revoluciones* y *Trotsky. Exilios*, que han sido emitidos en el programa de TV2 *La noche temática*. Aparte del ya clásico (y muy discutible) libro de Julián Gorkín *El asesinato de Trotsky* (Círculo de Lectores, Barcelona, 1972, tr. de Ramón Margalef Lambrich), cabe citar también, por su abundante documentación, *El asesinato de Trotsky: antes y después* (recopilación, introducción y notas a cargo de Pepe Gutiérrez, y coeditado entre la Fundación Andreu Nin y la Editorial Hacer, Barcelona, 1990), y sobre todo el riguroso trabajo, digno de Sherlock Holmes, efectuado por Pierre Broué en *L'assassinat de Trotsky* (Ed. Complexe, Bruselas, 1990). A título de curiosidad cabe señalar la presencia, en la obra de Guillermo Cabrera Infante *Tres tristes tigres* (Seix Barral, Barcelona, 1970), de un extenso capítulo titulado «La muerte de Trotsky referida por varios escritores cubanos años después o antes», en el que Cabrera se refiere a «el viejo epónimo: profeta de una religión herética: mesías y apóstol y hereje en una sola pieza» (p. 227).

SEGUNDA PARTE

LA ÚLTIMA INTERNACIONAL OBRERA

I. COMENZANDO POR EL FINAL

Es muy difícil escribir la historia de un movimiento tan extenso y tan complejo como el trotskista, tanto más cuando sigue vivo, e inmerso en un proceso histórico en el que la controversia se mantiene, al menos, tan viva como al principio. Diversos testimonios recientes (vertidos en *Hika*, *Viento Sur*, *Cuadernos para el Debate* y *la Acción*, etc.) han ofrecido sus calurosas e intensas instantáneas del XV Congreso de la IV Internacional, al que se ha podido calificar así: «En el corazón del combate anticapitalista, una política de relanzamiento, de apertura, de reagrupamiento y de reposicionamiento». Inmersos en una coyuntura muy particular —semanas después de la victoria del PT brasileño con ministros de su corriente cuartista, Democracia Socialista, y todo lo que viene después—, y semanas antes de la revuelta internacional de los pueblos contra la obscenidad imperialista contra Irak, su desarrollo ha tenido lugar cerca de ocho años después del congreso precedente (julio de 1995). Desde antes del XIV Congreso, las diversas secciones de la Internacional han actuado codo con codo, en no pocos casos

compartiendo una disciplina común, con otras corrientes de la izquierda radical, especialmente con las no sectarias. Y lo han hecho por un reagrupamiento amplio y pluralista con el objetivo de dar pasos en una nueva correlación de fuerzas frente a los poderosos, y también ante la izquierda empantanada.

Con la lógica de un discurso negativo contra «los amos del mundo», el nuevo movimiento político «contestatario» ha encontrado un principio de cohesión sobre un plano regional/continental, en un curso histórico de recomposición social mucho más acelerado de lo que preveían hasta los más optimistas antes de Seattle. En América Latina, el antiguo Foro de São Paulo, que se había desplazado hacia la socialdemocracia, se encuentra en retirada. Desde entonces, las diversas tentativas de crear activamente un proceso de convergencia entre las diversas corrientes anticapitalistas/antiimperialistas se han puesto en marcha en un marco en el que la posibilidad de cualquier reforma parcial ha quedado anulada, especialmente desde el acceso de Bush a la presidencia y el auge de la extrema derecha republicana, otra vuelta a la tuerca en consonancia con los avances electores de personajes como Sharon, Berlusconi y el ascenso del PP de Aznar, y cuya culminación ha sido la nueva guerra contra Irak, que está cobrando caracteres alarmantes hasta para los diplomáticos conservadores son experiencias.

Así, en Europa, la Izquierda Anticapitalista Europea tuvo un encuentro en forma de conferencia desde marzo de 2000: dos veces por año, concretamente con las contracumbres de la Unión Europea. Dicha Izquierda reagrupa a partidos y movimientos ampliamente representativos, tales como la Alianza Rojo-Verde (Dinamarca), el Bloque de Izquierda (Portugal), la LCR (Francia), el Partido Socialista Escocés (SSP, originariamente ligado a una escisión de Militant, que ha crecido en una evolución abierta y combativa), la Alianza Socialista (Inglaterra), amén del SWP británico... Recientemente se ha incorporado a la misma el Partido de Refundación Comunista, que a su vez ha planteado la cuestión a diversos partidos comunistas europeos del GUE (Gauche Unie Européenne), inmersos en una crisis de identidad entre las voces de la «tradición» y las voces que se orientan hacia la creación de una nueva izquierda radical y pluralista. En Asia, a iniciativa del DSP (Democractic Socialist Party, de Australia), se ha fraguado una Conferencia de Solidaridad Asia-Pacífico que se reúne, cada dos años, con un arco muy amplio de partidos radicales y antiimperialistas y de movimientos sociales, algunos de los cuales, como un sector de la izquierda filipina, muy fuerte, ha evolucionado hacia la IV Internacional. En España, las derrotas de las izquierdas han sido mucho más devastadoras, de manera que el proceso de recomposición se puede considerar bastante más atrasado que en los países vecinos.

Seguramente que es gracia a este amplio proceso unificador, se vuelve a hablar con insistencia de representantes y grupos nacionales cuartistas inmersos en el corazón del combate anticapitalista, esto significa que se encuentran ampliamente implantados entre los organizadores, ponentes y participantes en todas las movilizaciones que han jalonado el camino desde Seattle y Génova hasta Barcelona o Florencia, así como en los diversos fóruns sociales de Porto Alegre y Florencia (y siguen), sin olvidar una presencia activa en todo lo que se mueve socialmente, desde el activismo sindical hasta los movimientos más específicos... Al margen de las discusiones (y de las críticas que se le puedan efectuar desde otros puntos de vistas), lo cierto es que este último congreso certificaba la existencia de un repunte de la actividad, que, por ejemplo, se percibía en nuestros lares por la suma de debates, la amplia presencia de delegados... Es esta voluntad de inserción la que nuevamente salvaba a esta tenaz corriente revolucionaria de la marginalización y de la extraviada sinrazón sectaria de «lo nuestro».

Por ende, se puede afirmar que históricamente se ha atravesado un período en el que (de nuevo) se han hundido numerosas e importantes corrientes de signo socialista, ahora nada menos que el estalinismo que durante largas décadas afectó al movimiento comunista, sin olvidar a la socialdemocracia-socialdemocracia, o sea, la que todavía respondía, aunque fuera parcialmente, al canon reformista-radical clásico; también ha afectado mortalmente al nacionalismo de izquierda, al tercermundismo emergente de los años cincuenta y sesenta, aunque en todos estos casos todavía quedan importantes movimientos y espacios que tratan de readecuar su antiguo discurso a las nuevas exigencias del globaltotalitarismo. En el caso concreto cuartista, aunque se pueda evocar el pasado desde una óptica reivindicativa (afirmando, ahí es nada, que en las crisis sociales desde la Guerra Civil española hasta Mayo del 68 pasando por las revoluciones húngara o argelina, *nunca hubo un error de barricadas*), este pasado solamente puede ser considerado como parte de la memoria, del honor del socialismo, y como un punto de partida para abordar con pasión las nuevas tareas en las que, a pesar de su carácter todavía minoritario, la internacional desempeña un papel mucho más importante que el que pudo jugar cuando el estalinismo y la socialdemocracia colonizaban el movimiento obrero. Ahora se puede decir que su papel ya no consiste en ser, al menos no solamente, el de conciencia crítica, sino el de coprotagonista en el reparto de una responsabilidad política tan determinante como rehacer el socialismo desde abajo y desde nuevas perspectivas.

Lejos, pues, quedaban los años más oscuros de la restauración neoliberal, cuando dominaba la llamada «tercera vía» («Todas las terceras vías llevan a Wall Street», decía una viñeta de El Roto). En aquel momento, a pesar de la resurrección de Zapata, el «movimiento obrero y antiimperialista se encontraba en su momento más bajo», y cabía hablar «no sólo de una gran derrota y de una evolución negativa de las relaciones de fuerza a escala internacional, sino sobre todo de una pérdida de identidad de su propia razón de ser» (Livio Maitan en el discurso inaugural).

Gracias a este proceso reconstituyente de la izquierda, el XV Congreso ofrecía, por lo tanto, una imagen prácticamente insólita en una tradición en la que el debate entre tendencias se había convertido en parte natural del paisaje. Ahora se imponía la conciencia de haber «aguantado bien» frente a las derrotas y a la barbarie en ascenso, y en los pasillos se hacía notar la presencia de una nueva generación, curtida en un activismo que ya no era contra la corriente, sino que se insertaba en el ascenso de unas movilizaciones internacionales que alcanzarían cotas desconocidas, de forma que los analistas han constatado la presencia de dos grandes poderes internacionales: por un lado, el imperialismo liderado por el gobierno norteamericano, y, por otro, los pueblos en el sentido más amplio de la palabra. Estas perspectivas, pues, han ido resituando los viejos debates, de manera que las tendencias y las fracciones en torno a los diversos documentos serían adoptados por una muy amplia mayoría, al tiempo que se registraba una mejora notable en el **vecinaje** y complicidad con otras corrientes... Por otro lado, esta cuesta arriba de las últimas décadas había resultado dramática para algunas corrientes que, como la lambertista, la morenista o la de Militant, habían dado la espalda al movimiento por otra globalización, tachado de no ser más que una «**reformada**» más, y se han quedado cada vez más marginadas en sus papeles de «trotskistas auténticos», afirmados más por el peso de las lecturas «correctas» que por los análisis concretos.

A lo largo de la historia social, las diversas tentativas de construcción de internacionales han respondido, en cada período, a nuevas tareas de avances ligadas a unas evoluciones sociopolíticas de una gran amplitud temporal que van mucho más allá de lo que pueda abarcar cualquier mirada estrecha, limitada a una coyuntura o a una fase histórica. En la presente etapa política de reorganización, se establece desde el

principio el problema de la formación de «una nueva Internacional anticapitalista/antiimperialista, revolucionaria de masas», tal como se lee en la resolución sobre el papel y las tareas de la IV Internacional. Pero se entiende que no era «imaginable un avance hacia una nueva Internacional sin una aportación importante de este nuevo movimiento», un movimiento internacional *per se*, y que rechaza de entrada cualquier hipoteca partidaria. Sin embargo, es importante tener en cuenta que se trata de un *nuevo protagonista*, de un movimiento que no ha hecho más que empezar a decir «no» y a lanzar sus primeras propuestas sobre cómo otro mundo es posible, creando nuevas expectativas, aunque todavía no se ha llegado a los puestos de trabajo. Esto requerirá obviamente «un proceso de clarificación bajo el impacto de grandes acontecimientos políticos en el mundo». Quizás el primero y más evidente sea ofrecer una alternativa contra las tentaciones de reedición socialdemócratas, que, incluso desde su propia tradición, olvida que los avances sociales reformistas fueron subproductos de la revolución, por el miedo de los poderosos a la revolución, un miedo que no existe (todavía) en la Unión Europea que, si bien pretende competir con el uniteralismo .USA, no pretende ser ninguna alternativa “social”, al menos que los trabajadores lo impongan

Esta nueva internacional está todavía lejos de existir, y la Cuarta representa, ni más ni menos, que un sector cuya primera justificación es hacerse un lugar a través de su trabajo y sus propuestas ajenas a las culturas hegemónicas tradicionales de la historia del socialismo. Se está dando un primer paso en la vía de su construcción, y saldrá de los limbos de los movimientos y de las movilizaciones actuales, o mejor, comenzará a existir realmente con la puesta en práctica de un reforzamiento natural de una práctica internacionalista aceptada tanto por los movimientos como por quienes, por un millón de motivos diferentes, se están incorporando a él. Dicha internacional, por lo tanto, no se parecerá a ninguna de las precedentes. Será la respuesta «espontánea» y masiva a una política capitalista salvaje, sin compromisos con las reformas. Su punto de anclaje estará en su internacionalismo y su anticapitalismo espontáneos, y se manifestará por su extrema heterogeneidad y pluralismo izquierdista..

Será, pues, parte de un ciclo histórico muy diferente, propio del final del capitalismo, y, por lo tanto, será distinta de todas las precedentes: de la Liga Comunista Internacionalista de 1848, de la I Internacional (1864-1876), de la Internacional Socialista (1889-1914?), de las diversas experiencias de reconstrucción de la AIT por parte del movimiento anarquista, de la Internacional Comunista (1919-1943), de la tentativa de la Tricontinental, animada desde Cuba en los años sesenta y principios de los setenta, y, por supuesto, de la pequeña pero incisiva IV Internacional, fundada en 1938, y sobre cuya dilatada y compleja historia trataremos de ofrecer una cierta explicación, aquí, por fases y problemas...

II. UNA INTERNACIONAL PRODUCTO DE LAS DERROTAS

Habían transcurrido unos veinte años desde el incierto prólogo de Zimmerwald, y Trotsky, junto con lo que quedaba del naufragio, intentará echar un nuevo nudo en el hilo de la continuidad revolucionaria, restablecida por la III Internacional y concretada en un programa que representó en «todas sus decisiones fundamentales (actitudes ante el imperialismo y el Estado burgués, la democracia y el reformismo; problema de la insurrección; dictadura del proletariado; actitudes hacia el campesinado y las naciones

oprimidas; soviets; trabajo en los sindicatos; parlamentarismo, política de frente único)»; o sea, de la Internacional en sus cuatro primeros congresos, que fueron «la más alta expresión de la estrategia proletaria en la época de crisis del imperialismo».

Trotsky comienza a justificar esta opción en nombre de una continuidad: «La I Internacional nos dio un programa y una bandera. La II Internacional se levantó sobre la base de grandes movimientos de masas. La III Internacional ha dado el ejemplo de una acción revolucionaria audaz. La IV Internacional dará la victoria mundial». Sin embargo, la suma de obstáculos que se le anteponen resulta enorme. Las clases dirigentes se han rearmado contra toda tentativa revolucionaria, cosa que demostrarán en las diversas crisis sociales europeas entre 1918 y 1921; las dictaduras y los gobiernos fuertes se suceden. Una generación revolucionaria ha desaparecido, es decir, ha quedado fuera de la historia. Las jóvenes generaciones que hicieron de Octubre y de la defensa de la URSS su bandera, se encuentran ante un fenómeno inusitado, frente al cual carecen de perspectiva y de instrumentos de análisis. Los acontecimientos han tomado un carácter acelerado. En los años treinta la revolución volverá a plantearse en una nueva cita con la historia en la que no será el pueblo el que falle. Estará presente con sus exigencias de otra vida, como lo había estado al final de la Gran Guerra, pero la palanca de Arquímedes, la fracción revolucionaria que convierta las situaciones de dualidad de poderes en revolución, va en otra dirección.

A pesar de que era bastante consciente de todas estas dificultades, Trotsky nunca dio la batalla por perdida. Aunque cada derrota favorecía la consolidación de la burocracia en el poder —y, en consecuencia, los obstáculos para la oposición—, estaba convencido de que, al final, la historia se mostraría, en definitiva, más fuerte que los aparatos. El curso de la historia no se podía medir por coyunturas y plazos breves, sino por perspectivas mucho más amplias, pero a las que había que responder incluso desde las situaciones más insostenibles para tratar de cambiarlas, aceleradamente. Una minoría experimentada podía convertirse en un factor determinante. Entre finales de los años veinte y principios de los años treinta, esta opción pasaba por una línea de «reforma» dentro de las propias filas del Komintern como expresión de la Oposición de Izquierda Internacional. Esta apuesta se desarrollaba cuando el estalinismo vivía su período ultraizquierdista (o sea, cuando aparecía más «revolucionario» que nadie y denunciaba a todas las demás corrientes socialistas de ser colaboradores con el fascismo), y estaba cerrando las puertas a cualquier tendencia, acusando a los discrepantes de «hacerles el juego» a la contrarrevolución, un argumento tan infamante como eficaz.

Surgida, pues, contra una doble corriente, la oposición internacional trata de reafirmarse sobre la base de unos principios claros que comienzan por una declaración de la «independencia del partido proletario, siempre y en todas las circunstancias»; esto es, que ningún momento podía supeditarse a la burguesía, como había ocurrido en China. Sigue con el «reconocimiento del carácter internacional y, por lo tanto, permanente de la revolución proletaria y [el] rechazo de la teoría del socialismo en un solo país». En un tercer apartado aparece la «defensa de la URSS», **piedra** de toque en unas discrepancias inherentes al movimiento: «Reconocimiento del Estado soviético como Estado obrero a pesar de la perversión creciente del régimen burocrático». Esto no está en absoluto reñido con la «condena de la política económica de la fracción estalinista».

A continuación, Trotsky haría la crítica de la orientación sectaria del «tercer período», y aboga por el «reconocimiento de la necesidad de un trabajo sistemático en las organizaciones proletarias de masas, sobre todo en los sindicatos reformistas», y, por lo mismo, el «rechazo de la teoría de socialfascismo». En consecuencia, el «reconocimiento de la necesidad de una amplia política de frente único, a todos los

niveles, condenando la línea estalinista de «solamente por abajo», así como el «reconocimiento de la necesidad de las consignas transitorias y de las consignas democráticas» (un punto que será capital bajo dictaduras fascistas instaladas como en Italia, punto en el que Gramsci coincidirá —sin saberlo— con la oposición, y que los trotskistas retomarán décadas más tarde en situaciones similares, por ejemplo contra las dictaduras en España o Portugal). También se proclama la «distinción en el campo del comunismo actual de tres agrupamientos: derecha (bujarinista), centrista (estalinismo) y marxistas (trotskismo)». Finalmente, aboga por el «reconocimiento de la democracia interna y la condena implacable del régimen estalinista [...]».

La línea por la «reforma» en el Komintern y los partidos comunistas se mantuvo vigente hasta que el desastre que se vivirá en Alemania tras la victoria de los nazis, una tragedia de proporciones incalculables, marcará el punto de no retorno, un Octubre invertido. La falta de reacción por parte de las secciones del Komintern ante el desastre vendrá a ser la demostración práctica incuestionable según la cual las secciones del Komintern estaban definitivamente perdidas desde el momento en que siguen anteponiendo su «obediencia» a un elemental balance crítico sobre las razones políticas de semejante derrota, la del mayor movimiento obrero occidental, la del mayor partido comunista internacional... Pero la conmoción en la militancia más avanzada es enorme, sobre todo cuando en 1934 tiene lugar el golpe de Estado de Dollfus en Austria y cae otro bastión de la socialdemocracia cuyos dirigentes se oponen a una tentativa de insurrección animada desde las bases; al poco tiempo Hitler realiza una entrada triunfal en Viena. Entre la disidencia de izquierdas se comienza a hablar de una nueva internacional alternativa. Dicha disidencia resulta, a mitad de los años treinta, bastante heteróclita. Es un abanico izquierdista que va desde grupos relacionados con la izquierda comunista hasta formaciones que se encuentran todavía inmersas en los partidos socialdemócratas y en las juventudes, y que decían estar por una IV Internacional. Sin embargo, en la medida en que ésta tiene que crearse en contra de la política de las internacionales existentes, no todo está tan claro en el terreno de la práctica...

En 1933 tiene lugar una convocatoria efectuada por la izquierda laborista británica, radicalizada desde 1926-1927, el Independent Labour Party (el mismo que llevó a Orwell a las filas del POUM), a favor de una conferencia abierta de las principales organizaciones críticas con los partidos tradicionales. Se trata nada menos que de examinar la situación creada para el socialismo con el triunfo de Hitler. El encuentro desembocará en una *Declaración* conjunta entre cuatro organizaciones: el Partido Socialista Obrero Alemán (SAP) de Jacob Walcher y Willy Brandt (líder de sus juventudes, que estuvo en España colaborando con el POUM), la Organización Socialista Proletaria (OSP), liderada por Henk Sneevliet, una auténtica leyenda del socialismo holandés, el Partido Socialista Revolucionario (RSP) de Holanda y la Liga Comunista Internacionalista (nombre que toma la antigua oposición de izquierda internacional). Esta declaración tiene una influencia real entre la izquierda y las juventudes socialistas en casi todo el mundo, así como en otros grupos menores como los llamados «bujarinistas»; un buen ejemplo de ello será la evolución del Bloc de Maurín. Un cuadro muy amplio sobre el que pesan influencias muy diversas, pero que representaron la segunda ola de izquierda radical en el seno de la Internacional Socialista en combinación con una disidencia comunista creativa.

No resulta fácil ofrecer una orientación sobre estos grupos disidentes que por lo general estiman altamente lo que significa Trotsky en clave pasada, y en muchas de sus críticas a la socialdemocracia y al estalinismo, pero ya no tanto en sus implicaciones bolcheviques, que consideran estrechas... En marzo de 1934, en un artículo titulado «Centrismo y IV Internacional», Trotsky tratará de desgajar los trazos comunes de este

amplio grupo de organizaciones en abierta ruptura con la socialdemocracia y que se habían mantenido al margen del Komintern por diferencias nacionales o por sus inclinaciones ligadas a la fase en la que Bujarin estaba al frente de la internacional. En su argumentación propone que, en vez de una definición general de «centrismo moderno», difícil por su carácter esencialmente coyuntural, una enumeración de trazos en lo que no es difícil de admitir que se aplican perfectamente a algunas de sus expresiones más estables, como lo podía ser la corriente pivertista francesa, y que se remitía a los criterios organizativos del partido-proceso propio de Rosa Luxemburgo. Trotsky señala el carácter débil de la «teoría» (de sus esquemas estratégicos) y su predilección afirmada por la «práctica» (que le sirvió para justificar sus posiciones «positivas» en relación con el Frente Popular), amén del recurso del arsenal menchevique en los argumentos contra el «bolchevismo», y de los bolcheviques-leninistas contra el reformismo socialdemócrata, así como contra el estalinismo, un fenómeno sobre el que nunca acabarán de establecer una línea de actuación consecuente. Estos grupos no quieren admitir la existencia de una corriente «centrista». Es más, tratan de justificarla como una opción más realista, al igual que rechazan tomar una determinación en función de una respuesta de principios a todo lo que están viviendo, una realidad insólita que les sobrepasaba, y cuyo estupor queda reflejado en la obra de George Orwell y en las oscilaciones de un sector del POUM.

A pesar de estas diferencias, Trotsky hizo una apuesta a fondo de frente único con ellos. La *Declaración* de los cuatro, escrita por el mismo Trotsky, proclama la necesidad de una internacional de nuevos partidos fundamentados en un programa que, en lo esencial, coincide con la propuesta trotskista. Sin embargo, a la hora de la verdad los resultados de este agrupamiento fueron mínimos.

En esta primera fase, el trotskismo mostró una enorme capacidad de flexibilidad táctica en situaciones en que resultaron necesarias. En este sentido, resultan clarificadores los giros operados por la sección francesa entre 1932 y 1939. En 1932 se trataba de construir una oposición de izquierdas en el Partido Comunista; en 1933, de crear una organización autónoma; en 1934, de operar el llamado «giro francés» (que era lo que se auspiciaba en España en previsión de la radicalización en el PSOE): ingresar en la SFIO para ayudar a constituir un nuevo polo de la izquierda revolucionaria, de la que será expresión el pivertismo; en 1935, salir para crear un polo independiente frente al acercamiento entre Blum y Thorez; en 1939, ingresar en el PSOP pivertista, que acaba de abandonar la socialdemocracia...

Todos estos giros suscitaron debates y conflictos que dieron lugar a amplios debates de tendencias, a rupturas y a reagrupamientos, pero lo cierto es que a) el trotskismo desempeñó un papel muy por encima de su implantación, y b) la sección francesa desempeñaría un papel capital en la marcha de la Internacional, incluso en sus rupturas.

Los días 29, 30 y 31 de julio de 1936 tendría lugar en Ginebra la primera Conferencia por la IV Internacional, que reúne a delegados de Francia, Bélgica, Holanda, Gran Bretaña, Suiza, Alemania, Italia, la URSS y Estados Unidos. También habían sido «invitados, pero no han podido dar curso a la invitación, por razones materiales, los bolcheviques-leninistas de Austria, de Checoslovaquia, de Rumania, de Grecia, de Polonia y de Basilea». Además, tampoco habían podido ser invitados por razones tan poderosas como la distancia, la ilegalidad, la represión o, más simplemente, por el corto plazo de tiempo, las organizaciones de Bulgaria, Dinamarca, España (G. Munis), Lituania, Canadá, México, Brasil, Argentina, Chile, Cuba, Perú, Bolivia, Puerto Rico, China, Indochina, Australia y África del Sur. Sus animadores suelen ser antiguos militantes comunistas de primera hora, sindicalistas duros, intelectuales disidentes, gente —dirá Trotsky— con mal carácter, no pocos judíos, escritores inconformistas... En los

años siguientes, se les unirá una hornada de jóvenes procedentes de las juventudes socialistas en un momento en que, con un programa y un análisis adecuado, la revolución todavía parecía posible.

III. EL PROGRAMA DE TRANSICIÓN

1. Socialismo o barbarie. Cuando la conferencia internacional del Movimiento se vuelve a reunir en 1938, la situación parece estar más clarificada, pero el precio es la derrota generalizada. En este momento, la actitud de Trotsky es todavía más intransigente que en 1936, y por medio del SWP propone un manifiesto inaugural llamado *El programa de transición*, en el que proclama que el capitalismo ya ha agotado todas sus posibilidades históricas, que era un obstáculo para el desarrollo de las fuerzas productivas. La necesidad histórica era entonces mucho más apremiante: las direcciones tradicionales del movimiento obrero se habían mostrado ampliamente como organizadoras de las derrotas, y ninguna organización centrista había resistido la prueba de fuego de los últimos acontecimientos. Había que salir del abismo...

El programa de transición contiene unas previsiones a corto plazo, así como el desarrollo de bases políticas que estima como precondiciones fundamentales para hacer triunfar la revolución.

Hay que ayudar a las masas a encontrar en el proceso de su lucha cotidiana un puente entre sus reivindicaciones inmediatas y el programa de la revolución socialista. Este puente debe consistir en un sistema de reivindicaciones transitorias, partiendo de las condiciones actuales y de la conciencia real de los más amplios sectores de la clase obrera, para conducirles invariablemente a una única y misma conclusión: la conquista del poder por el proletariado. [...] La IV Internacional no rechaza las reivindicaciones del viejo programa mínimo en la medida en que éstos conservan algún resto de vida. Defiende incansablemente los derechos democráticos de los trabajadores y sus conquistas sociales, pero desarrolla ese trabajo cotidiano desde una perspectiva revolucionaria.

Entre otras exigencias, el programa insiste sobre la escala móvil de los salarios y de las horas de trabajo, sobre el control obrero de la producción y el levantamiento del secreto bancario, así como sobre la «expropiación de ciertos grupos de capitalistas», sobre la estatización del sistema de crédito. Ofrece una importancia particular a las reivindicaciones democráticas y nacionales en los países coloniales y semicoloniales.

Este programa no constituye un modelo de sociedad con la fórmula de entrada, sino que es una propuesta de lucha que desarrolla una pedagogía de la acción de masas en la cual la emancipación de los trabajadores es obra de los trabajadores mismos. Considera que, de hecho, las condiciones para la revolución socialista están, más que maduras, putrefactas. La contradicción entre la forma de producción capitalista y el desarrollo de las fuerzas productivas es más que evidente. Éstas se encuentran en un *impasse* histórico, y para desarrollarlas el capitalismo necesita de la guerra, la destrucción del movimiento obrero, el expolio de las colonias... El programa se articula sobre la base de tres sectores diferenciados de una misma revolución mundial: a) la revolución socialista en los países de la cadena imperialista; b) una revolución que deviene de democrática a socialista en los países coloniales o semicoloniales; y c) la revolución política en la URSS que debía restablecer el poder de los trabajadores la

democracia obrera, un criterio que tiene en aquel momento el carácter de una idea exclusiva y extraña.

Coincidiendo con una nueva conferencia de los grupos trotskistas, el «viejo» defiende, a través del partido americano, la constitución de la IV Internacional. Este empeño le ha sido continuamente criticado. ¿Estaba justificada esta postura de Trotsky de formar una internacional «grupuscular»? En la misma línea se orientaban, entre otros, Víctor Serge, sectores del PSOP francés —como el que representaba Daniel Guérin— o secciones como la polaca.

Unos y otros mantienen sensibilidades muy distintas respecto del fenómeno estaliniano, ambas muy representativas de ciertas oscilaciones inherentes a la corriente política. Mientras que el punto de vista del primero tiende a considerar que el estalinismo ha acabado devastando todo lo que quedaba de socialismo y de obrero en la URSS, el segundo se mostrará, según su propia expresión, como un antianticomunista... No obstante, ambas posiciones coinciden en dos objeciones: a) la situación de las fuerzas trotskistas era muy grave: la sección «madre», la Oposición rusa, había dejado prácticamente de existir, y otras secciones como la China, la francesa o la española estaban en una situación muy difícil; sólo el grupo americano contaba con una cierta fuerza; y b) estaban aislados frente a poderosos aparatos, y las tareas que se proponían eran desmesuradas para sus fuerzas; se trataba, pues, de trabajar para poder desarrollar más tarde una agrupación más amplia.

Pero, para Trotsky, las dificultades no eran una razón suficiente. Lo determinante eran las necesidades del momento, y éste se caracterizaba por la extrema falta de correspondencia entre la voluntad revolucionaria de las masas y la debilidad de la vanguardia. Pero la cuestión de las cuestiones la había cifrado Trotsky en la convicción de que, en última instancia, la crisis de la humanidad se reducía a la crisis de su dirección revolucionaria, o sea que mientras las condiciones objetivas estaban más que maduras, podridas. En las grandes citas, mientras que el pueblo ocupaba su lugar en el escenario (lo había hecho, por ejemplo, en Francia y en España; así lo temían los poderosos), sus partidos mayoritarios estaban por otra cosa, por restaurar el orden, mientras que los partidos situados a la izquierda eran víctima de sus propias oscilaciones, y finalmente resultaban aplastados por los acontecimientos (la última batalla que libró el PSOP francés fue en favor de los exiliados españoles, y sus militantes fueron apaleados sin que los socialistas ni los comunistas levantaran un dedo). Se puede hablar, por tanto, de una coyuntura muy precisa, un momento en el que la fórmula alcanzaba una rabiosa actualidad y sonaba justamente ante la barbarie que se preparaba, de océanos de sangre y lágrimas al final de los cuales desaparecía la opción emancipadora. Desde el momento en que la revolución española fue derrotada y las ideas revolucionarias resultaban marginadas y perseguidas, por lo que, al final de tantos desastres, el gran dilema se situaba entre lo malo (los aliados) y lo peor (el eje nazi-fascista).

Su análisis de la época, no podía ser más estremecedor, las posibilidades de regreso a la barbarie estaban al orden del día: Pensaba:

La humanidad —escribió— no ha conseguido hasta el presente racionalizar su historia. Esto es un hecho. No hemos conseguido racionalizar nuestros cuerpos y nuestros espíritus. El psicoanálisis trata de comprendernos y armonizarnos sin gran éxito hasta el presente. La cuestión no es saber si podemos esperar la perfección absoluta de la sociedad. Después de cada gran paso hacia delante, la humanidad hace un retroceso, o incluso un gran paso hacia atrás [...]. Incluso después de la revolución mundial, es posible que la humanidad se encuentre muy fatigada. Para una parte de los hombres y

de los pueblos, una nueva religión puede llegar a aparecer, pero al menos un gran paso se habrá conseguido.

Ésta era la hipótesis primordial, y, por lo tanto, los problemas inmediatos de inserción pueden cambiar con el curso de los hechos; no era la primera vez que las condiciones lo hacían en muy poco tiempo. El problema, pues, no era el escaso número de sus seguidores, sino la corrección de sus planteamientos: «Todos los grandes movimientos han comenzado como “desprendimientos” de viejos movimientos. El cristianismo fue en un principio un “desprendimiento” del judaísmo. El protestantismo, un “desprendimiento” del catolicismo, es decir, del cristianismo degenerado. La agrupación de Marx y Engels nació como un “desprendimiento” de la izquierda hegeliana. El advenimiento de la III fue preparado durante la última guerra por los “desprendimientos” de la Internacional Socialdemócrata. Los iniciadores de todos los movimientos pudieron conquistar un gran número de seguidores sólo porque no temían quedarse aislados». A la IV Internacional le llegaría su hora si sabía preparar el terreno.

Esta propuesta de construir la internacional en unas condiciones imposibles de superar a corto plazo tenía, pues, unas dosis extraordinarias de voluntarismo consciente: «De ahora en adelante —escribió a los congresistas—, la IV Internacional tiene ante sí la tarea de un movimiento de masas [...]. Es actualmente la única organización que tiene una idea clara de cuáles son las reivindicaciones inmediatas capaces de unir a las masas para la lucha revolucionaria por el poder». Y añadía: «La desproporción entre nuestra fuerza de hoy y nuestras tareas de mañana es más clara para nosotros que para nuestros críticos. Pero la severa y trágica dialéctica de nuestra época opera en nuestro favor. Las masas que serán llevadas [por la guerra] a la total desesperación e indignación no encontrarán otro camino que el que les señala la IV Internacional».

La intransigencia en la defensa de los principios revolucionarios no podía ser, a sus ojos, un obstáculo para la aproximación de amigos y simpatizantes, que tenían que tener muy clara la raya que les separaba de los reformistas y los centristas. En el terreno organizativo, esta intransigencia era, además, una necesidad: significaba la única garantía para superar los escollos que los cataclismos históricos abrían bajo sus pies. Desarrolló sus tesis en un breve folleto, *El programa de transición*, que debatió con el SWP. En él resumía, punto por punto, sus ideas sobre el camino hacia la revolución mundial después de sus experiencias como socialdemócrata, bolchevique y trotskista. Consideraba que el dilema que estaba encima de la mesa era el de socialismo o barbarie. La revolución, pues, estaba enteramente a la orden del día, y las crisis revolucionarias que en distintos momentos se sucedieron demostraron que el problema radicaba en el factor subjetivo, en la conciencia organizada. Esta debilidad era producto de la degeneración reformista de la socialdemocracia, que había dejado el programa socialista para los días de fiesta, y de la reacción burocrática que había convertido el bolchevismo en algo muy diferente.

Las tareas inmediatas que indicaba el programa se centran en la previsión de que la guerra va a multiplicar las situaciones revolucionarias. Tenía que intentar, para cuando estallaran estas situaciones, poseer ya una vanguardia capaz de inclinar la balanza hacia la conquista del poder. La guerra era un producto de las contradicciones insolubles del sistema capitalista internacional tal como quedó después de la Primera Guerra Mundial y de la ausencia de revoluciones socialistas en Europa. La guerra no encontraba ninguna oposición. Explica entonces:

Hemos dicho más arriba por qué estamos poco inclinados a albergar la esperanza de que el proletariado, en el momento necesario, tendrá la fuerza de levantarse

abiertamente contra las operaciones militares. Por el contrario, durante los meses próximos a la guerra, así como en el primer período de conflagración, las masas, gracias a un reflejo natural, serán dominadas por las tendencias «estáticas», centrípetas, patrióticas. [...] Sin embargo, el curso ulterior de las operaciones militares entrañará la miseria, la barbarie y la desesperación, dando no solamente nacimiento a los antagonismos que, más tarde o más temprano, se expresarán por insurrecciones y por revoluciones.

Por lo tanto, era necesario dotarse del máximo de claridad política para comprender la naturaleza de este nuevo conflicto armado. El imperialismo «liberal» no buscaba más que prolongar su dominación sobre el mundo, afirmar el Estado burgués y seguir expropiando las colonias. Esperaba, naturalmente, que Hitler se contentara con recuperar la URSS para el orden capitalista y se aviniera a cooperar en un nuevo reparto del mundo. Los nazis querían conseguir, por los medios más brutales, un vuelco en la correlación de fuerzas, que ahora favorecía al imperialismo vencedor en la Gran Guerra... Había que denunciar la política del Kremlin, que, oscilando entre los pactos con las «democracias occidentales» y los pactos «de sangre» con el nacionalsocialismo, lo que hacía era debilitar la defensa de la URSS al tiempo que destruía la mejor garantía de esta defensa: la revolución proletaria.

En el *Manifiesto de la IV Internacional sobre la guerra imperialista y la revolución proletaria mundial*, Trotsky concluye diciendo: «¡Esta no es nuestra guerra! Al mismo tiempo que no olvidamos ni por un momento que esta guerra no es nuestra guerra. A diferencia de la II o la III Internacional, la IV no construye su política en función de los avatares militares de los Estados capitalistas, sino de la transformación de la guerra imperialista en una guerra de los obreros contra los capitalistas, del derrocamiento de la clase dominante en todos los países, de la revolución socialista mundial. Los cambios que se producen en el frente, la destrucción de las capitales nacionales, la ocupación de territorios, la caída de algunos Estados, desde este punto de vista sólo constituyen trágicos episodios en el camino de la reconstrucción de la sociedad moderna. Independientemente del curso de la guerra, cumplimos nuestro objetivo básico: explicamos a los obreros que sus intereses son irreconciliables con los del capitalismo sediento de sangre; movilizamos a los trabajadores contra el imperialismo; propagamos la unidad de los obreros de todos los países beligerantes y neutrales; llamamos a la confraternización entre obreros y soldados dentro de cada país y entre los soldados que están en lados opuestos de las trincheras en el campo de batalla; movilizamos a las mujeres y los jóvenes contra la guerra; preparamos constante, persistente e incansablemente la revolución en las fábricas, los molinos, las aldeas, los cuarteles, el frente y la flota».

Seguramente, el punto más controvertido de este *Manifiesto* es que sitúa el dilema central del momento en la siguiente premisa: «La crisis de la humanidad se reduce a la crisis de la dirección revolucionaria». Insiste en que las condiciones objetivas —crisis del sistema imperante, grado de organización del movimiento obrero y popular, etcétera—, más que maduras, están podridas. Las últimas barricadas del orden establecido son las direcciones reformistas. España sería el ejemplo más trágico, y la Francia del Frente Popular, el más decrepito; la izquierda instalada (en nombre de la democracia o del socialismo como el existente en la URSS, un ideal para un **mañana** lejano) cedía toda la iniciativa a la extrema derecha, reducía todo el ímpetu revolucionario a la hegemonía de la burguesía «democrática»... Los partidos centristas podían llegar incluso a reconocer esta situación, pero no a abordar las tareas de la ruptura. Sin embargo, en este proceso distorsionado los bolcheviques-leninistas, aunque pudieran ser la fracción más avanzada

de la clase, estaban lejos de ser reconocidos; es más, estaban siendo marginados hasta el absurdo. Cuando un trotskista abanderaba una iniciativa revolucionaria, tenía que ocultar su filiación porque el ambiente lo señalaba como quintacolumnista... Después de los hechos de mayo del 37 no sólo eran perseguidos, sino que ni siquiera sus compañeros de barricadas —anarquistas y poumistas— los reconocían. Nada que ver, pues, con las vísperas de Octubre, ni siquiera con las jornadas de julio. Esta perversa contradicción se hizo mucho más exacerbada con la Segunda Guerra Mundial, cuando el potencial revolucionario fue encauzado sin dificultades notorias en la Europa de la Resistencia, y el trotskismo quedó más aislado que nunca.

En esta situación, la premisa produjo otra perversión, esta vez externa. Si todo dependía, la responsabilidad de los trotskistas se agudizaba hasta el absurdo. Si las premisas eran las correctas y la exigencia, obvia, ¿cómo podía ser que sus resultados fueran tan pobres? Estos resultados suscitaban evidente malestar, fruto de lo cual se desarrolló una hipótesis: los errores de interpretación eran los responsables...

2. Las consignas transitorias. La cuestión planteada a la luz de la Revolución rusa es la de las reivindicaciones capaces de movilizar dentro de la unidad en el mayor grado, de elevar desde la acción el nivel de conciencia y de crear la mejor relación de fuerzas en una perspectiva de enfrentamiento ineluctable con las clases dominantes. Esto es lo que habían sabido hacer los bolcheviques en 1917 alrededor de cuestiones vitales: el pan, la paz, la tierra. Se trata de salir de una discusión abstracta sobre las virtudes intrínsecas de las reivindicaciones, unas calificadas de «reformistas por naturaleza» (compatibles con el orden establecido), y las otras de «revolucionarias por naturaleza» (no integrables en dicho orden). El sentido de las consignas depende de su valor movilizador en relación con una situación concreta y su valor educativo para aquellos que entran en la lucha. Esta problemática de las «consignas transitorias» sobrepasa las antinomias estériles entre un reformismo gradualista que cree poder cambiar la sociedad sin revolucionarla y un fetichismo del «gran día» que reduce la revolución a su momento paroxístico en detrimento del trabajo paciente de organización y de educación... Este debate está directamente vinculado al que fue el centro de las discusiones estratégicas sobre el programa del V y VI congresos de la Internacional. Informando sobre esta cuestión, Bujarin reafirmó la validez de la «la táctica de la ofensiva» de comienzos de los años veinte. En el V Congreso, el representante alemán, Thalheimer, abordó por el contrario la problemática del frente único y de las reivindicaciones transitorias, precisando con claridad:

No hay más que repensar la historia de la II Internacional y de su disgregación para reconocer que fue precisamente la separación entre las dos cuestiones cotidianas y los grandes objetivos que constituían el punto de partida de su deslizamiento oportunista [...]. La diferencia específica entre nosotros y los socialistas reformistas no reside tanto en que nosotros queremos eliminar de nuestro programa las reivindicaciones de reformas, cualquiera que sea el nombre que se le quiera dar, para ponerlos en una cámara separada, sino que consiste en el hecho de que nosotros situamos dichas reivindicaciones transitorias en una relación lo más estrecha posible con nuestros principios y nuestros fines. (Daniel Bensaïd, *Trotskyismes, Que sais-je?*, París, 2002; tr. PG)

3. Deutscher y la Cuarta. Durante muchos años, la principal —si no la única— fuente de información sobre la IV Internacional fue el tercer volumen de la trilogía sobre Trotsky escrita por Deutscher, quien, como parte de la obra, repitió sus propios argumentos en el

debate. En 1964, en una conferencia «Sobre las Internacionales y el internacionalismo» (incluida en la antología *El marxismo de nuestro tiempo*, ERA, México, pp. 126-127), pronunciada ante la Socialist Society del University College de Londres, sintetizó así su opinión:

En 1933, después del acceso de Hitler al poder, Trotsky consideró que la Tercera Internacional estaba tan en bancarrota como la Segunda. Los trabajadores alemanes no estaban, como pretendía el especioso argumento de la Komintern, «en vísperas de grandes batallas»; ya habían sufrido una terrible derrota. El estalinismo, dijo Trotsky, había tenido su «4 de agosto». Esta analogía llevó a Trotsky a la obvia conclusión de que entonces como en 1914, había llegado el momento de prepararse para la construcción de una nueva organización internacional, porque la antigua yacía en ruinas. Trotsky, sin embargo, estaba lleno de vacilaciones: no era fácil para él volverle la espalda al «estado mayor de la revolución mundial», del que había sido uno de los principales arquitectos: él mismo señaló que, mientras que en 1914 la Segunda Internacional traicionó conscientemente todos sus altos ideales, el Komintern, en 1933, había facilitado la victoria del fascismo por pura estupidez, incuria y ceguera [...]. El plan de organizar una nueva Internacional fue madurando con lentitud en la mente de Trotsky. Hubieron de transcurrir cuatro años de propaganda y de trabajo de base antes de que se sintiera listo para convocar un congreso constituyente. (Exactamente el mismo espacio de tiempo transcurrió desde el momento en 1915 en que él y Lenin concibieron por primera vez la idea de la Tercera Internacional, hasta que la organización quedó constituida.) Pero la Cuarta Internacional nació muerta, y ello se debió en buena medida a la inexistencia de un movimiento revolucionario internacional que pudiera insuflarle vida. Sin que él tuviera culpa de ello, la Internacional de Trotsky se vio aislada del único lugar donde había triunfado la revolución y donde esa revolución, aunque monopolizada y deformada por una burocracia opresora y mendaz, aún existía. En cierto sentido, el mismo Trotsky había previsto la circunstancia principal que habría de condenar a su organización a la ineficacia cuando señaló que, pese a la irresponsabilidad de la política de Stalin en Alemania y en todas partes, los obreros revolucionarios de todos los países seguían mirando hacia Moscú en busca de inspiración y guía.

Deutscher concluye su conferencia con la siguiente lección:

Que la idea del internacionalismo es, después de todo, más importante, más vital y más pertinente que las Internacionales que se suceden las unas a las otras, florecen y luego decaen y mueren. Las Internacionales pasan; el internacionalismo sigue siendo el principio vital de un nuevo mundo; y aun entre las ruinas de las Internacionales yo continúo creyendo que la idea del internacionalismo crecerá y florecerá como una planta que crece y prospera entre las ruinas.

Bibliografía. Sobre algunos grandes acontecimientos sociales que preceden y suceden a la Segunda Guerra Mundial se puede encontrar información en la obra de Fernando Claudín *La crisis del movimiento comunista internacional* (Ruedo Ibérico, 1971), en la ya citada edición de Broué de los escritos de Trotsky sobre Francia, en la obra testimonial de Jacques Danos y Marcel Gibelin *Juin 36* (2 tomos, Masperó, París, 1972) y en el de Daniel Guérin *Front Populaire, révolution manquée* (Masperó, 1971), un testimonio militante y en el que se incluye un amplio anexo que va desde la correspondencia del propio Guérin con Trotsky, sobre la relación de éste con Pivert, hasta la correspondencia entre Pivert y el general De Gaulle... Entre las diversas

ediciones de *El programa de transición* en los años setenta, quizá las más asequibles son sin duda las efectuadas por Akal, en el proyecto de *Obras de Trotsky*; y la de Fontamara, que incorpora un amplio dossier de textos y de discusiones sobre el mismo. Fontamara también publicó una recopilación, *Introducción al Programa de Transición* (Barcelona, 1978, tr. de Jesús Pérez), que comprende textos de Joseph Hansen («El Programa de Transición de Trotsky: sus orígenes y su importancia actual») y de George Novack («El papel del Programa de Transición en el proceso revolucionario»), ambos muy implicados en su discusión en el SWP, el partido que se hizo portavoz de los planteamientos de Trotsky en contra de las reticencias de los europeos.

IV. LAS CONSECUENCIAS DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

No siempre resulta fácil escoger un enfoque riguroso del curso que tomó la historia con la guerra. A pesar de los desastres políticos y del horror (en la destrucción de cualquier veleidad alternativa), el estalinismo superó la prueba de la invasión nazi al igual que aquel zar que resistió a Napoleón. Después del estupor de los procesos, de la traición a la República, del pacto Molotov-Ribentropp, en ausencia de cualquier otra alternativa visible, la URSS de Stalin siguió representando a «los nuestros» para la mayoría de los combatientes. Su victoria reforzó hasta niveles extraordinarios este sentimiento al acabar la guerra, y hasta sectores libertarios y poumistas mostraron el peso del ambiente: el estalinismo aparecía como una fórmula «de hierro» capaz de detener el avance del nazi-fascismo, y por ende tenía la razón, aunque no fuera toda la razón. El peso de este sentimiento sería determinante en la recomposición de los partidos comunistas, incluido, por supuesto, en España, donde toda resistencia era considerada «comunista», y el dilema se planteaba entre el “comunismo” y el “mundo libre”, variantes de algo que ya habían aprendido los romanos, a saber que los mayores crímenes se suelen cometer en nombre de los más grandes ideales.

Situada literalmente entre todos los fuegos, el desafío abierto para la joven internacional no podía resultar más desmesurado. La situación se había desplazado, y previa a cualquier opción revolucionaria aparecía una supervivencia que no te garantizaban ni «los nuestros».

En el momento en que el socialismo era más necesario (¿qué si no habría detenido la barbarie nazi-fascista?), aparecer como los críticos más consecuentes del «comunismo» significaba correr el riesgo de ser tomado como «anticomunista», algo que se podía interpretar con facilidad de forma sesgada.

Por ejemplo, como mero fruto de las ambiciones personales de Trotsky y su fracción (un enfoque de lo más habitual en los libros en los que se trata de «comprender ambos bandos»). Igualmente, se podía ver como una trampa reaccionaria. Baste un detalle: allá por la mitad de los años setenta, cuando un intelectual (hoy un filósofo y ensayista de primera categoría) del PSUC se enteró de que un trotskista entraría en una editorial a trabajar con él, dejó su puesto diciendo: «Ahora la CIA se pondrá contenta». Otro *psuquero*, un líder obrero de Terrassa —hoy inequívocamente antiestalinista—, me contaba que un día vio en el escaparate de una librería un ejemplar de *Los crímenes de Stalin*, de Trotsky, tras lo cual reunió las cuatro monedas que tenía, lo compró y luego lo quemó. Estas manifestaciones de fobia eran extensibles perfectamente a las escuelas maoístas. Así, todavía a mediados de los años setenta, la agrupación aragonesa del MC recurría a la «infiltración trotskista» en los maquis durante la Resistencia francesa como

argumento válido para explicar el paso de algunos de sus militantes a la LCR...

No es necesario añadir que la derecha aprendió pronto a envenenar más el ambiente, incentivando y distorsionando en lo posible las contradicciones «intercomunistas», por ejemplo editando un cierto Trotsky o instrumentalizando los crímenes del estalinismo para enmascarar sus propios horrores, o popularizando argumentos que encajaban perfectamente en la mitología conservadora según la cual las revoluciones acaban devorando a sus propios hijos, o una variación de la misma, según la cual las revoluciones las comienzan los idealistas pero la gestionan los aprovechados, etcétera.

Pero el espacio histórico para reconstruir una nueva fracción revolucionaria no existió antes de que la IV Internacional pudiera dar sus primeros pasos, y el impulso quedó truncado en una vorágine desmesurada de acontecimientos cuya complejidad dejaría pequeños los que sacudieron el mundo cuando la Gran Guerra, cuyo curso pasó lejos del esquema central desarrollado por Trotsky, quien en sus nutridas aportaciones barajó hipótesis muy diversas, buena parte de las cuales resultaban a veces contradictorias o requerían una mayor concreción, y en su mayoría eran muy poco conocidas, entre otras cosas porque incluso sus obras más conocidas no comenzaron a reeditarse en editoriales importantes hasta los años sesenta. Se puede decir que durante la guerra mundial, lo fundamental para la internacional sería tratar de ofrecer sus propias perspectivas mientras hacía lo imposible por sobrevivir. Convertida en un cascarón de nuez en medio de la mayor de las tormentas, la guerra obligó a su dirección internacional a refugiarse en Estados Unidos (adonde fueron a parar Pivert y la mayoría de los surrealistas), pero no tuvo, según Michel Pablo, «más que una actividad reducida. No obstante, marcó, comentó y explicó todos los sucesos importantes y los principales giros de la guerra».

En la historia de la Internacional esta época se ha calificado justamente de «travesía del desierto», tomando como es habitual el referente bíblico. Por lo general, los debates se llevaban en »vaso cerrado», sin un vínculo efectivo con un movimiento obrero. La mayor parte de los componentes de la nueva dirección que había emergido en vísperas de la contienda habían muerto o habían quedado truncados. Algunos de sus cuadros más experimentados de los inicios pasaron definitivamente a un segundo plano, como fueron los casos de Rosmer, Serge, Naville, Leonetti, etc. Los que quedaron ahora en primera línea tuvieron que afrontar, además, el obvio desconcierto que implicaba la nueva situación. La Internacional, pues, vio reducida su actuación a una actividad de conciencia crítica, y, por lo tanto, su papel histórico sufrió un claro retroceso con relación a la fase anterior, cuando Trotsky todavía vivía.

Se trataba nada menos que de reconstruir una dirección política prácticamente desde las cenizas, ofreciendo además una respuesta a las nuevas circunstancias. Esta respuesta no aparecía como expresión del rigor sectario, por ejemplo, negándose a apoyar sin reservas la resistencia nacionalista francesa (como harían los anarcosindicalistas españoles que lucharon junto con el general Leclerc) porque ésta no se cuestionaba su propio colonialismo, un criterio «estrecho» para quienes no consideraron el hecho de que el colonialismo francés no se produjo el día después de la Liberación, sino antes. Era algo primordial para el marxismo comprender el mundo para poder transformarlo en un proyecto de época marcado por los mayores trastornos. Aparte de la derrota del Eje, descendía el imperialismo británico y ascendía el norteamericano, la burocracia vivía su momento de gloria, no se le hacían preguntas a un vencedor, Stalingrado se convirtió en algo así como la estampa complementaria de la revolución de Octubre... Como medida para neutralizar sus crisis periódicas, pero también por miedo a la revolución, el capitalismo se avino a un «compromiso histórico» con la socialdemocracia del que resultaría el «Estado benefactor», una alternativa al

comunismo. El curso histórico de la revolución dio un rodeo para abrir una nueva etapa en los países colonizados o semicolonizados. La clase obrera alemana no se pudo ya levantar, pero cabía esperar que el meridiano socialista pasara ahora por Francia e Italia. No obstante, el tren que llevó a Togliatti a Palermo marchaba en dirección contraria a la que dejó a Lenin en la Estación de Finlandia. El líder comunista que venía de Moscú se convertía en ministro del gobierno del mariscal Badoglio, un antiguo dignatario fascista; Maurice Thorez, vicepresidente del gobierno De Gaulle, afirmaba la necesidad de la unidad nacional contra cualquier embrión de doble poder, que podía surgir de las conferencias de producción sostenidas por los trotskistas en los sindicatos a partir de noviembre de 1944. «Un solo Estado, un solo Ejército, una sola Policía», proclamaba; y añadía: «La huelga es el arma de los *trusts*», dirigiéndose a los obreros, a los que aconsejaba, por último, subirse las mangas para producir, «antes que nada producir».

Para los que no se resignaban, se trataba, pues, de volver a luchar, pero también de volver a pensar. La verdad estaba en la emergencia de una nueva situación y no en las hipótesis de Trotsky, por más brillantes que éstas pudieran ser. Los obstáculos eran múltiples, los acontecimientos tenían la categoría de lo inconmensurable, las condiciones de debate y reflexión eran muy precarias, y algo tan necesario como las buenas ediciones eran todo un problema. Por otro lado, el peso de la personalidad de Trotsky y las exigencias de una defensa de la legitimidad del trotskismo eran algo que exigía a sus partidarios un esfuerzo titánico para el que se requería un período de tiempo de recomposición.

A pesar de los pesares, la pequeña internacional logró reactivarse. Así, en 1943, cuando Stalin pone fin a la «suya», se constituye un secretariado europeo que, en febrero de 1944, convocó una conferencia de sus secciones europeas para encarar todas las dificultades de la inmediata posguerra, un tiempo en que tiene lugar la crisis yugoslava, que moviliza a la Cuarta para crear brigadas internacionales. Tito, sin embargo, no tardará en desembarazarse de sus pequeños aliados para buscar el amparo de Estados Unidos y se niega a condenar en la ONU la expedición norteamericana a Corea. Ésta es una historia densa y compleja en la que abundan grandes acciones militantes como las protagonizadas por los militantes alemanes que trabajan en el Ejército de Hitler o por quienes lo hacen en los maquis, donde pueden ser acusados de «quintacolumnistas», pero que por su carácter minoritario no figuran en los libros de historia. También se dan reflexiones y aportaciones teóricas de interés que arrojan luz sobre las primeras crisis del estalinismo y sobre los inicios del neocapitalismo...

A principios de 1948 se convoca el II Congreso Mundial, que reúne a delegados de veintidós organizaciones que intentan presentarse como una realidad en tanto que partido mundial de la revolución socialista, dirigida por un secretariado internacional que se basa en un comité ejecutivo internacional, todo ello codificado por nuevos estatutos minuciosos, pero ahora las controversias se vuelven cada vez más agrias, y comienza la espiral de los trotskismos, una dinámica cuyo paroxismo causará estupor incluso entre los izquierdistas más próximos...

5. Renovarse o morir...

La guerra civil española fue también, y muy especialmente, parte una "guerra civil internacional". La derrota republicana coincide, y no es casual, con el pacto nazi-soviético, y con el desmoronamiento del Frente Popular francés. El hitlerismo arrasa por doquier hasta que se embarranca en Stalingrado. Con la victoria, el estalinismo consiguió

una nueva legitimación, y la extensión de su dominación en el campo llamado socialista por el reparto del orden en el liderazgo mundial simbolizado por los acuerdos de Yalta y Postdam será entendido como parte del "incontenible" avance del "socialismo", un momento estelar del que ofrece un testimonio a ras de tierra el terrible fresco tolstoiniano de Vassili Grossman, *Vida y destino* (Seix Barral. Barcelona, 1985, tr de Rosa M. Bassols). Que muestra sutilmente como el sueño de la libertad, percibida utópicamente por los combatientes se esfuma con la misma victoria, una victoria compartida por los Estados Unidos, el imperialismo ascendente y de reserva que ha provocada (Pearl Harbour) su intervención como una alternativa frente a la victoria del "comunismo". La historia del socialismo comenzaba un largo desvío que allanará el camino hasta la caída del muro de Berlín de 1989 cuyas consecuencias se pagaran en otras partes. Esta historia será vivida en España de manera especial, sobre todo cuando al final quedará claro que para las grandes potencias, incluyendo la URSS, Franco no significaba ningún problema internacional, sí acaso, una inmensa desgracia para su propio pueblo.

Los acontecimientos que siguen no se parecerán apenas a los que acompañaron el final de la "Gran Guerra", sobre todo porque entonces existieron las condiciones de un desbordamiento de la socialdemocracia a través de sus propias alas izquierdas (y de otros sectores como el sindicalista revolucionario, ahora en trance de extinción), y sí bien esta segunda guerra pone en evidencia la extrema crueldad del sistema, las ofensivas proletarias imaginadas por los revolucionarios no da lugar a la multiplicación de los consejos obreros que conmovieron toda Europa, ni tan siquiera tuvieron lugar serios desbordamientos de los partidos socialistas y mucho menos de los comunistas que, en algunos países como Francia o Italia, ocuparan en buena medida el papel de una nueva socialdemocracia en la que el planteamiento básica de la defensa de las exigencias mínimas, se combinan con el referente mítico de Octubre como antesala de Stalingrado, y con una cultura organizativa concebida para destruir cualquier asomo de vida política abierta, cualquier disidencia..

Desde la perspectiva actual, cuesta comprender las dificultades para apreciar que la el curso de la historia transcurría por otro camino, bastante diferente del enmarcado en el programa fundacional de la IV Internacional, y que más pronto o más tarde se imponía bosquejar otra propuesta estratégica sin miedo a contradecir la autoridad de Trotsky (al que todavía se cita a veces como sí nada hubiera pasado después de su muerte), sin embargo este peso del "abuelo" se percibe muy presente en un texto como *Lo que debe de mantenerse y lo que debe ser modificado*, título muy a cuento de un texto (abril, 1951), de Ernest Germain (Mandel) en el que éste escribía: "El periodo que va de la Segunda a la Tercera guerra mundial aparecerá en la historia como un interludio temporal y el método de Trotsky según el cual la burocracia no sobrevivirá a una guerra sería históricamente confirmado", o sea que ofrecía un carácter prolongado a lo que se había previsto a corto plazo.

Pero aún así, pronto comenzaron a desarrollarse concepciones en la que las diferencias parecían más importante, así es que, mientras que para los sectores más *tradicionalistas*, revoluciones como la yugoslava y la china, no planteaba mayor problema que la lectura del clásico, para la mayoría comenzaba a ser obvio que las explicaciones clásicas no podían ser suficientes. Este sector encuentra una fórmula adecuada en la letra de Trotsky según la cual en circunstancias excepcionales, los partidos pequeños burgueses "y comprendido los estalinistas" serían susceptibles de ir mas lejos de lo que querrían voluntariamente en la vía de ruptura con la burguesía, una interpretación que presenta numerosos inconvenientes sobre todo porque los hechos resultan muchos más complicados, y porque de hecho cada situación revolucionaria supone una circunstancia excepcional, especialmente en una época en la que los partidos que la protagonizan

cuenta con su propia historia nacional y con unas relaciones con el Komintern que contenía muchos más pliegues de los que acapararon la atención de Trotsky en su día.

Se trata por lo tanto de dilemas que desbordan el marco de las aportaciones trotskianas, y controversias que plantean a su vez serios dilemas en la corriente situada ante el eterno dilema de renovarse mediante la puesta al día dichas aportaciones o morir agarrados a ellas, ocupando con citas el lugar que tendría que ocupar análisis concretos de realidades concretas ante las cuales, además mediaba la distancia y una lejanía difícilmente contrarrestada por la actividad crítica de supervivientes, tan heroicos a veces como empecinados en los esquemas teórico. Esta conciencia de excepcionalidad se manifiesta cuando se aplican a las crisis políticas en el Este, cuando, en estas condiciones excepcionales, las tendencias centristas surgidas en el seno de tradiciones todavía vivas en los partidos comunistas, como ocurriría en Hungría en 1956, o más cercanamente en la "primavera de Praga", estas tendencias asumen las exigencias de la calle y abogan por otro socialismo, por otra soberanía, en suma, por unas revoluciones democráticas que no se cuestionaban la propiedad social de los medios de producción. Nuevamente la represión estalinista tendrá consecuencias devastadoras, consiguiendo que hasta la clase obrera más comprometida con esta forma de propiedad acabe por no sentirse implicada, y sin ver otra perspectiva que la capitalista en su horizonte, al menos hasta que una nueva experiencia le lleva a pensar que el socialismo es un buen invento pero que sido mal aplicado, una frase que provoca el asentimiento de los que hoy pueden ver en perspectiva lo ocurrido después de la caída del muro de Berlín.

Coincidiendo con la entrada en los años cincuenta, estalla, en abril de 1950, la guerra de Corea, de hecho, el principio de una Tercera Guerra Mundial que, afortunadamente, se contiene como una "guerra fría" que, gracias al equilibrio del terror (nuclear), se desarrollará sin una conflagración directa entre las dos potencias (aunque a veces la suerte del mundo pendió de un hilo, por ejemplo de un soldado soviético que desobedeció las órdenes y contraórdenes con ocasión de la guerra de los misiles en Cuba) que, al decir de Einstein, no se sabía como acabaría, aunque sí se sabía que ya no habría nadie para tomar parte en la Cuarta. El dilema comunismo-anticomunismo se impone a todos los demás, incluyendo a los que argumentan que el comunismo en realidad no existe, salvo en el horizonte de las utopías más lejanas. Pero el caso es que el comunismo lo representaba Stalin, y al otro lado estaba el "mundo libre".

Es la época del proceso y ejecución en los Estados Unidos del matrimonio Rosenberg, de la visita de Eisenhower a Franco, del XXº Congreso del PCUS, del inicio de la autogestión yugoslava (que se dice inspirada en las colectivizaciones libertarias), de la conferencia de países "No alineados" de Bandung, máxima expresión de una "internacional" tercermundista que trata de encontrar su lugar entre las potencias, pero también de encauzar sus propias crisis. Se comienza a hablar del tercermundismo, de la idea de que, incluso internacionalmente, el campo cercaría a las ciudades como había ocurrido en China en 1949, y como sucedía en 1954 en la batalla de Diêm Biên Phủ, el principio del fin del imperialismo francés que inmediatamente se ve envuelto con el inicio de la guerra de liberación de la Argelia "francesa" que se inicia en Toussaint...El trotskismo también tuvo sus primeras oportunidades en Sri Lanka y en la revolución boliviana de 1953, aunque su debilidad organizativa no le salvaguardar de las tentaciones nacionalistas y frente populistas ante las que su dirección actúa con autoridad (Pierre Frank viaja para abordar la crisis en directo), pero que sirven como "pruebas" de "traición al programa" para los debates amplificadas en Francia por el lambertismo. Cuando en 1960 la mayoría de la sección ceyleanesa optó por entrar en un

gobierno de signo frentepopulista --que sólo sirvió para "normalizar" una situación de crisis--, la Cuarta optó, después de una intensa discusión, por la expulsión de su sección numéricamente mayoritaria, lo que no impidió que corrientes como la lambertista encontraran en Ceilán munición para sus acusaciones de "revisionismo".

Es una época en la que la socialdemocracia va integrándose plenamente en el "mundo libre" y alineándose con la OTAN en cuya presidencia sobresale un antiguo socialista que se escribía con Trotsky, Paul-Henri Spaak. Los Estados Unidos asumen a través de la OTAN la "defensa de Europa" y despliega toda una estrategia de contención del "comunismo", que en Italia tomará forma de un Estado dentro del Estado. En este marco se puede hablar con plena verosimilitud de la "posibilidad de una guerra general", la "guerra que viene" según la terminología empleada por Michael Pablo, quizás el más inquieto de los líderes trotskistas del momento. Esta guerra significaría "una guerra civil internacional", que, ahora sí, "sería esencialmente revoluciones especialmente en Europa o Asia (...). Es sobre esta concepción que deben apoyarse las perspectivas y la ordenación de los marxistas revolucionarios para nuestra época", sin embargo, en Europa, las posibilidades revolucionarias aparecen cada vez más alejadas, y no será hasta 1960 que tiene lugar una huelga general, y en Bélgica, donde el partido comunista no ha hecho más que perder peso y la izquierda radical es muy débil.

Pero en estas condiciones excepcionales las tendencias centristas pueden desarrollarse en el seno de los partidos comunistas que serán protagonistas privilegiados en la reconstrucción de partidos revolucionarios. En un comentario de julio de 1954 sobre la significación del IV Congreso mundial, Mandel sistematizaba una teoría que establecía una periodización de la conciencia de clase, de manera que, en aquel contexto que marcaba un retroceso del movimiento obrero en relación al periodo anterior, se daba una primera ola marcada por la existencia de una espontaneidad de las masas hacia la formación de direcciones empíricas (léase estalinistas o socialdemócratas) antes de generarse un movimiento hacia el marxismo revolucionario: "Estas tres características pueden ser resumidas en una sola fórmula: la primera fase de la revolución mundial es la fase del centrismo".

Los tiempos pues se dilatan, la historia tarda en ser reconocida. Estos cincuenta años marcados por las grandes controversias y las escisiones. aparecen como una penosa travesía del desierto. Históricamente, nunca el desvío ha sido tan grande entre las condiciones objetivas que nunca cesaron de madurar, mientras que el factor subjetivo se mantuvo siempre igualmente ínfimo, es más, otras corrientes paralelas de la izquierda, acabaron desapareciendo. Las ideas sobre la "semiconciencia" y la "etapa centrista" ayudan para relativizar la brecha, pero la historia no se detiene. Crece una conciencia sobre el sentido del proceso histórico, un texto sobre el ascenso, crisis y agonía del estalinismo, se sitúa el fenómeno burocrático en una perspectiva histórica que adquiere el significado de crisis abierta, al menos desde la muerte de Stalin, y la crisis en la cúpula del PCUS que da lugar al XX Congreso, y al célebre Informe Jruschev que deja constancia que lo que decían los trotskistas, no eran falsedades ni exageraciones. Con los primeros levantamientos antiburocráticos de 1956, está claro que existe una voluntad de revolución política, de expulsar la dictadura burocrática. Por una parte, se percibe el ascenso de la revolución colonial en Vietnam, Argelia y en Cuba, de esta manera la historia parece caminar hacia el deshielo.

Desde 1956, comienza a darse una línea de rectificación que parte de la constatación de la existencia de respuestas convergentes ante todo estos acontecimientos, sobre todo de los que, como el anticolonialista, está creando un nuevo ambiente de radicalización, al menos entre la juventud. Se abre pues un proceso de entendimiento que culminara en la reunificación de 1963 protagonizada por europeos.

(Mandel, Maitan, Frank), y norteamericanos. La escisión de 1952-1953 dejaría todavía sus trazos duraderos, sobre todo porque creaba una dinámica de legitimación de los escindidos abocados inexcusablemente a justificar que "con el revisionismo no había ninguna posibilidad de acuerdo". No hay la menor duda de que a la Cuarta le costó lo suyo comenzar a resituarse en un mapa político en el que situar las propuestas de acción revolucionaria con una cierta verosimilitud y coherencia a pesar de que en la época, popularmente se había aceptado que, al menos en Occidente, el tiempo de las revoluciones ya había pasado. Era un tiempo de "milagros económicos", y a la foto clásica del trabajador con alpargatas y problemas de subsistencia dejaba paso a otra con trabajadores que hacían sus vacaciones en España con su coche propio

Se había llegado a un límite, pero se empezaba de nuevo con pequeñas organizaciones en las que los vínculos militantes con la realidad seguían siendo débiles (muy raramente se llegaba a "representar" a un sector social activo), además, los medios de información eran inversamente proporcionales a la superficie social y las capacidades de verificación prácticas resulta lentas y limitadas por más que se hacía un esfuerzo por estar al día, y muestra de ello son las ediciones de Quatrieme Internationale. Los acuerdos sobre cuestiones centrales como las sublevaciones de Polonia y Hungría, significaban una guerra sorda entre el David antiburocrático y el gigante del partido comunista de turno que, en esto también, aparecía enfrentado a la derecha. Pero ya no fue así con el apoyo a la revolución argelina, aunque aquí también se manifestaba otra parte del problema: dicho compromiso resultaba invisible más allá de los "activistas" que tenían su epicentro en el Barrio Latino parisino, donde se coció el incremento de la presencia trotskysta en las juventudes comunistas en un trabajo que venía de años de entrismo con la bandera en el bolsillo, o sea obligados a disimular sus ideas y el sentido de sus propuestas. Es bastante normal que actualmente sea difícil de asimilar lo que pudo significar esto, servidor ya ha contado su pequeña experiencia, allá por 1971. Bastó un momento con el puño fuera del bolsillo para que toda una sección sindical en Renault desapareciera como por arte de magia. La justificación dada era que los "gauchistes" éramos consciente o inconscientemente (¡que más daba!) agentes de la policía.

Había pues que estar en primera línea en el tajo nacional y al mismo tiempo mantener una opción internacionalista en la que se trataba de ofrecer una visión de conjunto en la que, muchas veces, el detalle concreto se difuminaba. Situados en sus propias dinámicas nacionales, sin apenas posibilidades de contratación, las secciones no escapaban a las determinaciones nacionales o culturales. En este cuadro, la fuerza del referente histórico, cobraba una importancia capital ya que era el punto en cuya interpretación existía la posibilidad de una identificación del significado de las propuestas. En cada lugar, este referente era un punto de partida para tratar de crear un discurso revolucionario en coherencia, una tarea en absoluto sencilla cuando los problemas no eran simplemente de los horizontes culturales sino que venían determinados por exigencias en los que la represión del gobierno de turno, sin olvidar la hostilidad del comunismo oficial (expresada por ejemplo en las poesías de Nicolás Guillen tomando los turbios compromisos de Julián Gorkín para disparar contra Isaac Deutscher y el trotskismo en general), amén por los problemas personales propios de cada militante, un ser humano como cualquier hijo de vecina, con sus dilemas existenciales y cotidianos. En este territorio se dan casos creativos, pero también se dan situaciones digamos que incatalogables en la que no falta el líder universitario que, después de haber puesto el poder en entredicho encabezando con audacia un movimiento, reaparecía, por ejemplo después de una inenarrable sesión de tortura, como un "cerebro" recuperado por el orden (y por su familia). Escribo esto pensando en una historia panameña que pude

seguir de cerca, pero hay testimonios de muchas otras. Pero el caso es que la "cizaña" que evocan los reaccionarios, permaneció y en la mayoría de casos, se reprodujo, y comenzó de nuevo.

En algunos países, cuando socialdemócratas o comunistas oficiales ya se habían desintegrado desde hacía más o menos tiempo.

VI. «ISMOS» SURGIDOS DE LA IV INTERNACIONAL

1. El Sísifo revolucionario. Nuestro Juan Andrade, que había asistido desde una ardiente proximidad a la marcha del trotskismo en Francia, se refería con desesperación a los diversos despegues frustrados, y se remitía al ejemplo del deprimente mito de Sísifo: la piedra volvía a caer cuando la cima parecía cercana. Al viejo poumista le gustaba decir, no sin dolor, que el mayor grupo trotskista era el de los «ex», los que abandonaban; cada crisis conllevaba una importante desafiliación. El estupor acompañaría a la historia del movimiento. Una imagen simple nos puede ofrecer una idea. Está ligada a algo tan sencillo como lo puede ser la variedad de las papeletas de voto en un colegio electoral, y entre las que, durante mucho tiempo, se podían encontrar varias opciones que se reclamaban del trotskismo, siendo además todas o casi todas desconocidas hasta para el personal más concienciado, y se daban incluso casos tan alucinantes como el que llegó a protagonizar el PST (Partido Socialista de los Trabajadores, morenista), cuyo logotipo daba pie a una fácil confusión con el del PSOE y, de esta manera, y le permitía presumir de encabezar las listas electorales de la izquierda radical, pese a ser una proeza que no le favorecía más que en su orgullo...

Está claro: el trotskismo, al igual que otros «ismos», no es de por sí garantía de nada, y bajo el mismo referente se pueden encontrar atributos muy diversos. Es más, según como puede servir de habitáculo para algo tan humanamente elemental como la tentación sectaria, o sea, la de poseer una razón garantizada por una hipotética corrección (validada a través del culto de una determinada lectura del clásico, lectura que, por supuesto, se opone a la de los otros, básicamente revisionista), dando lugar a una variante sectaria similar a tantas otras resistencias; no hay más que ver cómo la misma tentación abunda igualmente bajo otros formatos como los anarquistas y otros izquierdismos. Se trata de una manera de actuar cerrada, caracterizada por la recreación constante de una vida interna de fortalecimiento doctrinario, son «ellos» y los demás, «los otros». Estas patologías se apoyan en *principios* sectarios tomados de una parte oscura de la tradición marxista, bolchevique —y a los que el propio Trotsky no fue enteramente ajeno—, y su característica primordial es la no aceptación de un marco plural con los *desviacionistas*. Su obsesiva necesidad de reafirmación les lleva a centrar su atención en la deslegitimación de sus oponentes (aquí, por ejemplo, los del PORE esperaban a los de la LCR al final de las grandes manifestaciones para corear furiosamente: «¡Aquí, aquí está la IV Internacional!»).

Normalmente, en estos colectivos con nombres de partidos muy sonoros hay un líder incuestionable, un émulo de Lenin que en la mitología trotskiana es equivalente al que, tras el repliegue de 1905, permanece aislado pero firme en su voluntad de reconstrucción bolchevique, y una idea según la cual una determinada corrección programática debidamente enfatizada justifica la necesidad de demarcación con los revisionistas (si no traidores), a los que atribuyen una ruptura con la tradición que pretenden encarnar. Así, en el caso de los lambertista se hablaba de una legitimación histórica y se establecía una relación con el referente en términos de camaradas con el que se distinguía incluso a los bolcheviques. Estos espejismos se sustentan sobre la base de una reafirmación en la

que el pensamiento está determinado no por la lectura o la investigación, sino por las premisas del grupo central, y se desarrolla en un fervor en el que la historia y el presente se confunden, todo en un contexto de entrega fervorosa que puede obnubilar, al menos durante un tiempo, a militantes jóvenes y valiosos, a gente que también busca de alguna manera una acogedora seguridad en medio de un mar de dudas y contradicciones, aunque la mayoría, más tarde o más temprano, acabarán abandonando la matriz sectaria, a veces para abandonar tentativas «quiméricas», pero a veces también para embarcarse en planteamientos pluralistas en los que las diferencias y los *errores* sean aceptados como parte de un debate abierto y sin garantía de certezas.

No obstante, conviene establecer algunos criterios de reflexión sobre estas patologías para no permanecer en la antesala de unos vericuetos (según expresión de Paco Fernández Buey) que pueden contener un fondo de racionalidad, pero en la línea de la pequeña parábola de Tolstoy, quien contaba que, en una ocasión, alguien que a lo lejos le pareció un loco por los extraños gestos que hacía, cuando se acercó suficientemente a él comprobó que en realidad se trataba más simplemente de alguien que buscaba en la tierra un pequeño objeto perdido. Más arriba hemos hablado de una suma de dificultades; ahora, más de cerca, cabría añadir consideraciones como las siguientes: a) dicho fraccionalismo no resulta exclusivo; por ejemplo, quien esto escribe recuerda que la misma impresión le causaron las diversas familias del exilio republicano, o le causa actualmente el cainismo instalado en muchos partidos comunistas situados en un *impasse* histórico. El fraccionalismo fue igualmente un fenómeno inherente a los maoísmos a pesar de responder a una identificación común con China y Mao, por lo que se puede deducir que debe responder también a factores mucho más amplios; b) no desmiente la existencia de una importante tendencia unificadora al menos entre las fracciones más razonables, sino también con otras expresiones políticas; un ejemplo ilustre en este sentido podría ser la sección italiana que trabaja desde hace años en el seno de Rifondazione.

El fraccionalismo, por lo tanto, no fue la única dirección. Durante años también hubo diversas tentativas de reagrupamiento con las tendencias de izquierdas presentes en partidos y sindicatos; a partir de los años sesenta se ofrece igualmente una orientación unificadora aunque no exenta de contradicciones; y en etapas sucesivas tiene lugar una reorientación de unificación con otras tendencias radicales, a veces tan abierta (y suicida) como la de la LCR con el MCE entre nosotros. La Cuarta pudo sobrevivir y acrecentar su implantación, e incluso desempeñar un papel en determinadas ocasiones históricas, porque existió una corriente mayoritaria que, a pesar de sus desaciertos en tal o cual cuestión, nunca perdió, a pesar de todo, su conexión con los movimientos emergentes ni su afán por poner el reloj de la revolución a la hora... Es más: estuvo en todos los que, como el feminista o el de resistencia a la globalización, ofrecían la posibilidad de un nuevo impulso de movilización y recomposición social. Esta mayoría, aunque se puedan criticar errores de conservadurismo, precipitación o desinformación, en primer lugar nunca cambió de barricada, y fue tan estricta que llegó a expulsar a sus líderes ceilaneses comprometidos con una coalición con la burguesía nacional; en segundo lugar, jamás se negaron a mantener un debate y respetaron todas las discrepancias y tendencias; y, en tercer lugar, se mostraron abiertos ante todas las corrientes políticas socialistas... La presunción de las corrientes —primero discrepantes y luego rupturistas— según la cual una línea correcta no revisionista o audazmente renovadora les iba a permitir una expansión que, creían, la línea de la mayoría les había obstaculizado, no se confirmó nunca más allá de tal o cual éxito momentáneo, debidamente magnificado como ejemplo alternativo. Ninguna de estas fracciones superó los límites impuestos por la realidad, sino más bien todo lo contrario: contribuyeron en no

poca medida a la idea del trotskismo como una corriente cainita *per se*.

La historia de estos numerosos «ismos» da para un libro y para más. De hecho, su bibliografía es sumamente extensa. Deutscher, quien se asoma sin ánimo de profundizar en las controversias de los años treinta, se retira visiblemente enojado, y no entra, por ejemplo, en debates como el que el trotskismo provocó en el POUM. Desde finales de los años cuarenta hasta la mitad de los años sesenta, los cismas acompañaron la dificultosa recomposición de un movimiento atormentado por el contraste entre los grandes debates y la debilidad organizativa. Una historia detallada de estos cismas ocuparía, pues, decena de páginas, por ende, lo que aquí se ofrece es una visión muy general, una cierta explicación de carácter y dinámica interna., y aún así, el autor teme que este tono sumario contribuyera a acentuar una concepción que antepusiera la sorna y las manos en la cabeza por encima de un reconocimiento del tiempo, o de los enormes esfuerzos que acompañaron a muchas tentativas.

Tomemos un ejemplo. Después de la guerra y de la crisis del munismo, el primer grupo que comenzó la recomposición del trotskismo español no fue otro que el posadista. Su historia apenas ocupa unas líneas en las evocaciones más elaboradas. Su núcleo constituyente surgió del seno del FLP, iniciando una crítica al estalinismo en los medios universitarios. Su audacia les llevó a querer montar una escuela de cuadros en un piso de la Castellana, en Madrid, según testimonio de Lucía González, feminista y dirigente de la LCR durante muchos años, y en sí misma toda una biografía militante (véase *Viento Sur*, n.º 58, septiembre de 2001). Otra de las actividades imaginadas por el grupo fue el posible desarrollo de un núcleo guerrillero en Andalucía. La evolución del grupo acabó extraviada con el curso egocéntrico de Juan Posadas, pese a lo cual buena parte de sus componentes (Antonio Gil, Jordi Dauder, Diosdado Toledano, Lucía González, entre otros) fueron claves en algunos capítulos centrales de la en la pequeña historia de la LCR española.

2. Trotskismos. Si partimos del hecho de que el propio concepto era producto de un sentimiento peyorativo —trotskismo menchevique contra «auténtico» leninismo—, y que el propio Trotsky siempre lo utilizaba con un tono de protesta y entre comillas, está claro que se trata de una escuela de clasificación dificultosa, sobre todo si consideramos que el término fue aplicado de forma bastante extensiva, como lo prueba el caso del POUM. Si, además, ya en tiempos de Trotsky, fueron no pocos los que se apartaron o fueron apartados del movimiento pero persistieron en su fidelidad primordial a una tradición de marxismo abierto y antiestalinista, y en algunos casos efectuaron aportaciones propias de indudable interés, el concepto se complica todavía más. Y aunque la historia había pasado por otro sitio, el proyecto revolucionario seguía vigente, y en ausencia de otra alternativa, a la Cuarta le correspondía una misión, la de crear el partido, el partido y el partido, el instrumento indispensable para atravesar el puente entre las grandes crisis y la revolución. Por lo tanto, si la crisis de la humanidad se reducía a su crisis de dirección, la pregunta era: ¿por qué a pesar de todos nuestros esfuerzos no habíamos llegado a resolverla?

Los trotskistas, le oí decir en el IX Congreso de la Cuarta a un conocido editor suizo, eran los teóricos de las revoluciones traicionadas, pero ¿cuándo harían la propia? Esta contradicción entre una extrema exigencia y el muro de una realidad dominada por los partidos convencionales introdujo un elemento de distorsión; para algunos ya no se trataba de tal o cual error de apreciación, sino de introducir la sospecha del revisionismo en los debates. Dado que «las leyes de la historia son mas fuerte que los aparatos» (*El programa de transición*), ¿qué era lo que impedía que la historia pasara por delante de ellos? Los más impacientes encontraron una respuesta: alguna cosa no funcionaba en

casa. De ahí que, periódicamente, una sección o un dirigente inspirado pensara haber hallado la palanca de Arquímedes para mover el mundo y planteara su enmienda a la totalidad: el problema estaba en la línea mayoritaria que, según sus estrictos criterios, caería fatalmente en el revisionismo, cuando no en la «traición». La larga historia de la IV Internacional está jalonada tanto por esta impaciencia como por estas vocaciones redentoras que acaban nutriéndose a sí mismas, una variante mesiánica, la *fracción elegida*. Todo comienza con unos debates en coyunturas de *impasse*, sigue un proceso de ruptura, luego se abre una revista... Normalmente, lo primero que respiran sus páginas es la constatación de que las demás fracciones no responden a sus propios diez mandamientos. El problema es ante todo la interpretación correcta, y no lo que hay fuera, en ese mundo grande y cruel.

Pero el problema esencial era pensar de nuevo, restablecer un mapa de la revolución en las nuevas condiciones. A muchos marxistas les costó establecer una diferencia en la evolución del capitalismo, en un desarrollo histórico que tras la Segunda Guerra Mundial pasó por una nueva revolución; el capitalismo keynesiano no era el mismo que el que se había derrumbado en la crisis de 1929. Se trata de algo que ahora puede parecer de cajón, pero que, salvo alguna excepción como la de Fernando Claudín ya en la mitad de los años sesenta, era algo que la izquierda republicana española en el exilio ni tan siquiera se había planteado, pues seguía basándose en los esquemas de los años treinta (esto era especialmente notable en los medios anarcosindicalistas). Otro nuevo parámetro pasaba por el diagnóstico de la evolución de la URSS y del comunismo oficial tras el pacto de Yalta. Este aspecto fue de lejos el más conflictivo al no existir dudas, a pesar de sus mutaciones, sobre el carácter del capitalismo, pues hasta el más «democrático» se basaba en la explotación de los trabajadores y el expolio del Tercer Mundo, pero la discusión sobre el «doble carácter» de la URSS y de un movimiento comunista que no permitía la menor discrepancia y cuya posible victoria aparecía como una amenaza de exterminio para los herejes, nunca acabó de cerrarse.

Fue con relación a esta cuestión que las distintas fracciones avanzaron sus propias reformulaciones, alimentadas por la necesidad de caracterizar las «democracias populares» así como los regímenes «socialistas» de Yugoslavia, China, Argelia o Cuba, cada uno con sus propias dinámicas y peculiaridades, sin adaptarse a ninguno. Otra cuestión era la propia, la resultante del *impasse* en el que se veía una corriente que se mostraba capaz de atraer a intelectuales inconformistas pero que parecía condenada a **morderse su propia cola** en los debates, sin lograr insertarse en una realidad ocupada por los partidos tradicionales. Este corte se sentía como algo dramático, ya que, en buen marxismo, la implantación era una precondition necesaria para establecer cualquier programa de acción, programas que, finalmente, eran vetados por dichas direcciones. Las rupturas aparecían a veces como una liberación, aunque el problema empezaba cuando se trataba de demostrar su sentido, algo que, a su vez, podría acentuar el tono de las discrepancias.

Por esto y por razones de tiempo y espacio, es justo hablar de los trotskismos en sentido singular, amplio y plural, y al decir de Daniel Bensaïd, junto con las fracturas políticas, «hay que añadir las aclimataciones culturales constitutivas de un trotskismo anglosajón, de un trotskismo europeo particularmente francófono, de un trotskismo latinoamericano o, todavía, de un trotskismo asiático (en China, en Vietnam, en Japón, en Sri Lanka)». Escasamente conocidas, estas variantes conocen también «especificadas nacionales», por no hablar de las generacionales, que resultan visibles en el caso español, donde los acontecimientos históricos marcarían diferencias muy precisas, por ejemplo entre el trotskismo vasco forjado en el debate nacional y un trotskismo obrerista forjado en el debate sindical... Sobre algunos de los colectivos

protagonistas ya existe, incluso entre nosotros, una bibliografía de cierta importancia. Como hemos dicho, esta pluralidad provoca estupor, y también rechazo, entre quienes han vivido algunos de sus capítulos, amén de no poca amargura y cansancio.

Con todo, cabría apreciar que, por lo general, ha ocurrido lo mismo que en el caso de la gente del POUM, aunque a veces la dureza del debate ha provocado reacciones estentóreas; raramente han aparecido rechazos viscerales como el que ha sido bastante habitual en el estalinismo. Vista en perspectiva, la dispersión de las tribus (Bensaïd) aparece como una conciencia desdichada y sectaria, pero no como una aberración comparable a la de las unanimidades estalinianas. La desvertebración dio lugar a tendencias erráticas que acabaron en la nada, pero otras se mantuvieron en un plano de creatividad incuestionable, y a la postre aportaron riqueza teórica y ejemplo militante a los movimientos. No es difícil encontrar a sus viejos y nuevos representantes animando alguna corriente de opinión o movimiento social del más diverso tipo (por ejemplo, el lector avisado lo podrá comprobar en las fotos recientes aparecidas sobre los movimientos contra la globalización capitalista o contra la guerra emprendida en Irak).

Vistas desde la perspectiva del presente, resultaba singular constatar que, al menos inicialmente, todas estas fracturas se reconocían en el marxismo, en la legitimidad de la revolución de Octubre, en la idea de que en la URSS era necesaria una nueva revolución para establecer la democracia socialista, en el internacionalismo, en la razón de una democracia interna, en apostar por un trabajo sindical y de masas, y un largo etcétera... En momentos excepcionales en los que se impuso un debate abierto, como en el curso de las barricadas parisienses de Mayo del 68, el debate con algunas de sus fracciones se mostró claramente imposible, y para muchos de sus testigos (recuerdo el testimonio consternado del "felipe" Antonio Ubierna) resultaba algo infumable, parecía que la «herencia» era más importante que lo que tocaba hacer, de manera que a veces parecía que se estaba esperando más a Godot que a la revolución... A veces la variación de las siglas que se reclamaban del trotskismo llegó hasta el extremo de marear a los más experimentados; por citar un ejemplo, en cualquiera de nuestras elecciones generales llegó a ser parte del espectáculo de las montañas de papeletas de siglas que nadie conocía, y todavía lo es en cualquier manifestación: la persona que pregunta normalmente desiste al oír una respuesta que le introduce en una especie de laberinto histórico.

3. La variante obrerista francesa. Cronológicamente, la primera ruptura de la Cuarta tiene lugar en 1940, alrededor del grupo al que da nombre Barta France y que edita la revista *Voie Ouvrière*, y que más tarde se convertirá en *Lutte Ouvrière* (LO), nombre de una revista (semanario durante una larga época) que, después de realizar calladamente un trabajo de topo en los sindicatos, se dará a conocer sobre todo durante los acontecimientos de mayo del 68. Expresa una orientación que podemos llamar con cierta precisión «trotskista obrerista», y su importancia teórica resulta bastante sumaria, pero no así su influencia social. Sus líderes nunca alcanzaron un reconocimiento intelectual, pero fueron cuadros muy forjados en las luchas sociales. Sus diferencias se fundamentan en las propias críticas de Trotsky a la naturaleza intelectual y de extracción pequeñoburguesa de los líderes cuartistas, más preocupados por las razones teóricas que por implantarse socialmente.

Con su trotskismo conservador, LO se desarrollará silenciosamente durante décadas para emerger como un grupo que no se plantea ninguna reconsideración del pensamiento respecto al legado de la tradición; por ejemplo, mantiene que el último Estado obrero fue la URSS, que para la cuestión colonial ya vale lo que escribió Trotsky sobre China, y tampoco reconocerán el papel de los nuevos movimientos como el

sobre todo en *El miedo a la revolución* (Proteo, Buenos Aires, 1971, tr. de Hugo Acevedo), y cuyo título correcto habría sido *¿Tienen los comunistas miedo a la revolución?*, que tiene como trasfondo la actuación del PCF durante las jornadas de mayo del 68.

Hemos hecho aquí una referencia mínima a la situación francesa, pero la nota podría hacerse extensiva a una historia paralela entre las diversas izquierdas socialistas y el trotskismo que incluye varios apartados, uno situado en la época del «Buró de Londres» —que conoció episodios importantes en todos los partidos socialistas importantes, radicalizados contra el ascenso del fascismo y asombrados ante el estalinismo—, y otro la experiencia llamada «entrista», que tendría una amplia incidencia en Gran Bretaña —donde era habitual que entre la izquierda y las juventudes laboristas se llegara a hablar con frecuencia del sector trotskista (en las noticias publicadas en *La Vanguardia* de Barcelona, por ejemplo)— en Alemania y en Francia, entre otros países, con sus prolongaciones en los sindicatos, por ejemplo en el I. G. Metall germano (animado por una figura del socialismo germano como Jacob Monetta).

Este método fue reproducido en el seno PSOE a principios de la «Transición», y algunos sectores (como el ligado a la fracción morenista del PST) acabaron siendo expulsados, aunque otros persistieron, evidentemente con escasa fortuna, no en vano la dirección de UGT no tuvo ningún problema en hacer limpieza con los sindicalistas más combativos mientras absorbía a los más trepadores para ocupar altos cargos. Seguramente el caso más estable y significativo es el del grupo Militante (germinado en la tendencia británica Militant que llegó a primar en las juventudes laboristas en tiempos de Harold Wilson), que adquirió con esta táctica entrista su principal característica, y que se remite a la tradición trotskista más ortodoxa, y que aquí tiene una presencia destacada en el Sindicato de Estudiantes, y no faltan sectores o militantes significados relacionados con la Izquierda Socialista, como el que publica la interesante y pluralista *Iniciativa Socialista*, y que también tuvo peso en la creación de la activa Fundación Andrés Nin madrileña, que se mantiene después de que la Fundació catalana se agotara con la desaparición de la LCR.

5. El caso Castoriadis. Después de la propiciada por Munis (incluido en los episodios españoles), la más conocida de las escisiones por la izquierda en la Cuarta fue la provocada por el grupo Socialismo o Barbarie. Recordemos que su líder, Cornelius Castoriadis, fue uno de los testigos de otro de los grandes episodios del estalinismo. Después de conseguir la plena supremacía en la resistencia contra el fascismo, el Ejército de Liberación Nacional (ELAS) tuvo que renunciar a sus propósitos al aceptar los acuerdos entre Stalin y Churchill —cosa que provocó una profunda crisis en la izquierda, en particular desde la oposición trotskista a la que pertenecía—, y vio como el estaliniano Partido Comunista masacraba a los opositores de izquierda, sobre todo a los trotskistas. Traumatizado durante el resto de su vida por este episodio, Castoriadis desarrolló una aversión muy profunda contra el estalinismo que acabaría haciendo extensiva al comunismo al que había pertenecido. «El núcleo de la herejía de Castoriadis, que hará posible todo su pensamiento futuro sobre la autonomía, reside precisamente en esta aventura primera, en esta *praxis* política que le hizo orillar la muerte en varias ocasiones, ya que, desde el comienzo, no podía aceptar que la obediencia a la estrategia imperial de Stalin fuera considerada como el índice de las categorías del pensamiento marxista. De ahí el camino que ha seguido su pensamiento, que alumbrará el trabajo de Socialismo o Barbarie y el de una generación de intelectuales militantes» (véase Juan Manuel Vera, *Castoriadis (1922-1997)*, Ed. del Orto, Madrid, 2000).

El joven Castoriadis constituyó con otros militantes un grupo que se opuso a la actitud

Sin embargo, en trayectorias como la de Pablo la revolución estuvo viva como proyecto, como acción internacional cotidiana, y hubo también momentos oscuros, como el que se desarrolló en la metrópoli al aplicar la concepción de Liebknecht según la cual «el enemigo está en nuestro propio país», optando con los ojos abiertos por la insurrección y al lado de los militantes del FLN que se batían en Francia y en otros países de Europa mientras los socialistas gobernaban y el PCF seguía hablando de una «Unión Francesa». Servidor es testigo del enorme respeto con que siempre fue tratado en el seno de la Cuarta. La historia no suele ser muy amable con las minorías. Por ejemplo, muy poca gente sabe que los cuáqueros norteamericanos se implicaron apasionadamente en favor de la República española, y eso que gozan de cierto fuste fílmico.

Algo similar ha ocurrido con ciertos capítulos de la historia del trotskismo. Ya nos hemos referido a su activismo solidario con los judíos, y algo similar ocurre con la revolución argelina. El mayor activista en este episodio fue Michael Pablo, quien ejerció como secretario general de la Cuarta desde 1943 a 1961. En unas declaraciones a la prensa mexicana con ocasión de las jornadas celebradas para celebrar el centenario del nacimiento de Trotsky, Pablo declaró que el desarrollo de la revolución colonial es un capítulo de la revolución mundial que no fue tratado a fondo ni por Lenin ni por Trotsky. En su opinión, «los problemas de la revolución colonial que aparecen después de la Segunda Guerra Mundial son un nuevo capítulo para los marxistas en general [...]. Pero quiero subrayar que, si bien los problemas de la revolución colonial presentan nuevos aspectos, muchas de las estimaciones y análisis hechos por Trotsky en su aspecto general son de una utilidad extrema si se aplican y utilizan inteligentemente por los marxistas revolucionarios de los países coloniales».

Dentro de su extensa e intensa trayectoria, Pablo registra «más particularmente el papel que he jugado en la revolución argelina, durante la lucha del pueblo argelino por su liberación, sobre todo en el primer período de la independencia de Argelia, cuando colaboré con Ahmed Ben Bella, para introducir en la Argelia liberada ciertos principios del socialismo fundado en la autogestión [...], lo debo en gran parte a la educación que recibí de la escuela de León Trotsky [...]». Esa lucha del pueblo argelino duró ocho años y le costó un millón de víctimas. Fue una de las luchas de liberación colonial más importantes después de la Segunda Guerra Mundial: dejó su marca en todo el mundo árabe y africano. Sobre la intervención de la Cuarta, cita un libro titulado *Los portadores de Velices*, «consagrado al movimiento y a los hombres que en Francia y en Europa contribuyeron a la liberación del pueblo argelino». A pesar de sus propias críticas, Pablo reconoce que «relata de forma sumaria lo que fue el rol, muy importante, precoz e incondicional del movimiento trotskista a favor de la causa argelina», y cuenta como fue encarcelado en Holanda por dichas actividades. Al margen de sus diferencias, el trotskismo distinguió un movimiento, «[que] por su propia dinámica, entra siempre en la concepción que tenía Trotsky de la dinámica de la revolución en nuestra época. Se transformó en el curso de su desarrollo en una lucha que no tenía simplemente un contenido de liberación nacional, sino que llevó una gran dinámica de cambio social radical, es decir, que se transformó en una revolución con aspiraciones socialistas [...]».

No obstante, «debido al carácter de su dirección, que no era realmente marxista, en la etapa siguiente, en el primer período de liberación en el cual se jugaba la suerte de la revolución, las limitaciones de esa dirección hicieron que todo el potencial revolucionario para una transformación socialista radical de la Argelia fuera en cierta manera truncado», pero insiste en que «la dinámica socialista de la revolución argelina no fue agotada. Hay que ver la revolución argelina en sus inicios, y no concluida, pero que de cierta manera, continúa. Su principal limitación estribó en que no fue dirigida por un verdadero partido

